

Todo
estamos
HECHOS
de
estrellas

Rowan Coleman



Umbriel

Todos
estamos
HECHOS
^{de}
estrellas

Todos
estamos
HECHOS
de
estrellas

Rowan Coleman





Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *We are all made of Stars*

Editor original: Ebury Press, an imprint of Ebury Publishing,
Penguin Random House UK, London

Traducción: Victoria Horrillo Ledesma

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

1.^a edición Junio 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © Rowan Coleman 2015

All Rights Reserved

© de la traducción 2018 *by* Victoria Horrillo Ledesma

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17312-21-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para mi querida amiga Tamsyn,
una de las estrellas que más brillan en el cielo

ÍNDICE

Prólogo: Stella

LA PRIMERA NOCHE

1. Hope

2. Stella

3. Hope

4. Stella

LA SEGUNDA NOCHE

5. Hugh

6. Hope

7. Stella

LA TERCERA NOCHE

8. Hugh

9. Hope

10. Stella

11. Stella

LA CUARTA NOCHE

12. Hope

13. Hope

14. Hugh

15. Stella

16. Stella

LA QUINTA NOCHE

17. Hope

18. Hugh

19. Stella

20. Hugh

21. Stella

22. Stella

LA SEXTA NOCHE

23. Hope

24. Stella

25. Stella

26. Hope

27. Vincent

28. Stella

29. Hugh

LA SÉPTIMA NOCHE

30. Hope

31. Hugh

32. Hope

33. Stella

34. Hope

35. Hugh

36. Hope

37. Stella

Epílogo

Agradecimientos

Querido Len:

En fin, si estás leyendo esto, es que ya ha ocurrido. Supongo que tendría que alegrarme, y tú también. Hemos pasado mucho tiempo esperando y yo veía cuánto te estaba minando, aunque intentarás disimular.

Bueno, la póliza del seguro de vida está en una caja de zapatos encima del armario del dormitorio, debajo de ese sombrero que me puse para la boda de nuestro Dominic, ¿te acuerdas? ¿El del velo, con el que tú decías que parecía una mujer fatal? A lo mejor no te acuerdas; bebiste tanta cerveza que cuatro amigos de Dominic tuvieron que llevarte arriba, pedazo de bruto. Creo que la indemnización no es gran cosa, pero por lo menos bastará para pagar los gastos del entierro. No tengo ningún deseo especial en ese sentido. Tú eres quien mejor me conoce, así que confío en que acertarás.

La lavadora. Es fácil, en serio. Solo tienes que girar la rueda en el sentido de las agujas del reloj hasta la temperatura a la que quieres lavar, pero no te preocupes por eso: lávalo todo a cuarenta grados. Casi siempre sale bien. Y el detergente ponlo en ese chisme de plástico, dentro del tambor, no en el cajón. La verdad es que no sé por qué a estas alturas se molestan en poner esos cajones.

Tienes que comer, y no solo cosas que se calienten en el microondas. Tienes que zamparte unas verduras por lo menos una vez por semana, prométemelo. La cena del domingo siempre la hacías tú (tostadas con queso y alubias con tomate para acompañar), así que seguro que serás capaz de sobrevivir si le pones un poco de empeño. Me figuro que al principio irá un montón de gente a llevarte comida, pero de todos modos conviene que te compres un libro de cocina. Creo que hay uno debajo de la cama. Me lo regaló Susan el año pasado por Navidad, y pensé «¡Habrás visto, qué descaró!»

Len, ¿te acuerdas de la noche en que nos conocimos? ¿Te acuerdas de cómo me sacaste a bailar? No dijiste nada, ni siquiera me lo pediste, so sinvergüenza. Me cogiste de la mano y me sacaste a la pista. ¡Y cómo giramos y nos reímos! A mí me daba todo vueltas. Y cuando se acabó la canción, me besaste. Todavía no me habías dicho ni una palabra, ojo, y me diste un beso que me dejaste temblando. Lo

primero que me dijiste fue: «Más vale que me digas cómo te llamas, porque eres la chica con la que voy a casarme». Menudo caradura, me dije yo para mí, pero la verdad es que acertaste de lleno.

Hemos tenido una buena vida, Len, llena de amor y felicidad. Tanto amor y felicidad o más como tristeza y malos ratos, si lo piensas bien, y últimamente he tenido mucho tiempo para pensarlo. La verdad es que más no se puede pedir. No te pares porque yo me haya parado. Sigue adelante, Len. Sigue bailando, baila con nuestros nietos por mí. Hazles reír y mímalos mucho.

Y cuando pienses en mí no me recuerdes como estos últimos días: piensa en mí dando vueltas por la pista, riendo y bailando en tus brazos.

Recuérdame así.

Tu amante esposa,

Dorothy

PRÓLOGO

STELLA

Que le gustaba correr, eso fue lo primero que supe de Vincent.

Un caluroso mes de julio, hace ya cuatro años, le vi cada mañana a primera hora, casi tres semanas seguidas, cuando iba andando a trabajar y me adelantaba por la calle.

Ese verano había decidido levantarme antes de las siete para disfrutar de la relativa calma del amanecer en el norte de Londres cuando iba al trabajo, a empezar mi turno en el hospital. En aquel entonces era enfermera de traumatología y había algo en el silencio casi total de las calles, en la quietud de las carreteras, que me permitía respirar un poco antes de pasarme ocho horas seguidas conteniendo la respiración. Así que iba andando a trabajar, o más bien dando un paseo; apartaba a puntapiés los vasos de café vacíos desperdigados por la acera, tonteaba con los barrenderos y le compraba un té bien cargado al indigente que estaba siempre acurrucado contra la barandilla del parque, trabajando en una novela inacabable. Era mi hora de descanso, mi respiro.

Y casi exactamente a la misma hora cada mañana, Vincent me adelantaba corriendo a toda mecha, como si estuviera compitiendo con un rival invisible. Yo divisaba fugazmente una botella de agua, el cabello cortado casi al rape, unas piernas bonitas y morenas, largas y musculosas. Todos los días, casi a la misma hora, durante casi tres semanas. Pasaba como una exhalación y yo pensaba: «ahí va el corredor», otro jalón en mi ruta. Me gustaba que todo fuera tan predecible. El barrendero seductor, el obsequio del vaso de té, el corredor. Era como tener tu canción favorita metida en la cabeza, sonando sin parar.

Luego, una mañana, aflojó el paso solo un poquito y volvió la cabeza. Por un instante pude verle los ojos: unos ojos de un azul tan brillante como espejos

reflejando el cielo. Entonces desapareció otra vez, pero el mal ya estaba hecho: mi rutina se había roto, igual que mi serenidad. Aquel día me lo pasé entero recordando aquellos ojos; los veía una y otra vez, en medio de un drama a vida o muerte o en la tranquilidad del vestuario. Y cada vez que los veía notaba un cosquilleo.

La mañana siguiente, esperé a que volviera a adelantarme y todo retornara a la normalidad. Pero se paró de repente unos pocos pasos delante de mí y se inclinó un momento con las manos sobre las rodillas para recuperar el aliento. Yo dudé, le esquivé y decidí seguir adelante.

—Espera..., por favor. —Hizo una pausa para respirar y me indicó con un gesto que me detuviera—. Creía que no iba a detenerme, pero luego pensé: «qué más da», y me detuve.

—Bien —dije.

—He pensado que a lo mejor te apetecía que tomemos un café.

Sonrió: una sonrisa llena de encanto, acostumbrada a salirse con la suya.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Y eso por qué?

—Bueno, la verdad es que más bien me había hecho esa ilusión —dijo, y su sonrisa flaqueó un poco—. Me llamo Vincent. Vincent Carey. Soy militar, de los Coldstream Guards. Ahora estoy de permiso, dentro de poco vuelvo al desierto. Y nunca se sabe, ¿no? Así que he pensado... En fin, tienes un pelo precioso, todos esos rizos cayéndote por la espalda. Y unos ojos como el ámbar.

Se había fijado en mis ojos, quizás en el mismo instante en que yo me fijé en los suyos.

—Soy una persona muy perezosa —le dije—. Nunca voy de prisa a ningún sitio.

—¿Eso es una manera un poco rara de decir que no quieres tomar un café conmigo?

Me gustó su forma de fruncir el ceño tanto como su sonrisa.

—Es una advertencia —dije—. Para que sepas que quizá no sea tu tipo.

—A veces —contestó— uno sabe sin más que alguien es su tipo.

—¿Por el pelo? —pregunté riendo.

—Por los ojos.

Eso no podía discutírselo.

—¿Te importa que te acompañe un trecho? —preguntó.

—Vale.

Le sonreí cuando echó a andar a mi lado, y caminamos en silencio un rato.

—Cuando has dicho que eras lenta, no era broma —comentó pasado un rato.

Lo segundo que supe de Vincent es que algún día me casaría con él. Pero lo primero fue que le gustaba correr.

Por eso ahora se me hace tan duro mirarle: su cara desfigurada vuelta hacia la pared mientras duerme, y el hueco donde antes tenía la pierna.

LA PRIMERA NOCHE

1

HOPE

No puedo dormir. Últimamente no pego ojo, por lo menos aquí, donde nunca permiten que la oscuridad sea total. Pero no es solo por eso; es porque no puedo parar de pensar en cómo llegué aquí. Lo sé, claro: cogí algo, un bichito, una bacteria, lo que puede ser peligroso cuando una tiene fibrosis quística. Estuve a punto de morirme, y ahora aquí estoy, en este sitio donde nunca apagan del todo las luces, en el largo y arduo camino de la recuperación. Todo eso lo sé, pero lo que no sé, lo que quiero saber, es *cómo*. Quiero saber en qué momento preciso ese pequeño cúmulo de bacterias cayó como una flor desprendida en mi torrente sanguíneo. Es imposible averiguarlo, claro, pero no por eso dejo de querer saberlo, ni me lo quito de la cabeza. Lo más frustrante de mi estado es que tengo mucho tiempo para pensar y muy poco para vivir. El tiempo pasa deprisa y despacio a la vez: se dilata y se precipita, se vuelve aburrido y aterrador. Puedes convivir toda tu vida con la noción de mortalidad, sabiendo que algún día será el último, y no llegar a entenderlo nunca, ni a importarte lo que eso significa. Por lo menos, hasta que llega ese último día.

Yo estaba en una fiesta cuando vino la Muerte a buscarme.

Odio las fiestas, pero a aquella fui por Ben, mi mejor amigo.

—No puedes quedarte toda la vida encerrada —me dijo mientras me sacaba a rastras de mi habitación y me hacía bajar las escaleras—. Tienes veintiún años, casi veintidós. Deberías salir todas las noches. Estás en la flor de la vida, ¡deberías disfrutarlo!

—*Tú* estás en la flor de la vida. Yo estoy casi en la vejez —le contesté, a pesar de que sabía que odiaba que le recordara lo corta que era mi esperanza de vida—. Y, además, sí que podría. Podría pasarme toda la vida en casa escuchando a

Joni Mitchell y leyendo, y diseñando portadas de libros, y practicando el solo del «Beat It» con la guitarra, y estaría en la gloria.

—Señora K. —Ben me llevó al cuarto de estar, donde mis padres estaban viendo lo de siempre en la tele: un policía alcohólico que perdió a su esposa en un amargo divorcio y andaba persiguiendo a un asesino psicópata—. Dígale a su hija que es una chica de veintiún años. Que tiene que salir y divertirse. Recuérdele que la vida es para vivirla y no para quedarse sentada en su habitación, sola, leyendo sobre la vida de otra gente. Además, va a estar toda la pandilla del colegio, que han vuelto de la universidad. Hace siglos que no nos juntamos todos y están deseando verla.

Mi madre se giró en su sillón y, a pesar de que sonreía, vi su mirada de preocupación. Pero eso no era ninguna novedad: llevaba veintiún años preocupada, constantemente. A veces me pregunto si no deseó cambiarme de nombre después de mi diagnóstico, cuando era todavía un bebé, y se hizo patente que no tenía esperanza alguna de salvación. Pero para entonces era ya demasiado tarde: mi nombre, Hope,¹ ya me pertenecía, una paradoja cruel con la que ambas tendríamos que cargar. Mi pobre y querida mamá, bastante tenía ya con lo que tenía. No era justo obligarla a decidir si debía salir o no, porque de todas formas se pasaría el resto de la noche preocupada y después la culpa la destrozaría. Así que esa fue una de las cosas que hice bien aquella noche: decidir por mí misma. Lo malo fue mi decisión.

—Vale, voy a salir. Enseguida me cambio.

Ben me sonrió y se sentó en el peldaño de abajo de la escalera, y yo pensé en él allí sentado, con sus pantalones ceñidos, su jersey ancho echado al hombro, su pelo negro azabache y los ojos con la raya pintada, mientras revolvía en mi armario buscando algo que ponerme que estuviera más o menos a la altura de esa frescura suya tan falta de artificio. La verdad es que no era justo: aquel patito feo, el chaval al que los otros chicos daban de lado cuando no le maltrataban, se había convertido de pronto en un cisne moderno y atractivo. Nos habíamos acostumbrado a ser un par de muermos. Así fue como nos hicimos amigos; fue

un proceso natural, hicimos piña como si pusiéramos en círculo nuestras carretas; así nos sentíamos más seguros que estando solos, aunque fuéramos solo dos. Él, el chico flacucho y tímido del cuello gris y los zapatos gastados; y yo, la chica enferma.

No creo que fuera entonces cuando entró la Muerte, cuando Ben entró en casa, aunque pudo ser entonces. Puede que dejara un rastro de gérmenes en la barandilla de la escalera o en la toalla húmeda del aseo de abajo. Puede que fuera entonces, aunque yo no lo creo, porque que esté a punto de matarte una toalla de manos no me parece correcto, ni por asomo.

Me vestí toda de negro, intentando ocultar mi esquelética figura bajo una minifalda de vuelo y una camiseta larga, y me pregunté cuántas chicas de mi edad soñaban con engordar. Me pinté los ojos con sombra negra y confié en que eso serviría para el caso.

En cuanto entramos por la puerta y nos golpeó el bofetón de calor, sudor y moléculas de saliva que yo sé que trago con cada respiración, me dieron ganas de irme a casa. Estuve a punto de dar media vuelta, pero Ben tenía la mano apoyada en mis riñones. Su gesto tenía algo de protector, un no sé qué de reconfortante. Y, además, allí estaban todos mis amigos. La gente con la que había crecido, que siempre se había portado bien conmigo y organizaba carreras populares para recaudar fondos en mi nombre. Gente con la que podía sentarme a tomar un café y a reír un rato; que siempre encontraba cosas de las que charlar y evitaba cuidadosamente las preguntas que podían incomodarme, como «¿Qué tal va eso? ¿Sigues pensando que pronto estarás muerta?»

—¡Hopey! —Sally Morse, mi mejor amiga del colegio, vino corriendo por el pasillo y me estrechó en un abrazo—. ¡Jo, cuánto me alegro de verte! ¡Estás estupenda! ¿Qué tal va todo? ¿Qué te cuentas? Te has convertido en una emprendedora, ¿no?

Enganchó su brazo con el mío y apoyó un momento la cabeza sobre mi hombro mientras me conducía a la cocina, y me fijé en que tenía las aletas de la nariz un poco coloradas: restos de un resfriado.

—Estoy bien —le dije al aceptar una cerveza—. Empecé a diseñar portadas de libros, y de momento no me puedo quejar.

—Qué guay —dijo alegremente—. Es genial, porque, si te digo la verdad, la universidad es una pérdida de tiempo. No hay trabajo cuando terminas los estudios y acabas endeudada hasta las cejas. Es una manera muy cara de emborracharse y echar algún que otro polvo. Te he escrito un montón de correos, pero casi nunca contestas. Imagino que estarás muy liada, como ahora eres una empresaria y todo eso.

Hizo una pausa mientras estudiaba detenidamente mi rostro, y luego volvió a abrazarme hundiendo mi cara en su pelo, que desprendía un curioso olor a limón y tabaco, y yo también la abracé. Creía que no echaba de menos nada de aquello: la gente a la que antes veía casi todos los días. Eso me decía a mí misma, pero al final resultó que era mentira. En aquel momento me alegré de ver a Sally, me alegré de haber ido a la fiesta. Puede que fuera entonces, puede que durante aquel arrebatado de optimismo y nostalgia, en medio de aquel abrazo, inhalara lo que había de matarme. Espero que no. Aunque sería muy propio del universo intentar hundirte precisamente cuando más feliz eres, porque sé por experiencia que el universo es un capullo de tres pares de narices.

De todos modos, lo bueno de estar entre amigos era que no tenía que dar explicaciones: sobraba el eterno prólogo que precedía mis conversaciones con extraños, cuando tenía que hablarles de la fibrosis quística y ellos ponían cara de pena y se sentían incómodos. Era un alivio estar entre personas que, casi desde el instante mismo en que hice mi entrada en sus vidas, estaban avisadas de que en cualquier momento podía hacer mutis por el foro.

Al poco rato Sally estaba ya metiéndole la lengua hasta las amígdalas a un chico que seguramente había venido con ella. Eso al menos pensé yo, porque no conocía al chico, así que di una vuelta entre la gente buscando a Ben.

—¡Hope! —chilló Clara Clayton, y me plantó un beso pegajoso en la mejilla—. ¡Qué alegría verte! Si tú estás aquí, eso significa que Ben también ha venido, y tengo muchas ganas de verle. ¡Madre mía, hay que ver lo bueno que está! Oye,

¿no estaréis...?

—Hola, Hope —dijo Tom Green, el que había sido el rompecorazones del colegio durante muchos años, y que seguía siendo igual de dulce, rubio y fornido que antes—. ¿Qué tal? ¿Cómo te va?

Seguía siendo torpón, amable, simpático, alto, todas esas cosas que hacían que me diera vueltas la cabeza cuando tenía trece años, aunque ya no, noté con interés. Ahora me parecía encantador, pero un poco sosaina.

—Me gusta tu *look* —dijo con cierto esfuerzo—. Es... genial.

Mientras vagaba por la fiesta y la gente apagaba atropelladamente sus cigarrillos cuando me veía acercarme, me fui relajando. Allí, entre amigos, me sentía a gusto. Me sentía como una chica de veintiún años en una fiesta. Me relajé, y ese, probablemente, fue mi error.

Pudo ser en cualquiera de aquellos pequeños reencuentros cuando la Muerte se coló de rondón, durante aquella hora larga en que estuve pegada a la gente mientras me contaban lo que habían estudiado y lo que pensaban hacer a continuación. Puede que fuera entonces, o puede que fuera cuando el taxista tosió encima del cambio que me devolvió al volver a casa. Pero yo no lo creo.

Creo que fue cuando Ben me besó.

Porque, para dejarlo claro de una vez, me paso la vida en mi cuarto, en casa de mis padres, fingiendo que diseñar portadas de libros es una profesión adulta, una carrera de verdad, y leyendo libros, libros a montones. Y en una novela victoriana, que un hombre me besara sería sin duda la causa de mi fallecimiento.

Soy muy dada a obsesionarme. Le doy muchas vueltas a las cosas en la cabeza.

Ben se había emborrachado como solo se emborracha él: o sea, de golpe. Y pasó de una indiferencia casi total a ponerse a bailar, a reír y a dar vueltas, a abrazar a la gente, a hacer como que tocaba la guitarra y a charlar con las chicas, que escuchaban embobadas sus tonterías, mientras yo le observaba desde el rincón de la sala, sonriéndome a mi pesar. A Ben le encanta hacerse el guay (el músico de la banda de rock, la estrella a la que todo el mundo le importa un

carajo), pero no hace falta mucho para que salga a relucir su auténtico yo, el chico al que yo conocía tan bien, ese friki con mayúsculas: el que de pequeño se llenaba los bolsillos de lombrices para impedir que los otros niños las pisotearan; el que de noche parecía que se alimentaba de cabezas de murciélago y de día trabajaba de encargado en una tienda de telefonía móvil.

De pronto se abalanzó sobre mí, me agarró por los hombros y caímos los dos en el sofá, riéndonos: él con demasiado ímpetu y yo, con una pizca de frialdad.

—Pero qué capullo eres —le dije con cariño, no obstante.

—Entonces ¿por qué soy tu mejor amigo? —me preguntó y, pasándome el brazo por los hombros, me apretó contra sí y batió sus pestañas marrones, absurdamente largas.

—Bah, cállate —contesté arrugando la nariz mientras restregaba su mejilla contra la mía como un perro atolondrado, y procedí a salvaguardarle de sí mismo como solía, es decir, haciéndole creer que tenía que cuidar de mí, para lo cual no le quedaba más remedio que dejar de beber tanto y tan deprisa—. ¿Sabes una cosa? No me está gustando mucho esta fiesta. Creo que me voy a ir a casa. ¿Me acompañas?

—¡No, no te vayas! —Me cogió la cara entre las manos y me hizo mirarle a los ojos, estrujándome la boca hasta que puse un mohín francamente ridículo—. Siempre te vas temprano de los sitios. No me abandones, Hope. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que odio que me dejes? Quiero estar contigo todo el tiempo.

—No seas bobo —le contesté, aunque un poco indecisa, porque de pronto me miraba como si estuviera enfadado y dolido, todo al mismo tiempo.

Me costó interpretar su expresión, y no me gusta la ambigüedad. Por un instante, por un segundo fugaz, pensé que quizá su comportamiento de esa noche tenía algo que ver conmigo.

—Pues no te vayas —repitió.

—Pero, Ben...

Entonces fue cuando me besó.

Quiero decir que me besó de verdad. Ben, al que conocía desde los cinco

años. Ben, que una vez se metió entre un montón de ortigas y me sacó de ellas en brazos. Ben, que me sujetaba el pelo y charlaba conmigo mientras yo expectoraba glóbulos de flema durante mis ataques nocturnos de tos, puntuales como una liturgia. Ben me besó, y fue un beso de verdad, con lengua, urgente y apasionado. Fue un beso torpe y muy físico, y a mí me cogió por sorpresa porque nunca había besado a nadie de esa manera, con esa fuerza y esa *ansia*. Mientras Ben me apretaba contra el sofá, de pronto sentí que no podía respirar. Me agobié y le aparté de un empujón.

—Mierda —dijo—. Sí que estoy borracho. Perdona. Perdona, joder.

Me levanté y fui al baño. Hecha una furia, debería añadir: me fui al baño hecha una furia para ocultar mi turbación, fingiéndome indignada y ofendida. Pasé mucho rato mirándome al espejo, mirando mi boca manchada de beso. No sé cómo, pero supe entonces que todo había cambiado, y no para mejor.

Cuando volví, Ben se había quedado dormido en el sofá con la cabeza apoyada en los cojines y la boca abierta.

Cogí un taxi para volver a casa, sola, y antes de medianoche ya estaba en la cama.

Al día siguiente, cuando volví a ver a Ben, me dijo que casi no se acordaba de nada y que no le dejara volver a beber. No habló del beso, y sigo sin saber si es que no se acordaba o prefirió no hablar de ello.

Una semana después, me ingresaron en el hospital por una infección pulmonar bacteriana.

El dolor, el dolor y el ahogo, y la necesidad frenética de tragar más aire, consumieron casi todas mis energías, aunque no todas. Hubo un momento, solo uno, de perfecta lucidez en que oí al médico decirle a mi madre: «Lo siento, pero está en estado crítico».

Y pensé: «No estoy preparada. No estoy preparada aún».

Salí adelante, sigo aquí, sigo viva, y estoy casi lista para volver a la vida. He ganado este asalto. Pero no puedo dormir, ¿sabéis?, porque, aunque sea imposible, quiero saberlo. Quiero saber el momento exacto en que dejé entrar a

la Muerte, y no puedo pegar ojo, porque, ¿y si no estoy lista la próxima vez que me encuentre?

Querida Maeve:

Kip y yo nos habíamos prometido que escribiríamos a la mujer del otro cuando llegara el momento. Y en fin, Maeve, ya ha llegado, ¿no? Siento haber tardado tanto en escribir esta carta que nunca quise que tuvieras que leer. Ojalá, ojalá se me dieran bien las palabras, ojalá supiera cómo decirte lo que te tengo que decir. Ojalá no le hubiera hecho esa promesa a Kip, pero se la hice. Y Kip era lo más parecido a un hermano que he tenido.

Lo hicimos todo a la par. Nos alistamos juntos. Hicimos juntos la instrucción. Kip fue el peor recluta que había visto el sargento en toda su vida. Pero todos le queríamos. Sabía hacernos reír los días en que todo pintaba mal. En nuestra primera misión en Afganistán, Kip era el mejor soldado de todos.

Hablaba constantemente de ti y de la pequeña Casey. Eras la luz de su vida. Nos contaba las cosas que hacía Casey, se pasaba el día entero hablando de lo guapa, lo graciosa y lo lista que era, mucho más lista que otros niños de su edad. Kip era militar, pero para él lo primero era su familia. Sé que intentó ser el mejor marido y padre que pudo.

El día que sucedió amaneció como otro cualquiera. Una patrulla rutinaria para defender la provincia contra los talibanes. No había nada (ni soplos ni rumores) que indicase que hubiera algo por lo que tuviéramos que preocuparnos más allá de lo normal. Y lo normal ya era bastante preocupante. Sabíamos que faltaba poco para que volviéramos a casa, pero el mando nos había dicho que mantuviéramos los ojos y los oídos bien abiertos, que no bajáramos la guardia ni un segundo mientras estuviéramos allí, así que estábamos avisados.

Cuando estalló el misil fue...

[1.](#) Juego de palabras entre *hope-less* «sin esperanza» y *hope* «esperanza». (*N. de la T.*)

2

STELLA

Cada vez que hay un momento de paz, de sosiego, me paro y escucho y espero a que pase. Casi nunca hay silencio en el Centro Marie Francis de Rehabilitación y Cuidados Paliativos, ni siquiera de noche. Conversaciones a media voz, murmullos en la semioscuridad, a veces risas, a veces cantos. De tanto en tanto, un sueño vivido en voz alta. Pero casi nunca hay silencio. Así que en esos instantes aguzo el oído y espero a que llegue de nuevo el ruido. Y entonces respiro de nuevo.

Noto que un cuerpo cálido se me enrosca en las piernas y al mirar hacia abajo veo que *Sombra*, el gato oficioso de la residencia, ha vuelto a hacer acto de aparición como por arte de birlibirloque. Negro como la pez, sin ninguna marca reconocible y enormes ojos verde esmeralda. Nadie sabe de dónde viene ni cuándo aparecerá; se presenta cuando le viene en gana, sabedor de que, cuando llegue, todo el mundo le hará mil alharacas de alegría. Es grande, salta a la vista que alguien le cuida bien, alguien que seguramente ignora la misión humanitaria que cumple el gato todos los días. Es joven, creo, un cachorrito todavía a pesar de su tamaño. Cuando ve moverse una sombra, se abalanza sobre ella, gira sobre sí mismo y se retuerce tratando de atrapar su presa. Le acerco la mano y me da zarpazos juguetones, hasta que le rasco con las uñas detrás de las orejas. Hipnotizado de pronto, agitado por un ligero temblor, deja que le suba a mi regazo y le acune un momento. Siento el rápido palpitar de su corazoncito contra mi piel y el vaivén de su pecho. Por eso Dirección hace la vista gorda con *Sombra* y nos deja tener un paquete de chucherías para gatos en el cajón del puesto de enfermeras: porque es bien sabido que el contacto con animales es terapéutico, sedante, confortador. Y *Sombra* puede hacer lo que la mayoría de

nuestros médicos, y nosotras las enfermeras y *Albie*, el labrador medio bobito de nuestro capellán, no podemos, que es pasar de una habitación a otra como si supiera siempre qué paciente necesita más su atención. Sonriendo, acaricio su pelo negro y sedoso como a él le gusta, con pasadas largas y firmes, mientras escucho el delicioso retumbar de su ronroneo. Qué suerte la mía, disfrutar un rato de sus atenciones, esta noche.

—¿Un té, Stella? —Thea señala mi taza vacía—. Seguro que te viene bien un descanso. *Sombra* parece estar de acuerdo. Ha estado sentado con Issy hasta que se quedó dormida.

—No, gracias —le digo—. Tengo que hacer mis informes y le he prometido a Maggie sentarme un rato con ella. Le gusta hablar, y además le he dicho que iba a escribirle una carta.

—Esa habla más que toda Inglaterra junta —añade Thea, pero sin malicia.

Aquí se crea, inevitablemente, una especie de intimidad, de solidaridad con los pacientes y sus familiares. El tránsito se les hace más llevadero, creo yo, sabiendo que no están solos en esto.

—¿Qué tal estás? —le pregunto.

Thea responde con una sonrisa leve, casi desvaída, pero firme. Es una expresión con la que estoy familiarizada: una esperanza a contrapelo, plantando cara a un desengaño seguro. Hace ya un año y medio que conozco a Thea. Madre soltera, ha estado trayendo a Issy, su hija de catorce años, a la residencia desde que le diagnosticaron un raro cáncer de huesos, el sarcoma de Ewing, en sus últimas fases de desarrollo. Al principio solo eran periodos cortos de cuidados paliativos para que Thea pudiera dedicar más tiempo a su hija pequeña y a sí misma, pero ahora, después de años en tratamiento, Issy está aquí porque ya casi ha llegado la hora.

Se supone que no debemos crear vínculos ni relaciones con las familias a las que atendemos, pero a veces es imposible no hacerlo. A fin de cuentas están aquí cada día, viviendo delante de ti momentos decisivos de sus vidas, buscando en ti un consuelo y una certeza que no encuentran en ninguna parte. Así que

Thea y yo nos hemos hecho no amigas exactamente, pero sí compañeras en medio de una sucesión infinita de noches en vela. Y Thea sigue sonriendo, sigue teniendo esperanzas. Si hay algo que haya aprendido trabajando en el turno de noche en el Marie Francis es que hay una sola cosa que nos distingue de los animales, que nos convierte en humanos: la esperanza.

—Estoy bien —dice Thea—. Issy está sonriendo en sueños. Me gusta probar a adivinar qué está soñando. Hace un par de años estuvimos de vacaciones, fuimos a un parque acuático con un tobogán enorme. Chilló como una loca mientras bajaba y luego volvió a subir. Puede que esté soñando con eso.

—Me pasaré por su habitación después de ver a Maggie —le prometo.

Aquí, en una noche normal, puede haber hasta catorce pacientes, además de dos enfermeras, tres auxiliares y un médico que duerme en la sala de guardia, todos inmersos en esta especie de ballet, en esta danza que tanto se asemeja a un ritual para propiciar la lluvia. Solo que, si cumplimos bien nuestra tarea, lo que hacemos no es atraer el aguacero, sino mantener a raya el dolor. Este mundo, este mundo nocturno, es donde mora a solas nuestra pequeña hermandad, un mundo inserto entre los días luminosos y ajetreados de las consultas externas, la terapia en grupo, las sesiones con los psicólogos, la música, el baile y las galas benéficas de recaudación de fondos. Tiempo para estar con la familia, tiempo para restañar heridas, tiempo para respirar. Aquí, durante la noche, veinte personas, como mucho, transitan por el sendero que algún día todos habremos de recorrer. Pero nunca lo hacen solos si podemos evitarlo: ese es el compromiso que adquirimos los de la guardia nocturna. Aunque no podamos ir con vosotros, nunca estaréis solos cuando deis ese paso final.

Y yo siempre trabajo en el turno de noche. Pregunté si podía hacerlo cuando me ofrecieron el trabajo. Me dejaron después de dudarlo un poco, siempre y cuando me tomara varios días de descanso periódicamente, porque ninguna junta de gobierno quiere que sus enfermeras, aunque tengan tanta experiencia como yo, hagan solo el difícil turno de noche. Nadie me ha preguntado nunca por qué únicamente trabajo de noche; a fin de cuentas, no tengo hijos de los que

preocuparme. De todos modos, yo misma lo entiendo solo a medias. Creo que fue algo gradual. Eso creo, aunque puede que pasara de golpe. Desde hace meses —desde que Vincent dejó el ejército—, me cuesta hacerme una idea clara de lo que pasa; solo sé que de algún modo los hilos de nuestra vida, tan prietamente entretnejidos, empezaron a aflojarse hasta formar dos tramas aparte, y tan deprisa que siento que no tengo ningún control sobre ello. Puede que hacer el turno de noche haya sido como enarbolar una bandera blanca y declarar la rendición, porque si nuestra casa es un campo de batalla, entonces es más fácil, menos doloroso, menos arriesgado, que solo la habite uno de nosotros, sucesivamente: de día es mi casa y de noche es la de Vincent.

Thea duda aún, y noto que hay algo que quiere preguntarme.

—¿Qué tal está Vincent? —dice, y *Sombra*, cansado de pronto de mis arrumacos, salta a la mesa y, frotando la cabeza contra su mano, la obliga a posarla en ella. Nos tiene muy bien enseñados.

—Estupendamente —asiento con una sonrisa—. Está muy bien. No para quieto desde que le pusieron la prótesis nueva. Por lo visto es tecnología punta. La semana pasada volvió de la carrera en bici y ya está hablando de entrenar para el maratón. Está genial. No para un momento.

—Ah, qué bien. —Se queda ahí un momento y respira hondo—. Entonces, ¿vas a escribir una carta para Maggie?

Asiento con la cabeza.

Empecé una noche, para una paciente que ya no podía sostener un bolígrafo y quería asegurarse de que su marido sabía cómo funcionaba la lavadora cuando ella muriera. Fue entonces cuando empezó mi trabajo de amanuense, y poco a poco fue creciendo: cada carta otra historia, otra vida, otro legado. No todos los pacientes quieren dejar constancia por escrito de sus últimos pensamientos, ni tienen por qué hacerlo, pero hay algo de reconfortante, de tranquilizador, en dejar una reliquia palpable de lo que se te pasaba por la cabeza cuando habitabas este mundo.

—¿Te lo piden justo antes de..., ya sabes? ¿Crees que lo saben? ¿Que saben

que es hora de escribir una carta?

Y de pronto me doy cuenta de qué es lo que la aterroriza, de qué es lo que se siente incapaz de decir en voz alta.

—Issy no me ha pedido que le escriba una carta —contesto.

—Bien... —Asiente, rehuendo mi mirada mientras recoge su taza vacía—. Vale, será mejor que vuelva con ella.

Sombra parece estar de acuerdo: se baja ágilmente del alto mostrador y trota hacia la habitación de Issy, con la cola enhiesta y decidida.

—Yo iré dentro de un rato —le aseguro a Thea con una sonrisa.

Y la veo volver a la habitación de Issy, olvidada ya la taza de té que quería tomarse, y cerrar la puerta suavemente.

Saco mi bloc de folios del cajón del mostrador y busco en mi bolso mi boli preferido: un bolígrafo de tinta azul y escritura tan fluida que parece una pluma estilográfica, pero no mancha. Me encanta su tacto, sentir cómo se desliza por la lisa superficie del papel llenándolo con espirales y trazos que siempre, da igual las palabras que formen, significan mucho más de lo que dicen a simple vista.

Querido Franco:

Imagino que no te acordarás de mí. ¿Por qué ibas a acordarte? Hace sesenta años que nos conocimos, y no nos tratamos mucho tiempo. No sé si sigues viviendo en Monte Bernardi, ni siquiera sé si todavía vives, aunque por los anuncios de salsa de la tele cualquiera diría que los italianos viven eternamente, así que espero que sigas vivo.

Era 1954. Yo tenía veinte años y un día fui con Margaret Harris, mi compañera del banco, de excursión a Brighton. Nos montamos en el tren endomingadas y con sombrero. Mi vestido era de color amarillo primula y tenía flores bordadas en los bolsillos.

Íbamos paseando por el paseo marítimo cuando te vimos, aunque tú no te fijaste en nosotras. Pensamos que debías de ser una estrella de cine, por el porte que tenías allí parado, con las gafas de sol puestas, el pelo todo repeinado, la camiseta negra y los pantalones blancos. Doblamos la esquina para espiarte, y luego nos pintamos los labios y pasamos otra vez por delante de ti, meneando nuestras faldas, riéndonos por lo bajo y dándonos muchos aires. Tú nos dijiste hola en italiano. Salimos corriendo, chillando de risa, ¡vaya par estábamos hechas!

No volví a verte en todo el día, hasta la hora del baile al final del muelle. Y allí estabas tú, con un traje azul claro. Cuando te acercaste a hablar conmigo, pensé que iba a morirme de la emoción. No hablabas muy bien inglés, y yo no hablaba ni jota de italiano. Pero, ¡ay, tu acento!

Pasamos toda la noche besándonos, no paramos ni para respirar, ni para tomar una copa. Tú me susurrabas extrañas palabras al oído. Puede que fuera la lista de la compra, cualquiera sabe. Pero a mí me daba igual, porque todo me sonaba a música.

Fue entonces cuando me enteré de que Margaret había cogido el último tren sin esperarme, enfadada, supongo, porque me hubieras escogido a mí. Me llevaste a tu pensión y subimos las escaleras sin que se enterara la patrona. Yo nunca había estado con un chico y pensaba que iba a pasar algo terrible, que me quedaría embarazada o pillaría una enfermedad, pero era joven y bobá y en aquel momento

nada de eso parecía importar.

A la mañana siguiente escribiste tu dirección a lápiz en mi agenda y te despediste de mí con un beso. No volví a saber de ti. No cogí nada, ni me quedé embarazada. No tuve el valor de escribir. Un par de años después me casé con un buen hombre y he sido feliz. He tenido una buena vida. Pero, cada vez que cambiaba de agenda, copiaba tu dirección en la nueva. Monte Bernardi: el recuerdo de una noche en la que lo arriesgué todo por un poco de emoción. Por eso me parece una pena no utilizarla, aunque sea solamente una vez.

Gracias por aquel baile,

Susan Wilks

3

HOPE

—¿Todavía despierta?

Stella mira su reloj como si no supiera que son casi las tres de la mañana. No sé por qué se preocupa, si ha venido con el único propósito de despertarme.

—Eso parece —contesto.

—Solo quiero...

—Sí, ya sé, conozco el protocolo.

Me pongo un mechón de pelo enredado detrás de la oreja para que me tome la temperatura, con la guitarra apoyada en el regazo, como suele ocurrir. Tengo a medias una canción en la cabeza y no se va, así que intento escribirla, o exorcizarla, mejor dicho. Es una canción de lo más estúpida, tan nerviosa como un gatito. Trata de amor, arcoíris y todo tipo de chorradas, no como la canción que me gustaría escribir, que trata de... Bueno, no sé, de algo profundo.

—Tienes que tomarme la temperatura, medir mi nivel de oxígeno, mis pulsaciones, tomarme la tensión, etcétera, etcétera. Y luego, dentro de un par de horas, verás cómo me tomo mi suero hipertónico y cómo echo el bofe en mi humillación cotidiana. Básicamente, eres mi dueña. Y yo tu esclava.

Levanta una ceja y casi sonrío.

—Puede que te parezca aburrido, pero gracias a esas medidas y esas comprobaciones saldrás de aquí dentro de poco —me asegura en su tono sereno y cuidadoso, blando y suave, como si hubiera encontrado el mando que controla su voz y hubiera bajado el volumen.

—Creo que ya estoy lista para marcharme —digo—. Ya no me voy a morir, por lo menos inmediatamente. Y me parece mal estar aquí ocupando una cama que alguien necesita más que yo. Además, tengo cosas que hacer.

Antes de llegar a esta especie de extraño limbo que es el Marie Francis pasé varias semanas en el hospital, repletas de fármacos, miedo y dolor. Mi miedo, el miedo de mis padres, el miedo de mis amigos, hasta el de Ben, que venía a verme y me contaba anécdotas divertidas sobre sus clientes de la tienda, pero yo notaba que hasta él tenía miedo de que aquello fuera el final porque no se ponía tan pesado como de costumbre.

Mi madre lloraba mucho y mi padre me traía cosas: revistas que nunca leía, comida basura que no quería, peluches que sostenían corazones con mensajes cada vez más absurdos, eso por no hablar de que eran peluches y yo soy una mujer adulta, aunque a veces pueda pasarme todo el santo día con un pijama de conejitos. El último decía «Eres mi amorcito»: un saldo del día de San Valentín, supongo. Yo le agradecí la intención, pero guardé el osito al fondo de mi creciente montón de peluches, debajo del conejo azul que proclamaba «¡Es niño!».

Por fin me trasladaron al Centro Marie Francis de Rehabilitación y Cuidados Paliativos para que pasara el resto de la convalecencia, antes de que me dieran el alta. Debería haber estado en la unidad especializada en fibrosis quística, pero el hospital de mi zona había sufrido un montón de recortes y había tenido que prescindir de dos camas, y las otras cuatro estaban ocupadas. Así que, como aún no estaba en condiciones de irme a casa y la única unidad de fibrosis quística que tenía una plaza libre estaba en la otra punta del país, me buscaron una cama aquí, cerca de mis padres, para que pasara la última fase de la recuperación en cuidados intensivos. Acabé aquí, pero por lo menos no voy a *acabar* aquí. Los fármacos funcionaron y mi organismo presentó batalla. Estoy recuperada, o todo lo recuperada que puedo estar teniendo en cuenta que mi enfermedad es congénita.

Lo digo porque aún me duele respirar. Sigue siendo un esfuerzo pantagruélico tomar aire y expulsarlo. Es una pescadilla que se muerde la cola: respirar me agota tanto que lo único que puedo hacer es respirar más fuerte, tragando aire con ansia. Pero lo peor, cuando mis pulmones tenían menos

capacidad que una lata de Coca-Cola, ya pasó. Y aunque el aparato digestivo no me funciona del todo bien y se me sigue viniendo la bilis a la garganta y llenándome la boca, y es difícil fingir que no soy yo quien expelle gases nocivos cuando no hay nadie más a quien echarle la culpa, me siento mejor, mucho mejor.

Le dije a la Muerte «no, gracias, no estoy preparada», y sigo viva. Y me aburro como una ostra.

Stella echa un vistazo a los cuadernos que tengo abiertos sobre la cama. Espero que no pueda leer del revés las letras pastosas de mis canciones. Si las lee, seguro que cambia de opinión respecto a la eutanasia.

—Deberías intentar dormir un rato. Es tarde —dice.

Es como su mantra: lo dice casi cada vez que me ve, aunque ella da la impresión de no dormir nunca: está pálida como un fantasma, le vendría de perlas darse un buen baño de sol.

—¿Sí? —Miro por la ventana, pero solamente veo el reflejo de mi cuarto en la oscuridad—. Aquí casi no se nota. Es como si el tiempo estuviera detenido o los segundos se movieran muy, muy despaaaacio.

Mientras estiro un buen rato la última palabra, Stella contempla con benévola tolerancia aquella demostración de inmadurez. Porque, a fin de cuentas, tengo veintiún años.

—Si necesitas algo que hacer, puedes apuntarte a alguna de las actividades que hay de día. —Stella estudia sus anotaciones atentamente—. O echar un vistazo a la biblioteca. Dependemos de las donaciones, pero recibimos muchas y por lo visto siempre tenemos los últimos *best sellers*. Me han dicho que hay libros muy buenos.

—Sí, ya miré —contesto, pensando que sería una impertinencia decirle que ya he leído todo lo que merece la pena leerse y que todo lo demás son chorradas, porque parecería una esnob.

Seguro que Stella no acertaría a calcular el enorme porcentaje de mis limitadas horas de vida que he dedicado hasta ahora a la lectura. Ignora que mientras

otras chicas de mi edad se pasaban la noche de juerga en Ibiza enrollándose con desconocidos, o se entrenaban para ser estrellas del atletismo o hacían las maletas para ir a Bali a correr alguna aventura con patrocinador, yo me quedaba en casa y vivía en otro mundo que solo existe entre las páginas de un libro o en Internet, el único sitio donde puedo hablar con otras personas con fibrosis quística, dado que no podemos conocernos en persona. Si se juntan dos enfermos de fibrosis quística, alguno de ellos puede morir contagiado por los bichitos de los que es portador el otro, de ahí que nunca nos reunamos.

Hay blogs y foros y grupos de apoyo, pero he empezado a distanciarme de ellos desde que una chica muy jovencita cuyo blog me encantaba empezó a escribir que pensaba casarse con un hombre al que apenas conocía, lo cual era absurdo teniendo en cuenta su edad. Nadie se lo dijo, claro, porque ya se sabe que seguramente no tendría tiempo de descubrir que su novio y ella eran absolutamente incompatibles. Me metía en su blog todas las noches para leer su entrada diaria. Me encantaba. Me encantaban sus arrebatos inagotables de entusiasmo y lo feliz que parecía porque iba a casarse. Me encantaba que le hubiera hecho un vestido de dama de honor a su bombona de oxígeno portátil y que hablara de que quería irse de luna de miel a Australia a ver el monte Uluru, como Guillermo y Kate.

Me encantaban sus parrafadas acerca de diademas y esmalte de uñas, y del tiempo que era capaz de llevar tacones altos sin tener que sentarse. Hablaba de cómo se iba deteriorando su salud y de que la habían colocado al frente de la lista de espera de trasplantes, pero por alguna razón hasta eso parecía llenarla de entusiasmo. Porque un trasplante equivalía a muchos más años para estar con su marido y, si tenían que posponer un año la luna de miel, qué más daba. Escribía que la boda no iba a celebrarse en la iglesia y en verano, sino en la capilla del hospital al mes siguiente, y que estaba convencida de que, cuando a una persona la querían tanto como la querían a ella y amaba la vida tanto como la amaba ella, el destino le brindaba la operación que necesitaba para sobrevivir. Y luego, más o menos una semana antes de la fecha prevista para la boda, dejó de publicar. Y

no volvió a hacerlo. No necesito buscar su nombre en Internet para saber lo que fue de ella, ni leer los centenares de comentarios que acompañan a su último *post*. Así que desde entonces he empezado a distanciarme. Con un final desgraciado me basta.

—Bueno, estoy segura de que pronto te darán el alta. Solo tenemos que asegurarnos de que estás estabilizada y puedes irte a casa. No queremos que la infección vuelva a prosperar, y los médicos querrán asegurarse de que has recuperado tu capacidad pulmonar. —Hace una pausa—. Has estado muy grave, ¿sabes? Tu organismo se debilitó muchísimo. Y no queremos tirar por la borda todo el trabajo que hemos hecho porque estés harta de estar aquí sentada.

—Ya lo sé —le contesto—. No soy una cría, y además tengo muchos dolores que me lo recuerdan constantemente.

Stella ladea la cabeza y me mira.

—Eres una gruñona. ¿Siempre eres así? ¿Como una adolescente castigada?

Quiero ofenderme y por un instante me ofendo, pero luego me descubro soltando una carcajada.

—Sí —le digo—. Sí, lo soy. Mira, lo siento. Yo tengo mis formas de encarar la situación; principalmente, esta. No soy una persona superalegre, lo siento.

Esta vez, es ella la que se ríe.

—Bueno, eso es algo que tenemos en común. Pero yo siempre intento ser amable. Como dice mi madre, no cuesta nada ser educada.

—Perdona —digo, y por un momento me siento tan torpe como una adolescente—. Es esa expresión, «residencia de cuidados paliativos» —añado cogiendo mi guitarra—. Aquí se muere la gente.

—La gente se muere en todas partes, no aquí especialmente. Tú no eres la única paciente del centro que se ha recuperado, ¿sabes? Ni siquiera la más joven. En realidad, una residencia de cuidados paliativos no es más que un hospital. Su labor es brindar hospitalidad a los necesitados, solo que hoy en día identificamos eso con la muerte, pero no tiene por qué ser así, ¿no crees? Es de la vida de lo que se trata.

—Así que has leído los folletos para recaudar fondos —contesto, y sonrío un poco, apoyada en el borde del sillón que forma parte del mobiliario de mi habitación.

Es azul, con un cojín blanco con florecitas azules. Bonito, ¿verdad? Y reconfortante. Nada que ver con un sitio a donde vas a palmarla.

—Eres muy... escéptica, ¿no? —comenta mientras me estudia con esos ojos enormes, desquiciados, como de lémur que tiene, que miran como si pudieran ver perfectamente en la oscuridad—. La mayoría de la gente que pasa por aquí...

—¿Es mucho menos exasperante? —bromeo yo, aunque sé que es verdad.

A veces, empeñarte en aparentar que todo te trae sin cuidado, además de ser agotador, te convierte en un verdadero incordio para la gente que dedica su vida a cuidarte.

—Suele alegrarse de seguir respirando —concluye Stella.

—Yo me alegro —contesto—, lo que pasa es que lo disimulo muy bien bajo esta fachada de infinita desdicha.

—La canción que estabas tocando cuando he entrado era muy alegre —observa, y tiene razón, maldita sea.

—Sí, no sé de dónde ha salido —contestó con una sonrisilla.

—Puede que este sitio te esté sirviendo de inspiración. A nuestro capellán le encantaría. Toca en un grupo, ¿sabes? Rock progresivo. Tocó en la última fiesta de Navidad. Cualquiera pensaría que es imposible cargarse una fiesta de Navidad. Pues él lo consiguió.

—Si yo fuera religiosa, me encantaría que mi capellán tocara en un grupo de rock malísimo —contesto mientras cruzo la habitación y apoyo la frente en la ventana para ver la espesa noche más allá de mi reflejo.

La residencia está rodeada por una hectárea de jardín que baja en suave declive hasta el canal. Al otro lado, se oye con regularidad la pulsación rítmica de un tren que se aleja. El Centro Marie Francis, un viejo edificio georgiano ampliado con un ala de reciente construcción, es un pequeño y amurallado oasis

de verdor en medio de las luces de neón y la vulgaridad del lugar donde crecí. Fuera, se diría que los árboles forman un muro invisible entre nosotros y el resto de esta zona de Camden tan vieja y mugrienta.

Ahora, en plena noche, casi puedes imaginarte que estás en medio de la nada, a la deriva en la oscuridad, flotando en un espacio en el que nunca sale el sol; a la deriva entre constelaciones. Me gustaría saber si Stella tiene que hacer un esfuerzo por recordar que el autobús 253 baja traqueteando por Camden Road mientras el santuario del Marie Francis se yergue detrás de su tapia de ladrillo, detrás de esa puerta de madera pintada de verde y empotrada en el muro que el personal y los familiares de los pacientes prefieren al vestíbulo acristalado y deslumbrante, que echa el cierre a las cinco de la tarde.

Entonces, inesperadamente, noto el peso de la noche presionándome las vértebras y de pronto me siento agotada.

—La verdad es que tengo muchas ganas de dormir —digo—. Voy a hacer mis ejercicios y a intentar descansar un poco. No hace falta que me mires, los he hecho un millón de veces.

Stella duda un momento, ceñuda, mientras calcula qué pasaría si insiste en quedarse.

—Muy bien —dice por fin—, te dejo, entonces. Te veo a las cinco para la siguiente toma.

No hay explicación lógica ni razonable para que me siente en la cama y me recueste en mis muchos almohadones traídos expresamente de casa. No hay nada que justifique mi certeza de que esta noche no voy a coger al aspirador ni a golpearme el tórax hasta expectorar grandes bolas de flema pringosa. No hay argumento sensato que explique por qué voy a quedarme aquí sentada, respirando despacito mientras me quedo dormida, hasta que un violento ataque de tos me despierte, como sucederá inevitablemente, desgarrando mi cuerpo como un huracán que me saliera del pecho. No hay motivo, argumento o explicación que justifique por qué no hago mis ejercicios, salvo que algunas veces me gusta fingir que soy una persona normal. Que no estoy enferma.

Y sí, sé que es grotesco.

Pero es lo que tiene vivir con la conciencia de tu propia mortalidad auestas desde que tienes uso de razón: que te vuelve un poco loca.

Querido hijo:

Trabajé mucho durante la mayor parte de tu vida. Es lo que se hacía en mis tiempos. Los hombres salían a trabajar y volvían a casa cuando los niños ya estaban en la cama. Tu madre se ocupaba de la casa y yo me ocupaba del dinero. Tuvimos nuestros altibajos, como todas las parejas, pero la cosa parecía funcionar, o eso pensaba yo. Te he visto crecer y hacer cosas con las que no podía ni soñar. Ir a la universidad, montar una empresa desde cero. Todavía no he conseguido entender del todo a qué te dedicas, y sé que eso te molesta porque crees que significa que no me importa o que no estoy orgulloso de ti. Pero no es verdad. Sí que me importa y sí que estoy orgulloso. Pero es que yo soy de otra época, y no he sido capaz de entenderlo las veces que lo he intentado.

No vas a trabajar a una oficina después de tomar un buen desayuno. Trabajas desde casa y vas a recoger a Gracie y a Stevie al colegio. Les haces la comida y les cuidas cuando están enfermos. Y cuando eran pequeños les cambiabas los pañales y te pasabas las noches en vela, dándoles biberón. Reconozco que eso me desconcertaba un poco.

Pero he tenido tiempo para reflexionar y me estaba acordando de la última comida familiar que tuvimos, la última antes de que este tumor cambiara por completo el tiempo del que disponemos. Estaba pensando en cómo te miran tus hijos, en cómo te quieren, en cómo se ríen, en lo unidos que estáis. Eres más que su padre: eres su padre y su madre. Ojalá las cosas hubieran sido distintas cuando tú eras pequeño. Ojalá hubiera llegado a casa a veces antes de que te durmieras. Ojalá hubiera sido el tipo de padre que tú eres ahora. Ojalá hubiera sido mejor padre para ti, hijo. Ojalá te hubiera dicho cuánto te quiero y que cada vez que veo tu cara me lleno de orgullo y de alegría, de una alegría mayor que la que he conocido en toda mi vida. Y de lo que más me enorgullezco es de la clase de hombre en la que te has convertido: amable, considerado, sin miedo a demostrar su afecto y a dejarse querer.

Me has dado más de lo que merecía. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo por ti.

Papá

STELLA

Poco después de las cuatro, me siento un rato con Thea en la sala de descanso de los pacientes, así, en silencio. La veo contemplar la luna a través de la ventana. Tiene a *Sombra* enroscado en el regazo, hecho una bola negra, prieta, amorfa, y posa ligeramente la mano en su lomo mientras se le cierran poco a poco los párpados. Todos los familiares necesitan ese paréntesis, ese descanso de la garra que les atenaza, la garra de la espera. Mientras estamos aquí sentadas observo que se relaja visiblemente, aunque sea solo un poco. Baja los hombros, se desdibujan las arrugas de su cara. Y entonces ese instante pasa y vuelve a acordarse, y su cuerpo se tensa de nuevo, preparándose para lo que vaya a pasar.

Lo curioso es que estando aquí me siento relajada y en paz, útil y valorada. Es cuando me ato los cordones de las zapatillas y me preparo para irme a casa cuando mi cuerpo se crispa, a la defensiva.

Nos sobresaltamos cuando de pronto se oye un estrépito fuera, en el pasillo, voces y ruido que avisan de una urgencia. *Sombra* se baja de un salto del regazo de Thea y sale por una ventana abierta. Me pongo en pie y Laurie, la otra enfermera que hoy hace el turno de noche, se para en la puerta y dirige la mirada hacia el mismo punto que yo.

—¿Un ingreso? —pregunto.

Me mira y se encoge de hombros. No somos una unidad de urgencias. Aquí no viene nadie de buenas a primeras; siempre se avisa con antelación del traslado de un paciente. Lanzo una mirada a Thea y sigo a Laurie por el sereno reino de los pasillos silenciosos, llenos ahora de personal de emergencias. Hay un paciente en una camilla y, en el centro del alboroto, una cara que reconozco aunque solamente la haya visto una vez cuando hice la entrevista: mi jefa, Keris

Hunter.

—Es Grace Somner —me dice en medio de la gente mientras llevan la camilla a la única habitación vacante.

Conozco ese nombre, aunque no la conozca a ella personalmente. Grace es una voluntaria formidable, un puntal del equipo de recaudación de fondos del Marie Francis. Hay una foto suya en recepción: una mujer de cincuenta y tantos años, con una espesa mata de cabello rubio amontonada sobre un rostro que ha conocido tiempos peores. También dirige el centro de recursos para adolescentes, no solo para chavales que sufren enfermedades terminales, sino también para aquellos que han perdido a algún familiar cercano. Les brinda un lugar adonde ir a gritar y a desahogarse, o a jugar a videojuegos sin parar, o a hablar, o a pintar.

—No tiene familia, por eso pidió en el hospital que me avisaran cuando perdiera la consciencia. Cáncer de estómago terminal. No sé por qué nos lo ha ocultado tanto tiempo ni cómo lo ha conseguido. La he traído aquí. ¿Qué iba a hacer? Si no, se morirá en el hospital sin nadie a quien conozca ni que la conozca a ella.

—Muy bien —digo—. No hacen falta explicaciones. Ve a tomar una taza de té. Laurie y yo nos encargamos de acomodarla. Nosotros cuidamos de ella.

Llega nuestro médico de guardia y se aturulla un poco cuando el personal de emergencias deja en sus manos a la enferma, y Laurie y yo seguimos sus instrucciones para medicar a Grace: montamos el gotero, le ponemos hábilmente la vía en el dorso de la mano sin hacerle daño, alisamos las sábanas frías y colocamos la almohada para que le sujete bien el cuello. Pero entretanto ella permanece sumida en un sueño profundo y sereno, seguramente debido a la dosis de analgésicos que le han administrado en el hospital. Pronto se regularán los niveles y es probable que se despierte sin saber dónde está. Tras hablar un momento con Laurie, cuando la habitación ya está despejada, me siento junto a la cama y espero a que abra los ojos. No quiero que esté sola cuando se despierte y se acuerde de lo que sucede.

Acordarse es lo peor.

Pronto llegarán las enfermeras del turno de mañana y yo me pondré mis zapatillas de deporte y volveré a casa, donde mi marido llevará horas despierto, llorando hasta dejarse los ojos en carne viva, a no ser que se haya dormido borracho. Y es siempre ahora, en este punto de la noche, al insinuarse el alba, cuando me acuerdo.

Me acuerdo de que mi marido ya no soporta mirarme.

Son casi las seis cuando giro la llave en la cerradura y abro la puerta muy despacio para que no chirrié. Contengo la respiración. La casa está en silencio. Oigo el chasquido de la aguja del tocadiscos, que Vincent siempre ha preferido a los cedés y las descargas de Internet. Respiro al ver que está dormido en el sofá, todavía en chándal. Lleva puestos aún los cascos que compró para que los vecinos no nos denunciaran por lo alta que ponía la música por la noche. Se ha quitado la prótesis en algún momento de la noche porque está apoyada contra la mesa baja, en la que hay varias latas vacías y aplastadas de Jack Daniel's con Coca-Cola.

Más tranquila al ver que duerme profundamente, entro de puntillas en la habitación y le miro con el corazón en la boca, llena de amor y deseo. ¡Dios mío, cuánto echo de menos poder mirarle sin más, y no digamos ya tocarle y sentir su contacto! Tiene la cabeza echada hacia atrás y torcida de tal manera que tendrá tortícolis cuando se despierte, y desde donde estoy veo la larga franja morena de su garganta, surcada por el lado derecho de cicatrices que se extienden por su cara hasta el arranque del cuero cabelludo, donde el pelo le crece ahora a trozos, irregularmente. Me acerco un poco y me siento en el sillón de enfrente, desde donde contemplo el arco de sus pestañas negras y espesas, su preciosa nariz algo torcida, sus brazos musculosos y tonificados cruzados sobre el pecho, estrechando con fuerza un cojín del sofá.

El anhelo de sentir el calor de su piel se me hace casi insoportable. Me pregunto qué pasaría si le abriera con mucho cuidado los brazos, retirase el

cojín protector y deslizara la mano suavemente bajo su camiseta y sintiera la firmeza de los abdominales que tanto le cuesta mantener. Si pasara la mano por el promontorio de sus pectorales, si trazara con los dedos la urdimbre de cicatrices plateadas que se extiende por su espalda y su costado. Por un instante, espontáneamente y como por voluntad propia, mi mano se alza y se tiende hacia él. Pero me detengo. No puedo arriesgarme. No puedo correr el riesgo de que vuelva a rechazarme. Tengo que averiguar de algún modo qué ocurrió el día que resultó herido, por qué todo cambió entre nosotros desde entonces. Porque, cuando lo averigüe, sabré por qué no soporta estar a mi lado, por qué no puede dormir sin música rock que sofoque el ruido de sus pensamientos y si tenemos alguna posibilidad de seguir juntos.

Por eso no le toco. Me reclino en el sillón y me quedo mirándole un rato más, hasta unos minutos antes de que suene la alarma de su teléfono y tenga que irse a trabajar. Entonces le dejo y subo la escalera sin hacer ruido, hasta nuestro dormitorio, confiando en soñar con él.

Querido Keith:

No, espera, amado Keith.

Amado Keith, tú has sido mi único amor, espero que lo sepas. Creo que sí, pero aun así debería habértelo dicho, ¿verdad? ¡Qué tonto he sido por no decírtelo más, más alto, más fuerte, más veces, constantemente! Pero siempre he creído que lo sabías.

Cruzábamos una mirada, una caricia, y en ese instante el amor que nos teníamos hacía zumbiar el aire. Nunca hemos tenido que gritarlo a los cuatro vientos, ¿verdad, Keith? Gritar nunca ha sido lo nuestro. Bueno, menos en el fútbol los sábados por la tarde: ¡qué mala suerte la nuestra, ser hinchas del peor equipo que jamás haya jugado en la Premier League!

Los sábados por la tarde siempre nos reíamos, ¿verdad que sí? Nos reíamos, cantábamos y tomábamos una copa antes de volver a casa. Cuando todos los demás se habían marchado ya y a nosotros aún nos quedaba un trecho por recorrer, nuestros dedos se buscaban y recorríamos esos últimos metros cogidos de la mano.

En fin, Keith, siempre te he querido. Nunca lo he gritado, pero ahora aquí están esas palabras, escritas sobre papel. Enmárcalas si quieres, fotocópialas mil veces y clávalas en los árboles. Pon un anuncio en el campo, cuéntale a todo el mundo que te quiero, Keith, y que la mayor alegría de mi vida ha sido siempre saber que tú también me querías.

Tuyo por siempre,

Michael

LA SEGUNDA NOCHE

5

HUGH

—¿Hola?

Entro y me quedo escuchando. Y descubro aliviado que no hay nadie más, que solamente está el gato, el único regalo que me han hecho que no puedo devolver. La chica que se quedó a pasar la noche, una chica bastante simpática de nombre Joy, se ha ido. Llevaba todo el día preocupado por si había decidido quedarse y prepararme algo de comer en un wok (por lo visto a muchas mujeres solteras les gusta cocinar al wok), pero se ha marchado.

El gato está echado en el escalón de abajo y me mira con indiferencia, como diciendo «esto es lo que hay». Es de un color negro tan denso que casi no tiene límites ni rasgos distinguibles aparte de sus ojos verdes y luminosos, que me observan con un hastío profundamente arraigado.

—*Jake* —le saludo cortésmente con una inclinación de cabeza al entrar en la cocina.

Yo nunca quise tener un gato, era Melanie quien quería, una exnovia que se aseguró de ocupar un lugar permanente en mi vida dejándome su mascota cuando se largó. Me regaló a *Jake* por Navidad para darme una sorpresa, una bolita negra y afelpada metida en una caja de cartón. Lloró cuando le dije que no quería un gato y que, de hecho, era un poco alérgico. Lloró y lloró a moco tendido, hasta que me di por vencido diciéndome que pasadas un par de semanas podía llevarlo a un refugio y fingir que lo habían atropellado. Pero al final *Jake* me duró más que Melanie. Estaba empezando a acostumbrarme a él cuando, una noche, ella dijo que no podía soportar ni un minuto más mi indiferencia y mi frialdad y se fue hecha una furia en busca de la felicidad que decía merecer. Y yo me dije, ¿de verdad soy tan mala persona? Porque yo no

me siento así; siento que tengo un corazón que late y bombea cálidamente. Aunque la verdad es que no sentí mucho que se marchara. De hecho, fue un alivio. Pero el caso es que decidí quedarme con el gato únicamente para demostrarle al mundo que sí que tengo corazón, y que solo hace falta molestarse en mirar para verlo.

Jake me sigue a la cocina con parsimonia y mira elocuentemente su cuenco de comida, listo para llevarse una decepción. Durante su breve estancia entre nosotros, Melanie le compraba toda clase de comidas, latitas *gourmet* de colorines y golosinas especiales para gatos. Teníamos todo un armario de la cocina dedicado a las exigencias culinarias del gato, que eran múltiples y complejas. Comía mejor que yo, sobre todo porque Melanie era una de esas mujeres que adoran saltar verduras. Yo me crié comiendo patatas fritas. Desde que Melanie no me llena la nevera de porquerías, todos los días le doy de comer al gato atún que compro al por mayor en el supermercado. Es lo que hay, lo tomas o lo dejas. Él se lo come y complementa su dieta con pajaritos o ratones que caza por la noche y que a menudo se trae a casa para matarlos en la cocina. Carole, otra de las conservadoras del museo, me ha dicho que eso quiere decir que me ama. Yo doy por sentado que todos los animalillos destrozados que tiro a la basura son una especie de amenaza de muerte. Más vale así.

Meto una pizza congelada en el horno y abro una lata de cerveza, saco mis notas de trabajo y las pongo en la mesa de la cocina. Enciendo la radio, la LBC, y bajo el volumen porque me gusta oírla de fondo. No lo que dice la gente, porque cuando oigo las cosas que dice la mayoría de la gente me dan ganas de cavar un búnker en medio de un bosque perdido, acumular comida enlatada y esperar el apocalipsis.

Esta noche estoy investigando el movimiento espiritista y la ola de sesiones de espiritismo con traqueteo de mesa incluido que barrió el país, el Imperio y el mundo entero en la época victoriana, para una exposición especial titulada *Más allá: cómo la ciencia trató de resolver los misterios de la muerte*. Es un título provisional. Ya se nos ocurrirá algo más pegadizo. Es lo que les digo siempre a

mis jefes. Ahora todo tiene que tener *pegada*: hasta la Historia ha de ser como un titular del *Daily Mail*. Lo cual es una suerte, porque es lo que a mí se me da bien: hacer atractivo un tema que me apasiona a personas que normalmente se apasionan con los concursos de la tele. Y además viene muy bien cuando se trata de ligar.

De pequeño, cuando fingía ser Spiderman o el Flash Gordon de los ochenta, jamás me habría imaginado que acabaría teniendo un trabajo tan prosaico como el de historiador de la cultura especializado en mentalidades del siglo XIX. Era una de esas cosas que sentía que había descubierto yo solito. Un tema del que empecé a tirar y a tirar, destapándolo poco a poco, hasta que pasó de ser una afición a convertirse en una especialidad y finalmente yo, en mi casita londinense de dos habitaciones, empecé a figurar en casi todas partes como un experto mundial.

A los victorianos les encantaba reunirse alrededor de una mesa para hablar con fantasmas.

Soy consciente, cuando me siento a la mesa que lleva en esta cocina desde que yo era un bebé (la misma mesa donde mi madre me daba de comer puré de zanahoria y a la que se sentaba mi padre después del trabajo y movía los hombros agarrotados, y torcía el gesto si se levantaba demasiado deprisa), de que estoy rodeado de fantasmas, aunque solo sean metafóricos. Es la mesa donde mi madre me dejaba dibujar sobre el mantel y donde mi padre me explicó con detalle cómo hacer una mosca para pescar; la mesa donde pedí salir a una chica por primera vez y donde me dieron rotundas calabazas. Y fue aquí donde mi madre dejó sus anillos de boda.

Es una mesa rodeada de fantasmas, recubierta por las huellas dactilares de las dos personas a las que más he querido. Personas que salieron prematuramente de escena, uno por la izquierda y otro por la derecha, antes de que llegara su hora de marcharse y la mía; que desaparecieron dejándome aquí, solo, con una mesa cargada con las esperanzas frustradas de sujetos muertos hace tiempo. Y un gato un poco resentido.

—Golpea en la mesa una vez para decir que sí y dos para decir que no —le digo a *Jake*, que se ha subido a la mesa para sentarse sobre mis papeles.

Es una costumbre peculiar que ha adquirido: le gusta sentarse sobre cualquier cosa que yo intente leer. Que yo sepa, lo hace con el único propósito de fastidiarme.

No se oye nada, ninguna respuesta como no sea la cháchara sorda de la radio y el ruido lejano de los trenes. Nada de humo misterioso ni de espejos. Ningún más allá lleno hasta los topes de muertos poseídos por el ansia incontenible de comunicarle algo urgente a Celia, Cecil o Cedric, quizás.

—¿Hay alguien ahí? —le pregunto a *Jake*, que tras pestañear lentamente se baja de la mesa, llevándose consigo un fajo de mis papeles, y desaparece por la gatera.

Solo un par de horas después, cuando entro en el cuarto de estar con la cabeza rebotando de anécdotas acerca de las médiums que cada noche celebraban sesiones de espiritismo en casas de postín de todo Londres, advierto que hay un mensaje parpadeando en el contestador, y al verlo me paro en seco.

El contestador es una antigualla, un aparato desfasado desde hace lo menos quince años, puede que más. Es tan viejo que tiene una cinta analógica, rebobinada y vuelta a grabar mil veces, aunque hace mucho tiempo que no se usa: ya nadie me llama al fijo. En realidad, lo conservo porque era de mi padre. Incluso tiene grabado aún su mensaje de saludo. Hace siglos que no lo escucho, pero me gusta saber que está ahí y que todavía puedo oír el sonido de su voz cuando me apetezca. Me saco el móvil del bolsillo y le echo un vistazo. Nada. Ni llamadas perdidas, ni mensajes de texto. Así pues, el teléfono fijo no ha sido el último recurso, un último intento de localizarme. Puede que haya sido una llamada comercial hecha al azar.

No sé por qué me pongo tan nervioso al pulsar la tecla y mientras espero a que se accione el mecanismo, chirriando y haciendo ruido. Por fin suena el largo pitido que precede al mensaje grabado y espero, pero... nada, solo silencio. No, silencio no. Rebobino la cinta y vuelvo a escucharlo, arrodillado en la moqueta

para pegar la oreja al altavoz. Esta vez oigo un chisporroteo, un ruido lejano de coches, puede que el susurro de una inhalación. Hay —había— alguien al otro lado de la línea. Pero no ha dicho nada.

Se apodera de mí un deseo urgente de saber quién ha llamado. Sí, seguramente era algún charlatán que intentaba venderme algo, me digo mientras marco el 1471: un teleoperador desde Nueva Delhi, o algo acerca de un accidente de coche por el que tal vez pueda recibir una indemnización, pero tengo que cerciorarme. El tono de llamada suena una y otra vez y yo lo dejo sonar, incapaz de romper ese tenue vínculo con el desconocido que ha intentado ponerse en contacto conmigo. Parece pasar una eternidad hasta que por fin alguien contesta.

—Eh, ¿sí? —pregunta una voz de hombre, joven e inconfundiblemente londinense.

—Sí, he recibido una llamada desde este número —digo tratando de parecer indiferente y de ocultar la extraña e irracional desazón que parece haberse adueñado de mis entrañas—. Tenía una llamada perdida, una llamada de hoy.

—Es una cabina, tío —contesta el hombre. Parece muy joven.

—¿Podría decirme dónde está? —pregunto—. Si no le importa.

—Al final de Shapland Road, enfrente de la hamburguesería —contesta, y cuelga.

Me quedo escuchando el pitido de la línea unos segundos más y finalmente cuelgo. Doy media vuelta y me sobresalto al ver que *Jake* ha vuelto y me observa con curiosidad desde la barandilla en la que se ha posado, desafiando patentemente la ley de la gravedad.

—¿Quién me habrá llamado desde la cabina del final de esta calle? —le pregunto.

Pero él tampoco tiene ni idea.

6

HOPE

—Voy a entrar —advierde Ben frotándose las manos como un villano de James Bond.

—Ni lo sueñes.

Tiro de él, pero se zafa de mí y sale al pasillo con mi guitarra agarrada del mástil, consciente de que al final tendré que seguirle, como Shaggy sigue a Scooby. Hoy es el día en que un grupo de voluntarios viene a tocar para los reclusos, digo, para los pacientes. La semana pasada vino un tipo que tocaba la guitarra acústica y llevaba unos vaqueros tan apretados que cuando estaba sentado en el taburete que pidió prestado en la cafetería se le marcaba el paquete. Esta semana no ha habido tanta suerte. Esta semana tenemos al Hombre Acordeón, que está cantando «Here comes the sun». Aunque quizá «cantar» no sea el término más adecuado: es como si Terry Wogan hubiera resucitado de la tumba con un ramalazo folk. Ah, no, espera, no estoy segura de que Terry Wogan esté muerto. Pero, en fin, ya os hacéis una idea. He pensado en esconderme en mi habitación y esperar a que pase este espectáculo lamentable.

Pero Ben, cómo no, quiere participar: es incapaz de resistirse al impulso de ser el centro de atención. Absorbe la admiración de los demás como una esponja reseca, así que es una suerte que a la mayoría de la gente le caiga bien a primera vista. A veces me pregunto si es un talento que desarrolló durante su infancia a fuerza de intentar en vano que su madre le hiciera caso.

Entra en la sala de descanso de los pacientes y yo me quedo rondando en la puerta, esperando a ver qué hace antes de decidirme a entrar, no porque me abochorne presenciar su total falta de sentido del ridículo, sino porque necesito

un instante para que se me desacelere el corazón: por lo visto, mi cuerpo ha interpretado el corto trayecto como si fuera un maratón. El dolor que noto a todas horas se intensifica durante un rato y tengo que concentrarme en respirar, a la espera de que vuelva a convertirse en una molestia sorda que, con un poco de esfuerzo, puedo sofocar hasta casi olvidarme de su existencia.

La sala está llena de familiares y niños sentados en sofás y arrellanados en pufs. Hay juguetes desperdigados por el suelo y el ambiente está cargado de un calorillo que no procede de la calefacción radiante. Mi pequeña familia, formada por mamá y papá, no está aquí esta noche. Se marcharon cuando llegó Ben para echarme un ojo, pasándole el testigo con un movimiento hábil, casi imperceptible. Mamá se puso colorada cuando Ben empezó a coquetear con ella descaradamente. De pronto les echo de menos con una intensidad que no es propia de mí. Miro a las familias reunidas aquí esta noche, por cortesía de la Muerte y el acordeón, y percibo todas esas horas de desvelo y de angustia oscilante, pero sobre todo advierto una especie de optimismo. La sensación de que la vida no es tan mala si puede ser así, como durante estos instantes de rara perfección, aunque sea fugazmente.

Ben no es, que digamos, el mejor cantante del mundo, pero lo que le falta en afinación lo compensa con su encanto. El Hombre Acordeón parece un poco mosqueado cuando Ben se une a la actuación, pero, al ver las sonrisas de su público rendido, sonrío y asiento y empieza a acompañarle flexionando las rodillas. Desde mi puesto en la puerta, veo que una niña pequeña se baja de las rodillas de su madre y empieza a bailar en círculos a los pies de Ben. Y veo que la madre, envuelta en una bata de color morado claro, sonrío, lo que a su vez hace sonreír al padre de la niña, cuya expresión de intensa preocupación se relaja momentáneamente. Puede que ese sea el mayor talento de Ben: ese don que tiene para hacer que casi todas las personas con las que se encuentra dejen de pensar en sí mismas y empiecen a pensar en él. La verdad es que debería hacer algo más con su vida, aparte de convencer a personas desprevenidas para que suscriban contratos de teléfono que no necesitan. Debería brillar; debería

ser una estrella. Creo —no me gusta reconocerlo porque es una mierda—, pero creo que hay una parte de mí que quiere que Ben siga siendo pequeñito e inseguro, porque si de pronto descubriera el talento que tiene para vivir pasaría de mí y me dejaría muy atrás, en mi minúsculo mundo de cuatro paredes.

Canto para mis adentros, siguiendo a Ben y al Hombre Acordeón. Siento vibrar cada nota dentro de mí, rebotando en mis entrañas vapuleadas y maltrechas como la bola de una máquina de *pinball* de carne y hueso, y me doy cuenta de que, a pesar de lo débil que estoy, podría cantar mucho mejor que ellos. Pero no lo hago. Me limito a mirar y a sonreír cuando Ben, uno de los músicos espontáneos con más descaro que jamás haya actuado ante un grupo de incautos espectadores, coquetea con las mujeres, guiña el ojo a los hombres y hace el tonto con los niños, consiguiendo que las sonrisas cundan por toda la sala.

—¿Qué tal esta? ¿La conocéis? —pregunta cuando termina la canción entre risas y aplausos y empieza a tocar «One love» de U2.

El Hombre Acordeón se encoge de hombros sabiéndose fuera de su elemento y se sienta. Pero ni siquiera él se lo toma a mal, porque ese es el don que tiene Ben: el don de hacerse querer por todo el mundo instantáneamente y de responder en reciprocidad. Nunca, ni por un segundo, se le ocurre pensar que algo pueda salir mal.

—¿Por qué no entras y te sientas con los demás? —pregunta Stella detrás de mí—. Tu amigo se ha integrado perfectamente. Tiene un carácter muy... expansivo.

Me vuelvo para mirarla. Los ojos oscuros en la cara estrecha y flaca le dan un aspecto de singular intensidad, como si lo sintiera todo más vivamente que los demás, incluso que yo misma. Me pregunto qué secretos guarda para que afloren esas sombras en sus mejillas hundidas y en sus cuencas oculares.

—Ben no se integra —le contesto—. Se lleva de calle a todo el mundo.

—Bueno, pues no seas tú la única que se queda fuera —me dice observando a Ben, que aúlla con la cabeza echada hacia atrás—. Es un cielo por venir a verte

todas las noches.

—Sí, es muy cumplido para esas cosas. Verás, me lo prometió —le explico—. Y él nunca rompe una promesa. Le dije que no hacía falta, que estaba en la gloria leyendo y viendo películas, pero está convencido de que no puedo pasar veinticuatro horas sin verle.

Stella sonríe, indecisa.

—Cuando empecé a salir con mi marido, me acuerdo de que no paraba de lucirse para impresionarme. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de que me riera, o le gritara, o le pegara. Le encantaba, le encantaba llamar mi atención. Y tengo que decir que tu Ben me recuerda un poco a esa época, ahora mismo. ¡Fíjate! Es tan vital, ¿verdad?

Le miramos las dos mientras canta con la cabeza echada hacia atrás, la garganta al aire y los ojos cerrados, absorbiendo toda la energía de la sala.

—No es *mi* Ben —contesto, incómoda—. Y, además, a Ben le gusta ser el centro de atención, nada más. Es el típico payasete que siempre tiene que dar la nota.

—O puede que lo que le guste sea que le hagas caso, ¿te has parado a pensarlo alguna vez? —me pregunta Stella con una nota de picardía que yo no había visto hasta ahora.

Suelto un soplido.

—Ben y yo no nos gustamos en ese sentido. Me ha visto expulsar flemas muchas veces, y yo le he limpiado el vómito de la barbilla más de una vez después de una noche de juerga.

Esos ojos oscuros me observan un instante más, guardando sus secretos, reservándose sus cavilaciones.

—¿Ves a Issy, la del rincón? —pregunta indicándome con la cabeza a una chica acurrucada en un sillón que parece tragársela por completo—. Tiene catorce años. Eres la persona de edad más parecida a la suya que hay por aquí. Su habitación está enfrente de la tuya y está obsesionada contigo. Cada vez que entro, intenta sonsacarme sobre ti. Le pareces muy guapa e interesante. ¿Quieres

ir a decirle hola? Le darías una alegría.

Dudo mirando a la chica, menuda y delgada. Es evidente que se siente avergonzada ante ese chico tan guapo que hace monerías delante de ella. Me parece horriblemente injusto que, incluso estando tan enferma, una tenga que seguir estando a merced de la adolescencia. Siento su dolor.

—O podríamos seguir hablando de Ben y de sus verdaderas intenciones respecto a... —bromea Stella.

—Pensaba que eras una mujer sensible —le digo—. Una especie de Anna Karenina vestida de enfermera.

—Ni idea. ¿Es una película? —me pregunta—. ¿Qué personaje de películas serías tú? A lo mejor Ben y tú sois como Baby y Patrick Swayze...

De pronto me parece una idea estupenda ir a sentarme junto a Issy y preguntarle qué música le gusta e intentar soslayar su mala salud. En eso, al menos, soy una experta.

—En una escala del uno al diez, ¿qué nota le pondrías a este horror? —le pregunto señalando a Ben, que continúa dando alaridos.

—La verdad es que a mí me gusta —contesta Issy—. Me gusta el ruido, casi cualquier ruido, aunque el del Hombre Acordeón no. Ese no me gusta nada.

—¡Ja! Yo también le llamo Hombre Acordeón. —Nos sonreímos mutuamente—. ¿Qué música te gusta? —le pregunto.

—Pues no sé, la que hay en el iPod de mi madre. Aunque la verdad es que prefiero leer.

—¡Yo también! —exclamo, y esta vez sonrío de oreja a oreja—. Qué buen gusto tienes.

—No, qué va —confiesa—. Lo que pasa es que tengo un montón de tiempo que gastar, y muy poco, a la vez. Leo cualquier cosa y casi todo me gusta, pero algunos autores me gustan más que otros. Leer es un poco como viajar en el tiempo, ¿verdad? Los libros te sacan de tu mundo y te llevan al de otra persona. La pena es que en algún momento tengas que volver al tuyo. ¿Y a ti qué te pasa? No pareces enferma, la verdad.

La pregunta me pilló por sorpresa.

—¿Yo? Fibrosis quística. Es como tener una infección pulmonar horrorosa y estar al mismo tiempo estreñida toda tu vida, que suele ser bastante corta. Pero, ya sabes, no es... —Hago un gesto ambiguo, dándome cuenta de que he tomado un rumbo que apenas un minuto antes me estaba diciendo a mí misma que debía evitar. Nunca le hables de la muerte a un crío en estado terminal.

—Cáncer —concluye ella—. Que es una puñetera mierda. —Agranda un poco los ojos después de soltar la palabrota como si temiera meterse en líos.

Yo miro a su madre, que está sentada a su lado, con la que supongo que es su hermana pequeña en el regazo, y me inclino un poco más hacia ella.

—Sí, menuda putada —digo, y se ríe tapándose la boca con las manos.

—¡No puedes decir eso!

—Creo que acabo de decirlo. —Bajo la voz un poco más—. Pero no se lo digas a tu madre.

Ben se ha metido al público en el bolsillo. Hay un niño pequeño, nieto de alguien, creo, que baila alrededor de sus piernas, y Edward y Saul, dos de los pacientes más ancianos, están dando palmas, cada uno a su ritmo. De pronto siento un arrebato de cariño hacia él por haber salvado la velada de las garras de un voluntario bienintencionado pero falto de talento. Y por haber llenado la sala de risas, en lugar del aplauso cansino y voluntarioso de costumbre. A veces me olvido de lo maravilloso que puede ser.

Bajo la mirada al darme cuenta de que Issy me observa.

—Es guapo. —Señala con la cabeza a Ben, que sigue cantando a pleno pulmón—. ¿Besa bien?

—¡No es mi novio! —exclamo como si yo también tuviera catorce años—. Además, los chicos están sobrevalorados. Los libros son mucho mejores, créeme.

—Entonces, ¿has tenido muchos novios? —me pregunta con curiosidad.

—Ochenta y siete, por lo menos —contesto—. Bueno, vale, solamente dos, y los dos eran... —Miro a su madre, que finge no estar escuchando cada palabra

mientras su hija pequeña se levanta para ir a bailotear con el otro pequeño—. Unos capullos.

Issy vuelve a reírse, tan fuerte esta vez que Ben nos mira levantando una ceja. Ella se ríe todavía más al verlo y se pone colorada, y esa pincelada de color realza sus bonitas facciones, dejándome entrever a la chica que podría haber sido. Cuando se ríe le brillan los ojos y le salen dos pequeños hoyuelos en las mejillas. Ninguna de las dos hace caso de la medicación que el gotero colocado a su lado introduce a ritmo constante en su organismo. Preferimos fingir que no está ahí.

—Esta es una experiencia fantástica —dice Issy—. Es un momento estupendo.

—Sí, es la monda —contesto, y sonrío a Ben, que gira y baila con los dos pequeños.

—No, no es solo eso —insiste Issy—. Es un momento feliz. ¿Lo ves? — Señala a su madre, que se ríe mientras mira a su hija pequeña—. Hacía mucho tiempo que no veía así a mi madre. Me alegro mucho de estar viéndolo ahora.

A Ben se le agota por fin el repertorio y hace una reverencia y luego otra, y otra más de propina, se acerca a nosotras y se sienta en el suelo, apartándose de un soplido el flequillo de la frente con una sonrisa.

—¿Te ha gustado? —le pregunta a Issy, que, muerta de vergüenza, es incapaz de levantar la vista de su regazo.

—Tengo un libro que creo que puede gustarte —le digo, ansiosa por ahorrarle la penosa experiencia de estar junto a un chico atractivo—. Enseguida vuelvo. Ben, acompáñame.

Sin darse cuenta de nada, se levanta y me sigue, saludando una última vez a sus fans, que de pronto parecen más interesados en la atracción principal de la noche: *Albie*, el labrador terapéutico.

—Ha sido la bomba —dice.

Me rodea con el brazo al entrar en mi cuarto y me estrecha con fuerza, aplastándome la nariz contra su pecho. Me concedo el lujo de descansar un

instante, de sacar fuerzas de su presencia mientras siento que la debilidad y el dolor de fondo vuelven a insinuarse en mis pensamientos. Luego me escurro tercamente de su abrazo porque resulta demasiado tentador quedarse allí y sería, además, un poco violento después del incidente, presunto, del beso de la muerte.

—He estado genial —continúa—. Y son un público estupendo. Oye, a lo mejor podríamos dar un concierto en toda regla. ¡Podría traer a mi grupo y actuar aquí!

—Estás como una cabra —le digo cariñosamente, consciente de que es muy capaz de hacerlo—. Pero eres alucinante. Gracias por salvar a los internos del Hombre Acordeón.

—Ha sido un placer. —Da un paso atrás y me mira de arriba abajo—. Tienes mejor aspecto, ¿sabes? Sí, hay un poco de color en esas mejillas regordetas.

—Venga ya, pero si he estado haciendo la dieta del moribundo —protesto mientras busco el libro para Issy—. ¡Mi intestino casi no absorbe los nutrientes! No estoy regordeta, es que soy muy bajita, que es distinto.

—No estás regordeta, eso es verdad. Eres esbelta como una vara de sauce —contesta Ben.

Se hace un silencio cargado de tensión.

—En fin... —digo.

—¡Vamos a tomar una pinta! —Baja la barbilla y me mira. Es su golpe maestro: he visto mil veces a una chica quedarse muerta al ver esa mirada—. Vamos a salir a que nos dé un poco el aire de la noche.

—No seas tonto. ¿Es que no me has oído? He estado al borde de la muerte. Casi no puedo ni andar hasta el final del pasillo sin sentir que me arde el pecho.

—Ya lo sé, pero el objetivo es que salgas de aquí, ¿no? —Sonríe—. Hay un *pub* enfrente, literalmente enfrente, y además está muy bien. Hace una noche templada, por una vez no está lloviendo y te sentará bien tomar el aire y dar una vueltecita, hacer un poco de ejercicio. Además, lo he consultado con esa enfermera que te taladra con la mirada y ha dicho que vale, siempre y cuando

estés aquí a las diez. Así que, ¿qué me dices? ¿Nos tomamos una rapidita? Son órdenes del médico. O de la enfermera, mejor dicho.

—Estoy en pijama.

—¡Pues cámbiate!

—Y tengo que llevarle este libro a Issy. —Cojo el libro de mi mesilla de noche y lo sostengo como un escudo—. Íbamos a hablar de él.

—¿Issy es esa chica con la que estabas hablando?

Asiento.

—Dale el libro de camino. Mañana hablarás con ella.

—Puede que mañana ya no esté aquí —contesto, y su expresión se suaviza.

—Sí que estará. He visto cómo la has hecho reír. Le brillaban los ojos. Estará aquí mañana. Y, por cierto, me parece maravilloso que hables con ella y que la hagas reír.

—Y yo odio que hagas esto —respondo.

—¿El qué? —Se pone a revolver la ropa que hay en el respaldo de la silla y me tira unos vaqueros.

—Intentar que salga de mí misma. No quiero salir de mí misma. Me gusta estar aquí dentro.

—Ya —dice, y se arrima a mí para ponerme una sudadera encima de la camiseta; me viste como si fuera una niña torpona—. Pero es que tú no te das cuenta de lo obvio.

—¿De qué? —pregunto.

—De que, cuando te encierras dentro de tu cabeza, te echo de menos.

Y así, sin más, se ha salido con la suya.

STELLA

Son las seis y fuera todavía es de noche; el año está demasiado avanzado para que despunte siquiera el alba antes de que llegue a casa. Una densa oscuridad se extiende aún sobre el zumbido de las farolas, excepto cuando, aquí y allá, la luna creciente se asoma detrás de las nubes. Me ato las zapatillas con sumo cuidado; no quiero que los nudos se me desaten mientras corro, porque cuando empiezo ya no quiero parar. El golpeteo rítmico de mis pies sobre la acera, esa vibración que atraviesa las suelas y me llega hasta los muslos, se convierte en mi latido cardíaco. Si paro, flaqueo y me cuesta empezar de nuevo.

Antes no iba corriendo a ninguna parte. Tampoco solía ir caminando a ningún sitio, salvo el verano que conocí a Vincent. Me gustaba mi coche. Me gustaba el poder y la libertad que me daba: la certeza de que, pasara lo que pasase, si quería podía coger mis llaves y poner tierra de por medio antes de que se hiciera de noche. Podía empezar de cero, iniciar una nueva vida donde nadie me conociera. Eso fue hace tiempo, antes de tener a alguien que me importase, cuando empezar de cero todavía entraba dentro de lo posible.

Mis padres, en fin, siempre han estado tan enamorados que, más que padres, parecían ser para mi hermano y para mí unos guardianes cariñosos y benévolo. Cuando mi hermano se enamoró también perdidamente y se fue a vivir a Devon con su esposa y mis padres se retiraron a una casita de campo donde por fin pudieron disfrutar ininterrumpidamente de su mutua compañía, no me importó en absoluto quedarme sola. Porque tenía la esperanza de conseguir algún día esa misma felicidad.

Y así fue. Conocí a Vincent, tan grande, fuerte y maravilloso, con sus muslos largos y potentes y un trasero tan firme que se podía arrojar un penique sobre él

y rebotaba. Lo sé porque probé a hacerlo una vez. En aquel entonces estábamos casi siempre desnudos, inmersos siempre en alguna actividad que nos mantuviera unidos físicamente. Sus dedos se entrelazaban constantemente con los míos, mis brazos rodeaban siempre su cintura, nuestros muslos se tocaban sin cesar y nuestras pieles desnudas, sedosas y cálidas, resbalaban deliciosamente la una sobre la otra. Gravitábamos continuamente el uno hacia el otro. Yo era su Luna y él la Tierra, o puede que yo fuera la Tierra y él el Sol, porque en aquellos tiempos Vincent irradiaba calor: la fuerza de la vida brillaba en él. Y todavía brilla, supongo, aunque ahora sea una fuerza distinta: un huracán de furia que todo lo abarca.

Estar en plena forma era muy importante para él: le encantaba estar fuerte y ágil. Aquel primer verano, esa época dorada en la que nos conocimos mientras él estaba de permiso, aprovechaba cualquier excusa para quitarse la ropa y andar por ahí desnudo, con la piel bruñida. Muchos de sus compañeros llevaban tatuajes, pero Vincent no. Tenía la piel limpia y tan fresca como el día que nació. Los desconocidos podían pensar que era un engreído porque no le conocían. Si yo hubiera sido otra chica, sentada en el parque, y le hubiera visto pasar como un gallito en su gallinero, habría pensado: «ese está encantado de conocerse». Y luego me habría echado un vistazo a mí misma: baja, morena, del montón, y habría pensado que tenía que ser una pesadilla estar con él, siendo así. Pero yo nunca sentí eso con Vincent porque le conocía. No era vanidoso. No le importaba su aspecto ni lo que la gente pensara de él. Las chicas le miraban cuando salía, pero él ni siquiera lo notaba. No pretendía pavonearse; simplemente, le encantaba sentirse vivo, lo más vivo posible. Le encantaba sentir el dolor de sus músculos y el latido de su corazón, el sol en la espalda y la lluvia en el pelo. Le apasionaba. Nunca he conocido a otro hombre que se sintiera tan a gusto en su cuerpo como se sentía Vincent en el suyo, hasta la punta misma de los dedos.

Se reía de mí, sentada desnuda en la cama comiendo patatas fritas mientras él hacía flexiones, y yo me reía de él.

—Deberías venir a correr conmigo —me dijo al principio de nuestro noviazgo, y yo meneaba la cabeza.

—Y tú deberías quererme tal y como soy —contesté yo—. Con mis flacideces. El día que nos conocimos te dije que soy una perezosa. En el hospital no me siento ni un momento, así que cuando no estoy trabajando me gusta tumbarme. Y comer.

—Ya lo sé, y te quiero tal y como eres.

Me agarró por la cintura y me levantó en volandas como si no pesara unos setenta y cinco kilos; o incluso ochenta, si alguna vez me acercaba a una balanza, cosa que no hacía nunca.

—Sobre todo, tus flacideces, de hecho. Pero no lo digo por eso. Lo digo por el bienestar que produce sentir el suelo bajo las plantas de los pies, el olor del aire... Te sientes fuerte, no sé, invencible. El ejercicio es mejor que cualquier droga. Quiero que tú también sientas eso.

—¿Y cómo sabes que es mejor que cualquier droga? —bromeé—. Tu cuerpo es un templo. Ni siquiera tomas cafeína.

A veces, en días como aquel, Vincent me tumbaba en la cama, o en la alfombra, y me besaba todo el cuerpo hasta que le suplicaba que parase. Nos reíamos sin parar, en aquellos primeros tiempos. Cada día que pasábamos juntos era como el primero, quizá porque Vincent pasaba mucho tiempo fuera, porque nuestras separaciones eran tan largas que cuando estábamos juntos nos moríamos de ansia, febriles y desesperados por aprovechar cada segundo.

El día que me compró estas zapatillas de correr fue un día estupendo, lleno de sol, con un cielo inmenso e inmaculado. Se plantó delante de mí con una rodilla en el suelo y me ofreció la caja de zapatos como si fuera un anillo en un cojín de terciopelo.

—Las mejores del mercado —me dijo con orgullo.

—¡Y rosas! —grité, mirando las zapatillas de color neón—. ¡Me has comprado unas zapatillas rosas porque soy una chica! ¡Machista!

—A ti te gusta el rosa —contestó, todavía de rodillas—. Tus cortinas son

rosas, tu edredón es rosa, tienes un cepillo de dientes rosa y un montón de ropa interior rosa. Te las he comprado rosas porque te gusta el rosa, cariño.

—Ya, pero cuando yo elijo algo rosa es porque me gusta. Pero cuando lo haces tú es una afirmación patriarcal, la prueba de que esperas que me amolde a tus ideales masculinos —repliqué en broma.

—Vete a la mierda —contestó riendo—. Joder, pero si hasta tu coche es casi rosa. Bueno, ¡morado! En fin, da igual el color, lo que importa es que son de la talla perfecta para que salgas a correr: tu número de zapato y medio número más para que no te rocen los dedos.

Aquello hizo que le quisiera todavía un poquito más, así que acepté las zapatillas.

El primer día que salimos a correr juntos, fui arrastrando los pies y quejándome. Lloriqueé como una niña pequeña, y Vincent me prometió un helado mientras corría en círculos a mi alrededor. Por fin dejó que le esperara en un banco del parque, al sol, con mi helado que se derretía a velocidad vertiginosa, mientras él desaparecía por la cresta de la colina. Yo seguía allí, dormitando mientras escuchaba las quejas de los niños y el ladrido de los perros, cuando regresó reluciente de sudor y se dejó caer en el banco, a mi lado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal te ha ido? —le pregunté, y dejé que cogiera mi helado y se lo acabara.

—Ha sido como volar —me dijo—. ¡Como lanzarse por un precipicio y flotar en el aire! Mejor que el helado, mejor que el sexo...

Vi el brillo de guasa de su mirada cuando me lancé hacia él y un poco de helado se desparramó entre nosotros, frío y pegajoso. Vincent me agarró y me abrazó, y nos reímos tanto que me corrían lágrimas por la cara. Una señora mayor que pasaba por allí se nos quedó mirando, chasqueó la lengua y meneó la cabeza. Casi se la oía decir: «Ya aprenderán».

Pero yo decidí en ese mismo instante que no aprendería nunca. Que *nunca* podría dejar de querer a aquel hombre. Que nunca nada se interpondría entre

nosotros.

—Estás preciosa —me dijo Vincent, ensimismado, mirándome intensamente a los ojos como hacía a menudo, cuando de repente todo parecía, o me lo parecía a mí, sobre todo, tan intenso e importante—. Tú eres lo único que importa, ¿sabes? No he sabido lo que era el miedo a morir hasta que te he conocido.

—Eres muy poético para ser militar, ¿no? —contesté, y rehuí su mirada porque por un instante sentirme tan amada me pareció un poco peligroso, como si estuviéramos provocando al destino, tentándole a venir a desbaratar nuestra felicidad.

Vincent me besó con pasión, dejándome impregnada de sudor. Estábamos tan conectados que parecía que todas nuestras moléculas vibraban al unísono.

Quizá por eso puse más empeño la siguiente vez que me llevó a correr. Todavía sentía que una enorme plancha de hierro comprimía mis pulmones y le dije que tenía la impresión de que iba a darme un infarto. Me contestó que así sería, en efecto, y no tardaría mucho si seguía pasándome la vida sentada. Dijo que necesitaba que viviera más que él porque no soportaría vivir sin mí, y yo seguí corriendo: a base de amor, me convenció para que siguiera intentándolo. Le seguí obstinadamente, rezando porque llegara el momento en que me permitiera parar.

Un día, después de aquello, se puso a llover y me calé hasta los huesos. Acabé con el chándal cubierto de barro. Cuando llegamos a casa, Vincent me quitó la ropa empapada y me hizo meterme en la ducha con él. Estaba demasiado agotada para sentirme sexy, mientras él me lavaba de arriba abajo, arrodillado delante de mí, con el agua corriéndole por los hombros. Me masajé los muslos y besó mi pubis. Resolví entonces que no me importaba cuánto corriera ni lo mucho que me doliera. Merecía la pena, porque estaba decidida a seguirle a todas partes. Nunca le dejaría.

Luego, un día, poco antes de que Vincent partiera otra vez en misión al extranjero, iba siguiéndole por el sendero del canal mientras los árboles desgranaban sobre nosotros sus flores primaverales cuando me di cuenta de que

estaba *gozando*. Correr había dejado de ser cosa de Vincent, una tortura para mí, y se había convertido en algo *nuestro*. Algo que compartíamos. ¡Ah, qué pareja tan ufana formábamos, saliendo a correr juntos cada mañana cuando estaba en casa de permiso! Si alguna vez se lo comentaba a mis amigos, se metían los dedos en la boca y fingían vomitar. Nuestros amigos: en aquel entonces teníamos un montón de amigos; estábamos rodeados de gente. Ahora ya no los tenemos. Nos mudamos cuando Vincent dejó el ejército y él no quiso que siguiéramos en contacto con los amigos de antes o, por lo menos, con los míos. Sus compañeros del ejército son otra cosa: son la familia que nunca tuvo.

Ahora, Vincent tiene a su alrededor un montón de gente maravillosa que le anima, que le impulsa a seguir adelante, que le inspira para poner en juego el tesón, el esfuerzo y la dedicación que despliega cada día ante el mundo exterior, de puertas para afuera. Yo, en cambio, ya no le tengo, y él tampoco parece necesitarme. Ni siquiera estoy segura de cómo ocurrió; solo sé que, después de resultar herido, todo cambió, incluida nuestra relación. Cambió porque él ya no era el mismo, porque, cuando dejó de quererme, descubrí que yo no quería seguir siendo quien soy.

Desde fuera todo parece ir, si no bien, al menos pasablemente. Hace año y medio que un ataque con misiles mató a uno de sus compañeros de unidad y dejó heridos a tres. Año y medio desde que escapó de la muerte, y ya está recuperado del todo, al menos físicamente.

Recuerdo cuando me dieron la noticia.

Yo trabajaba entonces en un equipo de emergencias y estábamos tratando de salvarle la vida a una niña pequeña que se había puesto delante de un coche. La madre se había quedado a un lado, gritando, mientras su hija salía despedida. Tenía heridas en la cabeza y graves lesiones internas; las fracturas de huesos eran casi lo de menos. Estábamos esforzándonos, como hacíamos siempre, por pararle los pies a la muerte, por derrotarla y ahuyentarla. Éramos un equipo de traumatología, sabíamos lo que hacíamos. Éramos gladiadores, expertos: temerarios, audaces, quizás un poco chulitos. Estábamos convencidos de que, si

hacíamos bien nuestra tarea, si seguíamos el protocolo, teníamos muchas probabilidades de despachar a la Muerte con las manos vacías. Ese día, el día en que me enteré de lo que le había ocurrido al amor de mi vida, sabíamos que íbamos por el buen camino, que salvaríamos la vida de aquella niña. Sería duro, pero lo conseguiríamos.

Y entonces me llamaron y me dijeron que Vincent estaba herido grave y que iban a trasladarle por avión primero a Camp Bastion para estabilizarle y luego a Birmingham. Lo primero que pensé fue que no podía volver al quirófano a atender a la niña. No podía porque, si ese día solamente podía salvarse una vida, no quería que fuera la suya.

Fue un pensamiento siniestro, una idea terrible, irracional, egoísta, pero eso fue lo que se me pasó por la cabeza. Y ahora, a veces, me siento obligada a pensar en ello; me fuerzo a pensarlo, a pensar en las extrañas alternativas que creemos que nos plantea el cosmos, en las promesas que hacemos, en las plegarias que dedicamos a un dios en el que ni siquiera creemos. Llévatela a ella, no a él. Por favor, Dios mío, no te lo lles.

Me mandaron a casa, claro. Otra enfermera ocupó mi puesto y cumplió mi tarea, y la niña se salvó. Recuerdo que me pareció que pasaban siglos antes de que llegara por fin la llamada que me informó de que Vincent se hallaba lo bastante estable para ser trasladado al Reino Unido y que los médicos opinaban que iba a salir adelante. Subí a mi coche morado y me fui derecha a Birmingham. Quería estar a su lado en cuanto llegara.

Estuvo en estado crítico un tiempo, pero en el hospital se ocuparon de todo con rigor militar, a pesar de que no era un hospital del ejército. Las enfermeras me acogieron bajo su ala y me trataron especialmente bien porque era una de las suyas. Me contaron que las plantas ocupadas por militares heridos las dirigían con régimen marcial: estar rodeados de personas uniformadas, tener una rutina, compañeros de armas, todo ello contribuía a que los hombres y las mujeres a los que atendían sanaran de sus heridas. Cuando el estado de Vincent lo permitió, fue trasladado a Headley Court para que le pusieran una pierna ortopédica y

aprendiera a caminar de nuevo. En aquella época, durante aquellos cuatro meses, no le vi apenas. Él no quería que fuera a visitarle. Decía que no quería que volviera a verle hasta que pudiera sostenerse de nuevo sobre dos pies.

Yo me resistí, claro. Aunque no quisiera verme, yo quería verle a él. Saber por lo que estaba pasando, saber que podía estar a su lado, verle, tocarle mientras pasaba por una experiencia casi insoportable. Pero él insistió, inmune a mis súplicas. Me dije que era su forma de afrontar la situación, de conservar la dignidad. Pensé, ¿qué son unos pocos meses si así se siente mejor? Hablábamos todos los días. Nos mandábamos correos, hablábamos por Skype, y de ese modo nos permitíamos creer que nada había cambiado, que todo seguía igual, porque a fin de cuentas la nuestra siempre había sido una relación a larga distancia.

Después, el día que fui a recogerle, me recibió en lo alto de la escalera, alto y erguido, y yo me lancé en sus brazos. Y mientras corría pensé, ya está, se acabó, ahora empieza de veras nuestra vida juntos como marido y mujer. Se nos había concedido un milagro: Vincent vivía mientras que otros habían muerto. Había sobrevivido y sanado, y podía seguir adelante, hacer lo que quisiera. Los meses de angustia, preocupación e incertidumbre habían terminado; en aquel instante, todo volvía a su curso normal.

Fue en el coche, mientras volvíamos a casa, cuando me dijo que iba a dejar el ejército.

Me quedé de piedra.

—Pero no tienes por qué dejarlo, ¿no? ¿No te han...? Quiero decir que no te han dicho que tengas que dejarlo.

—No —contestó—. Podría seguir. Hay muchos puestos que podría ocupar. Hoy en día ni siquiera te descartan para el servicio activo.

—Sí, cuando estuve en Birmingham contigo, esas primeras semanas tan horribles, me informé sobre los trabajos que podías hacer después. Oficial de enlace, por ejemplo. Trabajar con veteranos, labores de apoyo... Incluso podrías volver a tu unidad con el apoyo necesario...

—Ya lo sé —contestó en tono tajante—. Creía que te alegrarías. De tenerme en casa, fuera de peligro. Yo... no quiero volver. No estoy... —Hizo una pausa y pensé que iba a decir algo más, a contarme qué le había hecho cambiar, pero acabó la frase dejándome claro que su decisión era firme—. No voy a volver.

—Claro que me alegro. —Alargué la mano para tocar su rodilla, y me acordé a destiempo de que su rodilla ya no estaba allí, y retiré tontamente la mano—. Claro que me alegro, es solo que... ¿Qué vas a hacer?

—Bueno, puedo hacer lo que me apetezca —respondió mirando por la ventanilla—. Es lo que dice todo el mundo.

—¿Y qué te apetece hacer? —pregunté.

—Lo primero de todo, tomarme una cerveza —dijo—. Y, después, otra.

LA TERCERA NOCHE

8

HUGH

No me entusiasma el invierno: no me gustan las tardes oscuras, ni volver a casa caminando con el frío. Me gusta el calor del verano: las gafas de sol, las chicas con vestidos veraniegos, el atisbo de una piel morena o un escote. A mi madre, no. A mi madre, la estación que más le gustaba cuando yo era pequeño era el invierno. Solía decir que le encantaba correr las cortinas y encender las luces. Encendía la chimenea de gas, tendía una manta en el suelo y, antes de que papá volviera del trabajo, merendábamos juntos delante del fuego bollos o magdalenas, con las ascuas de plástico refulgiendo, rojas y anaranjadas. Con las piernas cruzadas y la larga melena rubia enredada todavía por la siesta de esa tarde, mamá me contaba historias mientras yo veía programas infantiles en la tele.

Eran historias inventadas sobre la marcha, seguramente mucho más terroríficas y sangrientas de lo que convenía a un niño de mi edad, pero también mágicas, fantasiosas, épicas, trascendentales y llenas de prodigios. Mi padre era el mejor hombre, la mejor persona, que he conocido, pero creo que mi curiosidad natural, y mi intelecto, lo mucho o lo poco que tengo, proceden de mamá. Lo que ocurre es que las circunstancias de su vida no le permitieron sacar partido a su potencial. Y de todos modos daba igual que me contara historias sobre caballeros que cortaban cabezas o sobre brujas que roían huesos de niños; el tema no importaba, porque mamá tenía ese talante, esa vehemencia, ese entusiasmo que hacía que todo pareciera bien.

Nunca tuve miedo de que hubiera monstruos debajo de mi cama o demonios acechando en el armario, porque daba por sentado que ninguna criatura maligna cometería la estupidez de enfrentarse a mi madre y a su terca determinación de

reírse de todos los peligros, fueran de la índole que fuesen. La luz feroz que irradiaba borraba todas las sombras. Eso pensaba yo de ella: que era como una lamparita nocturna hecha carne.

Después de los bollos y las historias, solía quedarse dormida en el sofá y yo me ponía a jugar, contento de estar solo, hasta que llegaba papá y preparaba la cena. Recuerdo que le costaba un poco despertarla para cenar. Tenía que zarandearla y llamarla por su nombre muchas veces, cada vez más fuerte. Pero al final mamá se despertaba, la bonita melena enredada y los ojos soñolientos, y venía a sentarse a la mesa, la misma mesa en la que todavía me siento. Se pasaba la cena sonriéndome, sin apenas probar bocado antes de irse a la cama, y entretanto papá hablaba largo y tendido de las cosas que le habían pasado ese día y me preguntaba qué tal me había ido a mí. Creo que no me daba cuenta de que casi nunca hablaba directamente con mamá en esos momentos. Me parece que no me di cuenta hasta hace poco.

Papá me arropaba y me leía un cuento, y me apartaba el pelo de la frente antes de darme un beso en la mejilla. Yo a veces le preguntaba por qué nunca me acostaba mamá y él me decía: «Mamá está muy cansada, hijo. Necesita dormir».

Será por eso, supongo, por lo que siempre me acuerdo de papá en verano. De las largas tardes de calor a la orilla del canal, del agua moteada de sol, de los mosquitos que revoloteaban sobre su quieta superficie. Esperábamos juntos, en apacible silencio, la emoción de un movimiento en el agua, el brusco tirón del sedal, la certeza de que uno de nosotros había pescado un pez. En invierno, en cambio, en momentos como este, es en ella en quien pienso: en cómo te arrastraba a su mundo, arrollando su sedal, y te hacía sentirte especial, querido, excepcional. En cómo me despertaba a veces para llevarme al jardín, pasada la medianoche, en noches de helada, y me tumbaba sobre la hierba quebradiza y pintábamos cuadros en las constelaciones del firmamento. Más adelante, después de que se marchara, siempre sentí que esa parte de mi infancia no era real, que no era más que uno de los cuentos de hadas que se inventaba. Y ahora tengo que recordarme que soy un hombre adulto, que tengo un trabajo

estupendo y una casa bonita, y que solo un tipo patético se detendría a pensar en el vacío que dejó su madre en su vida veinticinco años atrás.

Quizás esta noche debería haber ido a tomar una copa con esa chica del Museo Británico, a fin de cuentas. Tiene la capacidad de hablar por los codos sin pararse a respirar. No es una cualidad muy atractiva que digamos, pero sí eficaz si de lo que se trata es de anestesiar la mente. Además, es sumamente guapa. Pero ya casi he llegado a casa, así que me tomaré unos espaguetis a la boloñesa rapiditos con *Jake* —si es que tiene hueco en su agenda, entre sus vagabundeos diurnos y sus correrías nocturnas— y luego quizá vaya a tomar una pinta al *pub* que hay un poco más abajo, en esta misma calle, antes de irme a la cama.

Siempre se me olvida dejar la luz encendida cuando me voy al trabajo, y la casa está a oscuras cuando vuelvo. Las de los vecinos de al lado, en cambio, brillan con fuerza, acogedoras como una bienvenida.

Al llegar, me doy cuenta de que la casa de al lado hoy también está a oscuras, y me paro en la verja. Y eso no es todo. Hay un chico, el chico de al lado, sentado en el umbral, arrebujado en lo que parece ser un chándal. Sea lo que sea, no basta para protegerlo del frío que hace fuera. Parece más bien una sudadera con capucha. Se me pasa por la cabeza fingir que no le he visto, pero no sé por qué me recuerda un poco a *Jake* cuando entra en casa y fuera está lloviendo: reducido a la mitad de su tamaño normal y tiritando. Son las únicas veces que me deja mimarlo, envolverlo en una toalla y frotarle el pelo mientras se apretuja contra mí para entrar en calor.

Los nuevos vecinos no llevan mucho tiempo viviendo aquí. La casa la compró una asociación de viviendas sociales hace un par de años y cualquiera diría que tiene puertas giratorias: cada pocos meses aparecen caras nuevas, y este chico es una de ellas.

—Eh..., hola —digo—. ¿Estás bien?

No aparta la vista de su teléfono, que le baña la cara de luz artificial y proyecta, erizadas en picos, las sombras de sus pestañas.

—¿Estás bien? —pregunto otra vez, no porque me interese de verdad, aunque es cierto que el chaval parece muy indefenso ahí sentado.

Tiene diez u once años, calculo yo.

—¿Por qué quiere saberlo? —me pregunta.

Su voz aguda suena nerviosa y enfadada al mismo tiempo. Desconfía, y no me extraña.

—Bueno, hace frío y está oscuro, y estás sentado solo en el umbral. ¿Tu madre no está en casa?

—Si estuviera en casa no estaría aquí fuera, ¿no?

—Supongo que no. ¿Va a volver pronto?

Aunque no parece correr peligro inminente y yo estoy muerto de hambre, deseando comerme mi pasta precocinada y tomarme una cerveza, no creo que pueda ignorarle sin más. Mi padre no le habría ignorado, desde luego, y él es el espejo en el que me miro.

—Se me han olvidado las llaves, ¿vale? —dice despreocupadamente, pero aun así tiritita.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? Son más de las siete. Habrás salido del colegio hace horas.

—No sé, un par de horas —contesta—. Hace un frío de la leche.

La frase suena cómica dicha con su vocecilla de niño.

—¿Has llamado a tu madre? —le pregunto.

—Sí, pero trabaja por turnos y si viene no le pagan, y... bueno, yo qué sé, hay que ir todos los días para conservar el trabajo o se lo dan a otro. Así que le dije que no pasaba nada, que me iría a casa de algún compañero, pero no hay ninguno que viva por aquí. Cuando venga, le diré que acabo de llegar.

—¿Para que no se preocupe? —pregunto, enternecido porque se preocupe tanto por su madre.

—¿Usted es un pervertido? —Me mira de repente, como si acabara de acordarse de que no debe hablar con desconocidos.

—No. Soy tu vecino. Vivo aquí al lado. —Hago tintinear mi llavero.

—Aun así puede ser un perverso —contesta, y se pone de pie, a la defensiva—. Hay perversos por todas partes. Y hasta parecen normales. Usted lleva pajarita. Los perversos llevan pajarita.

—Yo... —Me llevo la mano al cuello sin querer, tapando la dichosa pajarita—. Soy profesor de historia —le digo—. Mi pajarita es una ironía.

—Eh... No, qué va —replica mordazmente—. Si no fuera profesor, entonces sí sería una ironía, y aun así podría ser un perverso.

—Pues no lo soy —respondo, sintiéndome francamente ridículo—. No soy un perverso. Soy Hugh.

Le tiendo la mano y entonces me doy cuenta de lo ridículo que es invitarle a abandonar su refugio y a recorrer todo el camino de entrada solamente para estrecharle la mano, así que cambio de idea y me la meto en el bolsillo.

—Es solo que me preocupaba que estuvieras aquí sentado con el frío que hace. Puedo hacerte un café si quieres, y te lo saco fuera.

—¿Café? ¡Pero si tengo diez años! —exclama, ofendido por mi sugerencia, y no puedo evitar sonreír.

—Eh... ¿Chocolate caliente, entonces? Creo que todavía me queda un poco del que tomaba una chica... una mujer, una mujer adulta, con la que salía antes.

Se queda pensativo, sopesando mi oferta, cuando de repente nos interrumpen.

—¿Puedo ayudarlo?

Al volverme veo a su madre, que por fin ha vuelto a casa. Podría calificársela de bajita, pequeña, esmirriada. Mide apenas metro y medio, y es muy menudita, con enormes ojos oscuros y el cabello largo, negro y liso. Su cara en forma de corazón queda empequeñecida por el grueso gorro de lana que lleva calado hasta las cejas, fruncidas con ferocidad. Salta a la vista que está acostumbrada a defender con vehemencia su pequeña unidad familiar.

—No, soy yo quien intentaba ayudar a su hijo. Me llamo Hugh. Soy el vecino de aquí al lado. Acabo de llegar del trabajo y le he visto sentado en el umbral. Parecía helado.

—Llevo aquí dos minutos —dice el chaval, mirándome con dureza—. ¡Quería darme un café!

Hace que suene como si hubiera intentado atraerlo a mi guarida con un paquete de caramelos, y de pronto deseo con todas mis fuerzas estar en mi casa vacía y a oscuras, disfrutando de la perspectiva de una velada a solas con mi cerveza y mi microondas.

—No pasa nada. Ha perdido la llave y ha estado en casa de un amigo —me informa la madre a la defensiva, y pasa de largo por su lado de la valla, buscando a tientas las llaves de casa—. No se preocupe por nosotros. Estamos bien. Estamos perfectamente, de hecho.

—No era mi intención cuestionar si es usted buena madre o no...

En cuanto lo digo en voz alta, me doy cuenta de que he puesto el dedo en la llaga. La he asustado, y no me extraña. ¡Qué idiotez, decir eso! ¿Por qué no he hecho caso al chico y he entrado en casa hace diez minutos? Esto es lo que pasa cuando te relacionas con la gente sin ton ni son: que te ves atrapado.

—Mi hijo está bien, estamos perfectamente. Descuide.

Lucha con las llaves y se le caen. La estoy poniendo nerviosa y lo lamento. Lo mejor que puedo hacer es entrar y que finjamos todos que nunca hemos mantenido esta conversación.

—Bueno, ya está en casa —digo—. Les dejo. Buenas noches.

—¿Es un perverso? —oigo que pregunta el chico justo antes de que la madre cierre de un portazo.

Jake está sentado en el peldaño de abajo. Por suerte, no habla.

—¿Qué tal el día? —le pregunto—. ¿Sexo? ¿Drogas? ¿Has dormido encima del radiador?

Pone cara de que las tres cosas son del todo posibles y me sigue de mala gana a la cocina. Me paro automáticamente a mirar el contestador, pero no hay ninguna lucecita parpadeando: solo una caja de madera falsa, vacía y polvorienta, no un portal hacia misterios desconocidos. No sé qué esperaba, qué ilusiones me hizo concebir la llamada perdida de anoche. Ni quién creía que

podía haber intentado localizarme desde una cabina telefónica. Pero esa llamada me ha brindado algo que no esperaba: una sensación de esperanza, la ilusión de que algo sea distinto. Aunque la verdad es que no entiendo qué es lo que añoro. Tengo todo lo que quiero. Un trabajo estupendo, libertad, ninguna atadura sentimental o económica. Todo es exactamente como a mí me gusta. Y ese dichoso mensaje casi, casi silencioso hace que me sienta como cuando salgo de casa y no me acuerdo de si he dejado el grifo de la ducha abierto: un dato importante que se me escapa. Pero eso es ridículo. Yo soy ridículo. Estoy pensando como una chica.

Es probable que mis estudios sobre las sesiones de espiritismo tampoco ayudan. Puede que después de pasar tantos días analizando mensajes del «otro lado» creyera que podía ser mi padre, que llamaba para ver qué tal me iba, si había mejorado mis habilidades de pescador de la noche a la mañana o si por fin había construido ese soporte para cañas nuevo que teníamos previsto hacer juntos. Pero seguramente no fue más que alguien que se equivocó al marcar, lo que derivó en una lucecita parpadeante en una casa desierta. Lo que podría considerarse una metáfora de mi vida: el hombre al otro lado de la línea al que únicamente un desconocido llamaría por error. Un hombre perfectamente satisfecho, me recuerdo con vehemencia.

Me sobresalto al oír que tocan a la puerta, y *Jake* sale disparado por la gatera antes de que le abra su lata de atún. Suspiro. La última vez que le abrí la puerta a un desconocido, eran unos cristianos que conocían la Biblia peor que yo y que desde luego no esperaban que replicara a cada una de sus citas de las Escrituras con una de *El origen de las especies*.

—Si es un político... —refunfuño mientras recorro el pasillo, pero descubro la respuesta en cuanto veo recortarse una silueta al otro lado del cristal esmerilado.

Es mi vecina la pequeñita, con su enorme sombrero de lana.

Ay, Dios, espero que no haya venido a encararse conmigo. Odio las discusiones. Soy de esas personas a las que no les importa que les den calabazas

por mensaje de texto o las pongan verdes por correo electrónico. No me gusta nada el conflicto, pero ya es demasiado tarde para fingir que no estoy en casa: si yo puedo verla a ella, ella puede verme a mí. Puede que, si me disculpo nada más abrir la puerta, se vaya enseguida.

—Hola, siento mucho lo de antes —digo atropelladamente—. Soy consciente de que hoy en día los adultos no deben hablar con los niños. No era mi intención hacer que se sintieran incómodos.

—No, soy yo quien lo siente —dice, pillándome por sorpresa.

—Ah.

No entiendo qué rumbo puede tomar la conversación a partir de aquí, así que me quedo esperando, aferrado a la puerta.

—Lo de antes... —Señala su umbral—. Lo siento. No quería ser antipática ni nada, es que, ya sabe, donde vivía antes la gente era muy critica, y si veía que vivías sola con un niño en una casa de alquiler social pensaba que eras un parásito que vivía a costa de los servicios sociales o que tenías al niño descuidado. Pero yo trabajo. Pago el alquiler. Y quiero a mi hijo. Supongo que soy un poco quisquillosa, pero sé que usted solamente intentaba ser amable.

—Bueno —digo estúpidamente—. No se preocupe. ¡ánimo!

¿Ánimo?

—Pero yo me ocupo muy bien de él —insiste antes de que me dé tiempo a cerrar la puerta—. Solo para que lo sepa. Está muy bien cuidado, y debería haberme dicho que ninguno de sus amigos vivía por aquí, pero es que él también intenta cuidar de mí y no quería que tuviera que salir del trabajo antes de tiempo porque sabe que me cuesta llegar a fin de mes. Normalmente estoy en casa una hora después de que salga del colegio, pero hoy podía hacer unas horas extra limpiando en esa residencia que hay al final de la calle y me he enterado de que estaban buscando gente fija y..., y si dices que no, no vuelven a ofrecértelo...

—No tiene que darme explicaciones —le digo cuando por fin recupero el habla, y la verdad es que me siento como el mayor mierda del mundo por haber

asustado a esta joven, aunque haya sido sin querer—. Me alegro de que el niño esté bien. Y usted también. No tengo ninguna opinión formada sobre su capacidad como madre, aunque estoy seguro de que es estupenda... Lo digo porque venir aquí... Yo no lo habría hecho.

—¿En serio? —Parece aliviada—. Entonces, ¿no pasa nada?

—No, claro que no —contesto, un poco conmovido porque le importe tanto lo que yo piense de ella o del chico. Tiene algo de enternecedor.

—Estupendo. —Me hace una seña levantando los dos pulgares y se queda así unos segundos, paralizada, sin que ninguno de los dos sepa qué hacer a continuación—. Bueno, entonces me voy a casa.

—Yo también, tengo cosas que hacer —respondo, como si los espaguetis a la boloñesa y la cerveza fueran «cosas que hacer».

Al cerrar la puerta veo que *Jake* ha vuelto sigilosamente del jardín.

—Tú, mucho maullar y poco sacar las garras —le digo—. A mí me ha caído bien.

Pero, cuando le quito la tapa a mi cena precocinada y la meto en el microondas, me pregunto si el parpadeo del contestador de ayer y la llamada a la puerta de esta noche son los medios por los que el universo quiere recordarme que esta vida perfecta, libre y sin ataduras que me he construido puede ser muy decepcionante a veces.

Queridísima Lizzie:

Esto es el fin, ¿no? Aquí estoy, a punto de irme al otro barrio, y parece una broma que el destino vaya a darme la puntilla así.

Has sido una hija estupenda, una persona estupenda, y sé que tu paciencia y tu comprensión no las has sacado de mí. Yo nunca he sido tan abnegada, tan amable ni tan tolerante como tú.

Tenías quince años el día que dije que me marchaba de casa para trabajar de cantante en un crucero. Supongo que la culpa la tuvo mi edad: tenía casi cuarenta años y todavía no me sentía a gusto en mi pellejo. Lo entiendes, ¿verdad, cielo? ¿Entiendes que no era de ti de quien huía? Era de mí misma. Ay, madre, hablo como esa horrible canción: «nunca he estado en mí». Dios nos guarde de los *hippies*.

Podrías haberme odiado entonces, tenías todo el derecho, pero te expliqué lo que pasaba y por qué y tú me escuchaste y... bueno, siempre fuiste muy madura para tu edad y decidiste comprenderlo. No sé si de verdad lo entendiste en aquel momento o si fue años después, pero da igual, porque estabas ahí cuando volví a tierra, la noche de mi debut en aquel tugurio appestoso y lleno de humo. Hasta trajiste a tus amigos.

Saber que estabas ahí me llenó de satisfacción. Me puse mis lentejuelas y mis pestañas postizas con orgullo. Fue el primer paso de un viaje muy largo, y tú me ayudaste a darlo. El cariño que me tenías no flaqueó en ningún momento.

Nunca les ocultaste a tus amigos que ahora tenías dos madres y que una de ellas antes era tu padre. Con la cabeza muy alta, me cogiste de la mano y me ayudaste a seguir adelante. Tengo mucha, muchísima suerte por contar contigo. No creo que hubiera vivido tanto tiempo si tú no me hubieras demostrado que podía ser como soy y que no pasaba nada.

Cáncer de próstata. Menudo chiste, ¿eh? La mujer con la mejor manicura de la ciudad va a morir por culpa de una biología que nunca quiso. Entierrame en un ataúd plateado, cielo, cúbreme de brillantina de los pies a la cabeza, pon música de Dean Martin y baila. Bailad todos, mis nietos y tú, con todas vuestras fuerzas.

Y no te entristezcas por mí. No puede haber una persona más feliz que yo, sabiendo como sé que la misma biología que ha acabado conmigo me dio la oportunidad de tenerte, a ti, la mujer más maravillosa que conozco, aparte de tu querida madre.

Baila, baila todos los días. Baila sobre mi tumba: no me molestará lo más mínimo.

Con amor,

Mamá

HOPE

No estoy del todo segura de a qué me he comprometido, pero ha pasado, y fue durante esa hora en el *pub*. Ben me dejó anoche en mi habitación y desde entonces no he parado de darle vueltas a la cabeza. Y no solo a las cosas de siempre («Dios santo, me encuentro fatal, ¿qué irán a darnos de cenar?»), sino pensamientos absurdos, aturullados, desquiciados. No paraba de preguntarme: «pero ¿ha pasado de verdad?». Y, si ha pasado, ¿qué es lo que me ha llevado a ese estado de enajenación transitoria?

—¿Qué te parece Glastonbury? Deberíamos ir. Voy a sacar las entradas ahora mismo. Así tendrás algo en perspectiva cuando salgas de aquí —dijo Ben mientras nos tomábamos la pinta.

Bueno, él su pinta y yo mi refresco. Además de la cerveza, Ben pidió un chupito de vodka. No entiendo por qué, si solo íbamos a tomar una copa rápida, se le ocurrió pedir también un chupito de alcohol. Me parece que para él es casi como colgarse una medalla: miradme aquí, con mi chupito; el año que viene estaré tocando en el O2 Arena, ya veréis; yo, el más guay, con mi chupito de vodka.

—Ya no quedarán entradas —le dije—. Seguro que hace meses que no quedan. Además, tampoco es que me apetezca mucho, con los aseos compartidos, el barro, la lluvia y el camping.

—No seas tonta, para eso son los festivales. Vale, si este año ya no podemos, el año que viene, ¿qué te parece? —dijo, y yo le miré con escepticismo—. Además, ya sabes, si vienes tú también a lo mejor nos dan un pase para minusválidos.

Yo le lancé una mirada fulminante y se encogió de hombros.

—Me parece un pelín optimista hacer planes con tanta antelación —le dije—. Sería una pena gastar tanto dinero y que me muera y no pueda ir. Y, en serio, odio la lluvia y los aseos y el camping. Podríamos volver a verlo por la tele.

—Eres demasiado joven para ser siempre la voz del destino, ¿sabes? —respondió él—. Me he vuelto un experto en fibrosis quística, y cuando estás bien y todo está bajo control puedes hacer de todo, incluso ir a festivales de rock. Además, ya no es que estés condenada a muerte. Cuando naciste, todo el mundo decía que tendrías suerte si llegabas a los treinta, y ahora es muy probable que llegues a los cuarenta, y ¿quién sabe qué avances habrá el año que viene o el siguiente?

—¿Cómo es que sabes tantas cosas? —pregunté.

—Procuro mantenerme al día. Me mantengo informado. Si fueras un poco más joven o estuvieras en estado terminal —añadió con aire soñador—, podríamos ponernos en contacto con una de esas fundaciones que hacen realidad las ilusiones de los niños gravemente enfermos. Los niños moribundos suelen colmarlas.

Pensé en Issy y en el pañuelo de colorines que llevaba en la cabeza, y en el blanco de sus ojos, que es amarillo, y en cómo la hacen reír las palabrotas.

—Bueno, eso no es del todo cierto, ¿no? —pregunté—. Lo digo porque se están muriendo.

—Sí, ya lo sé, perdona —dijo Ben bajando los ojos, y comprendí que él también estaba pensando en Issy—. Ya sabes que cuando intento hacerme el gracioso a veces me paso de la raya y caigo en el mal gusto.

—Sí, lo sé muy bien —contesté yo—. Y de todos modos no tienes que dedicarte a animarme, ¿sabes? No soy tu... apadrinada.

—¿Qué? —Pareció dolido y se recostó en su silla como si le hubiera dado un empujón.

No sabe que estuve a punto de decir «No soy tu novia» y que cambié de idea en el último momento, porque... bueno, porque sí.

—Lo que quiero decir es que siempre te estás esforzando por hacer que me

sienta bien, pero no deberías sentirte obligado. Pensándolo bien, a lo mejor tú y yo ya no tenemos tantas cosas en común. Y yo lo entiendo. Lo digo porque una amistad que se forjó cuando uno de los dos mojaba los pantalones, y no me refiero a mí, quizá no esté destinada a durar más allá de los diez años, digamos. Claro que, para ser justos, esa es tu edad mental.

Ben pareció horrorizado.

—Hope Ellen Kingston, tú y yo hicimos un trato. Hicimos un pacto sagrado: fingimos que nos hicimos una incisión en la palma de la mano y nos hacíamos hermanos de sangre, pero con tinta de boli rojo. Somos hermanos de tinta roja. Yo estoy aquí para lo que sea. Eres mi mejor amiga. Me conoces de pe a pa. O sea que sabes todo de mí.

No hizo falta que dijera en voz alta a qué se refería. El incidente al que aludía (en el que habíamos intervenido él, yo y una regla de plástico con la que le tomé... medidas exactas cuando teníamos doce años) sigue grabado a fuego en la memoria de ambos.

—Solamente digo —continué— que hicimos ese pacto cuando teníamos seis años, más o menos en la misma época en la que también prometiste que serías delantero del Arsenal y que aprenderías a volar *con los brazos*. No es un juramento sagrado. No tienes que ser mi animador particular. Eres... libre, ¿sabes?

—No lo hago por eso —contestó—, porque me sienta obligado. Lo hago porque a las tías les chifla que me porte tan bien contigo. Gracias a que mi mejor amiga es una inválida, ligo un montón. Y, además, el destino no rompe relaciones como la nuestra. Somos como Batman y Robin, o como Romeo y Julieta.

—Sabes que mueren los dos, Romeo y Julieta, ¿verdad? —le pregunté.

—Mierda, nunca la he leído hasta el final. Buscaba la escena en la que hacen el amor —dijo.

Yo lancé un suspiro, como hago siempre, alcé los ojos al cielo como una mayor y él soltó su risita de colegial, y pensé: «eso es lo que soy». Soy su mejor

amiga, su compinche, a la que no recuerda haber besado. Soy una lapa, su mejor *groupie*, la que siempre está ahí, diciéndole lo fantástico que es. Soy su pareja cómica y así es como quiero que sea, para siempre jamás.

Y entonces dijo:

—En el Market Tavern tienen noche de micro abierto todos los sábados por la noche, de siete a nueve. Tengo una idea. Para volver a estar en plena forma, deberías entrenar los pulmones. ¿Te acuerdas? Para eso precisamente empezaste a tomar clases de canto, porque ayuda a fortalecer los pulmones y a que les entre oxígeno, los abre y todo ese rollo. Nos quedamos todos de piedra cuando descubrimos que sabías cantar. El caso es que podemos preparar una de tus canciones, tú eliges, solo tú y yo. Ya va siendo hora de que vuelvas a cantar. Ni siquiera me acuerdo de cuándo fue la última vez que te oí.

—Ya sabes que no canto —le dije—. En público, quiero decir.

—Pues deberías. Deberías hacerlo. Tienes una voz preciosa: diáfana, pura y fuerte, y amplia, además. Sí, eso vamos a hacer. Tú empezarás a cantar y yo te ayudaré, y haremos un número la noche del micro abierto. La próxima vez que venga a verte, empiezas a practicar. Traeré mi guitarra, ensayaremos una de tus canciones y quedará genial. Sí. Porque, ya sabes, a mí me gusta el grupo y tal, pero son un poco planos con tanto *heavy metal* y tanto delineador de ojos. Me apetece algo más ligero y más pop.

—¿Estás insinuando que yo escribo canciones pop? —le pregunté.

—Lo que digo es que escribes melodías que la gente tararea después de haberlas escuchado solo una vez, y eso es bueno. —Parecía muy satisfecho de sí mismo—. ¡Sí! ¡Es una idea brillante! ¡Soy un genio! Y en cuanto estés lista para celebrar tu alta iremos a cantar juntos al Market. Te prometo que no te dejaré sola ni un momento si me dices que sí. Me tendrás pegado a tu cadera.

Así que me descubrí diciéndole que sí.

Mierda.

Necesito dar un paseo. El pasillo está muy tranquilo. El puesto de enfermeras

está vacío y han mitigado las luces. Se oye un murmullo suave, no de voces exactamente, ni de máquinas, sino una especie de zumbido de fondo, sofocado por la oscuridad. Actúa como una especie de garantía, dándonos a entender que, a pesar del silencio, no estamos solos: el Marie Francis sigue funcionando a nuestro alrededor. Casi como si no fuera un edificio lleno de gente, sino un ser sensible con vida propia, lo cual en cierto modo es un consuelo.

Oigo a alguien calentando agua en la cocina y el frufrú de un paquete de galletas, y caigo en la cuenta de que quizás el azúcar sea un buen modo de dejar de darle vueltas a la cabeza. Me paro junto a la puerta de Issy preguntándome si estará despierta, leyendo, pero la luz está apagada y la habitación en silencio. Su madre está con ella, duerme abrazada a Issy, cuya cabeza reposa sobre su pecho. Por lo menos me ha parecido que estaban las dos dormidas, pero cuando me detengo su madre abre los ojos y me sonrío. Naturalmente, está siempre alerta, siempre pendiente de lo que pasa en torno a su hija, como cualquier madre protegiendo a sus cachorros, solo que ella trata de defender a su hija de un enemigo al que no puede vencerse. Pensar siquiera en lo que debe de estar sintiendo me parece insoportable, y me acuerdo de mi madre, que estará en casa, levantada todavía pero en bata y zapatillas, removiéndome su té con tres cucharaditas de azúcar hasta que se quede frío. Imagino que pasará mucho tiempo antes de que la madre de Issy vuelva a dormir como es debido.

—¿Te apetece una taza de té? —pregunto en voz baja.

—Gracias, eres muy amable —responde con un susurro, temiendo moverse por si molesta a su hija.

Cierro la puerta y avanzo por el pasillo sin hacer ruido. Noto las baldosas suaves y frías bajo mis pies descalzos. La puerta de una de las habitaciones está entornada y procuro no mirar, pero miro y veo a una señora mayor a la que parece que no le queda mucho tiempo, y me da miedo verla tan cerca del fin. Vuelvo la cara y regreso a la cocinita con una opresión en el pecho y un latido en las sienas. Mi vida, mi cuerpo, me recuerdan cuánto dependo de este saco maltrecho de huesos y nervios para existir. No me parece bien; no me parece

justo. Debería poder escapar de este amasijo biológico y existir en otra parte, y es muy duro, casi imposible, aceptar que no puedo. Por un instante solo quiero huir de todo esto y estar con mi mamá. Mi mamá, que estará en nuestra cocina, en zapatillas de andar por casa. Quiero a mi mamá, como una niña pequeña que no es ni la mitad de valiente que Issy.

Pero a quien me encuentro es a Stella, apoyada en la encimera con los ojos cerrados. A su lado hay cuatro sobrecitos de azúcar vacíos. Las ojeras parecen haberse adensado, y tiene los ojos cerrados con fuerza, como si le molestara la luz. Me da la impresión de que se ha quedado dormida de pie.

Toso educadamente.

—Hola, noctámbula —dice en voz baja, abriendo los ojos—. ¿Vienes a tomar algo?

—Sí, y a hacerle un té a la madre de Issy, aunque no sé cómo lo toma. ¿Tú lo sabes?

—¿Thea? Sí, sin téina, con leche y sin azúcar —contesta, espabilándose—. Ya lo preparo yo. Tú puedes hacerme compañía mientras tanto. Para ti, chocolate caliente, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y me siento un poco tonta por beber chocolate caliente, una bebida tan infantil. Siempre he querido ser la chica de la boina que bebe *café noir, très, très fort* en un café francés, pero no me gusta el sabor y no me hacen falta más estímulos para mantenerme en vela toda la noche. Con toser hasta echar el bofe y pensar a mil por hora tengo suficiente. Mamá con sus pantuflas y un chocolate caliente con nubecitas de caramelo por encima: eso es lo que necesito para volver a sentirme segura. Pero lo único que tengo para ayudarme a ahuyentar los demonios invisibles que acechan por los pasillos es Stella, Stella, tan amable y cansada. Y tan triste, en el fondo, y con eso me basta.

—Ben va a ayudarme a empezar otra vez con mis ejercicios vocales —balbuceo—. Anoche se le ocurrió un plan absurdo. Voy a empezar a cantar y por lo visto vamos a escribir una canción juntos, lo que es un disparate porque él ya está en un grupo. No se puede estar en un grupo y en un dúo al mismo

tiempo. Y yo no canto en público, delante de gente, ni por asomo. No me gusta nada que la gente me mire... «Ay, mirad, la chica con fibrosis quística, pobrecita. Qué voz tan bonita tiene. ¿A que es una lástima?»

—O a lo mejor escuchan tu voz y disfrutan de tu música y no piensan ni saben que tienes fibrosis quística —comenta Stella pensativa—. Seguramente la gente no es tan curiosa como crees, ¿sabes? Cada cual tiene sus preocupaciones. Nadie se para a mirar de cerca la vida de otra persona a no ser que le afecte directamente.

—¿De veras lo crees? —pregunto—. La verdad es que es horrible. A mí me importa. Me importan los demás, me interesan otras vidas que no me afectan.

—Sí, lo sé —asiente Stella—. No me refería a eso. Me refiero a que todos tenemos que vivir y morir solos, a su debido momento, aunque estemos rodeados de gente.

—Caramba, desanimas a cualquiera —le digo—. ¿Por eso te toca siempre el turno de noche, porque temen que los pacientes se suiciden si los atiendes tú?

Se echa a reír, y la risa altera por completo sus facciones. Parece más joven, luminosa, viva.

—Dios mío, lo siento —dice—. Estoy teniendo una mala noche. Hoy no he dormido muy bien y... En fin, da igual, pero tienes razón. Tengo que sacudirme este desánimo.

—No es eso lo que he dicho, en absoluto —contesto—. La vida no es algo que una pueda sacudirse sin más.

Me lanza una mirada que habla por sí sola.

—Creo que me estoy poniendo un pelín dramática —reconozco—. A veces es más fácil que aceptar que... En fin, que no estoy tan mal como Issy, por ejemplo. O que esa pobre mujer de la habitación de enfrente. Porque, si lo acepto, entonces... tengo que hacer algo con esta vida que estoy dejando pasar, y no sé qué es lo que tengo que hacer con ella.

—A lo mejor lo único que tienes que hacer para empezar es subirte al escenario y cantar una canción con tu amigo —dice Stella—. ¿No sería

maravilloso que algo tan sencillo fuera la clave de la felicidad? Es increíble... Tienes un grupo. Yo siempre he querido tocar en un grupo. Y lo máximo que he conseguido es cantar las canciones de Bananarama² con un cepillo de dientes como micrófono.

—Igual que ellas, entonces —replico, y casi sonrío.

Me gusta hacerla sonreír, borrar, aunque solamente sea un segundo o dos, ese aire de honda tristeza que siempre lleva consigo. Es como si su semblante reflejara mi interior, en cierto modo. Hacerla sonreír hace que me sienta menos inmadura y egoísta, más como la mujer adulta que debería ser.

Crecer con Ben a mi lado ha hecho que mis amistades con otras chicas de mi edad hayan sido siempre un poco distantes: cordiales y divertidas, pero nunca profundas. Nunca he tenido una amiga con la que compartir secretos o hablar de cómo me siento, como acabo de hacer con Stella. Y la verdad es que es agradable.

—Entonces, ¿te parece buena idea? —le pregunto—. Porque le he dicho que sí. Le he dicho que cantaría con él en público, y me da pavor.

—Sí, me parece buena idea —contesta—. Eres muy valiente. Yo no podría. Pensar en toda esa gente mirándome, fijándose en mí... Antes me gustaba que me miraran. Que se fijaran en mí, que volvieran la cabeza. Pero ahora... Creo que la vida es más fácil si eres invisible. Por lo menos, si una no es tan valiente como tú. Yo antes también era valiente, pero me parece que he olvidado cómo serlo.

—Yo no soy valiente —digo—. Ben intenta que sea tan osada y tan boba y tan segura de mí misma como él, pero no lo soy. Yo no soy así.

Espera a que diga algo más, y de pronto me salen las palabras a borbotones, se atropellan caóticamente.

—Es como si hubiera una ley tácita por la cual, si te estás muriendo o tienes una enfermedad que limita tu esperanza de vida, que es, seamos sinceras, una forma educada de decir que te estás muriendo, tienes que tomártelo con alegría. Tienes que ser valiente y estar animada, mantenerte fuerte y servir de inspiración

a los demás, tienes que ser desafiante y afrontar la situación valerosamente... Y yo no lo soy, Stella, yo no soy así. No soy valiente. Tengo miedo todo el tiempo. Estoy asustada y triste, y *enfadada*, y no quiero servir de inspiración a nadie. Quiero ser invisible, como tú has dicho. No quiero que la vida se fije en mí, porque entonces también se fijará la Muerte.

Se hace un momento de silencio y luego me quedo mirándola, viendo cómo sus grandes ojos anaranjados se llenan de lágrimas.

—Sí, lo sé —dice—. Sé perfectamente cómo te sientes.

No se me ocurre qué más hacer, así que la abrazo, estrecho su cuerpo delgado y ella me aprieta, me estruja contra su cuerpo. Y lloramos las dos, allí, en la cocinita, con el hervidor borboteando de fondo. Salta el botón con un chasquido y Stella me suelta y se limpia las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¿Por qué estás tan triste? —le pregunto cuando me da la espalda y se pone a rasgar los sobrecitos del té y el cacao.

—¿Quieres que te lo diga con toda sinceridad? —me pregunta—. Porque creo que mi marido ya no me quiere. De hecho, creo que hago que se odie a sí mismo.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

—Porque no soporta mirarme —responde con sencillez, pasándome primero la taza de chocolate caliente y luego el té para la madre de Issy—. Y cuando la persona que te quiere deja de quererte, deja de verte, es incluso como si fueras un fantasma.

Querido reverendo Peterson:

No soy una persona religiosa, quiero dejárselo claro desde el principio. No creo en Dios. En mi opinión todo eso son patochadas, pero mi marido quiere hacerme un funeral. Dice que son más dignos que las ceremonias laicas y no es partidario de incinerarme mientras suena de fondo una canción de la pelma de Barbra Streisand. Dice que no sentirá que me he muerto de verdad a no ser que alguien me haga un responso, lo cual podría considerarse una falta de tacto, pero así es como nos hemos tratado siempre, él y yo. Al pan, pan. Así nadie se lleva un chasco ni hay malentendidos, y todo el mundo sabe a qué atenerse. Lo cual no es gran cosa, la verdad, pero a nosotros nos basta.

Como va usted a officiar mi funeral y a hablar de mí como si nos conociéramos, cosa que no es cierta, he pensado que a lo mejor le interesaba saber un poco más de mí, para no parecer un charlatán medio chalado. Tengo ahora cincuenta y nueve años. Calculo que no llegaré a cumplir los sesenta. No hemos tenido hijos, mi marido y yo. Yo quería y él también, pero no tuvimos esa suerte. A decir verdad, me gustan los animales más que la mayoría de las personas. He sido voluntaria en un refugio para gatos durante quince años. Con un gato siempre sabes a qué atenerse. Los gatos tampoco creen en Dios, ahora que lo pienso. Me parece una buena norma para encarar la vida no tomarse en serio nada que un gato no se tome en serio. Así dejas de angustiarte por toda clase de cosas y chorradas y te concentras en lo que de verdad importa.

¿Sabe qué? Si hubiera Dios, si existiera, me gustaría agarrarle por el pescuezo y estrangularlo por acabar conmigo de esta manera, sin estar lista aún. Por obligarme a dejar a mi marido cuando los dos sabemos que no está preparado para afrontarlo. Si hubiera Dios, haría todo lo posible por matarlo. Aunque, como de todos modos no creo en él, puede que en cierta forma ya lo haya hecho. Los antiguos egipcios veneraban a los gatos, ¿lo sabía usted? A mí me parece muy sensato.

Si tiene que haber un himno, quiero que sea *El Señor es mi pastor*, y que alguien lea, me da igual el qué, con tal de que sea de buen gusto. Si ve usted que va a ponerse a llorar (mi marido, digo), dígame que no sea tan blando. Sabíamos que esto

iba a pasar. Y recuérdeme que lo de ir a la iglesia era para que se sintiera mejor.

No hemos hecho muchos amigos. No los necesitábamos, teniendonos el uno al otro. Así que a lo mejor puede usted ir a visitarme de vez en cuando. No me gustaría pensar que está solo y que me echa de menos. Sería una obra de caridad, y es algo que siempre me ha gustado de ustedes, los cristianos.

Atentamente,

Lottie Moorecroft

[2.](#) Grupo femenino británico de música pop creado en 1979. (*N. de la T.*)

10

STELLA

—Hey, hola —le digo a Issy en voz baja.

Está despierta, mirando la luna por la ventana mientras Thea duerme a pierna suelta en la cama de invitados, relevada temporalmente de su vigilia por el agotamiento. Issy tiene debajo del brazo un pulpo de peluche con cara de cansancio, y un libro abierto casi por el principio descansa sobre su regazo. Veo que aquí es donde se ha acomodado *Sombra* para pasar la noche: su cuerpo largo y esbelto descansa junto al muslo de Issy. Levanta la cabeza y me mira soñoliento un instante. Después, vuelve a acurrucarse contra la pierna de Issy.

—¿Qué tal estás?

—Bien, la verdad —susurra volviéndose para mirarme, y su cara brilla suavemente a la luz de la luna—. ¿No es raro?

—No —contesto—, es estupendo, claro.

Me siento junto a la cama y durante un instante miramos a Thea dormir: la boca abierta, la cara relajada. De pronto suelta un ronquido, un ruido hondo y retumbante. Issy sonrío, estira el brazo y arroja con la manta el brazo desnudo de su madre. Cuando se asegura de que Thea no va a despertarse, vuelve a hablar.

—Pero no significa... Quiero decir que no me estoy recuperando ni nada de eso, ¿verdad? —Formula la pregunta como si le preocupara—. Porque cuando los médicos dijeron que..., que, ya sabes, que ya casi se había terminado, fue un alivio. No quiero volver a pasar por todo eso: que me den más tratamiento, ponerme tan mala, intentar mantenerme viva por mamá. Y la razón..., la razón por la que pedí venir aquí en vez quedarme en casa es que no quiero que mi madre y Katy piensen en nuestra casa como en el sitio donde me morí. Así que,

si vuelvo a casa... Ahora estoy bien, pero no quiero volver a pasar otra vez por todo eso.

Me siento a su lado y la cojo de la mano.

—Hay un fenómeno —digo— que todas las enfermeras conocemos, aunque no haya pruebas fehacientes de ello. Es lo que llamamos un arrebató, un florecimiento. Vemos a menudo que, justo antes del final, nuestros pacientes se sienten mucho mejor, como si su cuerpo estuviera haciendo acopio de energías para una traca final. No sé a qué obedece ni por qué pasa, pero las enfermeras lo vemos constantemente. Pasan muchas más cosas en el corazón y en la mente de las que saben los doctores. Las enfermeras lo vemos todos los días. No creo que tengas que preocuparte.

Me mira muy seria un momento y luego sonrío.

—¿Te parecería muy mal llevarme a dar un paseo por el jardín? Solo quiero que me dé el aire en la cara. Un ratito. No quiero que mi madre se despierte y no me vea aquí.

—Claro que sí —contesto, y abro la puerta del patio; todas las habitaciones tienen su puerta que da al jardín.

—Y, Stella —dice—, ¿puedes escribirme una carta? ¿Para mamá y Katy?

La habitación de Grace está muy suavemente iluminada y menos desnuda que antes. Keris debe de haber traído la foto de la mesilla de noche, puede que de su despacho, porque en el centro se ve a Grace con una camiseta lila con el emblema del Marie Francis, una amplia sonrisa y los ojos casi invisibles de tan entrecerrados. Tiene los brazos abiertos, e intenta abarcar a un gran grupo de niños y adolescentes de todas las etnias, chicos y chicas, que sonrían y levantan los pulgares, y hacen muecas y se ponen cuernos unos a otros. Un par de ellos sostiene uno de esos cheques enormes que se exhiben en las galas benéficas. Da la impresión de que la foto se tomó en un momento muy festivo. Sasha, la del turno de día, me ha dicho que Grace ha recibido hoy un montón de visitas, y la habitación está llena hasta arriba de postales, dibujos, flores y ositos de color

pastel que sostienen corazones. Hasta hay un globo que se mece suavemente en una esquina.

Grace está dormida, con la cara vuelta hacia el rincón más oscuro. No he tenido ocasión de hablar con ella desde que llegó, pero veo que tiene una cara bondadosa, alterada desde hace poco por el dolor. Es, en todo caso, una cara con pasado, que ha vivido momentos difíciles. Lo noto por las arrugas profundas que tiene grabadas alrededor de los ojos y la boca. Pero, al menos por ahora, está relajada. No siente dolor. Sus manos, cruzadas con recato, reposan sobre la colcha.

Me muevo a su alrededor sin hacer ruido. Compruebo su pulso, su temperatura, su presión sanguínea y su nivel de oxígeno. La rutina me reconforta, la certeza de los números, la paz que llena cada rincón de esta habitación.

—¿Dónde...? —susurra Grace, pestañeando.

Fija lentamente la mirada en mí. La cojo de la mano y sonrío para tranquilizarla. Los pacientes suelen olvidar dónde están y por qué, durante unos instantes. Les coges de la mano y les miras a los ojos, y les ayudas a recordarlo de la manera menos pavorosa posible.

—Tranquila, Grace —le digo—. Estás en la residencia, ¿te acuerdas? Me llamo Stella. Te ha traído Keris y te estamos cuidando.

Veo que sus ojos recorren la habitación, enfocándola poco a poco, y siento cómo se relajan sus dedos entre los míos.

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Casi las dos de la mañana.

—¿Puedo beber un poco de agua, por favor?

—Claro.

Le sirvo una taza y se la ofrezco con una pajita. Menea la cabeza y la ayudo a incorporarse para que pueda beber directamente de la taza. Está muy débil y hace una mueca, pero consigue sostener la taza y acercársela a los labios.

—¿Te duele? —le pregunto.

—No. —Menea la cabeza, pero sospecho que está mintiendo.

Los pacientes suelen hacerlo: no quieren que sepas cuánto les duele, por si eso significa algo. Cuando estás ingresado aquí, afrontando el final de tu vida, no quieres saber nada de nada.

—Voy a avisar al médico de guardia para que revise tu medicación, solo por si acaso.

—Estoy bien.

—¿Hoy ha venido a verte tu familia?

Sorbe un poco de agua.

—No, no tengo familia. Bueno, la tenía, hace años. Pero la perdí.

—Pero sí que tienes un montón de amigos. Muchísima gente que te quiere. Mira todas estas flores y estas tarjetas... Aquí dentro huele a verano. No hace falta que tengas tantas visitas, ¿sabes? Si te cansas, dilo. A veces la gente no se da cuenta de lo que cuesta tener que poner buena cara.

—No, prefiero que vengan. Quiero que vengan todos, que me distraigan. No me gusta que esté todo en silencio, porque entonces puedo pensar y soñar.

Vuelve a apoyar la cabeza en la almohada y le cojo la taza.

—¿Quieres intentar recuperar el contacto con tu familia? —le pregunto—. Seguro que el equipo de día te lo habrá dicho, pero podemos buscarlos si quieres, ponernos en contacto con ellos. En momentos como este solemos querer tender la mano a alguien, resolver disputas absurdas, cosas que ya no parecen tener ninguna importancia. Podemos intentar contactar con alguien, si quieres.

—No hay nadie. —Se recuesta en las almohadas y cierra los ojos—. Un trabajo ingrato, el turno de noche.

—A mí me gusta —contesto—. Es muy tranquilo, en realidad.

—Cuando yo era joven solía pasar en pie toda la noche, incluso después de casarme. Me quedaba levantada y salía a bailar y a beber. No siempre, claro, solo a veces. Me agobiaba, ¿sabes? Así que agarraba el bolso y me iba a la calle. Me encantaba bailar, y la música, y las minifaldas. Las discusiones que teníamos,

pobre hombre. Yo era alcohólica, ¿comprendes? Adicta, mejor dicho. Adicta a las emociones, al subidón. No soportaba la vida normal.

—¿Qué pasó con tu marido?

—Lo nuestro no duró, como era de esperar. —Sonríe vagamente—. Pero, ay, fue el amor de mi vida. Bueno, uno de ellos, por lo menos.

Sonrío.

—Siempre se arrepiente una de lo que no ha hecho —digo.

—Del amor no hay que arrepentirse nunca —contesta—. Ese es mi lema. Jamás me arrepiento de haber amado demasiado a alguien, solo de no haber amado lo suficiente.

Pienso por un instante en las lágrimas que se me han escapado sin querer cuando estaba en la cocina con Hope. Lágrimas provocadas por el amor, aunque no sé de qué clase. ¿Amo demasiado a Vincent o no le amo lo suficiente?

—Descansa —le digo—. Yo volveré dentro de un rato.

—He oído hablar de ti —me dice Grace antes de que me vaya—. Hoy, antes, a una de las enfermeras de día. Escribes cartas, ¿verdad?

Dudo un momento, pero sonrío con tristeza y añade:

—Cuéntame más. Quiero saberlo todo.

Tiene acento del norte de Londres, un acento ancho y llano, de antes de que se pusiera de moda esa jerga americana que se usa ahora. Habla como hablaba mi abuela, y también mi madre, antes de que papá y ella vendieran la casa y se jubilaran.

—No hay mucho que contar —digo—. Yo me limito a escribir lo que me dictan las personas que están demasiado cansadas o débiles para escribir de su puño y letra a los seres queridos de los que van a despedirse. Cosas que para ellos es importante decir: ideas, pensamientos, mensajes...

—¿Y cuándo las envías? ¿Después?

Grace me mira intensamente. Tiene el pelo áspero, rubio todavía en las puntas, gris y grueso el resto. Reconozco una especie de ansia en sus ojos de

color gris oscuro. Hay algo que tiene que hacer y que la mantendrá con vida hasta que lo haga. Todas lo hemos visto: pacientes que siguen viviendo cuando todas las evidencias científicas afirman que deberían haber muerto. Se mantienen con vida hasta que llega la persona a la que esperan, o hasta que han completado una tarea, o han dicho algo que debían decirle a alguien. A las familias suele parecerles un milagro, aunque aquí nunca suceden milagros. O solo suceden temporalmente. Y sin embargo una enfermera no tiene que ser religiosa para creer con toda certeza que el espíritu humano existe. Lo vemos debatirse hasta el último momento, arder como una tea en los ojos de la gente que se muere, que ya se está muriendo. Y, pasado ese instante, le rendimos tributo. Rara es la enfermera que no abre una ventana en la habitación donde acaba de morir un paciente para ayudar a que su alma siga su camino.

—Sí —le digo—. Siempre me comprometo a enviarlas después de que el paciente haya muerto.

—Tengo un hijo —dice Grace de repente—. Ese marido del que te he hablado... Tuvimos un hijo. Ahora tiene treinta y cinco años. Quiero que le escribas y que..., que mandes la carta cuando yo ya no esté.

—Tienes un hijo. Pero...

Baja los ojos.

—Hace años que no le veo. Si ahora me pongo en contacto con él, no me lo agradecerá.

Cojo su mano entre las mías y me inclino un poco hacia ella.

—Mira, las disputas familiares, las rencillas, son cosas que pasan. La gente se equivoca y lo que no eran más que discusiones sin importancia van agriándose. Las cosas se sacan de quicio y, antes de que te des cuenta, han pasado años. Pero estoy segura de que si tu hijo supiera que estás aquí, que estás tan enferma, querría venir. Estoy segura. Por su bien, y por el tuyo.

Cierra los ojos. Un dolor sin nombre crispa su cara un momento.

—No es tan sencillo, es... Lo que le hice no lo puedo deshacer. No me merezco ni siquiera intentarlo, es solo que... Quiero asegurarme de que lo sabe

todo. Quiero irme sabiendo que le he dicho la verdad, porque así es mejor, ¿no? Vivir con la verdad. ¿Le escribirás? ¿Y me prometes no mandar la carta hasta después? —repite.

—Sí —contesto—. Si estás segura de que es lo que quieres.

—¿Y nunca le cuentas a nadie lo que ponen las cartas? ¿Nunca?

Nadie me ha hecho nunca esa pregunta, y me tomo un momento para pensarlo. Es cierto: nunca hablo de lo que ponen las cartas, con nadie.

—Bueno, siempre y cuando no estés confesando un asesinato —respondo con una sonrisa.

—Vale, entonces, necesito un poco de tiempo —dice Grace, y noto que el sueño vuelve a apoderarse de ella—. Necesito pensarlo, pensar en lo que quiero decir y explicarlo bien, porque... Bueno, porque hay quien diría que lo que voy a hacer es precisamente confesar un asesinato.

Tesoros míos:

Lo primero y lo último que quiero deciros es que lo siento muchísimo. Todo lo que vais a leer en esta carta debería decíroslo mientras crecéis. Debería explicaros por qué el cielo se vuelve negro de noche, deciros que no os subáis a los árboles o que miréis a los dos lados antes de cruzar la calle. Debería deciros que esos chicos no valen la pena y preguntaros qué hora creéis que es. Pero no estaré aquí para hacerlo. Siento muchísimo, mis amores, no estar aquí.

Mi vida ha sido muy feliz, pero lo que me ha hecho más feliz de todo sois vosotras dos, y sé que a papá no le importará que lo diga porque él siente lo mismo. Papá y yo nos queremos mucho, y cuando os tuvimos ese amor se redobló.

Hay muchas cosas que quiero deciros, pero esto es lo único que se me ocurre ahora mismo. Sed buenas, portaos bien. Nunca sabe uno por lo que están pasando los demás, así que, siempre que podáis y en la medida de lo posible, sed buenas. Sed fieles a vosotras mismas. Me refiero con esto a que viváis de la mejor manera posible, honradamente y con decencia. No seréis perfectas. Cometeréis errores, y puede que hagáis daño a alguien y que alguien os haga daño a vosotras. Pero eso no importa, siempre y cuando estéis seguras de que, lo que habéis hecho, lo habéis hecho con buena intención.

No esperéis para empezar a vivir. Ya sé lo que he dicho antes sobre los chicos, pero más adelante, dentro de unos años, no penséis que sois demasiado jóvenes para enamoraros o sentar la cabeza o tener hijos, o viajar por el mundo, o convertirlos en estrellas de rock, o descubrir la cura contra el resfriado. No esperéis nunca, por nada: hacedlo, sin más. Nunca hay un momento oportuno, excepto el ahora. El momento adecuado es siempre el presente.

Portaos bien con papá. Cuando pasen unos tres años o así (antes no), dejad que vuelva a enamorarse. Y si tenéis una madrastra portaos bien con ella, siempre y cuando se porte bien con vosotras.

Vosotras, mis tesoros, mi Milly y mi Lucy, solo tenéis tres años y medio. No me olvidéis, por favor. Recordad cómo os abrazaba, cómo os besaba, cómo vertía mi

amor en vosotras, en cada poro, con la esperanza de que algo quedara de él. Recordadlo y sentidlo. Recordad mi amor todos los días, a partir de ahora, y sentidlo.

Yo siempre estaré ahí.

Vuestra mamá

STELLA

Giro la llave en la cerradura y abro la puerta muy despacio. Enseguida me doy cuenta de que Vincent está levantado; lo noto en el aire, como si su energía chisporroteara en el ambiente.

Una llovizna fría e invisible me ha calado hasta la piel. La sentía en la oscuridad como una fuerza que iba acumulándose en mi pelo y chorreándome por la nuca. Estoy demasiado empapada para haber recorrido a pie el trayecto de apenas cinco minutos desde la parada del autobús, y no me apetece explicar el motivo. Por un instante no sé qué hacer, pero él ya habrá oído la llave en la cerradura y tengo que entrar. Ni siquiera sé por qué le oculto que salgo a correr, como no sea porque antes era él quien salía, y luego fuimos los dos, y ahora solo salgo yo. Aunque Vincent ha empezado a correr otra vez y pronto estará casi tan fuerte y correrá casi tan rápido como antes, para él nunca será lo mismo. El deleite que obtenía, esa adicción que me transmitió, no volverán a ser suyos de la misma manera, como lo eran antes. Por eso lo guardo en secreto.

—¡Estás aquí! —grita desde el cuarto de estar.

—¿Dónde iba a estar, si no?

Cuando acabo de quitarme la chaqueta y de colgar el bolso en el extremo de la barandilla, ya está en la cocina preparándose unos huevos. Sigue una dieta hiperproteica para reforzar su entrenamiento. Tiene buen aspecto: aseado y afeitado. Puede que esta noche haya dormido bien. Acerco la mano a su cara y hago amago de besarle. Estremeciéndose, se aparta.

—¡Estás helada!

Hay una nota alegre en su voz y yo sonrío y apoyo las manos frías en su nuca. Me agarra y me estrecha entre sus brazos. Un instante espontáneo, familiar, el

eco de un pasado en el que éramos amantes. Entonces nos acordamos de cómo somos ahora y nos miramos con extrañeza, como desconocidos que de algún modo se hallaran trabados en un abrazo íntimo.

Lleva puesta la pierna ortopédica más básica, el modelo que usa para andar por casa, y unos pantalones cortos. Si miro hacia abajo, veré una vara metálica rematada por una zapatilla deportiva, pero no miro hacia abajo. Sé que no le gusta que repare en los cambios que ha sufrido. Cuando me sorprende mirándole, algo dentro de él se crispa, como si mi mirada le recordase todo lo que ha ocurrido. Así que intento no fijarme demasiado.

—¿Ha ido bien el turno? —me pregunta.

Todavía no me ha soltado y me lo tomo como una buena señal. Contengo la respiración con el corazón acelerado, pendiente de cada uno de sus movimientos, como un pequeño mamífero que se cruzara por casualidad en el camino de *Sombra*. Asiento y sonrío con cautela. Esos hermosos ojos azules parecen despejados y en calma. Aquí, ahora mismo, en este marco tan estrecho, todo vuelve a ser como antes.

—Muy bien.

Pienso en Issy y en Grace, pero no digo nada. Nunca hablo del trabajo.

—He soñado contigo —añade casi para sí mismo—. Era un sueño bonito.

—Entonces, si has soñado, ¿es que has dormido?

—Igual que siempre —contesta.

Y justo detrás del olor a pasta de dientes distingo otra cosa: su aliento mentolado conserva un ligero tufo a alcohol. Ha bebido hace muy poco. Quizá por eso le brillan los ojos y su sonrisa parece tan relajada. Da igual, me digo. Da igual a qué obedezca esa sonrisa, mientras exista.

—Estás muy guapa —dice—. Toda mojada y colorada. Debe de haberte diluviado por el camino desde la parada del autobús.

—Otra vez no me he llevado un paraguas. —Pongo los ojos en blanco teatralmente—. Debo de tener una docena en el armario de debajo de la escalera y nunca me llevo ninguno. No me siento muy guapa. Huelo mal. Debería darme

una ducha...

—No te vayas... Hace tanto tiempo que no estamos así, ¿verdad? Yo... —Se encoge de hombros—. Lo echo de menos.

Noto que desfallezco. Lo está intentando. Creo que lo está intentando, o al menos la última copa que se ha tomado ha disuelto parte de su hermetismo. Es una novedad, al menos últimamente. Me ha tendido los brazos, me estrecha contra su cuerpo y, sea cual sea el motivo, me gusta. Me apetece. Preferiría que mi corazón dejara de latir frenéticamente un momento para poder pensar, para que me dé tiempo a descubrir el mejor modo de reaccionar, pero se empeña en henchirse de esperanza, porque así somos los humanos.

Nunca he estado tan nerviosa en brazos de un hombre, y menos de Vincent. Ni siquiera antes de que me besara por primera vez. Estábamos tan inmersos en la vorágine del deseo que no me dio tiempo a ponerme nerviosa. Puede que sea eso, la conciencia de que antes todo lo físico era tan sencillo entre nosotros, lo que ahora me aterroriza. Pero no se trata solo de eso: si Vincent me desea, es porque me ve, y cuando me ve hay algo que inevitablemente le pone furioso. A cada segundo, mientras me aprieta contra sí y sus manos recorren lentamente mis costados y mis caderas, aguardo su reacción: que tire de mí y me suelte de pronto, como si se escaldara al tocarme. Puede que todavía nos deseemos, pero también nos repelemos el uno al otro. Como dos imanes resistiéndose a las leyes de la atracción.

Sus pómulos rozan los míos y sus brazos me aprietan. Aspiro su olor. Mis brazos ciñen su cuello y le siento restregarse contra mí, apoyando el peso del cuerpo en la pierna buena al inclinarse para besar mi cuello justo debajo de la mandíbula.

—Vincent —susurro.

Hacía meses que no estábamos tan cerca. Ese instante congelado en el tiempo ha pasado y él sigue abrazándome: mete las manos bajo mi ropa, su boca caliente recorre mi cuello. Puede que este sea el momento: el instante en que nuestra vida juntos comienza de nuevo, en que los relojes parados se ponen otra

vez en funcionamiento y es posible soltar el aliento retenido. Es algo nuevo, mejor que nuestro primer beso o que cualquier otro beso posterior, cuando me acostumbré a que me tendiera los brazos y él se habituó a que yo estuviera siempre ahí. Es más importante que nuestro primer beso como marido y mujer; es nuestro primer beso ahora, así, desde que volvió de Headley Court. Y si es una primera vez ha de ser un principio, y yo dejo que la esperanza se agite dentro de mí mientras él se aparta lentamente y me mira a los ojos.

—Echaba de menos esto. —Me atrevo a sonreír, mis labios se curvan pegados a los suyos, me echo un poco hacia atrás para mirarle—. ¿A qué se debe?

—¿Tiene que haber un motivo? —pregunta.

—No, es solo que...

Su boca me interrumpe, y me pregunto si puede ser tan sencillo, después de todo.

El beso es largo, febril, un beso maravilloso. Vincent frota la nariz contra mi cuello. Le oigo suspirar. Siento que sus manos agarran mi trasero y lo aprieta, y me arrancan la sudadera, y me enfado por llevar puesto el uniforme, tan amorfo y poco sensual. Arrojo la camisa al suelo y vuelvo a rodearle con los brazos, me aprieto con fuerza contra él, ansiosa por sentirle de nuevo. No pienso en nada, solo en cuánto le deseo. Y ese es el problema. Que por un segundo me permito olvidar cómo somos ahora y le empujo sin querer. Pierde el equilibrio y se tambalea y, en un momento de confusión, trato de sujetarle y empeoro las cosas, y se cae, cae sobre las baldosas de la cocina. Su cabeza golpea con un ruido sordo el cubo de plástico de la basura.

—Ay, Dios, perdona. —Le tiendo los brazos, pero aparta mi mano con un ademán.

Está sonriendo, incluso se ríe. Yo sonrío también, un poco insegura, y me arrodillo en el suelo a su lado. Coge una monda de zanahoria de debajo de la nevera y la mete en la basura. No parece furioso ni enfadado: sus ojos brillan, casi centellean. Y hacen que me dé menos miedo mirarle.

—Bueno, ya que estamos aquí... —dice con una media sonrisa.

Me inclino sobre él y le beso provocativamente.

—Vete a darte esa ducha —dice, y su voz no suena fría ni cruel. Me doy cuenta de que no quiere que esté presente cuando se levante del suelo—. Voy a hacerte un buen sándwich de beicon para que te lo lleves a la cama.

Dudo un momento. Si dejo pasar este momento feliz y perfecto, así, sin que se complete, ¿cómo sé que habrá otro después, o que este es real?

—La ducha puede esperar.

Sonrío tratando de recordar que soy la chica con la que antes se pasaba las noches en vela hablando, la chica que, según decía él, era su droga. Deslizo las manos bajo su camisa.

Sus manos se cierran sobre las mías, las atrapan.

—Ahora no. Debes de estar muy cansada —dice, y desvía la mirada de mi cara como si de pronto recordara algo que había olvidado—. Tengo que prepararme para ir a trabajar. Podemos retomarlo en otro momento.

—Vincent... —Intento que su nombre no suene a súplica, pero no lo consigo—. Hace tanto tiempo y... Te quiero, ¿sabes? No me importa... nada. Te quiero, eso es todo. ¿No podemos...? ¿No podemos estar juntos, solo un rato, por favor?

Me aborrezco a mí misma por estar tan necesitada, tan desesperada, pero así es. Estoy desesperada, y mi necesidad se desborda antes de que pueda contenerla.

Aparta la cara, pero me da tiempo a ver que tiene lágrimas en los ojos.

—Lo siento —digo—. No quiero... agobiarte. Meterte prisa. La verdad es que no sé qué estoy haciendo mal, pero sí que sé que no lo hago adrede.

—Tú no haces nada, es... —Vacila—. Soy yo. Lo estoy intentando.

Le rodeo con los brazos y aprieto su pecho contra el mío.

—No importa. Da igual. Lo siento. Estabas tan contento hace un momento. Por favor, por favor, no quiero que te pongas triste por mí. No puedo soportarlo.

Oigo un sollozo en lo hondo de su pecho y luego, de algún modo, sin que

ninguno de los dos sepa cómo, nos besamos. Siento cómo van creciendo la pasión, el anhelo y el ansia, y también otra cosa. Las lágrimas mojan aún sus mejillas, y percibo su ira cuando cambia de postura. Tendido en el suelo, me coloca encima de él. Rodamos y de pronto siento su peso sobre mí, aplastándome contra las baldosas frías. Cierro los ojos y siento que tira de los tirantes de mi sujetador, quitándomelos de los hombros. Siento que su boca ciñe mi pezón y el deseo se apodera de mí. Paso los dedos por su pelo, arqueo las caderas buscándole y siento la emoción que emana de él: la necesidad, el deseo, la furia. Y con los ojos cerrados busco y vuelvo a buscar un solo indicio, un destello de algo que no existe. El amor.

Tiro del cordel de mis pantalones, me los quito y él se desabrocha atropelladamente los vaqueros. Su camiseta, que huele a alcohol rancio, me roza el pecho cuando trata de recuperar el equilibrio. Y entonces volvemos a unirnos. Siento que el placer y el alivio me recorren como un suspiro y por un instante vuelvo a ser yo misma. Soy suya, me muevo bajo él, sus dedos agarran puñados de mi pelo.

Se estremece al alcanzar el clímax y apoya la cabeza en mi cuello. Aquí quieta, respirando trabajosamente, le rodeo con los brazos y le aprieto contra mí. Es importante, este momento. Significa algo. Es un comienzo después de muchos meses, de casi un año de conversaciones corteses y salidas en falso. Ahora estamos conectados. Hemos empezado de nuevo, hemos dado el primer paso en el camino que nos lleva de vuelta al otro. Es una victoria, una oportunidad, una oportunidad que yo creía pasada hace tiempo. Es un comienzo, aquí, en el suelo de la cocina, entre las mondas de zanahoria de ayer o anteayer.

Vincent se aparta y descansa de espaldas a mí. Le veo subir los pantalones por las caderas; haciendo un esfuerzo, se sienta y, con la espalda apoyada en la nevera, se frota la cara con las manos. Yo me incorporo y me siento a su lado, apoyando mi hombro contra el suyo.

—¿Una taza de té? —le pregunto tímidamente.

Antes, hace mucho tiempo, este momento, después de hacer el amor, era para

mí sumamente precioso. Esos minutos en que sentía su deseo por mí en cada aliento y cada palabra, en cada gesto. Esos instantes en que me recorría con la mirada como si fuera el ser más maravilloso y fascinante que hubiera existido nunca. Era como si sintiera que el sol se apagaba cuando no estaba cerca de mí. Ahora apenas soporta mirarme, pero puede que eso no importe. El camino es largo y solo hemos dado el primer paso, y los primeros pasos siempre son dolorosos. Puede que lo que cuente sea darlos.

—¿Por qué no me dejas? —pregunta ahora.

Sus palabras son tan inesperadas que siento que me golpean físicamente, un golpe duro y amargo que me impulsa a ponerme en pie. Mi rayo de esperanza ha desaparecido súbitamente.

—¿Por qué no te vas, si sabes que yo no puedo? Yo no puedo irme, joder, estoy aquí atrapado. ¿Por qué no huyes?

—Vincent, te quiero. —Me esfuerzo por borrar esas últimas palabras, esos últimos segundos—. No quiero huir de ti, quiero correr hacia ti, siempre he querido. Tú eres el final de mi viaje, mi meta, más bien. Eres mi hogar, y te quiero.

—Pues no lo hagas —replica—. No me quieras. No quiero que me quieras.

Querida Janey:

Sí, fui yo. Fui yo quien en 1978 sacó tu muñeca *Lagrimitas* de tu cuarto cuando estabas fuera, jugando debajo del sauce. La cogí y salí a escondidas por la puerta de atrás y crucé la carretera y la tiré boca abajo al canal. Estuve tirándole piedras hasta que se hundió.

Cuando volviste de jugar, no la encontrabas y te pusiste a llorar y a chillar a moco tendido, ¿te acuerdas? Decías que tenía que haber sido yo, pero yo dije que no, que había pasado aquel rato leyendo. Dejé que mamá pusiera la casa patas arriba y que tú siguieras llorando y llorando hasta que se te pusieron los ojos como dos pelotas de golf rojas y gordas. Sabía que no podía decir la verdad, ni siquiera cuando empecé a arrepentirme, porque si confesaba papá me daría una paliza. Pero me sentía fatal porque tú llevabas mucho tiempo queriendo esa muñeca y habían ahorrado para comprártela. Y porque encima mamá dijo que, si yo le juraba que no había hecho nada, ella me creía porque confiaba en mí. Y dijo también que esperaba que la muñeca apareciera cualquier día. Pero no apareció. Y tú nunca volviste a tener una muñeca como aquella.

No sé por qué lo hice. Creo que estaba celoso. Eras tres años más pequeña que yo, y más simpática y más guapa. Y mamá te trataba como si fueras su bebé, y a mí no. Pero me he sentido mal desde entonces, a pesar de que al crecer nos hicimos buenos amigos y de que has sido la mejor hermana que podía desear, sobre todo este último año. Has sido como una roca para Lynn y los chicos.

Así que esta carta va acompañada de otra muñeca, una nueva *Lagrimitas* que la enfermera fue a comprarme. Esta hace pipí además de llorar: viene con todas las prestaciones. Lo siento, Janey, siento de verdad haber tirado la otra al canal. No te lo merecías.

Ánimo, hermana. Te quiere,

Jim xx

LA CUARTA NOCHE

HOPE

Dicen que tengo que adquirir resistencia, por eso camino arriba y abajo por el pasillo mientras me pregunto si dar unos cuantos pasos dejará de parecerme alguna vez como subir una montaña. Al pasar por la habitación de Issy veo que está sola, mirando por la ventana: el cielo oscuro de la tarde llena sus grandes ojos claros, y su nuevo amigo, el gato al que llaman *Sombra*, descansa sobre su regazo.

—Hola —digo—. ¿Tu madre ha ido a por una taza de té?

—Ha ido a darse una ducha a las habitaciones de familiares —dice—. Estoy intentando no morirme antes de que vuelva.

—Joder, no puedes, no irás a morirte, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Por lo visto todo el mundo piensa que voy a morirme pronto, pero no tanto como para que no pueda ir a darse una ducha. Lo que importa es que quiero mantenerme despierta, lo que significa que tengo que aguantarme con el dolor. Pero prefiero estar despejada. Porque no quiero perdmelo cuando suceda. ¿Te parece raro?

Estoy en el umbral de su habitación. Las paredes están llenas de pósteres, su iPod rosa está sobre la cama, a su lado, y hay también una pila de libros, todos ellos con el lomo cuarteado y las páginas muy manoseadas.

—¿La verdad? —digo—. No lo sé. No sé si es raro. Yo creía que pensaba constantemente en la muerte, pero me parece que no puede ser, porque en eso no he pensado nunca.

—El caso es que estoy combatiendo el dolor. Ni siquiera me importa. Quiero sentirlo. Quiero estar aquí, presente, hasta el momento en que deje de estarlo.

—De pronto parece agobiada—. No le digas a nadie que he dicho eso, ¿vale?

—No —le prometo mientras me adentro unos pasos en la habitación—. Claro que no. A mí puedes contarme todas tus chaladuras de enferma, que te guardaré el secreto. Te lo juro. —Cojo el libro que le presté—. ¿Has conseguido leerlo?

—Me lo está leyendo mi madre. Me encontraba mejor, pero ya no, ahora me duele otra vez un montón. Pero me da miedo dormirme. Me da miedo no volver a abrir los ojos, y lo que les pasará a mi madre y a Katy si no los abro. Ojalá pudiera hacer cosas, *saber* cosas para no tener que preocuparme por ellas.

—¿Cosas de qué tipo?

Me siento, indecisa, al borde de su silla y me da vergüenza reconocer que estoy nerviosa, que me asusta estar tan cerca de ella. Me da miedo tener tan cerca la Muerte; tan cerca que se fije también en mí. Pero, si eso pasara, lucharía con ella a brazo partido, y yo al menos tendría una posibilidad de salir victoriosa. Issy no tiene esa suerte.

—Bueno, mi madre necesita un novio —dice un poco irritada—. Ella dice que no, pero lo necesita. No es nada mayor y creo que le vendría bien tener pareja. Mi padre nos dejó cuando éramos muy pequeñas y mi madre está sola desde entonces. Tiene que pensar un poco más en sí misma. Y deberían adoptar un perro. Yo soy más de gatos, pero Katy lleva prácticamente toda su vida pidiendo tener un perro, y he leído en algún sitio que los perros te hacen salir de casa y conocer gente. Creo que mi madre podría conocer a alguien paseando al perro, y a Katy también le encantaría. Antes, cuando tenía miedo, dormía en mi cama, antes de que yo enfermara. Si tuviera un perro y pudiera dormir con él... Si supiera que esas cosas van a pasar, entonces... estaría mucho más preparada. No me siento preparada.

Deja de hablar, agotada, cierra los ojos y arruga la frente, concentrándose, cuando la atraviesa una oleada de dolor. Pasado un rato vuelve a abrirlos.

—Issy. —Me siento a su lado—. Esto es una putada.

Confiaba en que volviera a sonreír al oírme decir tacos, pero su cara refleja frustración.

—Sí que lo es, joder —dice—. Pero me alegro, si es que sirve de algo, me alegro de que tú vayas a volver a casa. ¿Podrías mantenerte en contacto con mi madre? Ha pasado estos últimos años cuidando de mí y de mi hermana pequeña, y no tiene a nadie más. A lo mejor, cuando yo me muera, podrías escribirle a veces por Facebook y preguntarle qué tal está. No te lo pediría, pero... no sé a quién más pedírselo.

—Sí —contesto—. Claro que escribiré a tu madre para ver cómo está. Me aseguraré de que está bien.

—¿Lo harás? ¿No lo dices solamente para que una chica moribunda se sienta mejor?

—Todavía me acuerdo de cuando eras tímida —contesto—. Sí, te doy mi palabra. Lo haré. Y ahora, ¿qué te parece si, hasta que vuelva tu madre, te leo un poco de este libro? Puedo poner voces y todo.

—Hope —dice—, no me leas el libro. Háblame de ti y de todo lo que has hecho desde los catorce a los veintiún años. Háblame de los chicos con los que has salido y de cómo es el sexo. ¿Cómo fue la primera vez que te emborrachaste? Cuéntame esas cosas en lugar de leerme.

—Mi primer beso... —Respiro hondo—. Bueno, yo era bastante mayor. Tenía dieciocho años y fue en un festival en Regent's Park al que fuimos todas las chicas de mi clase, después del examen de ingreso a la universidad. Fue una de las pocas veces que he salido sin Ben. Nos pusimos a hablar todas con un grupo de chicos y cuando se emparejaron todos quedamos solamente yo, la sosita, y un tío, el soso del grupo. A mí se me daba fatal ligar, pero por suerte a él no le importó. Se limitó a darme un morreo. Fue bastante intenso y baboso y me preocupaban los gérmenes, pero me gustó, más que disgustarme. También fue la primera vez que me estrujaron las tetas, pero eso creo que le gustó más a él que a mí.

»Y en cuanto al sexo, bueno, mira, puede que te lleves una desilusión, pero la única vez que lo he practicado fue bastante aburrido y torpe y se acabó visto y no visto, así que casi no me enteré. Además, luego estaba toda pegajosa. Pero

me alegré de haberlo hecho.

Me abstengo de decirle que fue con aquel mismo chico, el que conocí en el concierto, y que durante unos tres meses después de aquel primer beso estuvimos saliendo y besuqueándonos, él casi siempre con la mano encima de mi sujetador. Lo del sexo fue un error, en realidad. Al poco tiempo dejamos de vernos y mis pobres pechos lo agradecieron. Tampoco le cuento lo del beso de Ben; cuesta hablar de un beso que ni tú misma entiendes.

—Yo besé a Jack Fletcher en el baile del colegio, en octavo —me dice con una sonrisilla—. Fue mágico, como con arcoíris y mariposas, y había música, y él fue un encanto. Estuvimos saliendo una temporada, pero le dejé cuando se fue a Canadá a pasar las vacaciones de verano.

—Bueno, entonces, ¿por qué me lo preguntas? —bromeo—. Tienes más experiencia que yo.

—Porque quería saber cómo es estar enamorada —contesta—. Creía que tú a lo mejor lo habías estado. He leído sobre el amor en los libros, claro, pero me gustaría saber cómo es.

—Pues como con arcoíris y mariposas, creo —digo—. Y te sientes eufórica y como loca y en las nubes, y a veces es muy triste y tremendo. Pero sobre todo sientes que la persona de la que estás enamorada y tú formáis un único universo en pequeñito que habéis creado vosotros dos, y que todo lo demás no importa. Así es como creo yo que es, seguramente.

—Sí.

Estira el brazo y le cojo la mano, se la aprieto fuerte, consciente de que seguramente solo busca un asidero que la mantenga en esta vida unos minutos más, hasta que su madre pueda sujetarla de nuevo.

—Yo también creo que es así. Hope, ¿puedes prometerme otra cosa, antes de empezar a leer?

—¿Que no voy a hacer todas las voces de los personajes? —pregunto.

—Cuando salgas de aquí —dice—, besa a todos los chicos que puedas. Bésalos a todos hasta que sientas mariposas y arcoíris... Bésalos por mí.

—Sí —me limito a decir, porque no me salen las palabras.

—Y léeme algo del final. Quiero saber qué pasa al final.

Abro el libro por una página al azar, casi al final del libro, y empiezo a leer.

Ben llega a la hora de la cena.

Le gusta venir a la hora de las comidas porque dice que todas las enfermeras están coladas por él. Yo le digo que quieren adoptarle y que por *eso* le dan flan a escondidas (el de hoy era un flan de café muy pringoso). Aquí nadie se preocupa por que la comida sea saludable; estamos condenados, así que solo comemos cosas ricas, hasta los que han visto conmutada temporalmente su sentencia, como yo. Nos animan a comer juntos, siempre que podemos. Hay una mesa larga en el comedor en la que podemos sentarnos. Ahora mismo no somos muchos. Solo estamos Ben y yo y un tal Clive, que parece bastante animado a pesar de estar completamente amarillo.

—Caravanas, ¿eh? —Ben ha descubierto que Clive siente pasión por su casa móvil—. Para poder echarte a la carretera cuando te apetezca, ¿no? ¿Y sentirte como en casa en cualquier parte?

—Pues sí, aunque nosotros vamos casi siempre a Margate —explica Clive—. Ahora estoy intentando convencer a Cilla de que la venda, mientras todavía estoy aquí para tratar con los compradores, pero ella no quiere. Se pone a llorar cada vez que lo menciono.

—Bueno, a lo mejor quiere seguir usando la caravana —sugiere Ben con una falta de tacto tan gigantesca que me dan ganas de meter la cabeza en el puré de calabaza.

—No sabe conducir —le dice Clive sin inmutarse—. Yo me quedo aquí y ella se va a casa de su hermana a pasar el fin de semana. Podría pagarle unas clases de conducir. ¿Creéis que le gustaría?

—No —contesto en voz alta, aunque en realidad no tenía intención de contestar.

—¿No? —Clive parece apenado, y yo maldigo mi boca y su empeño en

ponerse a hablar.

—Bueno, lo que quiero decir es que yo tampoco sé conducir, y si pienso en intentarlo, sobre todo aquí, en Londres, me dan escalofríos. Y puede que tu mujer no quiera asumir algo más, teniendo ya tantas cosas de las que preocuparse.

Clive y Ben se quedan mirándome un rato.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Bueno, ya sabes: aprender a conducir y dejar de portarte como una niña —sugiere Ben.

—¿Y me lo dice la única persona en esta sala que se da crema hidratante? —replico yo.

—Yo creo que a lo mejor tiene razón, ¿sabes? —dice Clive.

—O —añade Ben, como me esperaba— también puede ser una manera de que Cilla se distraiga y piense en otras cosas. Así tendría tiempo para sí misma y se iría preparando para tener un poco de independencia. A mí me parece una idea muy bonita y considerada, Clive.

Veo que Clive se anima y sonrío otra vez, y miro a Ben, que se encoge de hombros y me roba la punta de una salchicha.

—Venga, come. ¡Flan! ¡Es la hora del flan!

Tengo que hacer un esfuerzo para no clavarle el tenedor en el ojo.

—Podemos salir otra vez —dice después del cambio de turno.

He subido la persiana de la ventana interior de mi habitación y estaba mirando el pasillo en busca de algún indicio de actividad en la habitación de Issy. Su madre volvió cuando no llevaba ni un cuarto de hora leyéndole, con la cara bien lavada y reluciente y la sonrisa puesta.

—Ya está aquí tu madre —le dije a Issy, que había cerrado los ojos—. Puede leerte las últimas páginas.

Desde entonces todo está en calma, solo se oye el ir y venir de siempre, pero no puedo quitármelo de la cabeza. No dejo de pensar en Issy y en que no va a

conocer el final de su propia historia.

—Solamente faltan unos días para que te den el alta —dice Ben interrumpiendo mis cavilaciones—. Y esa enfermera tan amable, esa a la que le gusto, dice que puedo llevarte a dar un paseo por el mercadillo.

«Esa enfermera tan amable a la que le gusto» es su forma de referirse a todas las enfermeras, pero me parece que seguramente se refiere a Stella.

—El mercadillo. Dios mío, el mercadillo está lleno de gente —contesto—. Y de ruido. Y de carteristas. Es para turistas, no para gente normal.

—Oye, que los turistas también son gente normal. —Se ríe—. Venga, no seas muermo.

Stella aparece en la puerta antes de que me dé tiempo a protestar.

—Dile que no me viene bien salir —le suplico.

—Pero es que te viene muy bien salir —dice ella con cierto aire de disculpa.

—Pero es invierno. ¿Y si pillo algo hoy mismo, esta noche? ¿Y si un turista me contagia algo? El ébola o lo que sea. ¡Antes casi caigo redonda, y solo fui a por un té!

—Estamos más bien en otoño y hace buena temperatura —responde Stella—. Además, el otro día fuiste al *pub* y volviste con muy buen color.

La miro como diciendo: «¿es que no te acuerdas de que estuvimos llorando juntas?», pero no parece darse por enterada.

Mira a Ben.

—¿Puedes dejarnos solas un momento?

—Ah, sí, claro. Tendrás que hacer alguna cosilla médica, ¿no? Me voy fuera, a esperar en esas sillas tan cómodas.

En cuanto se va, Stella cierra la puerta de la habitación.

—Siento lo de anoche —dice—. Fue muy poco profesional por mi parte ponerme a llorar en tu hombro. Espero que aceptes mis disculpas. Me pillaste... muy cansada.

Se hace un largo silencio entre nosotras.

—No pasa nada —digo por fin—. Imagino que cuando trabajas en un sitio

como este, todos los pacientes están tan metidos en su sufrimiento que... Además, si te soy sincera, estuvo bien para variar sentir pena de otra persona en lugar de compadecerme de mí misma. Pensaba que estar aquí era una especie de castigo horrible, pero la verdad es que pone las cosas en perspectiva. Lo digo porque aquí hasta las enfermeras están deprimidas.

No era así como quería expresarlo, pero por suerte no parece haberse ofendido.

—Bueno, yo no debería traerme mis problemas al trabajo —contesta Stella escogiendo sus palabras con cuidado—. Y no debería perder así la compostura delante de ti. No es justo. Podrías presentar una queja si quieres. Estarías totalmente en tu derecho.

—Eso me convertiría en un ser malvado. ¿Qué clase de persona denuncia a una enfermera de una residencia de desahuciados por ponerse a llorar?

Stella me obsequia con una sonrisa tenue.

—Gracias.

No creo que nuestra charla le haya servido de mucho. En todo caso, tiene peor aspecto que antes: está como desgastada por la tristeza, como si le estuviera restregando la piel y borrándole los rasgos.

—¿Quieres que hablemos de ello? ¿De la razón por la que llorabas? Conmigo puedes hablar. Y yo contigo. Quiero decir que podemos ser amigas aunque trabajemos aquí, ¿no?

Se queda pensando un momento y veo pasar la sombra de sus secretos por su semblante.

—No puedo cargarte así con mis preocupaciones —contesta con sencillez—. No sería justo. Pero tú sí. Conmigo puedes hablar de lo que quieras y cuando quieras, ¿de acuerdo?

—Puede que no esté permitido —digo—, pero eso no significa que no esté bien. Lo digo porque..., bueno, todos necesitamos a alguien. Yo tengo a mi madre, que se preocupa un montón pero me quiere y yo la quiero a ella, y a mi padre, que es la única persona del mundo que desconoce el significado de la

ironía, y a Ben, que, aunque es idiota, con él puedo hablar de un montón de cosas cuando me deja meter baza... Creía que no tenía a nadie, pero no es verdad. Y se me da bastante bien escuchar. He aprendido.

Ahí está de nuevo ese atisbo de sonrisa asomando a las comisuras de su boca.

—Lo digo porque seguramente tienes un montón de amigas y no necesitas hablar con una chica enferma vestida con una chaqueta de punto, pero por si acaso no tienes a nadie, conmigo puedes hablar. No me importa. —Me encojo de hombros—. Me caes bien. Aunque tengas tan malas ideas.

—¿Malas ideas? —Se ríe a medias—. ¿Cuáles, por ejemplo?

—Como decir que me vendría bien salir a dar un paseo con Ben. Es como si me asignaran a un cachorrito atolondrado como ángel de la guarda.

—Es una idea deliciosa —comenta Stella—. Y lo siento, pero tienes que salir. Para recobrar fuerzas. Dar un paseíto es un buen comienzo.

Me quedo pensando un momento en lo mucho que le gustaría a una niña de catorce años dar una vuelta por el rastro de Camden con un guitarrista guapo, y en lo mucho que disfrutaría. Supongo que si una tiene que cumplir una promesa, por algún sitio hay que empezar

Estimado Malcolm Sedgewick:

Hace dieciséis años que somos vecinos y solamente quería decirle que es usted un viejo idiota, un pedante y un cretino lleno de prejuicios y que me saca de quicio. Detesto todas las conversaciones educadas que hemos tenido desde su ridículo intento de esculpir el seto, que, dicho sea de paso, parece, más que un tren, un pene.

Atentamente,

Sr. David Davidson (del número 22)

HOPE

—Yo creo que la canción está tomando forma, ¿tú no? —me pregunta Ben mientras nos dirigimos cogidos del brazo hacia el ruido y el barullo del mercadillo de Camden.

Son las ocho de la tarde de un día de noviembre, pero sigue abierto y lleno hasta los topes, como un auténtico hervidero de gente. Para haberme criado a un paso de aquí, nunca me gustó mucho el mercadillo: no me gustaba la aglomeración de gente, ni esa especie de falsedad elemental que lo impregna todo. Es como una chica que se empeña en hacerse la simpática. Ya sabéis, de las que se ríen de cosas que no tienen gracia. Así es Camden.

Ben lleva un abrigo de lana hasta los tobillos que ondea a su espalda. Tiene el pelo negro y acaba de raparse la nuca, pero por arriba lo lleva tan largo que se le mete en los ojos. No son solo las chicas las que le miran al pasar; también le miran los hombres, heterosexuales o no. Parece muy seguro de sí mismo, llevándome a mí detrás. El mismo Ben de siempre.

—La verdad es que me parece muy buena —reconozco yo.

—Y hoy, en cuanto te has puesto en serio, has cantado estupendamente.

—Bueno, la verdad es que canto muchísimo mejor que tú en cualquier circunstancia —le recuerdo, y se ríe.

Maldita sea, he caído en su trampa.

—Claro que sí. Yo casi no sé cantar —dice—. Pero todo es cuestión de actitud, colega.

Coge un bombín, se lo pone en la cabeza y me mira moviendo las cejas.

—¿Qué te parece?

—Me parece que te va a aplastar el pelo —contesto, y me río cuando se lo

quita de golpe y se pasa rápidamente los dedos por el pelo peinado con todo cuidado.

Me crujen los pulmones cuando me río y sigo teniendo molestias, pero Stella y Ben tenían razón: me sienta bien salir, estar bajo las luces y entre la gente.

—Necesitas un traje para nuestro debut —dice Ben—. ¿Puede que algo con PVC y encaje? ¿Y unas botas altas? Y uno de esos corsés...

No le hago caso. Paso los dedos por una hilera de vestidos carísimos y mal confeccionados. Dejo que me conduzca hacia lo más profundo del laberinto del mercado, donde el aire está impregnado de olor a pachulí. A mi alrededor se mezclan un sinnúmero de idiomas: gentes de todo el mundo tratando de comprar una pizca de *glamour* en el sitio equivocado.

—Aquí, no —digo—. Aquí todo es horrible.

—A mí no me lo parece. —Ben coge una especie de túnica de gasa de color naranja—. ¿Qué tal este? ¿Eh?

Antes de que me dé tiempo a contestar, noto un tirón y me doy cuenta de que alguien me ha arrancado el bolso del hombro y me lo ha bajado hasta la muñeca. Al levantar la vista veo a una figura encapuchada que se aleja a toda prisa entre el gentío. Reviso mi bolso a toda prisa. El monedero sigue ahí, pero mi teléfono ha desaparecido.

—Ay, Dios, mi teléfono. Pero si no vale nada —digo enseñándole a Ben mi bolso vacío—. Es muy antiguo, pero tenía grabada toda mi música. Había grabado nuestra canción... ¡Ben! ¡Ben, espera!

Sale zumbando antes de que acabe de decir su nombre. Echa a correr entre la gente, que se aparta sorprendida, abriendo un pequeño surco por el que me apresuro a seguirle.

—¡Ben! ¡Déjalo! ¡No importa! ¡Ben!

Pero no afloja el ritmo y yo me pongo a despotricar en voz alta, con los ojos fijos en él. Bajo unos escalones y salgo al carril bici del canal. Le veo alejarse del bullicio y de las luces de la esclusa y adentrarse en la oscuridad.

—¡Dios! ¡Para de una vez, Ben! ¡No es más que un teléfono, joder! —grito, y

me doy cuenta de lo solitaria y estridente que suena mi voz.

Voy a toda prisa. Noto cómo el aire me araña los pulmones agotados cada vez que respiro y ya no veo a Ben delante de mí, ni al tío que me ha robado el teléfono. Ni luz, ni nada. Me paro y espero un momento. Estoy sola en un carril bici, junto a un canal, al norte de Londres y a oscuras. Lo único que permite distinguir dónde acaba la ciudad y empieza el cielo son unas pocas estrellas que brillan con fuerza suficiente para traspasar el resplandor de las calles. Joder.

Siguiendo el canal, uno no tarda en abandonar la fantasía urbana que componen las calles de Camden para adentrarse en un mundo industrial mucho más oscuro y sucio, atravesado por el traqueteo de los trenes y por grandes naves desiertas que se alzan sobre el agua. El suave resplandor anaranjado de la ciudad se refleja en el agua turbia.

Ben se ha ido; me ha abandonado, el muy gilipollas. O más bien le he seguido yo, como hago siempre. La gilipollas soy yo.

Y es muy probable que esté más adelante, en el carril bici, desangrándose en la oscuridad, apuñalado por un carterista que espera agazapado hasta liquidarnos a los dos y tirarnos al canal, donde nos ahogaremos antes de morir desangrados, atragantados por el agua mugrienta.

Siempre he sido un poco dramática, lo sé.

Podría dar media vuelta y volver andando hacia las luces del mercado.

Pero se trata de Ben. Y sigo sin saber si se acuerda de que la noche que estuvo a punto de matarme también me besó. Y me encantaría aclararlo antes de que uno de los dos se muera.

Así que, acordándome de Issy, suelto todos los improperios que se me ocurren, y algunos más de propina, mientras me adentro en la oscuridad buscando a Ben. Avanzo despacio y con cautela, temiendo ver en cualquier momento su cuerpo sin vida tendido en medio del camino, pero no veo nada, solo tramos del sendero desigual que la noche desvela y oculta a medida que avanzo. Si había alguien viéndome desde el puente, me habrá perdido de vista hace rato. A no ser que me esté siguiendo, claro. Me giro, pero solamente veo

oscuridad delante y detrás de mí. El corazón me late violentamente, se me hincha el pecho, noto los pulmones en carne viva y me tiemblan las piernas. Estoy lejos de la residencia y mi puto teléfono ha desaparecido. Me dan ganas de matar a Ben. Si no estuviera casi segura de que algún drogata armado con una navaja se lo ha cargado ya, le mataría con mis propias manos.

Pero también hay algo más. Estoy aquí fuera. Lo estoy haciendo: estoy viviendo la vida.

Sabía que estaba sobrevalorada.

Muy por delante de mí, una cerilla brilla un instante en la oscuridad, de modo que sé que hay alguien más aquí, acechando.

¿Y si es el asesino, fumándose un cigarro junto al cuerpo agonizante de Ben? Debería dar media vuelta y largarme, pero no lo hago. Me descubro caminando muy, muy despacio hacia la oscuridad.

Hay dos personas, la una junto a la otra, pero ninguna de ellas es Ben. Al acercarme veo que están abrazados: son amantes. Se besan y fuman con igual ahínco.

—Perdonad —digo, y el tío me mira con desconfianza. Su novia suspira—. He perdido a mi amigo, un tío alto con un abrigo largo. ¿Ha pasado por aquí? Nos ha robado un la... —Me interrumpo de golpe.

—Por aquí no ha pasado nadie estos últimos veinte minutos —me dice el hombre, el chico, más bien, con cierta reticencia, seguramente porque cree que voy a atracarles.

—Ah, vale. Vale, gracias.

Giro sobre mis talones y vuelvo a toda prisa hacia la luz, temiendo que se abalancen sobre mí en cualquier momento. O bien son los Bonnie y Clyde más cutres del mundo y han asesinado a Ben y arrojado su cuerpo al canal, o bien me han dicho la verdad y me he dado un susto de muerte a mí misma sin ningún motivo. En todo caso, no parece buena idea quedarse a averiguarlo. Cuando vuelvo a salir a la esclusa, su resplandor me parece irreal, y doy vueltas sobre mí misma buscando a Ben y conteniendo la respiración, consciente de que él no me

abandonaría así, sin más. Por fin, oigo algo por encima del bullicio, un sonido dirigido solo a mí, y al girarme le veo. Debe de estar subido encima de algo, gritando mi nombre para hacerse oír entre el estruendo.

—¿Dónde te has metido? —le pregunto en cuanto llego a su lado.

Se baja del banco y me entrega el teléfono con una reverencia y una sonrisilla satisfecha.

—¡Imbécil! —Le empujo tan fuerte que se me cae el teléfono al suelo y acaba debajo del banco.

—Pero ¿qué...? ¡Vas a romperlo, idiota! —Se agacha para recogerlo—. ¿Se puede saber qué te pasa? Lo he recuperado. ¡Creía que ibas a alegrarte!

—¡Te has puesto a perseguir a un ladrón que podía llevar un cuchillo! ¡Podrías haber resultado herido por un teléfono de mierda! ¡Es de locos! —Le atizo un puñetazo en el brazo y suelta un gritito, apartándose de mí.

—Era un crío y, además, estaba seguro de que podía con él, pero de todos modos ha soltado el teléfono a los tres minutos de empezar a perseguirle. ¿Dónde estabas?

—¡Buscándote! —grito con todas mis fuerzas, tan alto que por un momento tengo la impresión de que la música se mitiga y toda la gente se para y me mira.

No es verdad, claro, pero es lo que me parece solo por un segundo.

—Pensaba que te habías ido por el carril bici siguiendo a un asesino potencialmente peligroso...

—¿Es que los hay de otra clase? —me pregunta, y vuelvo a darle un puñetazo.

—Y me he ido detrás de ti para defenderte y rescatarte medio muerto, o morir de múltiples heridas de arma blanca y hacerte compañía en las aguas turbias del canal... Y estaba oscuro y tenía miedo. ¡Y TÚ NO ESTABAS!

—Te pido perdón por no estar muerto en una zanja, es una grosería por mi parte —dice Ben, un poco menos indignado que antes.

Se acerca y me coge de la mano, tira de mí para alejarme del gentío y vuelvo a bajar por los escalones por los que acabo de subir, contenta de estar viva.

—¿Has bajado por ahí, a oscuras, para enfrentarte a un navajero por mí?

—Se me ha pasado por la cabeza largarme, pero no sabía cómo iba a explicárselo a tu madre —contesto—. «Sí, lo siento mucho, señora D., estaba muy oscuro y su hijo murió desangrado mientras yo iba en busca de un policía.»

Su sonrisa es cálida y tentadora, pero no tan acogedora como su abrazo. De pronto me veo rodeada por sus brazos y su enorme abrigo negro, su pecho pegado a mi mejilla y el olor del perfume de mujer que se empeña en ponerse...

—Ya sabes que mi madre toma tranquilizantes desde que yo era pequeño. No creo que se hubiera dado cuenta, y mi padrastro habría aprovechado la oportunidad para apoderarse de mi habitación. Está esperando que me mude desde que se vino a vivir con nosotros.

—¿Por qué no te vas, entonces? —le pregunto—. ¿Por qué no te vas de casa y te alejas de él?

—Porque, aunque mi madre esté tan ida que no le importa si estoy vivo o muerto, la sigo queriendo —responde—. Y me necesita. Mi padrastro no puede cuidar de ella, casi no puede cuidar de sí mismo. Así que, mientras me necesite y te tenga a ti para rescatarme de psicópatas armados con navajas, aquí estaré. — Me abraza con fuerza un momento, escondiendo la cara en la nube de mi pelo —. Significa mucho para mí, ¿sabes? Importarte, quiero decir.

—¿Me estás olisqueando el pelo? —le pregunto.

—Un poco. Me gusta. Huele un poco a champú desinfectante y a lavanda, todo junto.

—Deja de olisquearme el pelo y de abrazarme —digo con la cara pegada a su pecho, acordándome de aquel beso empapado en alcohol y de su lengua de borrachín metida en mi boca—. Me confunde.

—¿Cómo puede confundirte un abrazo? —pregunta, y me suelta al aire de la noche, con su sonrisa de siempre de nuevo en la cara.

—¿No lo sabes?

Echamos a andar lentamente hacia el Marie Francis, y me llevo una alegría al ver la puerta de madera verde en medio del muro de ladrillo.

—No, no lo sé. Un abrazo es uno de los pocos gestos inequívocos que

existen. Quiere decir «eres fantástica, te aprecio mucho». Es el único gesto de cariño que no puede malinterpretarse.

—No como un beso —digo cuando me abre la puerta para que pase.

La adrenalina que ha generado mi casi roce con la muerte debe de seguir corriendo por mis venas porque, aunque temía pasarme varios años dándole vueltas a aquel beso alcohólico y a lo que significó, acabo de decir algo que raya en lo explícito.

Al otro lado de la puerta el mundo vuelve a ser apacible y tranquilo, sereno, casi como si la alta tapia de ladrillo y la puerta pintada de verde mantuvieran a raya no solo el barullo de la ciudad sino también la sensación agobiante de ese hervidero de gente que avanza sin descanso, pisoteando todo lo que se interpone en su camino. Hasta el cielo parece más despejado y lleno de estrellas.

—Bueno, un beso es bastante inequívoco —afirma—. Un beso en la mejilla, en la frente, o un morreo enorme...

—¿Y qué hay del morreo enorme que me diste la noche en que estoy casi segura de que pillé la infección bacteriana que estuvo a punto de matarme? —pregunto—. ¿Qué significó?

Se para en seco y se vuelve muy despacio para mirarme.

—Ah —dice—. Confiaba en que no te acordases.

—Para que veas con toda claridad que un gesto de cariño puede inducir a error —respondo yo al entrar por la puerta de mi habitación que da al patio y que no he cerrado con llave al salir.

La puerta de la habitación está abierta, y enseguida me doy cuenta de que pasa algo raro.

Desentendiéndome de Ben, salgo al pasillo. Hay casi demasiado silencio y en alguna parte, en la habitación de Issy, se oyen sollozos.

Me quedó ahí, incapaz de abrir su puerta, incapaz de moverme. Espero con Ben detrás de mí, hasta que se abre la puerta y sale Stella.

Al ver mi expresión interrogativa, asiente con la cabeza.

—Ha muerto —dice.

Doy media vuelta y me lanzo en brazos de Ben, y de pronto todo lo demás carece de importancia.

Querida mami:

Sé que estarás triste, lo sé. Pero, por favor, no estés triste para siempre. No eres tan mayor. Los cuarenta son los nuevos veinte, dijeron el otro día en *This Morning*. Ya has pasado muchos años triste y no quiero que pases ninguno más. Quiero que Katy y tú seáis muy felices todo el rato.

Mis gorros y pañuelos, dónalos a la planta de oncología infantil del hospital, y también todos mis juguetes y mis libros. No te quedes con ninguno, menos con *Pulpo*. *Pulpo* quiero que se lo des a Katy.

¿Puedes decirles a Lucy, Jem y Alice que son las mejores amigas del mundo? Nunca se aburrieron de mí, ni siquiera cuando estaba tan cansada que era un rollo estar conmigo. Venían siempre a verme y hacían esos vídeos absurdos, tan graciosos, y esa presentación en PowerPoint acerca de por qué era necesario que se quedaran a pasar la noche conmigo. Me alegro muchísimo de que les dejases quedarse: fue la noche más divertida de mi vida. En mi joyero, el de la bailarina que da vueltas, hay tres pulseras de la amistad. ¿Puedes darle una a cada una? Las hice con sus colores favoritos, así que cada una sabrá cuál le corresponde. También hay una para Jack Fletcher, ese chico de mi clase de ciencias.

Creo que deberíais adoptar un perro, lo digo muy en serio. Katy tiene muchísimas ganas y sé que tú pensabas que era demasiado trabajo tener que ocuparse de un perro además de cuidar de nosotras, pero a la gente le gustan los perros. Y las personas que tienen perro siempre conocen a un montón de gente y hacen montones de amigos. Creo que deberíais adoptar a una perrita con mucho pelo y llamarla *Kitty*, porque me parto de risa al imaginaros a Katy y a ti gritándole «¡Ven aquí, *Kitty*, *Kitty*!» a un perro en el parque.

Te quiero, mami. Eres la mejor mamá del mundo, la más amable, la más divertida, la más lista y la más valiente de todas. Y siempre serás mi mamá, incluso después. No estés triste para siempre, por favor. Y no estés sola.

Te quiere,

Issy x

HUGH

Hay un recipiente grande de helado o algo muy parecido en el umbral de mi casa. Cuesta distinguirlo con la luz naranja de la farola, pero creo que es eso. Me paro al final del caminito del jardín y lo miro, posado ahí, sobre las baldosas de ladrillo rojo. Me acerco con precaución y lo cojo, y algo se mueve dentro. Y me doy cuenta de que, trabadas entre la tapa y la base del recipiente, hay unas hojas de papel de cocina con el borde estampado con florecitas azules. El recipiente contuvo en algún momento helado de vainilla, según veo por lo que queda de la etiqueta.

Justo cuando voy a abrir la puerta de casa, oigo que se abre la puerta de los vecinos y espero, indeciso. Se notaría mucho si ahora entrara corriendo, además de que sería ridículo. Y aun así, hablar con ella... En fin, eso supondría tener que hablar. Con ella. No sé por qué me inquieta pensarlo, porque se me da bastante bien hablar con las mujeres, aunque por lo general no me importa lo que piensen de mí: me da igual lo que digo y cómo lo digo. Con ella, en cambio, es distinto. Creo que es porque noto que lleva una vida «real»: una vida que no es tan tersa, tan despreocupada como la mía. Se esfuerza mucho, eso se nota: no solamente en el trabajo o en su aspecto físico. Se esfuerza en general, para vivir.

—Entonces, ¿ha visto las magdalenas?

Se asoma por encima del murete de ladrillo que separa nuestros estrechos jardines delanteros. Lleva una sudadera enorme que parece hecha para un hombre de proporciones gigantescas y que le cuelga muy por debajo de las rodillas. Se ha quitado el gorro y tiene el cabello largo revuelto y una sonrisa nerviosa.

—Ah, ¿las ha dejado usted? —pregunto—. Y son magdalenas, qué... amable.

Gracias.

Antes de que pueda escapar, salta ágilmente el murete y casi aterriza en mi umbral. Retrocedo automáticamente, dando un paso hacia mi puerta. No sé qué narices tiene una mujer menuda y pequeñita vestida con un jersey enorme que me intimida tanto, pero de pronto me siento un bobalicón, como si estuviera pasmado.

—Me preocupaba que hubiéramos empezado con mal pie —dice calurosamente—. Y lo último que me hace falta es pelearme con mi vecino. Lo digo porque, como acabamos de llegar...

—No pasa nada, ya se disculpó, aunque tampoco era necesario —contestó—. No se preocupe, por favor.

No se mueve, lo que significa que yo tampoco puedo moverme. Pasan varios coches por los charcos de la calle antes de que me dé cuenta de que quiere preguntarme algo.

—El caso es —dice entrelazando los dedos con nerviosismo— que acaba de llamarme mi jefe y quiere que haga el turno de una compañera, ahora mismo. Solo serían cuatro horas y a la una estaría de vuelta, pero evidentemente no puedo dejar solo a Mikey. Si digo que no, a lo mejor pierdo el trabajo. Y si no encuentro a alguien que cuide de él, no puedo ir a trabajar.

—Ajá. —Meto la llave en la cerradura.

—Y todavía no tengo amigos en este barrio, ni tiempo de conocer a nadie. Y mi madre... En fin, no nos hablamos. La verdad es que no sé qué hacer, así que...

—La señora Catchpole, la de enfrente, tiene nietos. Puede que ella...

—Pero no la conozco, ni tampoco Mikey. Sé que es mucho pedir, pero, Hugh, por favor, ¿podría venir a cuidar de Mikey? No le molestará, y yo volveré lo antes posible.

Hugh. Ha dicho mi nombre en voz alta. Hugh. Debo de haberlo oído pronunciar hace poco. Hoy mismo, por teléfono. Ayer, quizá, en el trabajo. O la semana pasada, por lo menos. Y sin embargo me emociona extrañamente oírsele

decir a alguien delante de mí. Aunque no lo suficiente para que quiera dedicarme a hacer de niñera en mis ratos libres.

—La verdad es que no sé nada de niños —le digo, apartando por fin la mano de la llave y dando un paso atrás para mirarla a la cara.

Sus ojos parecen enormes en medio de una cara tan pequeña.

—Ni siquiera tiene que cuidar de él, solo estar en casa —contesta—. Vendré en cuanto pueda, se lo prometo. Solamente tiene que quedarse con él. Se va solo a la cama y usted puede quedarse viendo la tele o echarse un rato en el sofá. En serio, no le molestará para nada. Y la verdad es que nos hace muchísima falta el dinero.

Se me ocurre ofrecerle dinero para que no tenga que ir a trabajar, pero hasta yo me doy cuenta de que eso sería un error. Se esfuerza mucho por sacar adelante a su familia, y que un cretino como yo le ofrezca dinero sería peor que un insulto; sería un escarnio. Mi padre habría dicho que sí. Mi padre era un hombre bueno y generoso, uno de esos hombres que caen bien enseguida y en los que todo el mundo confía, y con razón. Lo que pasa es que la idea de hacerme cargo de un chaval de diez años me aterroriza.

—Es que no he comido...

—Ah, ya, bueno, eh... Tiene las magdalenas. Y en casa hay pan tostado y alubias. Puede servirse lo que quiera.

—De acuerdo —digo por fin, porque es lo que habría hecho mi padre.

Saco la llave de la cerradura y paso después de ella por encima del murete, que no es tan bajo como parece, o bien yo no soy tan ágil como mi vecina, y me raspo el muslo al pasar.

—Solo una cosa. Todavía no me ha dicho su nombre.

—Ay, vaya. Soy Sarah, Sarah Raynard.

—Sarah. Yo soy Hugh.

—Sí, lo sé...

Duda al ver que le tiendo la mano, pero pasado un momento la acepta y me la estrecha, y se nota a las claras que tiene que hacer un esfuerzo para que no se le

escape la risa.

—Bueno, ya que nos hemos presentado como es debido, vamos a ello.

Por dentro, la casa de Sarah es una imagen en espejo de la mía, y me doy cuenta de que ya he estado aquí antes, hace mucho tiempo. Durante una breve temporada a finales de los años noventa, vivió aquí una familia con una hija que iba a mi misma clase, aunque en cuanto a sofisticación estábamos a años luz de distancia. Mi padre y sus padres nos juntaron casi a la fuerza, dando por sentado, como suelen hacer los adultos, que los jóvenes de edad parecida se hacen amigos automáticamente, y pasamos gran parte del verano juntos. Fue la primera chica a la que besé, la primera chica con la que hice un montón de cosas, aunque ella puso el límite en el coito porque, aunque yo le gustaba y decía que le venía bien para coger experiencia, no me encontraba atractivo y pensaba que su primera vez debía ser con un chico que al menos le gustara un poquito. Es curioso que me acuerde de ella con toda claridad, sentada en esta misma habitación, pronunciando esas mismas palabras. No recuerdo haberme sentido herido ni disgustado por esos comentarios que tenía olvidados desde hacía muchos años. De hecho, creo que pensé que muy bien. Sadie Winters, así se llamaba. Pestañas de un color rojizo claro y ojos casi plateados. Olía a galletas.

—Bueno, Hugh está aquí, Mikey. —Sarah ya se ha puesto el abrigo, se ha calzado el gorro enorme y se ha enrollado una bufanda al cuello—. Vas a portarte bien, ¿verdad? —dice, pero Mikey no contesta, sigue con la mirada fija en la tele, donde está eliminando a un ejército de zombis con saña y aplomo admirables.

—Está enfadado conmigo —explica Sarah cuando la sigo hasta la puerta—. Niños... No se enteran de lo que hay que hacer para que las cosas marchen, ¿verdad?

Cuando abre la puerta de la calle, *Jake* se cuela en la casa y, al verme, se para en seco. Luego, dándose cuenta de que, siendo un gato, no está en modo alguno obligado a guardar las formas, pasa de largo delante de mí como si no nos conociéramos.

—¡Ah, hola, *Ninja*! —Sarah se inclina y *Jake*, mirándome de reojo, frota la cabeza contra su palma, como hacía antes con Melanie—. ¿Vienes a cenar? Te he traído una cosa. No sé de quién es el pobrecillo —me dice mientras coge su bolso—. Pero parece que no le quieren en casa. Está siempre aquí, pidiendo comida, el pobre minino. He empezado a comprarle comida para gatos. ¡Mikey le quiere un montón!

—Ya —digo mirando a *Jake*, que se enrosca en las piernas de Sarah como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Y no la tiene, claro.

—Hay una lata de comida en la cocina. ¿Le importa dársela?

—En absoluto —contesto, y miro a *Jake*, aunque no parece importarle que le haya pillado engañándome, con las zarpas en la masa.

—Lo mío lo entiendo —le digo al gato cuando Sarah se marcha. La veo un momento correr calle arriba detrás de un autobús—. Pero que estés dispuesto a pisotear así el recuerdo de Melanie... Me parece muy mal, *Jake*. Francamente, muy mal.

Me mira como preguntándose por qué demonios le hablo a un gato. Supongo que tiene razón. Armándome de valor, vuelvo a la habitación donde Mikey sigue masacrando zombis.

—Trabaja mucho, tu madre —digo, pero Mikey no responde—. Estás un poco cabreado porque esté aquí, ¿verdad?

Me mira, intrigado quizá por mi atrevido uso del lenguaje malsonante. Bueno, si es lo que hace falta para que me haga caso, todavía tengo algunos ases en la manga. Puedo decir «joder» y «mierda» para demostrarle que yo también puedo hablar como un chaval. Claro que ay, mierda, joder, ¿a quién trato de engañar? No me interesaba relacionarme con críos ni cuando yo también era un chaval. ¿Qué sentido tiene intentarlo ahora?

—No necesito que me cuide un adulto —dice—. Están todas las puertas cerradas, no voy a prenderle fuego a nada y tengo la tele. Puede irse, no se lo diré a mi madre.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto.

Por lo que he visto hasta ahora, podría tener entre siete años y cuarenta y seis.

—Ya se lo dije, tengo diez años. ¿Por qué lo pregunta, pervertido? ¿Soy demasiado mayor para usted?

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años —digo.

—¿Y? —replica con aspereza, pero baja el mando y añade—: Aunque menuda putada, lo siento.

—¿Dónde está tu padre? —pregunto acordándome de la sudadera gigantesca que llevaba su madre e intentando adivinar a qué tipo de hombre le cabría.

—No está muerto, qué va —dice. Y luego, pasado un momento, añade—: No lo sé, no le conozco. Se fue mucho antes de que yo naciera. Mi madre dice que no hace falta un padre para ser una familia.

Yo estoy de pie y él sentado, y no nos miramos ni sabemos qué decir a continuación. Pero como yo soy el adulto y él el niño, supongo que me toca a mí hacer un esfuerzo.

—Bueno, le he dicho a tu madre que iba a darle de comer al gato.

—¿Ha vuelto *Ninja*?

Mikey sonrío abiertamente por primera vez desde que le conozco, y hasta parece un niño de diez años durante unos instantes. Se levanta torpemente y me sigue a la cocina, que está limpia y recogida, mucho más ordenada que la mía. *Jake* está sentado sobre la mesa, esperando pacientemente.

—Yo quiero quedármelo, pero mi madre dice que tiene dueño y que no estaría bien, pero viene todas las noches y es un gato muy cariñoso. Le encanta que le hagan mimos, ¿verdad, *Ninja*? Lo llamo *Ninja* porque es todo negro y nunca le oyes entrar.

—Conque le encantan los mimos, ¿eh?

No estoy nada convencido, pero, efectivamente, cuando Mikey se sienta a la mesa, *Jake* casi se arroja en sus brazos, se enrosca alrededor de su cuello y le lanza zarpazos a la nariz con aire retozón, como un gatito. Achico un poco los ojos, preguntándome por un segundo si este *Ninja* no será en realidad otro gato. Pero no, está claro que es mi gato negro. Tiene esa pintita blanca en la pata

izquierda delantera, la que hace que parezca que acaba de rozarse con una superficie recién pintada.

—Pues sí, ya lo veo —digo.

Dejo el recipiente de helado en la encimera y echo un vistazo a un par de armarios, que, aunque no estén llenos a rebosar, guardan una buena provisión de arroz y pasta, unas cuantas patatas y tres latas de comida para gatos.

—¿De qué murió su madre? —pregunta Mikey.

—Pues la verdad es que no lo sé —contesto, porque estoy casi seguro de que, a pesar de su desparpajo y su bravuconería, seguramente no quiere conocer los detalles.

—¿Cómo no va a saberlo? —dice, y pienso un momento en cómo contestar.

—Bueno, yo era un niño. No me contaron gran cosa. Imagino que querían protegerme. Mi madre se puso enferma, pero yo no me di cuenta hasta pasado mucho tiempo, y entonces se murió. Y aunque a mi padre le encantaba hablar de ella cuando estaba vivo, prefería no hablar de cómo había muerto. Le ponía muy triste.

—Entonces, ¿ahora es huérfano? —Mikey acuna a *Jake* como si fuera un niño y su carita hosca se ablanda un poco, dejando ver esas facciones de niño que todavía se le adivinan.

—Bueno, técnicamente sí, casi rondo los cuarenta, así que... no voy a ponerme a cantar «The sun will come out tomorrow».

—¿Qué? —pregunta hundiendo la cara en la tripa suave de *Jake*.

No me sorprende que no conozca *Annie*, pero sí que su comentario haya dado en el blanco y que una oleada de tristeza invada mi pecho, pillándome desprevenido. Tengo que darle la espalda de repente y sorber por la nariz mientras busco en los cajones un abrelatas, y hasta pestañeo para disipar una lágrima que amenaza con caer cuando echo la comida del gato en un cuenco. Qué tontería. Yo no soy así. Es por culpa de ese absurdo mensaje del contestador, y por hablar sobre padres y madres con un crío. Todo el mundo sabe que soy un vivalavirgen. Quiérelas y déjalas si se ponen pesadas, ese es mi

lema. Yo nunca me echo a llorar en cocina ajena. Así que respiro hondo y cuadro los hombros. Mi padre decía que una buena llantina no le hace daño a nadie. A él se le saltaban las lágrimas a las primeras de cambio, era muy sentimental el viejo granuja.

—Entonces se murió y ya está. ¿Usted fue al entierro? —pregunta Mikey.

Tardo un segundo en recobrar la compostura. Empiezo a pensar que los niños son como tigres salvajes: si dejas que olfateen tu debilidad, se abalanzan sobre ti y te arrancan las tripas de cuajo.

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunto.

—Porque mi abuelo se murió y mi madre y mi abuela tuvieron una gran bronca y no pudimos ir al entierro. Mamá me llevó a ver su tumba después, cuando ya se había ido todo el mundo. Pero no era más que un montón de tierra mojada. No me cabía en la cabeza que el abuelo estuviera allí debajo. —Frota la cara contra *Jake*—. Perdona. No tiene que hablarme de su madre.

—Sí que fui —digo yo.

Me acuerdo del recipiente de helado; lo pongo sobre la mesa y al quitarle la tapa se oye un ligero *pop*. Dentro, entre las hojas de papel de cocina, hay seis magdalenas de chocolate de aspecto succulento.

—Mi madre hace unas magdalenas buenísimas —dice Mikey, y espera a que yo coja una para servirse—. ¿Cómo fue? —insiste—. ¿Lloró mucho? Yo a veces intento imaginarme que mi padre se ha muerto y me esfuerzo por llorar, pero no me sale. ¿Usted lloró?

—Sí —respondo—. Lloré mucho, y durante mucho tiempo. Todavía lloro a veces, un poquito —añado, probando a forjar un vínculo masculino.

—Es patético —dice Mikey, aunque con bastante ternura.

—¿Con tu madre te pones tan chulito? —pregunto yo.

—¿Está de broma? Usted no la ha visto cuando se enfada. —Menea la cabeza y se limpia unas migas de la boca—. Ni el Increíble Hulk le ganaría.

Querido Martin:

He estado pensándolo y he decidido que quien más te conviene es Dawn. No soy yo, pero dentro de lo malo es la mejor. Sé lo que estás pensando: dichosa mujer, intentando organizarme la vida desde la tumba, ¿es que nunca va a dejarme en paz? Pero, Martin, los dos sabemos que eres incapaz de encontrar ni tu propia sombra sin ayuda. Y yo no podré descansar en paz si tengo que preocuparme de que andes por ahí sin dar pie con bola. Tú eres un hombre que necesita que alguien le lleve de la mano, Martin, y creo que Dawn es nuestra mejor opción.

Pero evidentemente no puedes presentarte delante de ella y soltárselo así sin más, como hiciste cuando me pediste que me casara contigo; estabas rojo como un tomate y tartamudeabas tanto que tardaste un minuto y medio en preguntármelo.

Tiene que haber un periodo de duelo, Martin. Insisto en ello. El velatorio, el funeral. Quiero un velatorio como Dios manda, triste y con todo el mundo de luto. Nada de emborracharse, ni de convertirlo en una juerga. Que solo se sirva té. *Lo digo en serio, Martin.*

Después, creo que con que pases seis meses solo será suficiente. Ninguno de nosotros está rejuveneciendo, precisamente. Sobre todo, tú. Además, tratándose de un hombre como tú, en la flor de la vida, acudirán como moscas a la miel. Especialmente esa Oona Norman, que meneja las tetas con tanto descaro. Cualquiera pensaría que a su edad tendría más luces, pero, entre tú y yo, no creo que tenga ninguna posibilidad. Puede que te sientas tentado, Martin. No lo dudo, porque eres un hombre y los hombres tenéis muy poca imaginación en cuestión de tetas y faldas. Pero te conozco y sé que Oona no te hará feliz el día que lo necesites. Oona no pasaría la aspiradora debajo de los sofás, Martin. Y habría bolas de pelusa.

Así que, cuando pasen los seis meses, afeitarte esa barba ridícula y saca tu mejor traje del armario. Acabo de mandarlo a la tintorería y lo he guardado con bolas de naftalina, así que tendrás que airearlo un poco. Y, ahora que lo pienso, más te vale no comer pastelitos de esos que te gustan tanto, porque no querrás ponerte a buscar novia y que no te quepan los pantalones, ¿no?. Vete a casa de Dawn e invítala

a tomar un café. No le lleves flores ni nada de eso, y no la invites a cenar. Me parece que sería precipitado. Tomar un café, ir al cine, dar un paseo por el parque o ir a una conferencia de historia quizá, pero que no sea sobre la guerra. Pasado un mes o así, pídele que se case contigo. Te dirá que sí: lleva poniéndote ojitos desde que hicimos aquella velada francesa en el club y la impresionaste con tu manejo del idioma. Y además hace un asado muy rico.

Bueno, Martin, han sido cuarenta años de matrimonio bastante buenos. Eres un buen hombre, un buen marido y un buen padre. Nunca me has dejado en la estacada ni me has hecho daño. Me has hecho reír más que llorar, y supongo que eso es lo máximo que puede pedir una mujer.

Me despido ya.

Tuya,

Trudy

STELLA

La luna casi llena brilla tanto que disipa la perpetua neblina anaranjada, y las calles son un hervidero, llenas de gente que habrá salido cuando la noche estaba aún por estrenar. No sé cuál será el motivo: normalmente, cuando falta una hora para que amanezca la calle suele estar mucho más tranquila. Debe de haber habido algún concierto importante o algún festival en el que todos los hombres llevaban barba y las mujeres sombrero.

Paro de correr diez minutos antes de llegar a casa y sigo andando con paso cansino y amodorrado. Ha sido una noche muy larga. Una noche larga y difícil, llena de dolor y de pena, y de una tristeza casi insoportable de contemplar, y estoy cansada. Estoy muy cansada.

Me he quedado mucho rato con Issy y con su madre, allí sentada, dándole la mano a Thea mientras lloraba. Los médicos iban y venían. Thea llamó a los abuelos, que estaban cuidando de su hija pequeña, y pasado un rato metí la carta que Issy me había pedido que escribiera entre las tapas del libro que todavía tenía junto a la cama. Salí discretamente cuando llegó su abuela, pero me paré a abrir una ventana antes de marcharme. Laurie me estaba esperando junto al mostrador con lágrimas en los ojos. Hemos estado abrazadas un buen rato, conteniendo entre las dos nuestra tristeza, porque si dejábamos que escapara de los confines de nuestro abrazo habríamos faltado a nuestro deber.

—Tenemos que ponernos en marcha —ha dicho Laurie sollozando, pasados unos minutos.

Ha sido la primera en apartarse y se ha alisado la camisola para recordarnos a ambas que, por más pena que sintamos, ese dolor no es nuestro. Yo he asentido con la cabeza.

—Convendría que durmieras un poco —le he dicho a Hope cuando me la he encontrado llorando, aunque ha sido una bobada decirle eso—. ¿Sabes?, el tiempo que pasaste con ella la ayudó mucho. Así que no te entristezcas. Le has hecho mucho bien. Y eso significa mucho para ella y para su madre. Deberías estar contenta.

Grace no estaba despierta cuando he ido a verla. Me ha estado mirando un rato en silencio mientras trabajaba y luego, alargando el brazo, me sujetó la mano.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó—. Pareces muy triste. Siéntate un momento y cuéntamelo.

—No estoy triste —le mentí—. Pero tienes razón, estoy cansada. Ha sido un día muy largo. —Intenté incorporarme, pero me detuvo.

—Cuéntamelo —ha dicho.

—Hoy ha fallecido una paciente, una chica muy joven. Hace mucho tiempo que conozco a su familia. Es... Siempre es duro, pero esta vez...

—No sé cómo lo haces —dijo—. Cómo te encariñas con personas que sabes que van a dejarte. No me explico cómo no te das a la bebida. —Sonríe ligeramente—. A mí, en cambio, todo me empujaba a la bebida.

—Lo hago porque me parece que es importante —le dije—. Y necesito que algo de lo que hago en mi vida importe. A veces tengo la sensación de que... En fin, aquí estamos, dando vueltas por el espacio subidos a una roca, y lo intentamos, todos nos esforzamos por hacer algo que cuente a lo largo de nuestras vidas, pero... ¿cómo va a importar realmente? ¿Qué puede cambiar lo que haga una sola persona?

—La bondad lo cambia todo —dijo Grace—. No puedes preocuparte por el resto del mundo, y menos aún por el resto del universo. Lo único que puedes hacer es mirar a izquierda y a derecha y tratar de ser amable con quien tengas más cerca. Mi vida empezó a tener algún significado cuando dejé de pensar solamente en mí misma y empecé a fijarme en todas esas personas que no tenían a nadie que se preocupara por ellas. Ojalá no hubiera esperado tanto, pero más

vale tarde que nunca. Algo he hecho. ¿Todavía tienes mi carta?

Dudé un momento, sin saber si esta noche precisamente tenía fuerzas para dar testimonio de los secretos de otra persona, de sus esperanzas, sus miedos y sus últimos deseos. Claro que a Grace le hace tanta falta como a cualquiera, y tiene tan poco tiempo como los demás. Sabía que querría hablar de ello desde el momento en que me dictó la carta. Lo esperaba, en realidad. Y también esperaba que cambiara de idea.

—Sí —contesté—. Te di mi palabra de que la guardaría hasta que llegara el momento, aunque... tal vez habría que mandarla ya.

—Debes de pensar que soy una mala persona —me dijo, y a mí me ha costado contestarle.

—Sé que no eres mala persona —le dije—. Me consta que has sido muy generosa con un montón de gente. Una mala persona no se esfuerza tanto por reparar el daño que ha hecho como te has esforzado tú. Pero el tiempo apremia, Grace, y podrías..., podrías decir la verdad, aclarar las cosas cara a cara. ¿No crees que sería mejor?

—¿Para quién? ¿Para mí? No me merezco otra cosa, y tampoco me apetece. Cuando una toma las decisiones que tomé yo, no hay segundas oportunidades, no hay vuelta atrás. —Cambia de postura en la cama, incómoda y nerviosa.

—¿Ni siquiera para él? ¿Qué me dices de él? Me parece muy cruel. Quizá sea preferible no mandar la carta.

Los ojos grises de Grace parecían recorrer cada centímetro de mi cara fijándose en cada detalle, y yo he dejado que me mirara, imaginando que estaba haciéndose sus cálculos.

—Necesito saber que sabrá la verdad sobre mí cuando yo ya no esté. Se lo debo. Pero antes no. Me lo prometiste. ¿Podrás cumplirlo?

—Lo intentaré —contesté—. La carta la llevo en el bolso. Si quieres recuperarla, te la doy.

—Ponle empeño. Déjame pagar por mis errores. Ya lo he pospuesto demasiado tiempo. Necesito pagar.

—Te lo prometo —le dije, viéndola cada vez más acongojada—. Tienes mi palabra.

—¿No me odias? —me preguntó, y me apretó los dedos.

—Claro que no. —Le sonreí con tristeza—. ¿Qué te hace pensar que tus secretos son los peores que he copiado?

Me miró con suspicacia.

—Además, ¿tanto te importa de verdad lo que yo piense? —añadí.

—Supongo que sí —replicó—. Porque, a pesar de todo el bien que he hecho, sigo odiándome a mí misma.

Y ahora aflojo el paso casi hasta pararme. Recorrer los últimos metros entre este punto y la puerta de mi casa es como atravesar un muro de niebla densa y esponjosa: cada paso cuesta tanto que casi no quiero hacer ese esfuerzo.

Ayer, tumbada en nuestra cama, vi cómo se colaba la luz del día por los resquicios de las cortinas y se extendía por la pared pintada de verde. Ya estaba pintada de ese color cuando nos mudamos a esta casa, y yo iba a encargarme de decorarla: pensaba convertir nuestra habitación en un tálamo sensual mientras Vincent estaba en su última misión en el extranjero. Compré pintura (un gris oscuro y un rosa profundo y seductor) y hasta busqué un vídeo en YouTube para aprender a empapelar una pared. Sabía que lo haría chapucosamente y que mientras estuviera pintando y empapelando no pararía de idear anécdotas divertidas para contárselas a Vincent la próxima vez que habláramos, para hacerle reír y menear la cabeza y poner los ojos en blanco. Pero las latas de pintura siguen sin abrir, debajo de la cama, junto con cuatro rollos de papel pintado estampados con grandes crisantemos. Al día siguiente de comprar el papel y la pintura, la patrulla de Vincent sufrió la emboscada. Y las paredes se quedaron así, verdes.

Mientras estaba allí tumbada, permanecía atenta a cualquier sonido procedente de abajo, confiando en que un ruido en la escalera me avisara de que Vincent subía, de que iba a retirar sus palabras, a abrazarme y a decirme que lo sentía y que me amaba, a fin de cuentas. Pero solo había silencio, así que cerré

los ojos para no ver la luz, y aun así no me quedé dormida. No dejaba de pensar en la carta, en la carta de Grace, y en el dolor y las mentiras que ponía al descubierto. No sé por qué, pero en aquel duermevela, en aquella noche que no acababa de serlo, mientras las horas se sucedían una tras otra, jalonadas únicamente por el dolor sordo y constante de mis riñones, la carta de Grace y las palabras de Vincent se entremezclaron, y la decisión que Grace confiaba en que yo tomase pareció adquirir un nuevo significado. Como si lo que fuera a suceder a continuación pudiera cambiarlo todo. Y sin embargo se supone que nada debe cambiar, al menos hasta que muera Grace. Se lo he prometido. Le he prometido que no mandaré la carta hasta después de su fallecimiento, y lo que suceda después no será asunto mío.

Pero para entonces ya será demasiado tarde. Demasiado tarde para Grace, demasiado tarde para el hombre al que va dirigida la carta, y de alguna forma — no sé cómo ni por qué lo sé, o por qué lo creo— demasiado tarde también para mí.

Normalmente puedo correr en cualquier circunstancia, hasta cuando estoy enferma, agotada o dolorida, pero esta noche no. Esta noche tira de mí como un lastre atado a mis tobillos, estorbándome hasta casi impedirme avanzar. Me paro en lo alto de la carretera que conduce a nuestra casa. Este suele ser mi tramo favorito del recorrido, el trecho en que la gravedad me hace volar y caer en picado, casi en caída libre, hacia la serena tranquilidad de mi cama. Ahora, en cambio, lo único que me apetece es sentarme en la acera mojada y esperar a que la lluvia me disuelva y me arrastre, capa por capa. Y pienso en cómo sería irse por la cañería y perderse por fin en el mar, no ser nada en medio de la inmensidad infinita del agua.

Tengo que ponerme las pilas, en serio. Me levanto con esfuerzo, estiro los brazos por sobre la cabeza y, armándome de valor, echo a correr.

Querida Maeve:

Si supieras cuántas veces te he escrito esta carta, una y otra vez, tratando de encontrar las palabras adecuadas no solo para ti, también para Kip. Quiero escribir una carta que le haga justicia, que te demuestre lo que seguro que ya sabes: que era un hombre estupendo, un padre y un marido maravilloso, un tipo fantástico.

No se me da muy bien expresarme, nunca se me ha dado bien. Cuando estaba en el colegio no le veía sentido a seguir estudiando y haciendo exámenes, así que cuando me alisté no tenía un futuro muy prometedor. Siempre he querido expresarme bien, como se expresaba Kip, sobre todo cuando conocí a Stella. Practicaba cosas que decirle, para conquistarla, y Kip me ayudaba. Nunca se burló de mí por eso, ni nada parecido. Solo sabía que me había enamorado locamente de una chica y me echaba una mano. Entendía lo importante que era decirle a una persona que la quieres. Él ya lo sabía mucho antes de que yo conociera a Stella. Os quería a ti y a Casey más que nada en el mundo.

Creo que eso era lo mejor de Kip: que te hacía reír y te animaba, y que uno siempre sabía que podía contar con él. Pero lo que más nos gustaba a todos era que fuera tan buena persona. Me acuerdo de que un día nos siguió una perrilla callejera cuando salimos a patrullar, y ladraba y gemía tanto que revelaba nuestra posición. Los otros compañeros querían matarla, pero Kip dijo que no. Le dio unos trocitos de galleta para que le siguiera y se la llevó a la base, y la adiestró, no para que detectara bombas ni nada de eso, sino para que se estuviera calladita y nos hiciera compañía. La perrita dormía cada noche en un catre. Kip tenía pensado traérsela a casa, para vosotras. Silky, la llamaba, porque tenía unas orejas muy, muy suaves que se le ponían tías si barruntaba algo.

Lo principal que tengo que decirte sobre Kip es que su muerte fue muy rápida. No sintió miedo ni dolor. Fue en una patrulla rutinaria; habíamos hecho muchas veces aquel recorrido, pero aun así nadie se relajó ni bajó la guardia. Las cosas no funcionan así. En la unidad estaba todo el mundo atento y en su puesto. Fue una emboscada, así de sencillo. Procurábamos estar preparados para todo. Manteníamos los ojos bien abiertos, nos andábamos con mucho cuidado y teníamos experiencia, pero a veces... no se puede estar en todo. Silky se paró y levantó las orejas y nosotros nos paramos, y entonces estalló, así, de repente. No hubo tiempo de reaccionar, ni de...

16

STELLA

Giro la llave en la cerradura y abro la puerta muy despacio.

No está lloviendo, pero tengo el pelo empapado de sudor, las zapatillas mojadas y sucias, y los gemelos salpicados de barro hasta las rodillas.

—Hola.

Entro en el cuarto de estar. Está claro que Vincent no ha dormido: la habitación huele a cerveza. Esta vez no ha intentado ocultarlo, y está como una cuba.

—¡Vaya, pero si es mi chica! —Brinda por mí con una lata vacía—. ¡Aquí está!

No sé qué decir ni cómo decirlo.

Se levanta y vuelve a sentarse frotándose la pierna.

—Uf, estoy que no me tengo. ¿Qué hora es?

—¿La hora del café? —sugiero, y asiente con un gesto y me mira cuando entro en la cocina y echo tres cucharaditas bien cargadas de café instantáneo en la taza más grande que encuentro, añadiendo un montón de azúcar.

—Así que has vuelto —dice cuando regreso y le doy el café.

Tiene los ojos rojos e hinchados. Me doy cuenta de que ha estado llorando, angustiado, aunque no voy a mencionárselo.

No sé qué es exactamente lo que le mantiene en vela por las noches, lo que le empuja a odiarme por no aborrecerle, pero le ha hecho llorar y llorar hasta dejarle los ojos en carne viva. Tengo ganas de extender los brazos y tocarle, de estrecharle en mis brazos y acunarle, y dejarle llorar, pero no puedo hacerlo. Ya no tengo permiso para hacerlo.

—Bueno, vivo aquí —contestó despreocupadamente, y me siento a su lado,

echando al suelo un par de latas de cerveza para abrir hueco—. No tengo otro sitio donde ir.

Nuestra desconfianza mutua chisporrotea en el aire, entre los dos. Me pregunto si no habrá una pequeña parte de su ser, como la hay en mí, a la que le gustaría simplemente que nos acurrucáramos juntos en la cama y durmiéramos abrazados, sin más, y que durante unas pocas horas deliciosas no pensáramos en nada, en nada en absoluto. Que fuéramos solamente dos personas que, juntas, mantienen el mundo de fuera a raya. ¡Cuánto me gustaría apoyarme en él, descansar la cabeza en su hombro, quedarme dormida oyendo el latido de su corazón! Me permito el lujo de reclinarme en él, más bien de rozarle, en realidad.

Vincent se mantiene muy erguido, con esa tenacidad reconcentrada de quien intenta disimular la borrachera.

—Creía que a lo mejor no volvías después de lo que pasó, de lo que te dije.

No puede mirarme a los ojos. Parece sumamente triste y abatido por esta falta de comprensión, por este vacío que hemos creado entre los dos sin saber cómo. Espero que diga algo más; que sea amable y tierno, que me diga que no lo decía en serio. Espero que lo retire todo. Haciendo un esfuerzo supremo, coloco una primera piedra, confiando en que siga mi ejemplo.

—No pasa nada, ¿sabes? Lo entiendo —digo inclinándome un poco hacia delante—. Sé que estás enfadado y que hay cosas que todavía te atormentan. Cosas que crees que no puedes contarme. Lo entiendo. Pero hace falta mucho tiempo para recuperarse, Vincent. Mucho tiempo. Si dejaras que te...

—Tú no tienes ni idea de lo que hace falta —replica bajando la taza—. No tienes ni idea. Dices lo que te han enseñado a decir en tus cursos de formación. Dices las mismas cosas una y otra vez, pero tú no estás aquí dentro. —Se toca la sien con dos dedos—. Si estuvieras aquí dentro... No te gustaría, ni te gustaría yo. Si estuvieras aquí dentro, cambiarías de idea y me dejarías. La cuestión no es solo acostumbrarse a esto. —Mueve el muñón de la pierna bruscamente, como dando una patada—. Ni aprender a andar otra vez, ni mirarme al espejo y ver

una y otra vez, grabado en mi piel para siempre, el momento en que mataron a mis compañeros. Ni siquiera se trata de eso. Tú no puedes entenderlo. Y no tienes ni idea de lo que es, así que, por favor, deja de esforzarte tanto. Es..., es absurdo.

Otra vez lo mismo, otro de sus intentos de conseguir que me vaya. Supongo que llegará el día en que lo consiga. El día en que obtenga lo que quiere, si es que es eso de verdad lo que quiere. Pero hoy no; hoy estoy demasiado agotada.

—El caso es —digo con cautela— que yo no creo que sea absurdo. No lo creo porque..., si lo creyera, no querría seguir intentándolo. Vincent, ¿no crees que si pasamos un tiempo juntos, para volver a conocernos, casi desde cero, tal vez podría entender qué es lo que te impide dormir por las noches?

No me contesta. Tiene la mirada fija en el suelo. Ni siquiera se encoge de hombros para indicarme que me ha escuchado.

—A veces, sin querer, nos distanciamos... No, no es eso. Desde que volviste no hemos parado de alejarnos, segundo a segundo. Hemos cogido cada cosa, cada recuerdo y cada sentimiento que nos unía y lo hemos tirado a la basura. Tú no puedes dormir, así que nunca vienes a la cama. Y yo no puedo dormir sin ti, así que me quedo despierta mirando el techo. No quieres que esté contigo por las noches, cuando te emborrachas y escuchas música a todo volumen para no oírte pensar...

Cojo sus preciados auriculares y, tratando de que me mire, arranco del enchufe el cable que los conecta al equipo de música. Funciona: me mira mientras me enrolló atropelladamente el cable alrededor del puño, pero sigue sin hablar. No sé si será por la muerte de Issy o por la conversación con Grace. No sé si es porque sé que la complicidad, el amor que compartíamos, sigue ahí, en alguna parte, y él prefiere mantenerlo a raya. Pero me niego a seguir así. No puedo seguir callándome.

—Por eso solamente trabajo de noche —añado, y vuelvo a tirar los auriculares sobre la mesa baja, obligándole a mirarme—. Por eso me voy justo cuando empiezas a desmoronarte. Y de pronto tengo la impresión de que nuestra vida

se ha convertido en una puerta giratoria: yo entro, tú sales. Y no me extraña que no sepamos qué decirnos cuando nos cruzamos, porque ya no sabemos nada el uno del otro... Los dos tenemos secretos, pero creo..., creo de verdad que quizá, si nos permitimos estar juntos, a lo mejor eso puede cambiar. Y si cabe la posibilidad de que volvamos a estar juntos deberíamos aprovecharla, ¿no crees?

Coge su taza de café y se la bebe en un par de tragos a pesar de que todavía humea.

—Vincent, por favor... ¡di algo!

Traga y vuelve a dejar la taza.

—¿Te acuerdas del día que te pedí que te casaras conmigo? —pregunta sin mirarme.

El recuerdo aflora de inmediato, tan brillante como una llama recién encendida.

—Claro que me acuerdo. —Sonrío, indecisa—. Fue el momento más feliz de mi vida. Hacía un día precioso, soleado y radiante, y habíamos estado por ahí toda la noche. Me estabas preparando una taza de té y me mirabas tumbada en la cama, y al ver lo desordenada que tenía la habitación dijiste: «No durarías ni cinco minutos en el ejército. Eres demasiado caótica».

Sonríe tenuemente, pero sé que se acuerda tan bien como yo.

—Y tú dijiste: «Bueno, te lo advertí desde el principio; te avisé de que soy una holgazana» —me recuerda—. Estabas allí tumbada, en la cama, sin nada encima. Y eras..., eras la cosa más bonita que había visto nunca.

Hace una eternidad, o eso parece, que no me siento tan a gusto con mi propio cuerpo, ni tan segura de cómo me mira Vincent. Ahora, cuando lo pienso, me cuesta creer que alguna vez me haya sentido tan segura de su amor, pero así era. Estaba tan inmersa en él que no dudaba ni por un momento del deseo que sentía por mí, por mi vientre blando y redondeado y mis muslos carnosos, por mis pechos, tan empequeñecidos por todo el peso que he perdido, y por mi larga maraña de pelo. Cuando lo pienso, me parece un sueño.

—«Eres un obseso del orden», eso fue lo que te dije. Y también te dije:

«Somos completamente incompatibles. No sé qué ves en mí».

La presión de su hombro contra el mío aumenta, solo un poco.

—Y yo te dije: «Yo tampoco lo sé, como no sea que en la cama nos entendemos de maravilla. Hacemos el amor mejor que nadie. En cuestión de sexo, somos los campeones del mundo».

Nos reímos los dos al recordarlo con una risa tímida y apocada, no como las sonoras carcajadas que compartimos entonces, cuando él se esforzó por poner el té que me había preparado en el pequeño espacio libre que quedaba en mi mesita, llena a rebosar de maquillaje, tazas de té vacías y pendientes desparejados, y donde acabó por enfriarse.

Vincent busca mi mano y, aunque no decimos nada, me doy cuenta de que está recordando lo mismo que yo, lo que sucedió a continuación. El contacto de sus dedos entrelazados con los míos me embelesa como un hechizo.

Sentado a horcajadas sobre mí, me cogió de las manos y se llevó mis dedos a los labios para besarlos.

—Quiero casarme contigo —dijo.

—Sí, claro —me reí yo.

Llevábamos juntos dos años, pero el tiempo que habíamos pasado juntos en la misma habitación sumaba menos de uno.

—Sí, quiero casarme contigo. Te quiero, Stella. ¿Nos casamos?

Yo le aparté, sintiéndome vulnerable de pronto, y me tapé los pechos con la sábana. Supe en ese momento cuánto le quería y supe también, precisamente por ello, hasta qué punto podía hacerme daño, y no quise que bromeara sobre algo que, sin haberlo sabido yo hasta ese instante, significaba tanto para mí.

—No me tomes el pelo —le dije—. No me lées.

—¿Es que no me quieres?

—Claro que te quiero, tonto —contesté—. Ya sabes que te quiero más... de lo que esperaba. Pero ¿a qué viene esto ahora?

—A que he tenido compañeros que han acabado muertos o muy tocados —dijo—. Voy a volver al campo de batalla y, antes de irme, quiero asegurarme de

que estarás bien, ya sabes, por si me pasa algo...

Yo me zafé de él y crucé la cama.

—No digas tonterías —dije—. Y cállate —añadí—. Cállate. No va a pasarte nada. Y, además, podrías dejarlo, despedirte, volver a casa y buscar otro empleo, y podemos casarnos cuando estemos listos.

—Las cosas no funcionan así exactamente. —Vincent se acercó y volvió a estrecharme entre sus brazos—. Además, quiero ir. Es mi trabajo, lo que se me da bien. Pero no quiero irme sin haberme casado contigo.

—¿Antes de volver, dices?

Se sentó y se encogió de hombros.

—Sí. Porque ¿cuánto tiempo hace falta para elegir un frac, invitar a la familia que sea y a los amigos? Lo he mirado: podemos casarnos dentro de un mes y medio, en el registro. Y luego tomar algo en el *pub* de enfrente. Tú y yo, oficialmente, el señor y la señora Carey.

—Qué romántico eres —contesté riendo—. Lo que pasa es que desde que era muy pequeña he soñado con una boda de cuento de hadas. Hasta tengo un álbum con ideas para la boda. Un gran vestido rosa con mucho vuelo, seis damas de honor y una carroza como una calabaza...

Dejé que una expresión de espanto se extendiera por su cara, hasta que no pude contener una carcajada.

—Por eso no podemos casarnos: porque en realidad no tienes ni idea de cómo soy. —Le tiré un cojín—. En realidad no sabes nada de mí. Llevamos juntos mucho tiempo, pero casi siempre separados. No conoces a mis padres. Sigo siendo tu nuevo ligue. Todavía estamos en el periodo de luna de miel.

Vincent se inclinó sobre mí, metió las manos bajo las sábanas y recorrió con los dedos mis muslos y mi pubis.

—Sé muchas cosas de ti —dijo—. Sé que te gusta esto.

—Ser campeones en cuestión de sexo no garantiza un buen matrimonio —murmuré yo, cerrando los ojos y echándome hacia atrás.

—¿Por qué no? —musitó Vincent mientras sus labios se deslizaban entre mis

pechos—. ¿Por qué no basta con eso? Las demás cosas podemos hacerlas después. Porque no sé qué es lo que todavía no conozco de ti, pero estoy seguro de que me va a encantar, o por lo menos de que no me molestará, porque *esto* nos hace perfectos el uno para el otro. Di que sí. Di «Sí, dentro de un mes y medio me casaré contigo, Vincent Carey. Seré tu señora».

Y yo dije sí, sí, sí, Dios mío, sí.

Dándome cuenta de que he cerrado los ojos al sentir en lo hondo de mis entrañas un eco de aquel instante delicioso, vuelvo a abrirlos y encuentro a Vincent observándome. Me mira a los ojos y yo me hundo en los suyos, en ese azul clarísimo, en esos dos estanques de pureza perfecta, contenta de poder zozobrar en ellos.

—Por lo que sentía por ti en aquel momento, Stella —dice—, no quería perder tiempo. Quería que fueras mi mujer, que fueras mía. Sabía que iba a volver a Helmand para otra misión y antes de irme quería saber que tenía una mujer en casa. Una familia. En aquel momento, quería que todo fuera correcto. Te quería, a ti, entera. Con tu pelo rizado y tus manos preciosas, y las cosas tiradas por el suelo de tu habitación.

—Y me conseguiste —digo yo—. Me conseguiste. Te dije que sí y nos casamos en cuanto pudimos. No hubo carruaje de cuento de hadas. Solo tú y yo y tus compañeros y mis padres, y algunas chicas del trabajo, y un montón de confeti y después el *pub*. Lo hicimos. Formamos nuestra propia familia. O al menos la empezamos. Éramos tan felices, Vincent, ¿no es cierto? Y podemos volver a serlo, ¿verdad que sí? ¿De veras me estás diciendo que no podemos volver a ser así de felices?

—Sí —contesta, no sin amabilidad—. Eso te estoy diciendo. Te estoy diciendo que no podemos volver a ser así de felices, Stella, y tú no quieres darte por enterada. Nos casamos cuando apenas nos conocíamos. Nunca nos hemos conocido de verdad. El hombre con el que te casaste, el hombre al que quieres, ya no está. Y no va a volver. Nunca. Yo ya no soy ese, Stella. Puedo aprender a

caminar otra vez, y a correr y a montar en bici. Pero no puedo aprender a quererte, ni a ti ni a nadie. Nunca más. Esa parte de mi ser desapareció en la incineradora junto con mi pierna. Si te quedas aquí y tratas de quererme y de hacerme feliz, o si esperas que yo te haga feliz, quiero que sepas que eso no va a pasar. No puedo volver a ser como era antes. Y tú tampoco. No sé si podemos vivir juntos, y mucho menos querernos, siendo dos personas tan distintas, habiendo cambiado tanto desde que nos conocimos.

—Sí —insisto, porque no sé dejar de insistir—. Sí que podemos. Porque yo todavía te quiero.

No dice nada, pero de su pecho emerge un ruido de exasperación, penoso y ronco.

—Mira, no has dormido ni estás sobrio. A los dos nos hace falta descansar. Necesitamos alejarnos un poco de esta vida. ¿Qué te parece si damos un paseo por la calle? Podemos ir a ese sitio turco como hicimos todas las noches durante una semana, cuando compramos la casa. ¿Y si tomamos una copa y charlamos, no de lo que ha pasado, ni de nada en concreto? Podemos charlar de cualquier cosa, como hacíamos antes. Estar juntos, nada más. Me gustaría muchísimo, Vincent. Podríamos tomarnos un descanso, ¿no crees? Dejar de lastimarnos el uno al otro y... simplemente tener una cita, pasar un rato juntos y ver cómo nos sentimos.

—Has estado corriendo —dice fijándose de pronto en mí.

—Sí. —Sin saber por qué, como si quisiera que me dé buena suerte, me toco la puntera de la zapatilla—. Todos los días voy al trabajo corriendo, y vuelvo. Por eso he adelgazado tanto. No sé por qué no te lo había dicho. Todavía podrías darme mil vueltas. Corro, corro mucho. Me... ayuda a soportar lo mucho que te echo de menos.

Se hace un silencio momentáneo. Veo crispase los músculos de su mandíbula, no sé si de pena o de rabia, y una especie de agotamiento invade su cuerpo visiblemente, en una larga y continua oleada. Por un instante, al menos, está derrotado.

—Odio hacerte daño —suspira—. Estoy harto de hacerte daño. De acuerdo. Esta noche iremos a ese sitio turco. Cenaremos y tomaremos una copa de algo. Me parece bien. Joder, ojalá no te estuviera haciendo sufrir tanto. Daría cualquier cosa por no hacerte daño.

—Ojalá supiera yo qué hacer. —Estiro el brazo y cojo sus manos—. Ojalá supiera cómo recuperarte.

—No puedes. Ya no estoy aquí —afirma.

—Sí que estás aquí, estás aquí. —Apoyo la mejilla en sus nudillos—. Te siento.

Vincent aparta mi mano de su cara.

—No quiero estar aquí así —dice—. Quiero ser el que te levantaba en volandas, te cargaba al hombro y te subía arriba. Quiero ser el que medía quince centímetros más que tú, como cuando tenías que ponerte de puntillas para besarme.

—Pero si sigues siéndolo...

Aparta la cara de mí.

—Podemos volver a ser felices si lo intentamos —le digo—. Todavía estás vivo. Estamos los dos vivos, y tenemos muchas cosas por las que dar gracias. Solamente tenemos que intentarlo.

—No lo entiendes —contesta—. No debería hacer falta empeñarse en ser feliz.

—Sube arriba conmigo —digo—. Ven a la cama y déjame abrazarte mientras duermo. Por favor, Vincent, por favor. Si no puedes hacer nada más por mí, haz al menos eso.

Me levanto y le tiendo la mano. Pasado un momento, la coge y me sigue.

Querido Tú:

A veces cuesta no hundirse, no caer en la desesperación. A veces sientes que te empeñas demasiado, que andas siempre cuesta arriba sin llegar nunca a la cumbre. Sé que es eso lo que sientes: no hace falta que me lo digas. Y sé que intentas ocultármelo. Que intentas poner buena cara por mí, pero no hace falta.

Sé que a veces los días te pesan sobre los hombros como un lastre y te parecen fríos y miserables, hasta en pleno verano. Sé que a veces no le ves sentido a levantarte de la cama, y que solo te levantas por mí. Porque te necesito.

Yo pronto me habré ido y tú tendrás que seguir levantándote de la cama. Tienes que hacerlo. Y tienes que seguir yendo a la compra, y al trabajo, y a sacar al perro a dar un paseo. No puedes pararte solamente porque yo me pare. Tienes que seguir viviendo. Tienes que vivir.

Pide ayuda. Cuéntale a la gente cómo te sientes, lo mal que lo estás pasando. Si te sientes solo y no sabes qué hacer, dílo. Si sientes que dar un latido tras otro se te hace insoportable, no te lo calles.

Si me quieres, vive. Es el legado que más deseo. Quiero que vivas.

No solo que vayas tirando día a día, desde ahora hasta la próxima vez que te vea, sino que vivas y rías y seas mil veces más feliz que antes. Vive, amor mío. Vive.

Yo x

LA QUINTA NOCCH

HOPE

—Vamos fuera —propone Ben, y por un segundo pienso que se refiere a que salgamos a jugar como cuando éramos pequeños: a inventar juegos complicados, en los que él fingía ser un jugador de la Premier League y yo una princesa guerrera con un dragón.

—Vamos fuera a tocar. A tocar a la luz de la luna y las estrellas, por Issy —insiste.

Yo pensaba que a lo mejor no volvía, después de la vergüenza que pasó ayer por el asunto del beso, y porque luego yo no pudiera dormir, ni parar de llorar, ni dejarle marchar. Se quedó mucho rato y me dejó llorar. Se quedó mientras yo hacía mis ejercicios, a pesar de que no tenía ni pizca de ganas de hacerlos, y hasta que, algún tiempo después, me fui a dormir. Fue todo un poco dramático, y sé que no le gusta nada el dramatismo. Por eso pensaba que a lo mejor esta noche no venía. Pensaba que a lo mejor se iba al *pub*, o a casa de un amigo, y no se lo habría reprochado, y sin embargo aquí está, nada más salir del trabajo, llevando todavía la camisa del uniforme y la chapita de su nombre.

Me quedo mirando el reflejo de mi habitación en la puerta de cristal, tratando de imaginarme sentada en esta cama, intentando descubrir quién soy de verdad. Quién es esta mujer, esta nulidad que no ha hecho nada, que no ha estado en ningún sitio y que, tarde o temprano, seguramente más pronto que tarde, estará en el hoyo sin haber dejado tras de sí ninguna huella de su existencia. Me veo a mí misma solo por un instante: un espectro en vida. Y me siento terriblemente desilusionada conmigo misma.

—Estamos en noviembre —le recuerdo a Ben.

—Pero se está bien —dice—. Hace calor. Seguramente será por el

calentamiento global o algún rollo de esos. Y anoche, cuando te quedaste dormida, como no soportaba irme a casa, me fui a dar una vuelta por el jardín y quiero enseñarte una cosa...

—Eso suena un poco amenazador —digo yo.

Coge mi guitarra y me lanza una bufanda.

—Póntela —dice—. Por si acaso hay una tormenta de nieve. Venga. Ha pasado algo muy triste. Se lo debemos a Issy, hay que honrar este momento, y dos chavales siniestros, dos marginados como tú y yo, solo saben hacerlo de una manera: con canciones fúnebres e introspección.

Tiene razón, desde luego.

Fuera reina una extraña quietud cuando le sigo por el patio (así lo llaman, al menos, en un rasgo de optimismo) y por un caminito que se aleja hacia el canal. Sigo a Ben por lo que pronto se convierte en un sendero pedregoso que se pierde de vista entre la espesa franja de árboles que bordea los terrenos de la residencia. Finjo que la luz que se cuele de soslayo entre los árboles procede de la luna y no del resplandor de un millar de farolas. Las extrañas sombras dan al camino un toque mágico, casi irreal. Quizá, si sigo caminando detrás de Ben, llegue a Narnia o al País de las Maravillas.

Ben se detiene y me indica que espere. No sé por qué, pero no hablamos; solamente escuchamos los sonidos de la noche a nuestro alrededor: el viento entre los árboles, el murmullo del mercado, más allá, y, más allá todavía, el estrépito de los trenes, y la inmensidad de la urbe, chisporroteante de vida. Ben manipula algo delante de mí mientras espero con el oído atento, inclinándome hacia el silencio, esforzándome por captar una nota fugaz de algo desconocido. Y entonces, de repente, veo el fulgor de una llama sobre el tocón de un árbol, y luego otro, y otro. Un momento después, un pequeño círculo de velas nos rodea, dejando ver un grupo de bancos de poca altura hechos de troncos mal cortados, que convergen en un gran trono de madera labrada. Recuerdo vagamente que Stella le dijo a mi madre que en el Marie Francis se celebraban sesiones de cuentacuentos para niños enfermos y chavales que habían perdido a

algún ser querido. Cuentos y juegos de rol: formas de ayudarles a soportar las múltiples facetas de la pena. Este debe de ser el sitio especial del que hablaba Stella: el lugar al que acuden los niños para intentar comprender la muerte. Me pregunto si Issy vino aquí alguna vez.

Ben se sienta en un banco, saca su guitarra y se la apoya en la rodilla.

Por un segundo me parece mal estar aquí, en este lugar, como si fuera en cierto modo un allanamiento. No tanto por el sitio en sí, sino por los sentimientos a los que otros han hecho frente en este rincón, por las realidades que de algún modo han asimilado personas mucho más jóvenes y valientes que yo. Y aun así me siento y me apoyo la guitarra en el regazo. Veo a través de los árboles las luces del Marie Francis, que brillan con fuerza en los catorce ventanales. La habitación de Issy sigue a oscuras esta noche. Mañana volverán a encender las luces.

Se escucha el traqueteo de un tren al otro lado del canal, y persiste el eterno runrún del mercado. Pero no les presto atención. Me repliego en este pequeño mundo y finjo que lo único que importa en esta vida es la luz de las velas y la luna, y las estrellas, y Ben.

Él se pone a cantar otra vez la canción en la que estamos trabajando, la que empecé yo y él recogió y convirtió en algo brillante. Escucho su voz solitaria durante unos compases y luego mis dedos comienzan a moverse sobre las cuerdas de la guitarra: se afanan, piensan, se acompañan para que la canción tome cuerpo. Y después, súbitamente, como ocurre siempre, llega un punto en que ya no tengo que pensar lo que hago, simplemente estoy ahí, en ese instante, inmersa en la música, y forma parte de mí, y atraviesa mi corazón y se difunde por todas mis terminaciones nerviosas. El gozo y la determinación inundan mi pecho y siento que estoy a punto de estallar de certidumbre. Pienso en Issy y en cuánto le gustaba oír cantar a Ben. Y canto no solo por ella sino para ella, porque, por absurdo que parezca, durante unos instantes me parece sentirla cerca de mí. Es una sensación muy rara, muy especial, y enseguida se acaba.

El bosque está completamente desierto; solo estamos Ben y yo y las sillas

vacías de los niños.

El ruido de fondo de Londres se vuelve apremiante y Ben se inclina un poco hacia delante, y tengo la impresión de que trata de mantenerlo a raya por la fuerza.

—Sé que quieres saber por qué te besé y por qué confiaba en que hubieras olvidado que te besé —dice por fin—. Te besé porque inspiras muchas ganas de besarte y porque estaba muy borracho. Tan borracho que me olvidé de que no estás en la lista de personas con las que se puede ligar tranquilamente.

Quiero decir algo, pero Ben se me adelanta.

—Fue como una experiencia extracorporal: me veía a mí mismo, pero no me oía decirme a mí mismo «no seas capullo». Y allí estabas tú, tan guapa y tan triste que me daban ganas de...

—¿De qué? ¿De consolarme? ¿De besarme por lástima?

—No, no quería hacer nada —puntualiza Ben—. Solo era un deseo. Te deseaba. Por eso te besé. Y lo siento mucho. Lo siento porque sé que estuvo mal. Ese momento hizo peligrar esos otros millones de momentos que significan tanto para ti y para mí. Me dejé llevar por mis genitales. Me dominó la lujuria, un segundo o dos. Y entonces tú me apartaste de un empujón y solamente pude pensar: «Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Lo he echado todo a perder?»

—Me resulta muy difícil saber cómo procesar esa información —le digo agachando la cabeza.

—Y entonces te pusiste muy enferma y estuviste a punto de morirte. Hope, tú siempre crees que eres *tú* quien me sigue *a mí*, que soy yo quien lleva la voz cantante, pero nunca has entendido cuánto te necesito. Te necesito aquí, en este mundo, viva, amiga mía, porque... Si fui yo, si por mi culpa te pusiste enferma, si fui yo quien estuvo a punto de matarte, jamás me lo habría perdonado. Y te necesito. Sin ti no soy más que un pobre capullo que trabaja en una tienda de telefonía.

Nos quedamos callados cerca de un minuto. Sopla la brisa en las copas de los árboles y se oye el lamento lejano de una sirena, anunciando una tragedia

remota. En algún sitio tintinea un carillón de viento.

—Puede que no fuera por tu culpa por lo que me puse enferma —le digo—. Y, aunque fuera por ti, ¿qué más da? A fin de cuentas, cada vez que asomo la cabeza a la calle es como jugar a la ruleta rusa, ¿no? Enfermé y la Muerte vino a rondarme, y le dije que se fuera a la mierda. Durante un tiempo pensé para mis adentros en echarle a ti la culpa. Ya sabes lo dramática que me pongo a veces. Pero no te culpo. Ya no culpo a nadie de nada. Creo que ya lo voy captando, el sentido de la vida... Me parece que el meollo de la cuestión es que la única persona que puede mejorar mi vida soy yo misma. Bueno, y la ciencia médica, y las organizaciones benéficas y los médicos y todo eso, pero principalmente yo. Porque, aunque no pueda curarme, puedo optar por ser feliz. Igual que tú puedes optar por no ser un pobre capullo que trabaja en una tienda de telefonía.

—Muy profundo, pero no estoy del todo seguro de que sea cierto. A fin de cuentas, solo tengo aprobadas cuatro asignaturas de bachillerato, y una de ellas es teatro.

—Mira, vamos a volver a ser los de siempre —digo—. Ben y Hope, dos perdedores. Porque puede que tú me necesites, pero yo también te necesito a ti. Así que nos olvidamos del asunto del beso. Hemos hablado de ello, y ahora... podemos olvidarlo. Somos jóvenes y estamos vivos, aquí y ahora. Deberíamos estar haciendo las cosas que hace la gente joven. Eso fue lo que me dijo Issy que hiciera. Me dijo «hazlo todo, hazlo por mí». Y ya sabes que se me da fatal hacer cosas sola, así que necesito que me ayudes a hacerlo todo por ella. Volvemos a la normalidad y no hablamos del beso nunca más.

—Vale —asiente Ben—. ¿Hablar de qué?

Me río, y esperamos a que se restablezca una normalidad reconocible para los dos.

—Bueno, vamos a arrasar la noche del micro abierto —dice Ben por fin—. Tu amiga estaría orgullosa.

—¿De verdad crees que vamos a arrasar? Una cosa es cantar en un bosque

donde nadie te oye y otra muy distinta cantar delante de un montón de gente que también cree que va a arrasar en la noche de micro abierto.

—¿Y qué es lo que te preocupa? ¿Hacer el ridículo?

—No, me preocupa... —Tengo tantas preocupaciones listas para salir que se me agolpan las palabras en la boca, pero hago lo que hago siempre: tragármelas

—. ¿A ti no te da miedo hacer el ridículo en un local lleno de modernitos?

—Umm —dice Ben emitiendo un ruido suave y bajo, que aun así oigo.

—¿Qué significa *eso*? —le pregunto.

—Significa que lo que dices no refleja precisamente tu nueva filosofía de vivir la vida a tope —contesta—. ¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños? Siempre me defendías de los matones. Y no lo digo en sentido figurado. Te enfrentabas con chavales el doble de grandes que tú, con los ojos llenos de furia, como un demonio. —Se ríe al imaginarse a aquella niñita—. Nada te asustaba. Fue idea tuya, ¿te acuerdas?, cuando estábamos en primaria, escabullirnos por el jardín de atrás e irnos a merendar a Regent's Park con dos bolsas de ganchitos y una lata de Fanta. Y fuiste tú quien salió al escenario el día del concurso de talentos de la escuela y contó un montón de chistes malos. Empezaron a silbarte y a abucharte, pero tú seguiste, y al final todo el mundo se rio. ¿Qué ha sido de esa niña?

—Que se dio cuenta de lo que significa estar muerta —contesto con un hilo de voz—. Tomé conciencia de lo que significa morir, no ser nada. Convertirse en polvo. Empecé a ver a otras personas como yo que desaparecían del mapa, que dejaban de ser presente para ser tiempo pasado. Dejé de pensar en la fibrosis quística como una cosa que tenía y empecé a pensar en ella como en una condena. Cuando comienzas a oír de pronto el tictac del reloj, ya no oyes otra cosa. La verdad es que me asusta no ser nada algún día. Me asusta convertirme en cenizas y barro. Me asusta salir de casa. Me da miedo todo..., menos tú.

Levanto la vista y me tropiezo con sus ojos —dos puntos minúsculos que reflejan la luz de las velas— fijos en mí.

—Mira hacia arriba —dice—. Mira hacia arriba —repite, y yo obedezco—.

Sigue mirando un rato y espera, espera a que tus ojos se acostumbren. Cuanto más miras, más estrellas se ven. Si tuviéramos toda la noche y estuviéramos en mitad del campo, sin contaminación lumínica, podríamos contar unas cinco mil estrellas, si fuéramos capaces de no contar dos veces la misma. No lo sabemos, claro, pero los expertos calculan que hay unos setenta mil trillones de estrellas en el universo. Son un huevo de estrellas, soles pequeñitos brillando ahí fuera, muy lejos. Cuando tengas miedo, sal de noche y mira el cielo, porque cuando lo miras y piensas en todas esas estrellas ya nada te asusta en este mundo. Nada.

—¿Cómo sabes esas cosas? —pregunto.

—Por el Discovery Channel —contesta con una leve sonrisa—. Ya sabes que, gracias a mi madre, he tenido desde pequeñito un flujo constante de «papás» que entraban y salían de mi vida. Mi abuelo me contó lo de los trillones de estrellas cuando era muy pequeño, antes de su muerte. Me ayudó mucho. Y además es un tema que da muy buen resultado con las chicas.

Sonrío. Esto también es muy propio de Ben: tan pronto se pone serio y te muestra un atisbo de lo que le convierte en la persona que es como se esconde detrás de un comentario que se saca de la manga improvisadamente. Nuestros amigos siempre han creído que se hace el tonto, y es cierto, pero no se trata solamente de eso. Si le conoces, si prestas atención, puedes verle tal y como es. Ben, tan tierno, tan valiente, tan lleno de curiosidad, preguntándose cuántas estrellas puede albergar el universo.

—Ya sabes que mi madre no sale nunca —añade—. Se pasa todo el santo día en casa, bebiendo sidra o trasegando pastillas, y viendo la tele o limpiando la casa. Tiene miedo. Tiene cincuenta y siete años y le da miedo su propia sombra. Así es como acabará dentro de diez o veinte años, si sigue bebiendo a este ritmo. Todo la asusta, y siempre mira hacia abajo, nunca hacia arriba. Se va a morir mirándose los pies.

—¿Qué eres? ¿Un orador motivacional de tres al cuarto?

Se ríe, y a mí me gusta verle sonreír.

—Lo que intento decir es que..., en fin, que deberías hacer todo lo que esté

en tu mano para que tu vida dure todo lo posible. Para empezar, deja de saltarte los ejercicios porque son un poco aburridos. Cuídate, no solo físicamente; también tienes que cuidar tu cabeza, tu corazón y tu alma. No querrás que te pase otra vez como con la universidad.

—¿A qué coño viene eso? Tuve que volver de la universidad. Me puse muy enferma.

—Y luego te recuperaste y no volviste.

—No era el momento adecuado. Estoy esperando...

—¿A qué? —me pregunta—. En serio, ¿a qué estás esperando? Porque yo seguramente seguiré paseándome los fines de semana por Camden hasta los cuarenta años, por lo menos, vestido como una estrella del rocanrol, y todos sabemos que seguiré trabajando en una tienda de telefonía...

—Eso es una gilipollez —contesto.

—No, es verdad, y no pasa nada. No me importa. Pero tú..., tú no eres ese tipo de persona, Hope. Tú eres una de esas personas especiales, tan irritantes, que brillan con luz propia. Gente que consigue cosas, que cambia cosas. Eres de esas personas que importan. Que mejoran la vida de los demás. No eres polvo, ni cenizas, eres una de esas estrellas.

Miro su cara un momento: las sombras que se deslizan constantemente sobre su larga nariz, sus ojos casi ocultos.

—¿Eso piensas de mí? —pregunto por fin resoplando un poco para que no se note que el corazón se me ha hinchado de pronto en el pecho y que tengo ganas de abrazarle—. No me extraña que solo aprobaras cuatro.

—Pues claro —contesta.

—Ben, ¿sabes una cosa, respecto al beso...? —digo con esfuerzo, obligándome a hablar antes de que pase este instante.

—¿Qué beso? —responde, pero me mira fijamente.

—El motivo por el que me resistí y me asusté fue que... Bueno, que me hizo sentir cosas. Emociones y... deseos.

—Dios santo —masculla, y abraza un poco más fuerte su guitarra—. Y eso

que ni siquiera fue un gran beso: todo mandíbula y dientes.

—Y eso que ni siquiera fue un gran beso —convengo yo—. Pero a mí me gustó. Me gustó sentir esas cosas, y creo que eso es lo que me trastornó tanto. Yo no quiero estar así, Ben. Quiero estar bien. No así, como estoy ahora, sino mejor de lo que he estado nunca. Tengo la necesidad urgente de ponerme las pilas y empezar a vivir la vida que me quede, pero... me asusta tanto... Estoy cagada de miedo.

—¿Quieres probar otra vez? A besarnos, digo —se ofrece—. No por deseo, ni nada, solo por experimentar, al viejo estilo.

Cierro los ojos y permito que se me llene la boca de palabras. Pienso en Issy (Issy, tan menuda y tan pálida, sin oportunidad de probar otro beso, ni tantas otras cosas) y dejo que su recuerdo me haga valiente, temeraria, rebosante de vida. Abro la boca y esta vez dejo salir las palabras a borbotones.

—Ben, ¿quieres que nos acostemos? Vamos a buscar un sitio y a acostarnos. No importa si sale fatal: eres mi amigo, la persona en la que más confío. Sé que cuidarás bien de mí. Y nos queremos lo suficiente para tener cuidado, para que no se interpongan sentimientos ni cosas parecidas. La única vez que he practicado el sexo duró menos de dos minutos y la verdad es que fue bastante deprimente. ¿Puedes hacerme ese favor? Quiero sentirme otra vez así, como me sentí después del beso. Quiero sentirme viva.

Ben parece primero perplejo y luego aterrorizado. Después, se queda pensando un rato.

—Sí —contesta—. Sí, vale, de acuerdo.

HUGH

Sarah abre la puerta cuando estoy recorriendo el camino de entrada a mi casa, y me doy cuenta de que me alegro de volver a verla: he estado pensando en ella.

Anoche, cuando volvió del trabajo, yo me había quedado traspuesto delante de la tele y Mikey ya se había ido a la cama. De pronto noté su peso en el sofá y, al abrir los ojos y volverme para mirarla, la vi hundida en los cojines envolventes, y su perfil nítido y su naricilla dibujaban una pista de esquí perfecta. Olía ligeramente a lejía, y tenía un roto en la rodilla de los pantalones de chándal y las botas muy desgastadas. Estaba despeinada, sus manos se veían cuarteadas y frías, y había cerrado los ojos, sombreados de oscuro. Estaba demasiado cansada para hablar. Mientras la miraba, su respiración se interrumpió un momento, y fue haciéndose más lenta a medida que se zambullía en el sueño que tanto necesitaba, tras quedarse dormida en el primer sitio donde había podido sentarse.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunté, porque me parecía mal dejarla allí dormida, con el largo día inconcluso.

Abrió los ojos pestañeando y suspiró.

—Bueno, ya sabes, limpiando lo que otros ensucian. Siempre lo mismo. — Alargó una mano exhausta que cayó pesadamente sobre mi rodilla con un ruido sordo—. Pero gracias. Me has salvado la vida.

Antes de que me diera tiempo a contestar, se apoyó en mi pierna para levantarse cansinamente y la seguí al pasillo, sabiendo que estaría deseando meterse en la cama para dormir unas horas.

—Buenas noches —dijo, apoyándose en la puerta al abrirla.

Y, justo antes de que yo saliera, se puso de puntillas y me dio un beso en la

mejilla. En eso es en lo que he estado pensando.

—Hola, Hugh —dice ahora.

—Hola, Sarah —contesto—. ¿Va todo bien?

—Espero que no te importe. Quería darte las gracias por lo de anoche, por quedarte con Mikey, así que te he preparado un guiso. No es nada del otro mundo, lo he hecho con lo que tenía en casa. Ni siquiera tienes que comértelo si no quieres.

—Bueno, eso sería una estupidez —contesto—. Huele de maravilla, mejor que la pizza que tenía pensado pedir.

—Seguramente te parezco muy rara. —Se ríe al pasarme una fuente envuelta en un paño de cocina—. En el último sitio donde viví nadie hablaba con nadie. Nos pasábamos la vida intentando no cruzarnos. Pero recuerdo que mi abuela contaba que, en sus tiempos, su vecina y ella estaban siempre la una en casa de la otra, y eso... Siempre he pensado que debía de ser agradable vivir así.

La cara que pongo debe de ser muy expresiva, porque se echa a reír.

—No te preocupes, no intento encasquetarte otra vez a mi hijo. Pero creo que si alguien es amable contigo tienes que devolverle el favor, ¿verdad? De eso se trata, digo yo. Vamos, creo.

—Sí.

Me descubro sonriendo y al coger la fuente noto que está bastante caliente a pesar del paño, lo que resulta un poco incómodo, porque Sarah no parece tener ganas de irse todavía.

—Mikey me ha dicho que eres huérfano —comenta, preocupada.

—Bueno, mis padres murieron —contesto—. Pero, como le dije a Mikey, no creo que, si eres mayor de edad, eso cuente como orfandad.

—¿Y vives solo?

Sus ojos oscuros, rodeados por espesas pestañas, se alargan y forman un triángulo rebosante de compasión. Me tiene lástima, lo cual es muy amable, aunque también algo desconcertante.

—Pues sí, pero no me molesta. Llevo vida de solterón, ya sabes.

Asiente, comprensiva, y me doy cuenta de que sin querer me he mostrado patético.

Me cambio el peso de la fuente de una mano abrasada a la otra.

—Pero la verdad es que me gusta, ¿sabes?

No, eso ha sonado aún peor, da la impresión de que me he puesto a la defensiva. Ahora va a pensar que soy un pobre hombre solitario que solamente habla con su gato. No, qué va, ni siquiera sabe lo de *Jake* y lo de nuestras conversaciones unívocas. ¡Cree que soy aún más patético que una persona que vive sola con su gato!

—Oye, no te lleves eso a casa. ¿Por qué no pasas y cenas con Mikey y conmigo? Tengo más comida, y también patatas, y verduras y esas cosas. Procuero que Mikey coma sus cinco raciones de fruta y verdura al día. Déjame que hoy me asegure de que tú también las comes.

—No puedo —digo, apoyando la fuente en el murete.

De pronto me ha entrado el pánico al imaginarme la expresión dulce de su cara compadeciéndose de mí toda la noche.

—¿Por qué? —Mira la fuente, y me doy cuenta de que parece que se la estoy devolviendo.

—Por el trabajo, por mi trabajo. Soy conservador de una colección privada, en un museo, y estoy preparando una exposición nueva, y tengo muchísimas cosas que hacer, así que...

—Pero tendrás que comer, ¿no? —pregunta—. ¿Cómo vas a trabajar si no te alimentas? Venga, pasa antes de que esto se enfríe. Solo para cenar con nosotros. A Mikey le gusta tener un hombre con el que hablar de vez en cuando, y puedes irte en cuanto tomemos el pudín.

—¿El pudín, dices? —No puedo seguir resistiéndome a su amabilidad—. Bueno, si insistes.

Jake está acurrucado en el regazo de Mikey cuando entro y ni siquiera me lanza una ojeada que indique una pizca de lealtad.

—Hola, Mikey —digo, y le saludo moviendo la mano de una manera

extrañamente maquinal, como un robot.

—Hola, Hugh —contesta imitando mi acento de clase media y mi gesto. Pero no me ha llamado perverso: algo es algo.

Sigo a Sarah a la cocina, donde pone la mesa, que es pequeña y cuadrada y en la que solo caben dos personas cómodamente, y sin embargo veo que se esfuerza por colocar tres pares de cubiertos. Tiene la melena tan oscura como los ojos, muy lisa y acabada en una línea desigual, justo por encima de los riñones. Viste unos vaqueros muy apretados y otra sudadera ancha y enorme. Es casi como si se vistiera para ser invisible. Intento no imaginarme qué aspecto tiene su cuerpo bajo el jersey inmenso, pero calculo que puede ser un cuerpo de bailarina: ligero y fibroso, flexible y misterioso. Rectifico: intento no imaginarme cómo es su cuerpo, sin conseguirlo.

—Tengo la sensación de estar molestando —digo, desconcertado de pronto por mis propios pensamientos—. Puedo irme, en serio. Este es un momento para estar en familia, no querrás tener a un extraño por el medio.

—No digas tonterías —replica Sarah, y se aparta de la mesa minúscula, puesta precariamente, sacudiéndose mi declaración como si fuera una migaja—. Con nosotros no tienes que andarte con cumplidos. Solamente vamos a cenar, no a debatir de política ni de ese Shakespeare o como se llame. Ya está, no ha quedado mal, ¿verdad? ¿Una cerveza?

Derrotado por su completo desinterés por mi protesta, asiento sin decir nada y me pasa una de las cuatro latas de cerveza que tiene en la nevera.

—Bueno, háblame de tu trabajo. La cena se calienta enseguida —dice mientras abre una cerveza para sí misma.

—A la mayoría de la gente le parece muy aburrido —le aseguro—. Pero a mí me encanta.

—¿Consiste en limpiar los váteres de una oficina?

Niego con la cabeza.

—Entonces ya me ganas.

—Muy bien. —Me encojo de hombros—. Pero creo que ya te he contado lo

más importante. Trabajo en una colección privada, en un museo. Soy historiador, conservador de... —Se me ocurre explicarle qué alberga exactamente el museo, pero me refreno. No quiero alarmarla—. De antigüedades victorianas. Me paso el santo día rodeado de un montón de trastos viejos, y la verdad es que es mi trabajo ideal. Y ahora el patronato quiere que monte nuestra primera exposición abierta al público para que les den una subvención que ayude a costear los gastos de mantenimiento del año que viene, y está siendo muy estresante, la verdad. Pero supongo que, si no hago lo que se espera que haga, el museo podría cerrar.

—Pues a mí hoy se me atascó la aspiradora cuando estaba pasándola debajo de una mesa y, cuando conseguí quitar el tapón, vi que era un condón usado, así que podría ser peor.

—Evidentemente, podría serlo —convengo yo, y no puedo evitar sonreír mientras ella tritura unas patatas hasta hacerlas papilla.

—¿Siempre hablas así? —pregunta, divertida—. Como Sherlock Holmes.

—No tengo ni idea —contesto—. Tendrás que decírmelo tú. Creo que no. En todo caso, creo que no lo hago a propósito. Me gusta pensar que soy el más guay y el más moderno de los historiadores que conozco.

Me mira.

—Llevas pajarita.

—Pero con intención irónica —protesto, aunque empiezo a sospechar que tal vez Mikey tenga razón al respecto—. ¿Te resulta difícil? ¿Arreglártelas tú sola con Mikey?

—A veces a una le cuesta no darse por vencida —responde, y apaga el fuego en el que estaba calentando una sartén de verduras—. Es duro tener un trabajo de mierda que siempre va a ser un trabajo de mierda, y también tener un hijo sin padre. Cuesta que coma bien y educarle para que sea una persona decente. Es duro no tener tiempo ni dinero para poder salir con las amigas de vez en cuando, y también no tener a nadie especial, ¿comprendes? Claro que, mira esta casa. Dos habitaciones, una zona bonita... He tenido suerte al conseguirla. Así

que es duro, pero no tanto como para otras personas. ¿Y tú? ¿Qué te resulta difícil..., aparte de charlar?

—Bueno, mi vida no es nada dura —respondo—. Tengo dinero suficiente, una casa y un trabajo que me encanta. Alguna novia de vez en cuando. Todo muy cómodo.

—¿No tienes hijos, entonces?

—No.

—Mikey me ha dicho que tu madre murió cuando tenías su edad. Creo que le impresionó saberlo, porque esa noche tuve que achucharle bien fuerte. —Hace una pausa para beber un sorbo de cerveza—. Debe de ser duro para él pensar que solamente me tiene a mí, nada más, ¿sabes? Me preocupa. Porque ¿qué pasa si me atropella un autobús? ¿Qué será de él?

—Yo viví solo con mi padre mucho tiempo —digo—. La verdad es que nunca pensaba en esas cosas. Mi padre era un hombre estupendo. Le echo de menos.

—¿Y tu madre? También la echarás de menos.

Bebo un largo trago de cerveza. Uno de los inconvenientes de mantener una conversación como Dios manda, que no consista únicamente en tontear o en hablar del trabajo, es que la gente suele preguntarme por mi madre. Y no es que las palabras se me vuelvan cenizas en la boca, porque no hay palabras. Es que no hay forma de decir en voz alta que se puede odiar a alguien por morirse, como yo la odio a ella.

Querida Leigh:

Hay una cosa que quería decirte antes de morir. Es una cosa que no puedo decirte a la cara porque, si lo intento, volverás a mirarme como me miras cuando piensas que me estoy metiendo en tu vida y que en realidad no entiendo nada. Creo que has olvidado que he hecho las mismas cosas que tú, pero antes: yo también me enamoré, me casé, tuve hijos. Pero supongo que, lo mismo que tú, nunca quise escuchar a mi madre. También yo pensaba que se estaba metiendo en mi vida, que no entendía nada. Por eso te escribo esta carta, porque creo que, si lo ves por escrito, a lo mejor te lo tomas un poco más en serio.

Solo quería hablarte de Lisa un momentito. Hiciste un camino muy duro para encontrarla, Leigh. Te llevó mucho tiempo dar con la persona adecuada para ti, fue una época dolorosa y difícil. Pero Lisa es esa persona, la que te ha recibido con los brazos abiertos, la que te ha querido al margen de lo que pensarán los demás. Y te ha dado un hijo, mi queridísimo nieto. Te ha convertido en la persona que yo siempre supe que podías ser: amable, buena, y la mejor madre del mundo. Ha cogido toda la rabia que tenías acumulada y la ha convertido en cariño. Ha triunfado donde yo fracasé. Pero a veces creo que has olvidado todo lo que sufristeis para estar juntas. A veces, Leigh, creo que le das poca importancia. No digo que no la quieras. No me refiero a eso. Lo que digo es que te asegures todos los días de que ella lo sabe. Haz algo, di algo para que sepa lo mucho que la quieres, y que sin ella no serías esa mujer y esa hija tan maravillosa a la que quiero tanto.

Mi queridísima Leigh, al margen de lo que pase, recuerda siempre, siempre, que todos los días hay que hacerle saber a la persona que amas lo mucho que la quieres, y todo irá bien.

Te quiere,

Mamá x

STELLA

La casa está a oscuras cuando me despierto, a oscuras y en silencio. El lado de la cama en el que se acostó Vincent un rato, por primera vez desde hacía siglos, está vacío y frío. Cierro los ojos un momento, acordándome del placer de quedarme dormida en sus brazos, con el latido de su corazón bajo la mejilla y sus brazos estrechándome en un círculo. No oigo ruidos abajo ni veo luz por debajo de la puerta del dormitorio.

¿Ha sido un adiós? ¿Y si me ha dejado mientras dormía?

Me incorporo bruscamente y, convencida de pronto de que se ha marchado, enciendo la lámpara.

—Hola. —Abre la puerta y veo que ya se ha vestido.

Vaqueros y una camisa con el cuello desabrochado. Se ha afeitado, y le cuesta mucho trabajo hacerlo porque no le crece la barba en las cicatrices de la quemadura, pero sí entremedias. Agradezco que haya hecho ese esfuerzo porque sé que para él es muy molesto. Tiene el pelo húmedo y huele a jabón. Es la primera vez en muchos meses que ese olor no enmascara el del alcohol.

—¿Ya estás despierta? —pregunta—. Estabas durmiendo tan profundamente que no he querido despertarte.

—Sí, ya estoy despierta. —Me subo el edredón hasta la barbilla, sintiéndome de pronto expuesta, visible—. He dormido bien. ¿Y tú?

—Sí, un rato. —Asiente con la cabeza—. Lo echo de menos, estar a tu lado, ¿sabes? Ha estado bien hablar, estar contigo. Me ha sentado bien. Lo que dije antes...

—No hace falta que hablemos de eso ahora. —Salgo de la cama y dejo colgar los brazos junto a mis costados—. Esta noche no tenemos que hablar de nada,

¿no? Solo somos una pareja casada que va a salir a cenar. ¿Qué hora es? ¿Hay vino en la nevera? No me importaría tomar un poco.

—No es muy temprano —contesta—. Debías de estar agotada. Voy a subirte una copa —dice.

—No, no te molestes. Solo tardo unos minutos. Estaré abajo antes de que acabes de servirlo.

Vacila y luego, pasado un momento, se acerca y me besa en la mejilla. Es un gesto fugaz, casi acaba antes de empezar. Y, sin embargo, me llena de serena alegría. Después de tanto tiempo sintiéndome a la intemperie, sola y perdida, ese beso de nada hace que me sienta como si hubiera vuelto a casa.

Hace una eternidad que no echo un vistazo a mi armario, a la ropa que antes acumulaba con avidez. Tengo la sensación de llevar toda la vida vistiéndome con el uniforme del trabajo, pantalones de chándal y camisetas. Recorro los percheros llenos de faldas y blusas con una especie de fascinada indiferencia. ¿Quién era esa chica que tenía una minifalda rosa brillante que apenas le tapaba el culo? ¿Esa que llevaba camisetas escotadas y vestidos ajustados? ¿La que prefería los colores primarios porque sabía que realzaban el color de su pelo? Al fondo del armario encuentro el que antes era mi vestido favorito, el que, íntimamente, siempre pensaba que resumía mi personalidad: el minivestido de color naranja tostado, hecho de lana ligera, tejido en un punto muy fino. Siempre me pareció que me sentaba de maravilla. Fue el vestido que me puse la primera vez que quedé con Vincent porque se me ajustaba perfectamente a la cadera y el pecho sin marcarme demasiado la tripa. Es curioso cuánto odiaba antes mi tripita. Ahora la echo de menos porque significaba algo. Porque era sinónimo de satisfacción.

No me queda tan bien desde que empecé a correr a diario. Los sitios donde antes se ceñía a mis curvas ahora quedan sueltos y huecos, pero mis piernas quedan muy bonitas con unas mallas y unos zapatos de tacón de cuña, no muy altos. Pruebo a ponerme un poco de carmín, me cepillo el pelo y dejo de hacerlo al fijarme en la imagen que me devuelve el espejo.

Esa que me mira es una extraña. Una mujer con el pelo corto. Se lo cortó ella misma una noche con unas tijeras para uñas, porque le estorbaba. Rizos cortos y oscuros que se pegan a una cara enjuta. Antes no tenía pómulos, nunca tuve los ojos tan grandes ni estuve tan... tan guapa. No tan guapa como una actriz de cine, pero sí lozana. Me toco la piel, muy pálida después de llevar semanas sin que le dé el sol, y la noto fresca al tacto. Me asombra darme cuenta de las contadas veces que me miro al espejo desde hace un tiempo. Siempre me estoy marchando, siempre ando corriendo, con prisas, con la cabeza gacha, evitando mirar a la cara a nadie que no sea uno de mis pacientes, incluida yo misma. Apenas me fijo en lo ancha que me queda la ropa que antes se me ajustaba como un guante, ni en cómo me suenan las tripas cuando llevo todo el día sin probar bocado. Ni en el bajón de energía que nos empuja a Laurie y a mí a engullir sobrecitos de azúcar a palo seco en la cocina de la planta, como si fuera cocaína. No me detengo a mirar detenidamente lo que la vida en la que me he zambullido por accidente (o hacia la que me he precipitado a la carrera, mejor dicho) ha hecho conmigo. Porque me dan ganas de llorar. Vincent ya no es el hombre del que me enamoré, y yo no soy la chica a la que conoció. Y puede que tenga razón: puede que sea demasiado tarde para revertirlo. Y quizá sea culpa mía porque he huido tanto de ella: de la mujer a la que Vincent amaba. Como él de mí, y no estoy segura de haber dejado ni rastro de ella.

Noto un calambre en la tripa y caigo en la cuenta de que estoy hambrienta. Hace muchísimo tiempo que no como auténtica comida, bien cocinada, y de pronto tengo un hambre de lobo. No hay forma de saber si nos queda una última oportunidad, pero al menos tenemos que intentarlo. Y comer, al menos podemos comer.

Vincent me está esperando en el cuarto de estar con una copa de vino sobre la mesa. Ha encendido todas las luces y está mirando la chimenea apagada.

—¿Listo? —le pregunto.

Cojo la copa y me la bebo de un trago. No suelo beber últimamente, y noto el hormigueo del alcohol en la sangre: se me va derecho a la cabeza. Me fijo en que

Vincent tiene un vaso de Coca-Cola en la mano: un compromiso tácito de respetar nuestra noche juntos.

—Sí —contesta con una sonrisa deliberada y esbozada con todo cuidado.

No digo nada porque sé que lo está intentando, y que para intentarlo tiene que luchar a brazo partido con un montón de demonios que yo no entiendo.

—Estás muy guapa. Siempre me ha gustado cómo te sienta ese vestido.

Esta noche me ve. Existo.

El restaurante está muy lleno, y entonces me acuerdo confusamente de que es viernes noche. En mi trabajo pierdo la noción del tiempo. Rara vez tengo un fin de semana libre, y las noches parecen todas iguales, una tras otra. Pero Baki, el dueño del restaurante, se acuerda de nosotros y nos recibe como si fuéramos familiares a los que hace tiempo que no ve.

—Vi tu foto en el periódico —le dice a Vincent mientras le estrecha la mano con fuerza durante unos segundos, como si no quisiera soltarle—. Eres un héroe, un héroe, amigo mío. Qué valiente. Un héroe y un hombre de los de verdad. Para tu mujer y para ti, mi mejor mesa y vino gratis.

Su mejor mesa *libre*, mejor dicho. Nos sentamos al fondo del pequeño comedor, cerca de la cocina y los aseos, pero no importa: es el lugar perfecto para nosotros. En un rincón, con dos paredes cercando nuestra mesita. Apenas hemos colgado nuestros abrigos en el respaldo de la silla cuando nos traen una jarra de vino tinto de la casa.

Sirvo dos copas bien llenas y sonrío a Vincent. Me doy cuenta de que se siente tan inseguro y tímido como yo, pero puede que eso no sea inconveniente; a fin de cuentas, estamos intentando volver a conocernos. Y a la luz de las velas los dos parecemos más jóvenes, más blandos, casi como si el último año y medio no hubiera pasado.

—Bueno... —Estiro el brazo sobre la mesa y pongo la mano sobre la suya—. ¿Qué tal te va en el gimnasio? ¿Te está gustando?

—No, qué va. —Sonríe desgadamente—. Bueno, los dueños son bastante

majos, y a los clientes les encanto, ya sabes, sobre todo a las mujeres. —Ese asomo de su antigua jactancia me hace sonreír—. Pero es aburrido: siempre lo mismo, siempre lo mismo, una persona detrás de otra, y yo... En fin, soy una novedad. —Se da unas palmaditas en su muslo seccionado.

—Bueno, solo iba a ser temporal —digo—. Mientras decidías lo que querías hacer de verdad.

—Sí —responde, y la conversación languidece durante unos instantes.

Entonces me acuerdo de algo que siempre nos daba tema de conversación, a veces para toda la noche.

—Habíamos hablado de mudarnos, ¿no? Cuando dejaras el ejército, ¿te acuerdas? De irnos a Cornualles y hacernos surfistas, dejarnos crecer el pelo y llevar ropa desteñida. —Sonrío y por un momento, fugazmente, Vincent parece indeciblemente triste, y el placer de aquel viejo sueño se esfuma por completo. Hablábamos de vender la casa y de irnos a viajar por el mundo hasta que fuéramos viejos. Y de vivir en una barcaza. Tú te dejarías crecer la barba y yo tendría unas rastas grises, muy largas, y adoptaríamos un perro.

—Sí, me acuerdo —dice.

—Todavía podríamos hacerlo —insisto yo—. Podemos hacer lo que queramos. Eso no ha cambiado.

Me mira a la luz de las velas, escrutando mi cara intensamente, como si buscara algo que sea capaz de reconocer.

—Vamos a cenar y ya está —dice por fin—. Háblame de tu trabajo.

Pienso en la carta de Grace que llevo en el bolsillo de la chaqueta. No consigo quitármela de la cabeza desde que cerré el sobre, pero no tengo a quien preguntarle qué debo hacer con ella. A Vincent no puedo preguntárselo, siendo tan frágil esta tregua entre los dos. La hoja de papel doblada por la mitad se me antoja una piedra fría y pesada. Es duro cargar con un secreto ajeno, pero le hice una promesa a Grace. Se la hice por partida doble.

Y, sin embargo, esta carta... Es una carta que hace que parezca imposible cumplir esa promesa, sobre todo teniendo en cuenta que sé exactamente dónde

irá a parar algún día, porque he pasado cien veces o más por delante de la casa a la que va dirigida.

Si las señas fueran de Escocia o de Francia, o de Irlanda, o incluso de una ciudad lejana, ¿qué haría? ¿Me lo pensaría o la dejaría sin más con las otras dos cartas, en mi mochila, esperando a que llegue el momento de enviarlas? Le prometí a Grace esperar hasta que fallezca. Se lo prometí y, sin embargo... La dirección está a un par de calles de distancia. Menos de dos kilómetros separan a Grace de la persona a cuyo nombre va dirigido el sobre, y no sé cuántas horas le quedan de vida a Grace.

Lo que me pidió, ¿iba en serio? ¿Lo decía de verdad o quiere que ignore sus instrucciones? ¿De veras quiere que espere a que sea demasiado tarde para que la carta surta algún efecto? ¿Me está pidiendo que haga algo que no se siente capaz de hacer ella misma? No lo sé.

Pienso en la carta, noto su peso frío y procuro olvidarme de ella. Se suponía que esta noche iba a ser para Vincent y para mí.

—Ayer perdimos una paciente —comento—. Una chica muy jovencita, solo tenía catorce años. Esas cosas hacen que lo veas todo con otra perspectiva, que pienses en las cosas por las que de verdad merece la pena luchar. —Le miro—. Es un trabajo muy tranquilo, casi siempre. Sé que en parte es triste, pero no todos son cuidados paliativos. También tenemos pacientes que van allí a recuperarse. Y es un sitio lleno de cariño, ¿sabes? Es como si todo el amor que acumula una persona a lo largo de su vida se juntara en esos últimos instantes para amortiguar el tránsito.

—El mejor modo de irse, si uno tiene que morir —dice Vincent.

Baki se acerca haciéndonos una reverencia y pedimos lo que siempre pedíamos antes: *kofa* de cordero, pan de pita, *mezze* con humus casero y hojas de parra rellenas, y ensalada.

—¿No te afecta? —me pregunta Vincent—. ¿Tratar con una persona y luego ver cómo se va esa persona, la esencia de esa persona? ¿No te entristece siempre? Yo, cuando pienso en los compañeros que perdí... Todavía no me

acostumbro. No quiero acostumbrarme.

Me acuerdo de cuando abrí la ventana de la habitación de Issy. De cuando cerré la puerta mientras su madre lloraba en brazos de la abuela de la niña.

—Es duro, imagino, pero sé por qué estoy allí y por qué lo hago: para facilitar todo lo posible ese último trecho al paciente y a la familia. Para ayudarles. Antes, cuando trabajaba en traumatología, solía pensar que todo mi trabajo consistía en derrotar a la muerte, en devolver a la gente a la vida, pero esa es una partida que a veces es imposible ganar, y ayudar a la gente a hacer ese último viaje, esa transición, es igual de importante.

—Transición... —repite Vincent—. Pero después no hay nada, ¿no? No es una transición, es un final.

No sé cómo responder ni cómo explicarle lo que siento o lo que veo, así que no lo hago. De lo único de lo que estoy segura es de que, cuando la esencia de la vida abandona a una persona, lo que queda atrás cambia tan completamente que tiene que haber una especie de ente, una fuerza que va a parar a alguna parte, aunque solo sea entre las estrellas.

—Bueno, como te decía antes, no todo son muertes —le digo, tratando de quitarle hierro al asunto—. También tenemos pacientes que se recuperan. Desde hace un tiempo tenemos a una chica joven con fibrosis quística que se ha recuperado de una infección muy grave. Le darán el alta dentro de un día o dos. En una residencia de cuidados paliativos no todo consiste en abrir ventanas, ¿sabes? Se trata sobre todo de la vida, de vivir, de disfrutar, de querer a la gente, de encontrar... una meta.

—¿Abrir ventanas? —pregunta Vincent.

—Cosas de enfermeras —contesto.

Nos traen la comida y comemos en silencio unos minutos. Yo bebo mucho vino, muy deprisa. Vincent no toca el suyo, pero me fijo en que mira la copa con anhelo cada pocos segundos. Está tan nervioso como yo. En nuestra primera cita yo no estaba tan nerviosa, ni tan insegura. Me acuerdo muy bien. Recuerdo que entré en el *pub* y que Vincent ya estaba apoyado en la barra, con una camiseta

negra, mirando un partido de fútbol en la tele, y recuerdo que le deseé de inmediato, físicamente, con todo mi ser. Con solo mirarle, le deseaba, y creo que habría sido capaz de arrojarme por un precipicio para conseguirle. Puede que fuera eso justamente lo que hice. Me sentí consumida, obsesionada, sedienta, ansiosa de él desde el momento en que le vi, pero no nerviosa, ni apocada, ni temerosa, como me siento ahora. Imagino que quizás es porque al principio no nos jugábamos nada, como no fuera nuestro orgullo. Ahora, en cambio, todo está en juego, todo aquello por lo que apostamos. La rueda de nuestras elecciones está a punto de detenerse, o los dados a punto de caer. Pronto averiguaremos si nuestra suerte aguanta.

—Mira. —Vincent es el primero en hablar, colocando su tenedor en el plato, perfectamente derecho—. Desde que salí de Headley Court he estado... Bueno, ya sabes cómo he estado. Luchando por acostumbrarme a la vida de civil. Intentando asimilar lo que me pasó a mí, y a mis compañeros. Lo que le pasó a Kip. Yo quería volver vivo. Lo deseaba con todas mis fuerzas y lo conseguí. Y ahora...

—¿Ahora no sabes por qué?

—Ahora no sé qué soy, ni quién soy. Eso lo perdí al sobrevivir —añade, y se encoge de hombros—. No sé. Lo siento.

Estira la pierna ortopédica (seguramente le ha dado un calambre en el muslo) y sin darse él cuenta forma una barrera en el estrecho pasillo entre las mesas, y un hombre que iba al aseo se para en seco.

—Pero hombre —dice el desconocido en tono bastante jovial—, que el bar no es tuyo.

—Perdón. —Vincent retira la pierna con cierta dificultad, haciendo una mueca de dolor.

Por debajo de la pernera del pantalón, se ve un momento el metal.

—Joder, perdona —dice el hombre—. No sabía que eras... un discapacitado.

—No pasa nada —responde Vincent con la vista fija en la mesa.

—Aunque hoy en día eso no es nada, ¿verdad que no? Porque fíjate en los

Paralímpicos y esas cosas, qué tíos, ¿eh?

—Sí —dice Vincent, pero el hombre no se marcha.

—¿Cómo fue? —pregunta, con su discreción natural, si es que tenía alguna, disipada por el vino.

Esta vez Vincent levanta la mirada: quiere ver al sujeto que tiene tan poco tacto, o está tan borracho o es tan idiota como para meterse en la vida de otra persona de esa manera. Noto una crispación peligrosa en su forma de apretar los dientes.

—Afganistán —contesta—. Una emboscada. Un muerto, dos heridos —dice, y la naturalidad con la que habla me parte el corazón.

—Joder, ¿puedo estrecharte la mano?

Le ofrece la mano y noto que las personas de las mesas cercanas nos observan. Vincent me mira y yo me encojo de hombros ligeramente.

—Claro —dice, y le estrecha la mano al hombre. Una sola vez.

—Para mí sois héroes. —El hombre no le suelta la mano—. Los sacrificios que habéis hecho me parecen alucinantes. Porque, Dios mío, nadie entiende por qué lleváis allí tanto tiempo, ni de qué va a servir al final. De nada, seguramente. Es todo política, ¿no? Vais allí a mantener a raya a los terroristas, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y qué cambió eso, en realidad? Chavales como tú, que vuelven a casa en un cajón de pino o hechos pedazos, ¿y para qué? Para nada. Es todo un desperdicio.

Vincent sigue sujetándole la mano cuando se levanta de golpe y le da un puñetazo tan fuerte que el hombre cruza volando el estrecho pasillo y se estrella contra una mesa, y una mujer cae al suelo despatarrada entre un estrépito de platos y cubiertos. Se oyen gritos alrededor.

Vincent tiene una expresión de pura rabia. Si pudiera arrodillarse sin dificultad, estoy segura de que agarraría al tipo ensangrentado por la camisa y volvería a golpearle una y otra vez, y no sé si podría parar.

—Levántate —dice escupiendo las palabras con una furia fría y serena—. Levántate y dime otra vez que mis compañeros murieron y yo perdí la pierna

para *nada*. ¡Levántate! ¡Vamos!

—Voy a llamar a la policía —dice una mujer detrás de mí con la voz crispada por el miedo.

El hombre se incorpora a duras penas y retrocede aterrorizado sin apartar los ojos de Vincent. Estira los brazos, suplicante.

—Lo siento —dice—. No quería decir nada. No lo he pensado...

—No, no lo has pensado. —Vincent da un paso hacia él.

—Vincent.

Me acerco y toco su brazo tenso, y de pronto se vuelve hacia mí y me aparta de un empujón. No me empuja con mucha fuerza, pero pierdo el equilibrio y choco contra la pared, primero la espalda y un segundo después la cabeza, y noto un crujido en el cuello. No es dolor lo que siento, sino más bien asombro. Apoyada contra la pared, le miro fijamente. Me mira y luego, con un suspiro hondo y estremecido, pasa por encima del hombre caído y se marcha.

—He llamado a la policía —dice la mujer asustada—. Vienen para acá.

Cojo mi chaqueta, dejo todo el dinero suelto que tengo encima de la mesa y salgo a la ajetreada calle siguiendo a Vincent. Miro a un lado y a otro y veo su cabeza, su paso decidido, ya muy lejos delante de mí entre el gentío, camino de Regent's Park. Echo a correr tras él y casi le alcanzo cuando la calle da paso al parque y el camino se pierde entre una oscuridad brumosa.

—¡Vincent! —le llamo, pero sigue andando con los puños cerrados—. ¡Vincent!

Por fin llego a su lado y me paro delante de él, retándole a apartarme de un empujón.

—Déjame, Stella —dice—. Vete. No quiero que veas esto. No quiero que me veas así.

—Demasiado tarde, ya te he visto —contesto tocándome el hombro dolorido—. Te he sentido.

—Lo siento. —Se tapa la cara con las manos—. No quería... No quería hacerlo. Solamente quería marcharme, por eso te he empujado. No era mi

intención. Ha pasado, sin más. No soy de esos que pegan a una mujer, a ninguna mujer. Es solo que... no consigo asimilarlo, Stella. No lo asimilo. Y no sé cómo pedir ayuda.

—Vincent. —Apoyo las manos en su pecho. Noto el latido frenético de su corazón—. Háblame. Cuéntame qué te ocurre. Déjame ayudarte. Si hablas conmigo, será un principio y juntos podemos buscar la ayuda que necesites. Háblame, porque no puedes seguir así.

—Tú no puedes ayudarme —responde—. ¿Cómo vas a ayudarme, si es por ti por lo que me gustaría haberme muerto en aquella emboscada?

—¿Qué? —No entiendo sus palabras—. ¿Qué dices?

Se aparta de mí y sigue andando. No, marchando con paso firme.

—Vincent, ¿qué he hecho yo? Tienes que decirme qué he hecho. No puedes decir eso y marcharte. ¿Adónde vas?

—Intento alejarme de ti —replica con los ojos fijos al frente.

—¡Vincent! —grito tan fuerte que mi voz resuena en el aire húmedo—. Dime qué quieres decir.

Por fin se detiene. Baja la cabeza, respira trabajosamente, cierra los ojos, tiembla intentando contener las lágrimas, refrenar su furia.

—Debería haberme muerto aquel día, en la emboscada. Debería haber muerto yo y no Kip. O, por lo menos, no solo Kip.

—Muchos soldados sienten eso, ¿recuerdas? —digo yo—. El psicólogo dijo...

—¡Joder, Stella, que no soy uno de tus pacientes! ¡Soy tu marido! ¿Vas a dejarme hablar como un hombre, por una vez en mi vida?

—Perdona —digo con un hilo de voz, asustada. No de Vincent, sino de lo que está a punto de decir y de cómo va a cambiarlo todo.

El parque no está vacío: grupos de gente y parejas ocupan pequeños remansos de oscuridad, pero noto cómo nos miran todos ellos, esforzándose por oírnos.

—Le he dado mil vueltas, lo he pensado una y otra vez —dice Vincent—. Y siempre es lo mismo, siempre exactamente igual, pero no tendría por qué haber

sido así. Podría haber sido distinto. Estábamos en la carretera, en una patrulla de rutina, buscando bombas de fabricación casera, y habíamos tomado todas las precauciones. Todo era normal. La perrita de Kip iba trotando a su lado. Estábamos acostumbrados a que se parara cada pocos metros. Le hacíamos caso porque oía cosas que nosotros no oíamos, barruntaba cosas. Pero ese día estaba muy relajada, muy contenta. No te relajés, te dicen siempre. No bajas nunca la guardia. Pero hacía calor y Kip y yo íbamos riéndonos de un vídeo que habíamos visto en YouTube, un vídeo de un gato y una fotocopidora. Una tontería de cojones, una de esas idioteces que a Kip le chiflaban. Y la perra se quedó parada. Yo miré los árboles que había a lo lejos. Eran matorrales, más bien. Y entonces lo vi: vi un fogonazo, un reflejo entre la vegetación, como algo metálico que brillaba al sol, pero allí no tenía que haber nada metálico. Y supe que, fuera lo que fuese, apuntaba hacia nosotros.

Mientras le veo hablar, me doy cuenta de que Vincent ya no está conmigo en el parque empapado: está a miles de kilómetros de distancia, otra vez en aquella carretera polvorienta, unos segundos antes de que su vida se hiciera pedazos.

—Tuve un segundo, un solo segundo. Kip estaba justo a mi lado, sin darse cuenta de nada. No lo vio. No se dio cuenta de lo que pasaba. Debería haberle avisado, haberle agarrado, haberle apartado de allí. Debería haberle dicho que corriera, que se tirara al suelo como hice yo. Tuve un segundo, ¿comprendes, Stella?, un segundo, quizá menos, y me di cuenta de que, si lo utilizaba para avisar a Kip, moriríamos los dos. Y vi tu cara, Stella. Sentí tu piel. Y quise volver a casa, *contigo*. Corrí a ponerme a cubierto. No avancé mucho, unos pasos, como máximo. El misil nos dio de lleno, a Kip lo mató en el acto. A mí me arrancó la pierna. Y lo vi: lo vi describir un arco en el aire, como si estuviera soñando, y luego vi esa neblina rosa que caía sobre nosotros, sobre todos nosotros. Pasó un segundo o dos antes de que volviera a oír. Oí el golpe de mi pierna al caer al suelo y los gritos. Mis gritos. Y el dolor: un dolor que me parecía imposible. Recuerdo que había un francotirador disparando y que mis compañeros de pelotón se arriesgaron a que les diera una bala para sacarme de

allí a rastras y ponerme a salvo, y que me di cuenta de que esa neblina rosa, la neblina rosa que me chorreaba por la cara y las manos, era todo lo que quedaba de Kip.

Durante unos segundos que parecen eternos me siento incapaz de decir nada. Antes sabía a grandes rasgos lo que le había ocurrido; ahora, en cambio, las imágenes que ha evocado, el secreto que ha guardado todo este tiempo, la pesadilla que le impide dormir, se me hacen a mí también de una viveza insoportable.

—Pero, Vincent, tú no podías hacer nada... No hubo tiempo. No sabías...

—No, ¿lo ves?, en eso es en lo que te equivocas. —Da un paso hacia mí—. Podría haber hecho otra cosa muy distinta. Podría haber sido un buen compañero, un buen soldado, podría haber sido un hombre y haber avisado a Kip, haberle advertido, haber tirado de él. A lo mejor habríamos muerto los dos, pero *quizá* no. Fue un riesgo, un riesgo que no quise asumir. Tuve que elegir, Stella. Tuve que elegir entre ser el hombre que siempre creí ser o volver a casa contigo. Y te elegí a ti.

El aire huele a un humo lejano. Se oyen gritos y alaridos en la distancia, y se diría que, más allá del charco de luz de una farola en el que nos hemos detenido, el mundo ha dejado de existir.

—Y yo doy gracias a Dios todos los días porque lo hicieras —susurro.

—Pues no se las des. —Sus hombros se estremecen por el esfuerzo que le cuesta hablar en tono mesurado, luchando por no alzar la voz—. Yo no me alegro. Todas las noches, cada vez que cierro los ojos, siento cómo esa neblina, esa lluvia en la que se convirtió mi mejor amigo, se me pega a la piel. La huelo. Veo la foto de su mujer y su hija que tenía pegada sobre la cama. Y sé que le fallé. Que le fallé a mi unidad, a mi regimiento, a mí mismo. Sé que no soy el hombre que siempre creí que era. El hombre que, cuando llegara el momento, daría la talla, haría lo que le habían enseñado a hacer. Nunca pensé que eso estuviera en duda, porque yo era así. O eso creía. Pero cuando llegó el momento, fracasé. Soy débil, no sirvo para nada. Tengo el cuerpo roto, soy un

tarado. Ya no soy militar, ni nada...

—Sigues siendo mi marido —contesto, y acerco a él la mano, indecisa.

—No lo entiendes —dice Vincent—. Intento olvidarme de aquello, Stella, pero no voy a olvidarlo. A veces hay momentos, unos segundos, en que creo que quizá las cosas se arreglen, pero esos momentos son muy escasos y no duran. Hoy no me levanté porque no quisiera molestarte. Me levanté porque no soportaba estar a tu lado. Porque, cuando te miro, solamente veo a la persona que ya no soy. Veo el motivo por el que fracasé.

Yo echo a correr.

HUGH

A Mikey se le da de maravilla matar zombis.

Nunca he sido muy aficionado a los videojuegos, ni a ningún otro juego, así que cuando me ha dado el mando para que jugáramos media hora (el tiempo que tiene permitido después de la cena), me he mostrado un poco reticente. La verdad es que debería haberme marchado. Tenía previsto pasar toda la tarde documentándome sobre las prácticas funerarias victorianas, pero *Jake*, que estaba tendido en el respaldo del sofá, me ha mirado como diciendo «anda, vete, merluzo, tú no te diviertas». Y el cuarto de estar de Sarah, a pesar de ser del mismo tamaño que el mío, parecía cien veces más cálido y más acogedor que el de mi casa, que no es más que un pequeño museo de mi vida hasta el momento. Así que he cogido el mando y me he defendido como he podido. Me han matado muchas veces mientras Mikey me enseñaba el manejo, riéndose claramente de mí pero con una paciencia y un buen talante sorprendentes. Ha pasado una hora y ya casi consigo mantenerme vivo cinco minutos seguidos.

—A la cama *ahora mismo*. —Sarah apaga la tele.

Salta a la vista que no está dispuesta a dejarse convencer otra vez para dejarnos jugar «solo diez minutitos más».

—Ohhhhh —exclamamos Mikey y yo al unísono, y ella se ríe.

—Sois los dos iguales. Ya os he dejado el doble de tiempo del que debería.

—Pero justo ahora le está cogiendo el tranquillo —argumenta Mikey—. Si paramos, la próxima vez volverá a jugar de pena. Me he pasado todo este rato enseñándole.

—Se me rompe el corazón —dice Sarah, y señala la puerta.

Mikey le lanza una mirada de derrota y coge a *Jake* en brazos. El muy traidor

de mi gato se deja llevar como un pelele, tan blandito como pueda serlo un animal. La verdad es que cuesta no ofenderse.

—¿Puedo llevarme a *Ninja*? —pregunta Mikey.

—Sí, claro —contesta su madre—. Pero luego querrá irse a casa, así que no te olvides de dejar la ventana abierta.

Se vuelve hacia mí cuando Mikey se va a su cuarto, charlando con el gato por el camino.

—Le gusta hacerse el duro, pero le encanta que *Ninja* esté aquí a la hora de dormir. Creo que le deja dormir en su almohada para que le defienda de los zombis —dice—. Me gustaría saber de quién es el gato. A veces me siento mal por tenerlo aquí. Claro que siempre se va antes de que yo me vaya a la cama, así que seguramente vuelve a su casa, ¿no? Puede que le den mejor de desayunar que de cenar.

Pienso en las dos lonchas de beicon que me frío cada mañana y en la media loncha que le doy a *Jake*. Sarah le tiene calado, eso está claro.

—Es mío —confieso, y Sarah se ríe y luego, al ver mi cara de palo, se muerde el labio.

—¿En serio? ¿No es broma?

—No —contesto—. Bueno, mío más o menos. Lo compró una novia que tuve, como regalo para mí, por lo visto, y al poco tiempo se cansó de mí y me dejó. No creo que a *Jake* le parezca el mejor dueño del mundo. Yo creía que se tiraba toda la noche fuera, matando bichos o fornicando con montones de gatas, y resulta que lo que le pasa es que le encantan los mimos de un niño al que le dan más miedo los zombis de lo que quiere aparentar. De todas formas no se lo reprocho, así que, si queréis que lo compartamos, por mí bien. Aunque tenéis que dejarme pagar la comida que come aquí.

—¡Dios mío, te hemos birlado al gato! —Sarah parece sinceramente compungida.

—No, qué va. Lo estamos compartiendo, como te digo, ¿y sabes qué? Que aquí se porta mejor. En casa siempre parece... decepcionado.

Sarah aprieta los labios en un claro intento de no reírse.

—Pero está claro que le tienes cariño, ¿no?

—Bueno, es bastante simpático para ser un gato —contesto—. Y la verdad es que sería injusto reprocharle su conducta gatuna. Que te rechace emocionalmente un gato no es lo mejor que me ha pasado, ya sabes, pero tampoco lo peor. Cuando tenía la edad de Mikey, tuve un hámster. Y se suicidó. Se escapó de la jaula y se tiró desde la ventana de mi habitación, que estaba abierta. O sea que, ya ves, un gato que parece aguantarme es todo un avance.

Sarah suelta una carcajada y se tapa la boca con las manos, pero no consigue contener la risa.

—¡Ay, Dios, qué calamidad eres! —me dice con dulzura—. Eres un desastre. Igual que yo. Me quedé embarazada a los quince años, no tengo marido, ni familia, ni donde caerme muerta. ¡Vaya par!

Curiosamente, me gusta la idea de que formemos un par. Hacerla sonreír me produce una extraña satisfacción. Lo que no entiendo es por qué se me escapa la pregunta que hago a continuación, sin que pueda evitarlo.

—¿Te importa que...? Espero que no te moleste que te pregunte por... —Me remuevo, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Por el padre de Mikey? —concluye Sarah en mi lugar—. ¿Que dónde está ese mamón?

—Bueno, yo no iba a decirlo con esas mismas palabras. Mikey dice que no le conoce.

—Eso es lo que le gustaría, creo —contesta ella con tristeza—. Lo que le dice a la gente, a los niños del colegio. Pero no es verdad. Su padre vivió con nosotros mucho tiempo. Era un tío majo, pero tenía mal genio y... se dejaba llevar. Se juntó con quien no debía y acabó en la trena más de una vez. Salía y entraba. Por cosillas de poca importancia, ¿sabes? Pero siempre volvía a las andadas y al final se metió en asuntos de drogas y... La verdad es que nunca me pegó, ni yo le tenía miedo. Pero un día me di cuenta de que, si me quedaba con

él, mi vida siempre sería igual. Yo esperando, esperando a que volviera de lo que estuviera haciendo, esperando a que le metieran en chirona y a que saliera... Y Mikey iba creciendo y veía lo que pasaba, y yo no quería eso para él. Quiero que sea una persona decente, ¿me entiendes? Quiero que se esfuerce por ser algo en la vida.

Asiento con la cabeza.

—Sí, sé a qué te refieres. Lo mismo quería mi padre para mí. Era mi héroe. Pienso todos los días en él y en la suerte que tuve por que fuera mi padre. Hacíamos muchísimas cosas juntos, ¿sabes? Éramos muy buenos amigos, y los últimos años, antes de que muriera, nos dio por pescar con mosca. Nos hacíamos nuestras propias moscas y nos metíamos hasta el muslo en el agua helada, y no hablábamos ni una palabra. Y aun así, cuando pienso en esas veces, creo que era cuando me sentía más unido a él, cuando más aprendí de él. Fue cuando aprendí a estarme muy quieto.

Hago una pausa. Hace mucho tiempo que no hablo de mi padre, y me doy cuenta de lo bien que sienta recordar así, en voz alta, delante de otra persona.

—Siento que Mikey no tenga eso, que no tenga un padre como el mío —añado—. Pero te tiene a ti, y tú eres muy especial.

Sus ojos se agrandan un momento. Baja la mirada y se sonroja por debajo del maquillaje.

—Dios mío —digo, avergonzado por haber hecho que se sienta incómoda—. No quería... ¿Has pensado que intentaba coquetear contigo, o ligar? No, te lo juro. Ni siquiera lo intentaría. Contigo, no. Suena bastante grosero y no es en absoluto lo que quería decir, pero...

—No pasa nada. —Me hace pararme en seco rozándome con la mano—. No te preocupes. Es bonito, lo que has dicho. Es solo que... no estoy acostumbrada a oír cosas bonitas, supongo. Pero me ha gustado, ¿vale?

—¿Sí?

La atmósfera cambia de repente y ya no me siento relajado, sino tenso y confuso, sin saber qué se espera de mí ni cómo voy a hacerlo. Pero, sea lo que

sea lo que haga, lo que tengo claro es que quiero decirle más cosas bonitas a Sarah. Quiero verla reír otra vez. Es una perspectiva aterradora. Dejo sobre la mesa mi cerveza casi llena.

—Bueno, será mejor que me vaya —digo alegremente—. Todavía tengo cosas que hacer.

—No me has dicho qué haces exactamente en el museo —replica con una sonrisa vacilante.

Eso que veo en sus ojos de un marrón aterciopelado ¿es una mirada invitadora? No lo sé, y no quiero meter la pata, así que prefiero no pararme a pensarlo.

—No hay mucho que contar —contesto—. Son cosas muy aburridas, muy doctas. Te aburrirías como una ostra.

—¿Lo dices porque no tengo el bachillerato y por tanto debo de ser muy inculta? —pregunta.

No sé cómo, ahora la he ofendido.

—No, no, nada de eso. Mi trabajo le parece aburrido hasta a la gente más culta. Es increíblemente soso. Igual que yo.

Confío en que ese comentario autocrítico haga aflorar otra sonrisa, pero sus ojos tienen una expresión triste y abatida.

—Hasta luego, entonces —dice, y da media vuelta y vuelve a la cocina, donde empieza a llenar la pila de agua caliente.

Me quedo parado unos segundos, sin saber cómo despedirme.

—Buenas noches —digo—. Y gracias.

Cuando salgo y cierro la puerta de la calle para aventurarme en la noche húmeda y lluviosa, siento que mi mundo vuelve a contraerse hasta adquirir sus dimensiones de siempre: unos pocos metros cuadrados. Un mundo minúsculo que, por primera vez desde que soy adulto, me parece insatisfactorio.

Y entonces veo a una desconocida frente a mi casa, mirando fijamente mi puerta con una carta en la mano.

Querido Adam:

He esperado, he rezado y me he hecho ilusiones, pero al final tu carta no ha llegado. No es que te culpe, qué va. En cierto modo me alegro. Creo que eso significa que eres feliz, que estás contento. Que no notas mi falta.

Te puse Adam. No sé cómo te llamaron tus padres adoptivos, pero la tarde que fui tu mamá, fuiste mi Adam. Esa tarde, esa corta tarde que fui madre, te acuné en mis brazos y te miré. Y tú me miraste. Te quería tanto que el cariño que sentía casi me ahogaba. Era como si me faltara el aire. Pero tuve que renunciar a ti, Adam, porque era muy joven, tenía diecisiete años. No me quedó más remedio. Fue lo mejor, para mí y para ti. Pero eso no impidió que esperara que algún día me escribieras, para poder contarte que aquella tarde te quise más de lo que he querido nunca a nadie. Eres mi único hijo, mi precioso niño.

Así que, si algún día decides saber algo más sobre mí, esta carta te estará esperando. Puede parecer gracioso que diga que estoy orgullosa de un hombre al que no conozco, pero lo estoy, porque tengo plena fe en que aquella personita a la que acuné en mis brazos hace tantos años se ha convertido en un hombre sensato, inteligente y bueno. Lo sé, no sé cómo. Es como si no hubieran cortado nunca el cordón que nos unía, como si diera la vuelta al mundo y nos mantuviera unidos, solo un poquito, pase lo que pase.

Con todo cariño,

Tu madre, Lucy

STELLA

Corro. Sin ningún plan concreto.

Hay ajeteo. Es viernes, así que es lógico que lo haya.

Corro en zigzag por entre la gente, sorteando otras vidas con agilidad de experta y pies ligeros.

Ha empezado a llover torrencialmente, pero no por ello deja de haber chicas en minifalda que, cogidas del brazo, corren bajo el chaparrón a otro bar u otro *pub*, y chicos que se reúnen en las esquinas en manga corta. Los esquivo sin que ninguno de ellos repare en mí. Simplemente, se apartan de mi camino y un momento después vuelven a ocupar el espacio por el que paso. Conozco el camino que lleva a la dirección de la carta; está a un par de calles de mi piso de antes, de la casa donde vivía cuando conocí a Vincent.

Me paro en lo alto de la calle donde viví antaño para recuperar el aliento y miro hacia abajo preguntándome quién vivirá ahora detrás de esas cortinas, encima de la freiduría. Espero hasta casi haber recobrado la respiración y luego echo a correr otra vez. No puedo dejar que mi cuerpo crea que es hora de descansar. Tengo que engañarlo para que siga en marcha, a pesar de que no llevo los zapatos más indicados para correr, ni mucho menos.

La dirección que figura en la carta es la de una calle de un barrio residencial: casas a ambos lados, árboles espaciados a tramos regulares, aparcamiento solo para residentes. Hace diez o quince años habría estado habitada por londinenses de a pie; ahora, la mitad de las casas, como mínimo, están ocupadas por personas adineradas. Se nota a la legua: puertas pintadas de verde mate, buhardillas reformadas, terrazas acristaladas en los laterales. Ha pasado mucho, mucho tiempo desde que Grace recorriera esta calle. Es probable que la persona

a la que escribe ya no viva aquí, así que recorro la calle mirando cómo avanzan los números hasta llegar al ocho. La pintura negra de la puerta está descascarillada y deja ver que en otro tiempo fue roja. El cristal, abombado y rugoso, tiene una grieta en la esquina. El jardín delantero es ahora de cemento y hay unos cuantos tiestos abandonados en los que no crece nada. Hay luz en la planta de arriba. Esta casita no ha sido reformada. Podría estar alquilada. Su ocupante podría ser cualquiera.

Me saco la carta del bolsillo.

Ni siquiera sé si Grace sigue viva. Puede que después de todo lo que volcó en esa carta, vertiendo las palabras a borbotones, tan rápido que me costaba escribirlas, se haya dejado ir, como hacen tantos cuando sienten que han hecho todo lo que tenían que hacer, o que no les queda nada a lo que agarrarse. Puede que a estas horas esté muerta y que yo no me entere hasta que vuelva a fichar, porque se supone que debo mantenerme alejada de mis pacientes como una buena profesional. Así que podría echar la carta ahora mismo por este buzón y quizá de esa forma estaría cumpliendo mi promesa. O quizá lo cambie todo.

—¿Quería algo?

Me sobresalto. Hay un hombre detrás de mí.

—¿Quién vive aquí? —le pregunto.

No supongo ninguna amenaza para él, siendo tan flaca, pero aun así arruga el ceño y da un paso atrás. Le he asustado.

—¿Quién quiere saberlo?

Habla bien, seguro de sí mismo.

—Estoy buscando a alguien en nombre de una amiga. Esta es su última dirección conocida.

—Bueno, este es mi domicilio —dice quitándose una bolsa del hombro, una de esas bolsas de lona que suelen llevar los profesionales liberales en el metro.

Viste algo parecido a un anorak, puede que una chaqueta de pesca, caqui, con muchos bolsillos, y alrededor del cuello una bufanda gris que no oculta del todo una pajarita.

—Y he vivido aquí toda mi vida, así que, ¿quién es esa amiga suya?

Es él. La carta es para él.

Al otro lado de la calle se oye un portazo. Un tipo pasa montado en bici. En alguna parte ladra un perro. El tiempo avanza despacio, puede que incluso se detenga un instante cuando le entrego la carta de Grace.

—Es para usted —digo—. Quizá todavía haya tiempo.

Confío en que sea verdad y, dando media vuelta, recorro rápidamente el caminito de la casa. Al llegar a la calle aprieto el paso y luego echo a correr. Me quito por fin los zapatos y corro con todas mis fuerzas, sorteando al gentío del viernes noche en la calle principal, hasta que noto que me estallan los pulmones y que me tiemblan las piernas, y que mi corazón late desbocado. Corro y, como siento casi que no puedo parar, me lanzo contra una pared violentamente, rozándome las palmas de las manos. Me paro en seco.

Puede que haya cumplido mi promesa, o puede que no.

Querida señora W.:

Solo le escribo para darle las gracias por todo lo que ha hecho estas últimas semanas. Tiene gracia, ¿verdad?, que uno no sepa quiénes son sus amigos, o quién es de verdad una buena persona, hasta que las cosas se ponen feas. Y eso que ni siquiera sabemos nuestros nombres de pila, y a mí todavía me resulta imposible pronunciar su apellido polaco, no digamos ya escribirlo.

Siempre he creído que tenía muchos amigos, entre los bailes de salón de los jueves y, un domingo sí y otro no, el concurso del *pub* para recaudar fondos a favor de la investigación contra el cáncer. Pero cuando enfermé desaparecieron todos, uno por uno. Supongo que a algunos, sencillamente, les traía sin cuidado, y a otros se les hacía demasiado duro. Pero, en fin, es cierto que se hace duro intentar charlar con un hombre que parece una momia andante. Usted, en cambio, venía todos los días. Al principio estuve muy antipático y le dije que no se molestara. Estaba enfadado, creo. Pero usted siguió viniendo, y siempre le estaré agradecido por su bondad, aunque no la merezca. Preparaba usted algo para que comiéramos juntos y estaba ahí cuando me mareaba por los fármacos, o apretaba el dolor. Llegué a apoyarme plenamente en usted, con sus maneras tan suaves. Ignoro si antes era enfermera, pero, en todo caso, sería una enfermera estupenda.

Escribo esto sabiendo que, cuando llegue el momento, estará usted aquí, a mi lado. Y me cogerá la mano. Imagino que no es lo más corriente enamorarte de una mujer de la que no sabes ni su nombre de pila y a la que conociste cuando era ya demasiado tarde, pero eso es lo que me ha pasado. Querida señora W., la quiero a usted. Me ha proporcionado usted un gozo inmenso en mis últimos días de vida.

Me llamo Noel Kincaide.

STELLA

He corrido y he andado hasta llegar muy lejos con mis mallas. Tengo los pies empapados y entumecidos. He caminado hasta que el gentío que había en los alrededores de la estación de metro menguó hasta desaparecer, y he dado vueltas y más vueltas, hasta que el pequeño restaurante turco ha cerrado y el aire húmedo se ha vuelto tan silencioso como puede serlo en Londres. He pensado en lo ocurrido, y en lo que he hecho.

En Vincent, en todo lo que ha dicho y en cómo me ha mirado.

En ese pobre hombre, que a estas horas ya habrá leído la carta.

Y me pregunto por las consecuencias, y me pregunto si voy a desmoronarme. Si no estaré desmadejándome ya en hilos tan finos que el aire los recoge y los arrastra hasta hacerlos desaparecer.

Creo que hasta ahora no me había dado cuenta de que no es solamente Vincent quien volvió de la guerra mutilado; a mí me pasó lo mismo. He perdido muchas partes de mí misma, de la mujer que era antes, y ni siquiera sé dónde empezar a buscarla porque tampoco estoy segura de cómo era en un principio.

Estos últimos meses he sido sencillamente una mujer que aguardaba a que volvieran a quererla, a amarla de un modo que he permitido que me definiera. Pero yo ya existía antes de que Vincent me quisiera. Y si le he perdido, tengo que ser capaz de seguir existiendo. ¿Qué remedio te queda cuando un hombre deja de quererte? No puedes dejar que el viento te arrastre, ¿no?

Al entrar en nuestra calle me pregunto qué es lo que he perdido. Sé que me he perdido a mí misma: a esa mujer fuerte, divertida y capaz que era antes. A la que sabía qué hacer en un momento de crisis. A la que nunca fallaba. Creo que debí dejarla en la cuneta alguna noche. Estaba tan concentrada en huir que dejé de

perseguir lo que quería, o a las personas a las que amaba.

Me paro delante del escaparate de la tienda de la esquina y miro mi reflejo en el cristal. Estoy calada hasta los huesos, voy descalza y tengo los pies mojados. Estoy agotada y pálida. Soy una persona a medias que vive una vida a medias, cercada por la muerte. Soy un fantasma, una sombra.

Oigo el largo lamento antes de darme cuenta de que soy yo quien lo produce. Bajo como un gemido, es un grito de pena, y es mío. Poco a poco, se convierte en sollozos desgarradores, y me doy cuenta de que estoy llorando. Llora por la vida que tuve una vez. Por un trabajo estimulante que servía de algo, que arrancaba a la gente de las garras de la muerte. Por ese marido guapo, fuerte y valiente que me adoraba. Llora por la chica que siempre sabía lo que quería, por esa que sabía cómo desenvolverse en este mundo aterrador. Esa chica ya no está; yace hecha trizas en alguna parte, y la echo de menos. La echo de menos y quiero que vuelva.

Metó la llave en la cerradura, entro y escucho los ruidos de la casa. Está en silencio.

Subo las escaleras. Un ruido me sobresalta y de pronto me doy cuenta de que es mi teléfono, que vibra sobre la mesilla de noche, donde ha debido de estar toda la noche. Lo cojo. Treinta y siete llamadas perdidas en total: una docena de Vincent y el resto de mi servicio de mensajería. Debe de estar preocupado por mí, he pasado fuera casi toda la noche. He sido muy desconsiderada, muy egoísta y estúpida. Tengo que decirle que estoy bien. Que ya sé qué debo hacer para arreglar las cosas.

Llamo a su número. Suena una sola vez y salta el buzón de voz.

Oigo abrirse la puerta de la calle y me acerco a lo alto de la escalera. Vincent entra y cierra la puerta muy despacio, como si no quisiera hacer ruido. Porque no quiere despertarme. Porque él también ha estado fuera toda la noche.

Se apoya un momento contra la pared del pasillo y veo asomar fugazmente una expresión de dolor en su rostro. Parece cansado.

—Hola —digo, sentándome en un peldaño de la parte superior de la escalera.

Se sobresalta al verme.

—¿Dónde has estado? —pregunta—. No volvías. Te estuve esperando, te llamé y te llamé. Y nada. Y entonces me di cuenta de lo que había hecho, de cómo había perdido los nervios. Fui a la comisaría a entregarme, pensé que era mejor que esperar a que vinieran a por mí. Pero el tipo no me ha denunciado. Dijo que estaba borracho, y su mujer añadió que era un idiota. Me dejaron marchar con un aviso, pero qué más da eso. Me pasé de la raya, Stella. Me pasé de la raya contigo y no quiero que eso vuelva a pasar. Ahora sé que tengo que volver al ejército. Tengo que pedir ayuda para superar esto. —Me mira fijamente, aunque mi cabeza y mis hombros quedan en sombras—. Llegué a casa y no estabas, y no contestabas al teléfono, así que salí a buscarte.

—¿Por qué?

Sentada aquí, en un peldaño de la parte superior de la escalera, me pregunto si debo bajar, si debo acercarme a mi marido y abrazarle y apoyar la mejilla en su pecho y escuchar el latido de su corazón hasta que el mío se calme y se sincronice con el suyo. Es lo que quiero hacer, lo deseo muchísimo, pero esa intimidad tan natural hace tiempo que desapareció.

—¿Por qué has ido a buscarme, si te hago tan desgraciado?

—Yo no... Las cosas que dije... —Vuelve a mirarme—. Ven aquí. No puedo verte la cara.

Se yergue, observándome.

Me levanto y bajo un escalón, dos, y vuelvo a sentarme. Mi cara queda expuesta a la luz desabrida del pasillo.

—Me culpas a mí —digo—. ¿Es eso? Me culpas de la muerte de tu amigo, por quererme.

—No es tan sencillo. Dije todas esas cosas cuando estaba enfadado y dolido, y muy cansado. Tienes que entenderlo, Stella. El día que te vi por primera vez cruzando el parque, yo sabía quién era. El primer día que hablé contigo y te invité a tomar un café, sabía quién era. El primer día que te besé y me enamoré de ti antes de acabar de besarte, sabía quién era. Sabía lo que te estaba

ofreciendo. Era un hombre honorable, un hombre dispuesto a dar la vida por sus compañeros. Era valiente, fuerte y seguro de mí mismo. Así era yo cuando nos conocimos; así era el hombre que se enamoró de ti. El hombre del que te enamoraste. Pero ese hombre ha muerto.

—¿Y yo tengo la culpa, tengo yo la culpa de eso, de esto? —Señalo con la cabeza su pierna y abarco con un gesto nuestra casa fría y descuidada.

—No, tú no. —Vincent se apoya de nuevo en la pared—. Tú no, yo. Yo pensaba que cuando llegara ese momento, cuando fuera cuestión de vida o muerte, pensaba que sería altruista, que sería un héroe, que lucharía por mis compañeros. Pero no lo hice. Hui. Hui porque..., porque quería volver a ver tu cara. Y ahora... Desde entonces estoy intentando escribirle una carta a la mujer de Kip, y no sé cómo decirle que le fallé, que les fallé a ella y a su hija. Que me fallé a mí mismo.

—A mí no me fallaste. ¿Eso no cuenta? —Me sorprende lo serena que me siento, lo tranquila que estoy—. ¿No importa nada?

—Pero ¿de qué sirve eso si ya no puedo quererte? —me pregunta Vincent—. Si no puedo perdonarme a mí mismo por haber elegido vivir, si ya no puedo quererte, entonces, ¿para qué murió mi mejor amigo? ¿Para qué perdí la pierna? ¿Por qué estoy cubierto de quemaduras? ¿Qué sentido tiene? Porque cuando te miro no siento lo que quiero sentir, y sé que de todos modos te he fallado a ti también, y que ese tío al que le pegué tiene razón: ha sido todo para nada.

Se hace un largo silencio. Cada instante que pasa nos aleja un poco más. Dentro de poco nos perderemos de vista el uno al otro.

—Lo nuestro está roto, ¿verdad? —dice Vincent finalmente—. Yo estoy roto, en cuerpo y alma. Y tú no puedes arreglarme. Eso solamente puedo hacerlo yo. Solo yo puedo encontrar la manera de perdonarme. Todo este tiempo, mientras lo intentabas, mientras eras tan leal, tan cariñosa, mientras tenías... tantas esperanzas, tú también has estado deshaciéndote, y yo lo he consentido. Estamos en una burbuja, somos dos burbujitas infelices que rebotan la una

contra la otra. Tú no puedes ayudarme, yo no puedo ayudarte a ti... Y seguimos haciéndonos daño mutuamente, desde lejos.

Me levanto despacio y desciendo hasta colocarme delante de él.

—¿Qué va a pasar? —le pregunto.

—Que voy a marcharme una temporada. Frenchie, ¿te acuerdas de él, de la instrucción?, tiene una habitación libre en Vauxhall. Dice que puedo pasar allí unos días. Y eso voy a hacer. Los dos necesitamos despejarnos. Yo tengo que encontrar la manera de contarle a la mujer de Kip lo que pasó, de mirarla a los ojos y decirle lo que hice. Necesito encontrar la manera de soportarme a mí mismo. Y tú..., tú necesitas estar libre de mí.

Se inclina y me da un beso ligero en la frente. Entonces me doy cuenta de que ha hecho su petate, que está apoyado junto a la puerta. Se acerca a la puerta y se para un momento con la mano en el pomo, de espaldas a mí. Le veo girar la cabeza muy levemente hacia mí. Y entonces abre la puerta y se marcha.

Me siento en el peldaño de la base de la escalera de mi casa vacía, cierro los ojos y en ese instante algo se remueve dentro de mí y se reajusta.

Estoy harta de sentirme así.

Chicas:

Me marcho y solo quería escribiros una notita rápida para despedirme.

He estado pensando en ese crucero que hicimos, después de mi divorcio. Jen, tú dijiste «que le jodan, vámonos de crucero». Y Sue y May, vosotras os apuntasteis enseguida. Bueno, pues lo único que puedo decir es que fue una suerte que en el precio estuviera todo incluido, porque entre las cuatro casi dejamos el barco seco de tanto como bebimos.

Cuando se largó Barry pensé que mi vida se había acabado, que me pasaría los siguientes cuarenta años sola y deprimida. No han pasado ni siquiera la mitad de esos años, pero han sido los mejores de mi vida gracias a vosotras, amigas mías.

Me hacéis reír hasta que ya no puedo ni hablar. Me volvéis valiente y aventurera. Si no hubiera sido por vosotras no habría abierto la tienda, ni me habría teñido el pelo de color rojo buzón, ni me habría puesto un *piercing* en la nariz. No habría tenido valor para pasarme un año y medio tirándome al joven y encantador Fernando, que como era de esperar en realidad se llamaba Dan, pero icómo nos gustaba llamarle Fernando!

El cáncer es una mierda y duele de la hostia, pero me habría perdido muchos meses de vida si no hubiera sido por vosotras, que me hacíais seguir luchando. En fin, he perdido esta batalla, pero vosotras tenéis que ganar la guerra por mí. Espero que vayáis a todas las galas de recaudación de fondos vestidas con peluca y tutú rosa. ¡Si no, me apareceré como un fantasma para atormentaros!

Chao, pipiolas.

Tomaos una copa de vino bien grande a mi salud, y luego tres más.

Cheryl xxxx

LA SEXTA NOCHE

HOPE

Me di una ducha y luego estuve paseándome arriba y abajo.

Me tomé mi medicación y seguí paseándome, y luego hice mis ejercicios de fisioterapia detrás de una cortina cerrada, y vuelta a pasearme. Por razones desconocidas, no me traje ropa interior sexy al Marie Francis. ¿A quién se le ocurre? ¿Por qué no preví que me acostaría con mi mejor amigo durante mi estancia aquí? Mira que soy miope... Lo único que tengo son sujetadores blancos normales, un poco grises ya, y ninguna braguita a juego: nada que se interponga entre mi persona y el hecho de que estoy a punto de cometer una insensatez. Al final opto por una camiseta negra de tirantes, braguitas negras y unos vaqueros. Y entonces me pregunto si no será un poco engorroso quitarme los vaqueros, así que me pongo unas mallas, que son más fáciles de bajar, y luego vuelvo a quitármelas y me pongo otra vez los vaqueros porque ¿qué atractivo tiene una cinturilla elástica? Busco una camiseta holgada. No llevo sujetador y me da un poco de corte: no quiero que note que llevo los pechos al aire hasta que, en fin, lo note de verdad. Intento imaginarme cómo será para Ben verme desnuda, y para mí verle a él desnudo. Debería calmarme. A fin de cuentas, no es la primera que nos vemos en cueros. Claro que la última vez teníamos siete años y estábamos compartiendo la bañera. Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios. Tengo que calmarme.

Sombra aparece al otro lado de la puerta de mi habitación que da al patio y me mira a través de la rendija de la cortina con sus enormes ojos tristes. Me acerco rápidamente a la puerta y le dejo entrar. Se sube de un salto a mi silla y se acurruca sobre un montón de braguitas desechadas por ser demasiado cutres.

—El truco —le digo— consiste en pensar en formas de facilitar el acto todo

lo posible. A fin de cuentas, no van a darnos ningún premio por nuestra técnica y nuestro estilo. Nadie tiene que disfrutarlo. Lo único que tenemos que hacer es hacerlo. Dentro. Fuera. Dentro y fuera otra vez, quizá. Y se acabó. No, espera. Tenemos que disfrutarlo los dos, para eso lo hacemos. ¿Por qué lo hacemos? No me acuerdo. ¿Cómo se me ha ocurrido, *Sombra*?

Los ojos verdes y luminosos de *Sombra* parecen decir: «Joder, y a mí qué me cuentas».

—¿Qué crees que estará pensando Ben? —le pregunto al gato, al que parece que se le da muy bien escuchar—. ¿Estará pensando en qué calzoncillos ponerse? Seguro que ni se le ocurre. Tiene tanta suerte, este Ben... Lleva una vida de locos y él, como si nada. Nunca sabe qué va a pasar, ni si va a ser bueno o malo, pero a él, plin. Y yo, yo no paro de comerme la cabeza. Le doy vueltas a todo, pienso en todas las posibles combinaciones, en todos los posibles escenarios y sus resultados. Intento idear un plan de emergencia para cada eventualidad. Claro que normalmente mi plan de emergencia consiste en quedarme en casa, y todo arreglado.

Recojo la ropa, la doblo y vuelvo a doblarla, y luego la tiro otra vez al suelo. Después me siento en la cama; de pronto estoy cansadísima. El esfuerzo de intentar vestirme para desnudarme lo mejor posible me ha dejado agotada y necesito un segundo para descansar. *Sombra* se estira, se le enganchan las uñas en unas medias e intenta sacudírselas vigorosamente hasta que, fascinado por los latigazos que dan las medias, empieza a revolcarse intentando matarlas.

—Y ahora me pregunto: «¿Pero cómo se me ha ocurrido?» —le digo al gato mientras abre grandes agujeros en mis medias—. ¿Cómo se *nos* ha ocurrido? No podemos seguir adelante con esto, llevados por un capricho y por la muerte de una chica muy joven que ha tenido todavía menos tiempo que yo para cometer errores absurdos. Es una tontería. Fue el calor del momento. Ben estaba preocupado por mí, por lo de sus gérmenes, y yo estaba agobiada por no poder vivir la vida a tope, y pensaba en Issy y lamentaba no tener mejores anécdotas sobre sexo que contarle, y ¡qué mal ha sonado eso!

Hago una pausa y *Sombra* se baja de la silla envuelto en nailon.

—Nos dejamos llevar los dos por ese instante, a la luz de la luna, bajo los árboles. Ese momento y mi mortalidad... Pero qué idiotas somos. Ben aparecerá dentro de un minuto y me pondrá esa sonrisita compungida, y yo me encogeré de hombros como diciendo «quién sabe», y nos reiremos los dos y nos pondremos a hacer lo que hacemos siempre. A cantar canciones y a tomarnos el pelo mutuamente. ¿Verdad? ¿A que sí? ¿Me estás escuchando, *Sombra*?

Dado que el joven gato se revuelca por el suelo despedazando mis medias con sus garras extendidas, creo poder afirmar sin temor a equivocarme que la respuesta es no. Aun así, puede que, si a él le importan un carajo mis problemas, a mí tampoco deban importarme.

Stella se ha tomado unos días libres, lo cual es muy desconsiderado por su parte. Si estuviera aquí, me escucharía. Por lo menos, mejor de lo que me escucha un gato callejero con una fijación asesina por las medias.

Noto un nudo cálido y prieto en el estómago al pensar en las cosas que hacemos Ben y yo, en la amistad que tenemos. Así es estar con Ben: siempre, a cada segundo, se oye retumbar el tambor lejano del anhelo; siempre quiero un poco más de él, solo un poquito más. Puede que sea como un vampiro, un vampiro que chupa vida, que acecha de noche y absorbe la experiencia de los demás, la experiencia de Ben, que siempre ha sido tan temerario y tan valiente. Ben, que nunca se acobarda ante lo que brinda el mundo. Pero esto no puedo aceptarlo. Es... No puedo absorber su fuerza vital metafórica a través de su pene.

No podemos acostarnos, es así de sencillo, no podemos. Porque después no tendremos dónde ir. No habrá más canciones, ni más bromas después de que le vea sus cosas y él me... Ay, Dios, no soporto ni pensarlo.

¡Ojalá estuviera aquí Stella! Si estuviera, podría hablar con ella. Seguro que se le *ocurriría* algún plan, un plan sexual. Tiene pinta de estar acostumbrada a tomar medidas desesperadas.

De pronto me da un ataque de tos, aunque es lógico que me dé: hace ya unos

minutos que me falta la respiración, y seguramente no me he dado ni cuenta. El ruido de mi tos hace salir disparado a *Sombra* cuando se abre la puerta, con las medias ondeando frenéticamente tras él.

La enfermera que está de guardia esta noche, una señora llamada Mandy, muy amable pero que, desde luego, nunca ha necesitado un plan de emergencia en materia sexual, asoma la cabeza por la puerta y, al verme sentada en la cama, entra.

—Échalo, nena. Con suerte será un reloj de oro —dice mientras me palmea enérgicamente la espalda.

Noto que un cúmulo de moco se desprende bruscamente y se me viene a la boca. Mandy me pasa una caja de pañuelos de papel. Una vez desaparecida la flema, respiro hondo un par de veces y espero a que dejen de lagrimearme los ojos mientras ella me frota la espalda.

—¿Un reloj de oro? —pregunto.

Ladeo la cabeza y me mira.

—Era lo que decía mi abuela. Bueno, tengo entendido que tu chico va a llevarte por ahí, ¿no? Dicen que van a darte el alta muy pronto.

—Solo a beber algo, y no es mi chico.

—Estás muy guapa. Ese carmín te sienta bien. —Sonríe con aire benévolo.

—Ni que Ben fuera a notar que me he pintado los labios —digo yo—. Podría pintarme como un payaso y ni se enteraría. Solo tiene ojitos para sí mismo.

Me pregunto fugazmente si, pintada como un payaso, nuestro absurdo encuentro sexual se haría más llevadero, pero solo con pensarlo me dan ganas de pedir cita con un psicólogo.

—Lo dices como si fuera una lata, pero tengo entendido que viene todos los días a verte y que hace reír a todo el mundo cuando está aquí. Es un chico de los que hay pocos: un hombre que cumple su palabra y que hace feliz a la gente. Yo que tú no lo dejaría escapar.

—Me parece que eso no está permitido. Creo que se consideraría un secuestro —contesto.

—Bueno, el caso es —dice Mandy— que van a soltarte pronto, ¿sabes? Puede que mañana.

—¿En serio?

Creía que me pondría contentísima, eufórica incluso, pero no. En cuanto lo dice, noto una especie de hormigueo de pánico y un mal presentimiento, porque mientras he estado en el Marie Francis estaba en compás de espera, en una especie de limbo. Ahora tendré que tomar decisiones o, en realidad, una sola, la misma que he tenido que tomar una y otra vez desde que era pequeña: salir a la calle y decirle hola al mundo, o quedarme en casa con mamá. Sé lo que querría Issy que hiciera.

—Ya estoy aquí —anuncia Ben al abrir la puerta, arrastrando consigo una ráfaga de olor a loción Lynx.

—No me digas. —Mandy arruga la nariz—. Os dejo solos. Hay oxígeno en la pared, por si lo necesitáis.

—O también podrías quedarte —le digo agarrándola por la manga con cierta desesperación—. Podríamos charlar un rato. Los tres juntos. En grupo.

—Cielo —dice Mandy—, tengo cosas que hacer. Y recuerda lo que te he dicho, y piénsalo bien.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Ben.

—No sé qué de un reloj de oro —contesto.

Creo justo decir que durante los segundos siguientes, después de que Mandy se marchó, jamás dos personas hubiesen deseado morir más de lo que lo deseamos nosotros en ese instante. Lo cual es mucho decir estando en una residencia para desahuciados.

—Bueno, vamos a ello.

Ben se muestra estoico, como es típico en él: nunca recula ante un reto, después de haberlo aceptado. Como aquella vez que se comió una araña cuando teníamos once años.

—He reservado una habitación en el hotel que hay un poco más arriba, en esta misma calle. No es precisamente el Ritz, es más bien un tugurio, pero no

hay botón para llamar a la enfermera, así que no podemos pulsarlo accidentalmente en medio de los estertores del... —Me mira con nerviosismo—. Cuando estemos practicando el sexo, quiero decir.

Quedarme en casa con mi mamá, eso es lo que elijo. Elijo quedarme en casa con mi mamá.

—Esto es una locura. —Al levantarme, noto que Ben da dos pasos atrás—. Oye, no te asustes. No pongas esa cara como si fueran a llevarte al patíbulo, porque no pasa nada, no importa. Estás indultado, ¿vale? He estado pensándolo y me he dado cuenta de que era un plan idiota, impulsivo y absurdo, y puede que estuviéramos los dos un pelín borrachos en ese momento. Pero un plan idiota es un plan idiota, y solamente porque se nos haya ocurrido no tenemos que cumplirlo. Es solamente uno más de los muchos planes idiotas que hemos tenido a lo largo de nuestra historia, y mira cómo salieron. Como aquella vez que te empeñaste en ponerle motor a un carrito de la compra, o aquella otra que se me ocurrió enfrentarme a Jessie Sinclair porque todos los matones son unos cobardes y me dio un puñetazo en el estómago y a ti otro, de propina. Fue una ocurrencia estúpida y tú eres un amigo estupendo por ofrecerte a llevarla a cabo, pero en serio... No pasa nada, lo retiro. Ya puedes... bajar las armas.

Ben no reacciona con el alivio que yo esperaba. Al contrario, frunce aún más el ceño y su expresión se complica, se cierra en banda.

—Si es lo que quieres —dice por fin—. Como quieras.

—Bueno, ¿no es lo que quieres tú? —le pregunto, confusa.

Se sienta enfrente de mí con las largas piernas flacuchas dobladas hacia dentro. Parece una especie de pájaro: un grajo o un cuervo, un augurio fatal.

—No quiero que corras riesgos —dice—. Y tú quieres hacer el amor. Y, bueno, si vas a acostarte con alguien, quiero que sea con alguien que se preocupe por ti y te respete y te cuide, y que no sea un capullo, como suelen serlo todos los tíos de mi edad, incluido yo, a veces. Quiero que sea algo bonito y tierno, y cálido y agradable, y lleno de amor. Amor de verdad por la persona con la que

estás haciendo una cosa tan íntima, aunque no sea un tipo de amor lujurioso.

Se inclina hacia delante. Tiene una expresión muy seria que no estoy acostumbrada a verle, y eso hace que me ponga derecha y que le escuche.

—Cuando me lo pediste, pensé «joder, qué mal rollo», y me fui a casa pensando «ni hablar, no podemos hacerlo; mañana, cuando vuelva, me dirá que era una broma y todo arreglado». Pero luego estuve despierto toda la noche dándole vueltas al asunto y pensando en mis experiencias anteriores...

—Ben, en serio...

No quiero saber nada de eso.

—No, escúchame. —Se remueve en la silla—. He estado con algunas chicas. No tantas, en realidad. Menos de diez...

—¡Diez son un montón!

—Yo no he dicho diez, he dicho menos de diez. —Parece exasperado.

—¿Menos de cinco? —Creo que es importante aclarar ese punto.

—¡Ay, Dios! Seis. Me he acostado con seis chicas —contesta.

—Bueno, ¿y por qué no dices que son seis? ¿A qué viene eso de «menos de...»? Porque seis es el sesenta por ciento de diez.

—Hope —dice—, ¿no crees que a lo mejor estás desviando la cuestión a propósito?

—Seis —repito yo—. Sexo con seis chicas.

Noto como si me desgarrara por dentro, de enfado y de celos, aunque no sé si es de esas seis chicas anónimas de quien estoy celosa, o de Ben.

—Sí —dice—. Sí. Y es estupendo, es genial acostarse con chicas. Ya sabes. Es divertido, y las chicas son misteriosas y están buenas, y todas parecen distintas desnudas, y es fantástico. Todas las veces que he practicado el sexo han sido estupendas, pero nunca...

Titubea, se nota que le cuesta dar con la palabra justa, lo que es muy raro en Ben. Si algo se le da bien, es hablar.

—Nunca me he sentido del todo a gusto, nunca ha sido bonito, ni tierno, ni especial —añade—. Y nunca me he sentido... querido. Idolatrado sí, claro,

pero no querido.

Le miro. Normalmente, llegados a este punto soltaría una carcajada o una broma, o le insultaría cariñosamente, pero soy consciente de lo mucho que le ha costado decirme esto. Y sé que muchas veces le ha faltado cariño. Está por un lado su madre, que se pasa el día entero bebiendo sidra delante del televisor y tomando pastillas, y luego está su padrastro, que culpa a cualquiera menos a sí mismo de todo lo que le sale mal en la vida. Ben era el niño de la camisa sucia, el de los zapatos viejos que le quedaban pequeños. El que todas las noches cenaba alubias cocidas con pan tostado, a no ser que yo le invitara a cenar a casa. Sé cuánto ha ansiado toda su vida sentirse querido, aunque pensaba que a estas alturas ya lo había superado; que ahora que es tan vital, que vive con tanta intensidad el presente, ya no necesitaría a nadie. Y ahora me dice que, si hacemos lo que habíamos dicho que íbamos a hacer, no será solo por mí, sino también por él. Qué marrón.

—¿Esto es un plan sofisticado para que no me sienta mal por estar someténdote a un chantaje emocional? —le pregunto—. Porque si es así, está funcionando.

—Tú decides —contesta.

—Bueno, si vamos a hacerlo sobre todo por ti —concluyo—, merece la pena intentarlo.

Ben estira el brazo, me agarra de la mano y, aunque el corazón me va a mil por hora, dejo que me conduzca a la calle.

STELLA

Ni lluvia, ni luna.

Después de que se marchara Vincent, he dormido como no dormía desde hacía meses. Profundamente, sin soñar, a pierna suelta. Me ha despertado el chirrido de un autobús que pasaba por la calle. Resulta perturbador, este sosiego. Y me pregunto «¿por qué ahora?» ¿Es sencillamente porque el hombre al que amo, el hombre cuya felicidad y bienestar me han preocupado y obsesionado durante tanto tiempo, ya no está? ¿He cambiado mi matrimonio por dormir profundamente, sin soñar?

Puede que sea por el alivio. El sufrimiento de llevar una vida mucho menos satisfactoria de lo que imaginabas, de lo que esperabas, es abrumador. Y es tan descansado dejar de esforzarse por arreglar las cosas... Minimizar la vida.

Esta noche no tengo que trabajar, pero voy de todos modos. No tengo ni idea de qué ha pasado mientras dormía a pierna suelta: ignoro si la entrega de la carta ha tenido consecuencias. Hugh, así se llama el hijo, el pobre hombre a cuya vida le lancé una granada de mano ayer mismo, seguramente ya se habrá presentado en el Marie Francis. Tengo que averiguar qué ha pasado, y disculparme. Pedir perdón por permitir que mi tragedia personal se mezcle y se confunda con algo que no me incumbía en absoluto. Necesito arreglar las cosas, hasta donde sea posible. Tengo que empezar de cero, resetear, restablecer la configuración de inicio.

Así que lo primero que tengo que hacer es ir a ver a Grace y contarle lo que he hecho, explicárselo. Pedirle disculpas. Puede que sea demasiado tarde; puede que haya fallecido. Tengo la batería del teléfono descargada y no me ha dado tiempo a cargarla antes de salir de casa. No sabré qué está pasando, qué me

espera dentro de los muros del Marie Francis, al otro lado de la puerta pintada de verde, hasta que llegue allí.

Mientras corro, inmersa en ese ritmo suave y tranquilizador, se me ocurre que podría no entrar, no encarar las consecuencias. Podría seguir corriendo y no tendría motivos para volver atrás. Podría correr y correr hasta la siguiente población, puede que hasta a algún sitio junto al mar, y empezar de nuevo, empezar de cero. Como la noche que hice mi mochila. Es una idea que no me quito de la cabeza mientras avanzo por la noche escarchada. Me atrae con un encanto profundo y duradero, esa idea de hacer tabla rasa de todos mis errores y comenzar de nuevo. Y sin embargo, en el fondo, sé que no me es posible. Tengo que afrontarlos, eso lo sé. Lo que no sé es cómo, ni qué va a pasar después.

Hace una noche tranquila. Las calles están desiertas y apenas pasan coches mientras avanzo con ritmo regular hacia el Marie Francis. Al otro lado de la calle veo apagarse con un parpadeo los fluorescentes de las panaderías. Dos minutos más y aflojo el ritmo, lista para seguir a un paso normal. Un momento después noto que alguien me agarra del brazo, me para, me sujeta, intenta controlarme. La adrenalina entra en acción y mis piernas se aceleran, pero el desconocido acelera conmigo, tira de mí hacia atrás. Todo ocurre tan deprisa que no me da tiempo a pensar, solo a decidir que mi vida de ensueño, mi vida de noctámbula solitaria, ha llegado a su fin: lo he visto. No sé si pretende robarme o algo peor, pero intento desasirme. Me para, me sujeta. Cambio bruscamente de dirección, choco contra una pared, noto un pinchazo de dolor en el hombro y aprovecho el impacto para impulsarme y echar a correr otra vez.

—¡Para! ¡Espera! —grita a mi espalda, y su voz resuena en la calle casi vacía.

En cuanto llegue a lo alto de la calle, bien pasada la entrada del Marie Francis, habrá más gente a la que tal vez le importe un bledo lo que me pase, pero no sé por qué sigo creyendo que la muchedumbre le disuadirá de su propósito. Puedo buscar un sitio donde meterme, llamar a la policía. Sigo corriendo, y él también. Acelero y estoy en forma, y me doy cuenta con una emoción inesperada

de que puedo escapar. Se queda atrás, pero sigue llamándome a gritos, y ya estoy solo a unos metros de la parte más ajetreada de la calle. Y entonces me doy cuenta de lo que pasa: ¿qué ladrón, que violador le pide a su víctima que deje de correr para que pueda alcanzarla?

Me doy la vuelta y le miro. Se ha parado un poco más abajo a recuperar el aliento. Reconozco la bolsa y los zapatos, la bufanda, la chaqueta de pescador. Es él. El hombre al que le di la carta de Grace. Hugh.

Me quedo ahí parada, en la oscuridad, y espero a que me alcance.

—Lo siento —dice con voz ahogada—. No me he dado cuenta de que no era buena idea abordar a una mujer sola, de noche. Pero es usted muy rápida.

—¿Qué hace? —le pregunto—. ¿Por qué está aquí?

Se ríe, y su risa suena llena de ira.

—¿Me entrega esa carta y *no* lo sabe?

—Lo siento, yo... —No sé qué decir—. No debería haberlo hecho.

—No sabía qué hacer —explica desviando la mirada—. Me dio la carta y no sabía qué hacer ni qué pensar. Si reír o llorar o... ¿qué? Y no puedo..., no puedo *verla*. A esa mujer que dice que es mi madre. No puedo ir a verla sin más. Así que solamente hay una persona con la que puedo hablar: usted.

—No puedo darle ninguna respuesta —le digo.

Nos separa un trecho de acera. Los transeúntes entran y salen de nuestra conversación, ajenos a este instante que significa tanto, dentro de estos escasos metros cuadrados de calle mugrienta.

—Tengo que hablar con alguien y con ella no puedo hablar, ¿comprende? Es un fantasma. Es un sueño. Es... un monstruo.

—No, no lo es. —Sacudo la cabeza—. Eso se lo aseguro. No lo es. Está rota. Rota por la vida, y eso le ha causado a usted sufrimiento. Pero no es un monstruo. Solo quería hacer borrón y cuenta nueva.

Su risa suena amarga, fría, y doy un paso atrás. No se lo reprocho, no puedo culparle por lo que siente. Me culpo a mí misma por haberle dado esa noticia.

—Quiere hacer borrón y cuenta nueva. —Menea la cabeza—. Da igual el

dolor que cause. Pues sí, supongo que es muy propio de ella.

—Hugh... —Vacilo un momento—. ¿Puedo tutearte? Entiendo lo que debes sentir. Cuando me dictó la carta, me quedé de piedra, pero... Grace es tu madre.

—Mi madre —repite con énfasis, esbozando una sonrisa cargada de tristeza—. La madre que me dejó una nota de suicidio y se esfumó así, por las buenas. La madre que yo creía muerta desde que tenía diez años.

Querido hijo:

La última carta que te escribí iba a ser eso: la última. Es importante que lo sepas. No fue una artimaña ni una mentira. No fue una excusa ni una cláusula de rescisión. Pensaba hacerlo. Pensaba matarme.

Deseaba muchísimo quererte, mi niño. Muchísimo. Y tú volcabas en mí todo tu cariño, aunque fuera una madre atroz. Daba igual cuántas tardes me emborrachara en el sofá hasta perder el conocimiento o no fuera a recogerte al colegio. O que algunos días no comieras hasta que llegaba tu padre. Te fallaba día tras día, año tras año, y aun así tú siempre me recibías con un brillo en los ojos. Te merecías una madre mucho mejor que yo, que era tan egoísta, tan caprichosa, tan insensible. Pero no, tampoco se trata de eso. Yo no era insensible. Sabía que eras un niño adorable, listo, divertido, tierno, pero no podía sentirlo. No sentía nada, excepto el peso de esa enorme tristeza que tiraba de mí hacia abajo como una piedra de molino atada al cuello, y pensaba que sería un alivio hundirme con ella, no tener que seguir luchando por respirar.

Y pensaba en ti sin mí, y estaba segura de que vivirías mucho mejor, y tu padre también, sin tener que luchar contra ese negro nubarrón que nos cubría a todos.

Pero soy una cobarde, mi querido niño. Soy una cobarde y siempre lo he sido. No quería vivir, pero me daba demasiado miedo morir, así que escapé. Y durante mucho tiempo estuve como muerta. Día tras día, borracha, sola, dejaba que la vida me arrollara. Dormía al raso, hacía cosas..., cosas de las que me avergüenzo.

Un día, muchos años después de marcharme, encontré una amiga, o más bien me encontró ella a mí. Una desconocida que pasaba por allí. Me sacó del arroyo y me llevó a un sitio donde pude lavarme y entrar en calor, y comer bien y sentirme a salvo. Y dejó que me quedara. Yo pensaba todos los días en marcharme y todos los días me quedaba. Y primero pasé un día sin beber, y luego dos, y tres, y los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. No fue fácil: lloraba, daba puñetazos, la amenazaba a ella y a mí misma, pero podría haberme marchado en cualquier momento. Solo que no me marché. Seguí allí. Y un buen día me levanté y el nubarrón no es que hubiera desaparecido, pero se había levantado un poco, lo

justo para que viera un horizonte más lejano. Fue entonces cuando lloré por ti, mi querido niño, por ti y por tu padre. Fue entonces cuando lloré y lamenté de todo corazón lo que os había hecho. Y fue también cuando me enamoré de ti, cuando te quise, cuando te adoré y ansié abrazarte. Y en ese preciso momento supe que era demasiado tarde. Supe que no podía volver. Que estabais mejor sin mí, los dos.

En fin, hijo mío, ahora me estoy muriendo y sigo siendo una cobarde. No quiero irme. No quiero dejar este mundo en el que siento que hace tan poco que he aprendido a vivir. Pero debo pagar el peaje. No tengo alternativa.

Cuando leas esta carta ya habré muerto. Me odiarás. Te enfadarás, sentirás amargura e indignación. No entenderás mis motivos. No te pido que me perdones ni que te preocupes siquiera por mi muerte. Pero mi querido, mi queridísimo niño, por favor, ten presente que tenías una madre que te quería, desde lejos y no el tiempo suficiente, pero que te quería con todo su corazón cuando estaba despierta y soñaba contigo cada vez que dormía.

Tu madre,

Grace

STELLA

Mirarle desde el otro lado de la mesa es una experiencia curiosa. Es la primera vez que le veo a plena luz. La carrera debe de haberle pasado factura: tiene la cara reluciente de sudor y el cabello oscuro se le ha ondulado con la humedad. Hay algo en él que transmite dulzura, al contrario de lo que le pasa a Vincent con ese físico suyo, tan duro. Tiene cara de haber leído muchos libros. No he tenido más remedio que cruzar la calle con él hasta la cafetería que abre toda la noche, la que está junto a la parada de taxis, e invitarle a un café con leche, dulce y bien cargado.

He sonreído a Hussein, que atendía la barra. Nos conoce a todos los del Marie Francis. Venimos mucho durante la noche, y a veces nos trae una bandeja de donuts, de regalo.

—Lo siento —le digo a Hugh.

Parece lo único sensato que puedo decirle. Ha perdido tantas cosas, y hasta lo poco que ha encontrado lo va a volver a perder.

—Pero quizá..., quizá sea mejor así...

—¿Porque todo sucede por una razón? —pregunta en tono cansino—. Suena a la leyenda de uno de esos carteles con gatitos que se cuelgan en algunas oficinas. Pero no todo sucede por una razón. La mayoría de las cosas suceden sin motivo ninguno.

—Lo sé, te lo aseguro —contesto—. Debes de haberla echado de menos mucho tiempo. Tu vida no habrá sido fácil.

Menea la cabeza una sola vez. Un gesto tenso, controlado, rebosante de dolor. Noto cómo irradia de él. Y lo reconozco: es ira.

—Para nada. Tuve un padre maravilloso. Nunca me ha faltado nada. Ella

tenía razón, en lo que escribió en la carta: estábamos mejor sin ella.

No respondo. No hay nada que responder. Mirando por la ventana, observo la calle desierta que se extiende más allá del reflejo de las luces de la cafetería y espero.

—¿Ella no sabe que me has dado la carta? —pregunta por fin.

Niego con un movimiento de la cabeza.

—Iba a decírselo cuando me has parado. He incumplido la promesa que le hice. La he traicionado y no sé por qué, la verdad, solo que anoche... estaba furiosa y dolida, y cansada de que las cosas nunca salgan como creo que deberían salir. Por eso hice ese gesto. Pensé que os merecíais la oportunidad de hablar cara a cara antes de que fuera demasiado tarde. Pero no era yo quien debía decidirlo. Ha sido una estupidez, un acto egoísta. Y lo siento.

Se queda callado otra vez, y yo no le apremio.

—Creo... En fin, creo que a lo mejor mi matrimonio se deshizo anoche. No es que sea una excusa válida, ni una razón. Es solo que... el destino se las arregla siempre para lanzarnos una bomba y retirar la mano mientras todo lo que creíamos sólido y seguro se dispersa a los cuatro vientos. Hoy he venido porque necesitaba ver a Grace. Pero después... No tengo ni idea de qué va a pasar después. He llegado hasta este punto de mi vida, los treinta y dos años, y me parece que a partir de hoy voy a tener que empezar de nuevo, completamente. Tengo que partir de cero. Así que lo que intento decir es que, aunque ahora mismo todo parezca una mierda, al final, teniéndolo todo en cuenta, sabiendo todo lo que sabes, por muy feas que se pongan las cosas, siempre puedes empezar de cero, otra vez. Puedes edificar tu vida sobre la verdad, en vez de sobre un montón de mentiras.

—Te gusta hablar, ¿verdad? —pregunta desmayadamente, y me doy cuenta de que le está costando un gran esfuerzo no apoyar la cabeza sobre la mesa. Lo sé porque a mí también me cuesta.

—Lo siento. —Me encojo de hombros—. Creo que en parte ese es mi problema, ¿sabes? Que siempre quiero arreglarlo todo, salvar a todo el mundo,

quieran o no quieran. Creo que por eso me hice enfermera. Me formé para ser enfermera de traumatología, y era muy sencillo. Bueno, no era *sencillo*, era duro, pero teníamos claro lo que intentábamos hacer. Intentábamos reparar huesos, corazones, cabezas... Personas, en general. Cuando mi marido perdió la pierna en Afganistán, no pude seguir afrontándolo, no podía ir al trabajo a curar a otras personas cuando a él no podía curarle. Y necesitaba trabajar para no estorbarle, así que, cuando vi este trabajo, pensé que me vendría bien. Ya no tendría que luchar contra nada, solo tendría que cuidar a otros. Pensé que estaría bien. No sé. Puede que a fin de cuentas no esté hecha para ser enfermera.

—Podrías reciclarte y dedicarte a dar charlas a la gente —masculla Hugh—. Perdona, eso ha sido una impertinencia. Siento mucho lo de tu marido. Además, no es contigo con quien estoy enfadado. Es solo que a mi padre y a mí nos costó mucho tiempo recuperarnos, pero lo conseguimos. Y ahora me encuentro en un momento de mi vida muy estable, incluso optimista. Incluso estaba pensando en compartir mi vida con otra persona. Estaba bien, y ahora esto. Ahora tengo que enfrentarme a esto.

—Entonces, ¿todos estos años pensabas que se había suicidado? —le pregunto.

Asiente encogiendo los hombros para protegerse de un frío que únicamente siente él.

—Cuando tenía diez años, bajé una mañana y allí estaba la carta de mamá, encima de la mesa, escrita en un trozo de papel rayado arrancado de uno de mis cuadernos. Mis deberes estaban en la parte de atrás. Había puesto encima su reloj, un reloj de oro barato que le regaló mi padre cuando se casaron, y sus anillos.

Mira fijamente la mesa mientras habla, rememorando aquel instante, viéndolo desarrollarse sobre la formica de la mesa.

—Mi padre todavía no se había levantado. Era sábado y los sábados se quedaba en la cama hasta tarde. Yo siempre me levantaba y bajaba a desayunar con mi madre. Ella todavía llevaba puesto el camisón, nos sentábamos a comer y

a charlar, y me contaba chistes y me hacía reír, y me revolvía el pelo. Algunas veces la ayudaba a ordenar los calcetines o a planchar las fundas de las almohadas. Siempre pasábamos juntos ese ratito, antes de que vinieran a buscarme mis amigos y me fuera por ahí a pasar el día. Era algo seguro. Durante toda mi infancia mi madre fue algo seguro, hasta el día en que encontré la carta.

Aparta su taza de café y hace como si trazara con el dedo sobre la mesa la silueta de una carta perdida hace mucho tiempo.

—Leí la carta. Decía: «Frank, lo siento mucho. No puedo seguir así. Cuando te conocí pensé que podía cambiar a mejor y lo he intentado, lo he intentado de veras. Pero las cosas no cambian. Te quiero a ti, y al niño. No te culpes. Cuida de él, Frank. Se pondrá muy triste. Grace».

Se hace un silencio y pienso en la carta que le puse en las manos hace unas horas.

—Ni siquiera tuvo el valor de escribir mi nombre —dice, incapaz de mirarme a los ojos—. Yo no entendía bien qué significaba aquella carta, y era el día en que mi padre se levantaba tarde, así que esperé hasta las once y le preparé un té, como hacía siempre mi madre los sábados. Y cuando me preguntó dónde estaba ella, le dije: «Abajo hay una carta, encima de la mesa. Mamá dice que lo siente, pero no sé por qué».

»Nunca le vi moverse tan rápido como aquella vez. Bajó a toda velocidad las escaleras, cogió los anillos y la carta y salió a la calle. Yo le seguí y le dije que la carta ya estaba allí cuando me levanté, que llevaba allí mucho tiempo.

»Y él me agarró y me zarandó y me preguntó por qué no le había despertado. Y siguió zarandeándome y llorando, zarandeándome y llorando. Cuando me soltó, entró en casa y llamó a la policía. Ella no se había llevado nada. Ni ropa, ni dinero. Su cartera estaba en el aparador. Tampoco se había llevado la llave de casa. Más tarde, ese mismo día, encontraron un par de zapatos en la playa de Clacton. Eran los zapatos de mamá. Es lo único que supimos de lo que pasó después: un par de zapatos en una playa.

»Hubo una investigación y una vista judicial, más de un año después de que

desapareciera. La causa se cerró sin un veredicto claro, pero nos dieron el certificado de defunción. Hubo un funeral. Con un ataúd vacío, incluso. Mi padre era aficionado a la pesca, esta chaqueta es suya. Él me enseñó a amar la pesca. Los fines de semana, después de que ella se fuera, me llevaba al campo, muy lejos, a pescar. Era maravilloso y también horrible, porque... después de que ella se fuera había una especie de paz, una tranquilidad que no había antes. Fue después de su marcha cuando me di cuenta de que yo era como mi padre; de que nos gustaban las mismas cosas: leer y pescar, la historia y los cuentos de fantasmas. Nuestra vida juntos, solos los dos, era muy agradable, muy sosegada. Los domingos me llevaba en coche fuera de la ciudad, a zonas pijas del Támesis, a pescar. Y a veces yo no podía evitar alegrarme de que ella no estuviera, y no podía evitar preguntarme si no nos estaría observando desde algún lugar bajo el agua, rabiosa porque no la echáramos más de menos.

Hace una pausa y se estremece, cierra los ojos un momento. Yo cojo el cuenco del azúcar, saco un sobrecito por hacer algo, por tener algo que mirar, porque mirarle a él en este instante me parece una intrusión.

—Cuando tenía unos dieciséis años fui a buscar algo al garaje. Estaba construyendo no sé qué. Quería hacer una mesa, eso era, para el cumpleaños de mi padre, y fui a buscar unas herramientas. Justo al fondo del garaje había algo cubierto con unas lonas. Retiré las lonas y vi un montón de cajas apiladas. Cuarenta y cuatro cajas. En cada una había seis botellas de vodka vacías. Eran suyas, y mi padre las guardó durante años. Iba por la casa recogiendo botellas, tiraba lo que podía por el fregadero y guardaba las botellas en el garaje. Imagino que en aquellos días todavía no había reciclaje. Nunca quiso que yo supiera que ella bebía, y yo no me enteré hasta ese momento. No tenía ni idea. Era un niño feliz, con una mamá divertida que me sacaba fuera en plena noche a mirar unas estrellas que en realidad no podíamos ver, o que me despertaba a las cinco de la mañana para que viera con ella el amanecer, y a mí me encantaba. Me encantaba tener una madre que me llevaba de aventuras, y un papá que se quedaba durmiendo hasta tarde los sábados. Y luego..., luego todo eso cambió y ella se

fue. Se fue y ni siquiera pudo escribir mi nombre en su nota de suicidio. Y durante los últimos veinticinco años me he despertado todas las mañanas sabiendo que mi madre no me quería lo suficiente para mantenerse con vida. Hasta esta mañana. Ahora sé que no me quería lo suficiente para morir.

No hay nada que decir, así que los dos guardamos silencio. Nos quedamos sentados en el café, bebiendo café frío. Entran y salen taxistas. Se oyen risas y conversaciones, la vida sigue discurriendo a nuestro alrededor, en todas partes salvo en el metro cuadrado que ocupamos. Aquí, la vida se ha detenido, y entre nosotros hay una especie de lazo: el vínculo de los supervivientes, quizás. O puede que solo sea el vínculo de los afligidos. Pero, en todo caso, lo siento. Y me reconforta.

Al mirar a Hugh, noto que, detrás de los cristales de las gafas, tiene unos ojos castaños que parecen cálidos y amables. No me odia, como yo pensaba, como quizá tenga derecho a odiarme. Me ve. Ve por qué he hecho lo que he hecho, y lo comprende.

—Pensaba que, si te daba la carta antes de que muriera tu madre, sería una heroína, al menos en vuestra historia, aunque no en la mía. Tenía la idea de que al menos podía salvar *algo*, salvarte a ti, salvar a Grace. Reparar algo terrible. Pero era una idea absurda. Una estupidez. No debería haberte dado la carta. No debería haberla escrito. Solo quería sentirme importante de algún modo, para alguien. Sentir que importaba. Ha sido un acto egoísta, y lo siento muchísimo.

Hugh suspira, sacude la cabeza.

—¿Habría sido mejor que no me la dieras?

—Bueno, tú has seguido con tu vida. Ya habías pasado tu duelo, y ahora te he obligado a afrontar un sufrimiento del que me imagino que tardaste años en recuperarte. Así que sí, creo que habría sido mejor.

Miro al otro lado de la calle, al Marie Francis. A esta hora de la noche está a oscuras, parece cerrado, pero eso es porque desde el otro lado de la tapia no se ve el piso de abajo.

—¿Llegas tarde a trabajar? —me pregunta Hugh.

—Hoy no trabajo. Solo iba a decirle a Grace lo que he hecho.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Me acuerdo de mi teléfono apagado y confío en que no sea demasiado tarde, en que no nos hayan arrebatado esa decisión.

—No estoy segura —digo—. Puedo averiguarlo, si me das un momento.

Asiente con una inclinación de cabeza.

—Necesito saber si tengo tiempo para pensar, o si no hay nada que pensar.

Mandy, la enfermera que está de guardia cuando no trabajo, se lleva una sorpresa al verme.

—¿Qué haces aquí? —pregunta—. Seguro que tienes algo mejor que hacer con ese marido tuyo tan fortachón.

—Quería saber cómo está Grace. He estado pensando en ella. ¿Cómo está?

Mandy echa un vistazo a sus notas.

—Estable, cómoda. Keris está con ella ahora. Está tranquila. ¿Por qué?

—¿Por qué qué? —Me apoyo en el mostrador, preguntándome si Hugh se alegrará al saberlo.

—¿Por qué has venido hasta aquí para preguntar por Grace? ¿Por qué no has llamado por teléfono?

—Ya sabes, a veces un paciente te llega al alma —contesto.

Está claro que Mandy no me cree, y ella sabe que lo sé, pero no insiste.

—Bueno, pues por ahora está estable, no tiene dolores.

—¿Cuánto tiempo crees que le queda? —le pregunto.

—Nunca contestamos a esa pregunta, ya lo sabes —dice, sorprendida—.

Stella, ¿se puede saber qué te pasa?

Miro la puerta cerrada de Grace. La luz tenue que sale de ella parece tan reconfortante, tan apacible... ¿Voy a traerle una borrasca? ¿Voy a introducir el frío de la ira y el arrepentimiento en lo que debería ser una serena agonía?

—Grace me pidió que le hiciera un favor y... No sé si va a darme tiempo a hacerlo. Eso es todo. Me distraje y se me olvidó, y espero no llegar demasiado

tarde. No podía pegar ojo. Ya sabes cómo son estas cosas.

Mandy me mira con visible escepticismo.

—Lo único que puedo decirte es que está cómoda. Puede tardar un día o dos, o podría ser en cuestión de horas. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Vale, gracias. —Pruebo a esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué pasa? —Estira el brazo sobre el mostrador y me coge la mano; tiene los dedos cálidos y fuertes—. ¡Estás helada! Por lo menos tómate una taza de té ya que estás aquí, y habla conmigo. Se te nota en la cara que necesitas hablar con alguien.

Le aprieto la mano y se la suelto.

—Gracias —digo—. Pero estoy bien, en serio. No puedo quedarme a tomar un té. Vincent me está esperando.

—Vale. —Acepta mi explicación, pero veo que está preocupada—. Stella..., pareces..., dímelo, ¿estás bien?

Me quedo pensando un momento. Mi vida frágil, construida con palitos de cerilla, se ha desmoronado a mi alrededor. Y aun así estoy bien. En cierto modo me siento libre. En algún momento, en las últimas veinticuatro horas, he tocado fondo. Estoy aquí, he llegado, y puedo sobrevivir. Ahora lo único que tengo que hacer es encontrar la manera de volver a salir a flote y el valor necesario para respirar otra vez.

—Todo se va a arreglar, de una manera o de otra —le digo a Mandy, y vuelvo a salir a la noche.

Querida Deborah:

Espero que al recibir la presente te encuentres mejor que yo. Debo reconocer que me he preguntado cómo te tomarás la noticia de mi fallecimiento: si te costará disimular la alegría o si reaccionarás de manera un poco más sobria. Espero que no te pongas loca de contento al saber que me he muerto. Y que recuerdes como felices algunos de los veinte años que estuvimos casados.

Deborah, quiero disculparme por cómo te traté, por cómo fue nuestro divorcio. Creía que había dejado de quererte y que me había enamorado de otra mujer. Pero la verdad es que no fue el amor, ni siquiera el deseo, lo que me empujó a poner fin a lo que hasta entonces había sido un matrimonio muy satisfactorio. Fue el miedo. De pronto me sentí viejo y me asusté. Creo que pensé que tener una nueva esposa, una mujer veinte años más joven que yo, me haría en cierto modo inmortal.

La verdad es, Deborah, que seguramente ha sido ella la que me ha llevado hasta el borde mismo de esta tumba en la que me hallaré muy pronto. Tardé más o menos un año en despertar y recuperar la sensatez, y quizá te alegre saber que estos últimos ocho años han estado cargados de remordimientos. ¡Cuánto te he echado de menos! Tu tranquila pasión por la vida, tu elegancia, tu olor. La línea suave de tu mejilla, el modo en que te caía el pelo sobre la nuca. Tu familiaridad, tu calma.

Dirás, claro, que solo soy un viejo idiota que siempre quiere lo contrario de lo que tiene, y tienes razón, imagino. Tú te volviste a casar, por supuesto. Siempre supe que Kevin estaba colado por ti. Espero de verdad que seáis felices.

En el acuerdo de divorcio me tocó la casita de Devon que sé que te encantaba, y ahora quiero devolvértela en mi testamento, con la esperanza de que a veces te acuerdes de nuestro primer verano allí, cuando nos pasábamos el día haciendo el amor y riendo.

Tu primer marido,

George

HOPE

—Bueno, vamos...

Ben coge la llave que le da el recepcionista y nos dirigimos a un pequeño ascensor que no parece muy de fiar.

Cuando se abre parece un ataúd estrecho, puesto en vertical y forrado de espejos. Apenas hay sitio para una persona. Asustada, busco a mi alrededor unas escaleras sólidas por las que subir tranquilamente pero, si las hay, no están por aquí. Tampoco hay salida de emergencia, lo cual es un buen resumen de mi vida en general.

—Tú primero —dice Ben.

A falta de una vía de escape, no veo más opción que entrar en la cajita, y Ben entra detrás de mí.

Enseguida nos vemos atrapados en una cercanía incómoda, y yo cobro conciencia de cada palmo del cuerpo de Ben, que en teoría conozco tan bien. Tiene el pelo negrísimo gracias a un tinte semipermanente que él no sabe que yo sé que se aplica. Aunque es muy evidente por las manchas azuladas que tiene a veces detrás de las orejas. La cicatriz que tiene en la nuca, de cuando se cayó haciendo el caballito en su bici Chopper cuando teníamos nueve años. Sus brazos casi desnudos. La curva de su antebrazo. Sus riñones. Nunca antes había pensado en..., en lo que tiene debajo de los pantalones. ¿Y cómo es posible que un ascensor tarde tanto en subir dos pisitos de nada? Ben me mira levantando una ceja como si intuyera que me estoy imaginando sus genitales, y yo cierro los ojos. ¿Estará pensando en mí desnuda? ¿Estoy pensando yo en mí misma desnuda? No sé cuándo fue la última vez que me depilé. ¿Esperará que esté ahí abajo tan rasuradita como una actriz porno, cuando en realidad tengo todo mi

pelo, al natural? A lo mejor podemos tener la luz apagada.

Siento un alivio palpable cuando por fin se abre la puerta y salimos a trompicones.

El pasillo largo y estrecho describe al final un extraño recodo siguiendo los recovecos caprichosos de las habitaciones.

—Habitación treinta y dos —dice Ben, dándose un golpecito en la barbilla con la tarjeta llave mientras seguimos el rastro de los números por el pasillo.

Por fin estamos delante de una puerta pintada de blanco con nuestro número. Ben pasa varias veces la tarjeta por la ranura, hasta que por fin la lucecita roja se pone en verde y se abre la cerradura. Empuja la puerta y se retira para dejarme pasar. Yo espero todo el rato que se ría y cambie de idea, que me señale y suelte una carcajada y diga «¡Te lo has creído, ja!» o algo parecido. Pero no. Está muy callado. Y yo también. Esto, más que una cita amorosa, parece el último trayecto de un condenado a la silla eléctrica.

La habitación no es muy bonita, *que se diga*. Puede que lo fuera hace unos quince años pero, si entornas los párpados y no te fijas en las cortinas raídas, las manchas de café de la alfombra, la sombra de una quemadura de plancha en la moqueta junto al cuarto de baño o las mosquiteras grisáceas, entonces no está mal del todo. Es mejor que una habitación de hospital, desde luego. Por lo menos está limpia y con las lamparitas de la cama encendidas es bastante acogedora. No es un lugar horrible para hacer el amor.

El problema es que, ahora que estamos aquí, no sé qué hacer. Miro a Ben, desconcertada.

—Bueno, tú eres el que ha tenido seis amantes —le digo—. Empiezas tú.

—No han sido seis amantes a la vez —contesta—. Joder, no sé. ¿Te apetece una copa?

—¿Has traído algo?

Pone cara de pasmo y luego señala con la cabeza el hervidor de agua que hay en el rincón.

—¿Una taza de té?

No puedo evitar taparme la boca con la mano, y él sonrío. Da un paso hacia mí.

—Deberíamos besarnos —dice—. La última vez que te besé, no estaba en mi mejor momento. Pero ahora estoy sobrio y libre de gérmenes.

—¿Tienes un certificado que lo demuestre? —le pregunto.

Esta vez su sonrisa es tímida, nerviosa. Una sonrisa agradable. Me gusta que no se esté tomando todo esto a broma. Si lo hiciera, estoy segura de que me acobardaría mucho antes.

—Respecto a esas seis chicas —dice—, en realidad eran solo tres. Y una de ellas no estoy seguro de que cuente.

Da otro paso hacia mí y me pone las manos con cuidado en las caderas. Yo miro resueltamente hacia abajo.

—Me va a costar enrollarme con tu coronilla —dice.

—Es que estaba pensando en otras cosas, ¿sabes? En cosas prácticas como..., como condenas. Digo condones.

—Ese tema está cubierto —dice—. Bueno, todavía no lo está, pero lo estará pronto.

Es un chiste malísimo, pero a los dos se nos escapa la risa.

—Creo que es mejor que nos dejemos de hablar y probemos a besarnos otra vez —dice Ben.

Yo respiro hondo, levanto la vista y veo su cara justo delante de mí. Esa cara tan querida que conozco desde siempre, esa boca tan dulce. Nos acercamos lentamente y nuestros labios se rozan, titubeantes. Es una sensación muy rara. Cierro los ojos y me concentro en el leve palpito de la sangre bajo su piel. Su lengua prueba mi boca y entonces me acuerdo del beso anterior, cuando me resistí y todo fue un barullo de dientes, saliva y encías. Esta vez, dejo que él me guíe. Dejo que explore mi boca y luego exploro la suya. Es casi como escribir una canción, un ejercicio de equilibrio, un descubrimiento mutuo, sondeándonos el uno al otro en busca de la armonía. Al poco rato, mucho antes de lo que temía, empieza a gustarme este beso. Si mantengo los ojos cerrados y

no pienso demasiado en quién estoy besando, es una delicia. Le rodeo el cuello con los brazos y le atraigo hacia mí, y me gusta sentir la resistencia de su cuerpo firme pegado a mí, más blando. Entonces Ben gime, supongo que de deseo. Gime y, como es Ben, me entra el miedo y le suelto.

—¿Qué pasa? —pregunta al tomar aliento—. Yo creía que iba bastante bien.

—No pasa nada, nada —contesto—. Solo que has hecho ese ruido y... ya sabes. Me ha parecido que te estaba gustando.

—Y me estaba gustando. ¿A ti no? —me pregunta—. Porque imagino que no hay ninguna regla que diga que no puede gustarnos, ¿no?

—Sí, quiero decir no —respondo—. Me estaba gustando. Pero... Mira, yo no he estado ni con tres chicas..., digo, chicos. Así que dame un poco de margen. A ver si podemos... tomárnoslo con más calma. O por lo menos no hacer ruiditos.

Ben sonrío y yo agarro un cojín y se lo tiro.

—Bueno, ¿y ahora qué? —me pregunta.

Y me mira como no me había mirado nunca antes. El ambiente ha cambiado; ahora está cargado de algo que yo no me esperaba en absoluto: de emoción, de expectación, de deseo, incluso. Me doy cuenta de que a los dos nos apetece lo que va a pasar a continuación, y esa revelación es al mismo tiempo emocionante y aterradora. Necesito vivir este momento, y tengo que ser valiente. Me ha gustado que me deseara, hace un minuto. Me ha gustado que gimiera de deseo mientras le besaba. Ha hecho que me sintiera osada. Agarro el bajo de mi camisa y me la saco por la cabeza, dejando al descubierto mi camiseta de tirantes negra, que muestra claramente que no llevo sujetador.

—Joder —dice Ben mirándome los pechos—. Qué bien te sienta esa camiseta.

—Te toca a ti —digo y, metiéndome en el papel de mujer fatal, tiro la camisa hacia atrás, por encima de mi hombro.

Ben duda un momento, y mi aplomo se tambalea un poco.

—Venga, es lo justo.

Sigue sin apartar las manos de los costados y yo me digo «total, ya que estás

metida en esto hasta las cachas...», y me acerco a él contoneándome coquetona y empiezo a desabrocharle la camisa, pero se me enredan los dedos con los dichosos botoncitos.

—Sería más fácil si tuviera corchetes —mascullo—. ¿No tenías nada con velcro?

Me sujeta las manos y por fin se quita la camisa sacándosela por la cabeza.

—Con eso me vale —digo. O más bien chilló con voz estrangulada.

Se me hace raro verle así, ver las curvas de sus músculos, la superficie plana de su tripa.

—Relájate —dice—. ¿Quieres que volvamos a besarnos, sin más? No tenemos prisa. Y estás tan guapa que quiero besarte por todas partes.

—¿Estás seguro de que no es porque te repugna mirarme con la camiseta quitada?

—Seguro que no —contesta meneando la cabeza.

Alarga la mano, indeciso. Roza mis pechos con las yemas de los dedos, deslizándolas hacia abajo, y yo contengo la respiración, sorprendida por la oleada de deseo que me atraviesa. Ben me agarra con más fuerza y me oigo suspirar cuando besa mi cuello. No sé cómo pasa, solo sé que nos aferramos el uno al otro y empezamos a besarnos de nuevo. Solo que esta vez es distinto: no es un beso tentativo ni vacilante, sino ávido y apasionado. Caemos sobre la cama y yo dejo de preocuparme por si no me encuentra atractiva: sé que me desea. Noto su erección pegada a mi cadera y mi muslo. Me besa el cuello. Me sube la camiseta y deja mis pechos al aire para sus ojos, para su boca. Y yo cierro los ojos y me digo que no me importaría morirme ahora mismo, porque esto es lo más bonito que he sentido nunca. Bueno, no me importaría si no fuera porque ahora deseo más que nunca saber qué se siente teniéndole dentro de mí. No quiero esperar ni un segundo más. Quiero sentir su piel pegada a la mía enseguida. Pero, justo cuando noto cómo se inflama mi deseo, Ben se interrumpe de repente y se retira.

Yo también me interrumpo.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? —le pregunto—. ¿Le he puesto... demasiado entusiasmo?

—No, nada. No pasa nada —contesta sonriéndome con ternura—. Es que me he..., ya sabes, me he excitado demasiado. Igual que tú.

—¿Que te has excitado demasiado? ¿Qué quieres decir? ¿Que está a punto de... descorcharse tu botella? ¿Es eso?

—¿De verdad me estás preguntando eso? —dice apartándose de mí.

—Eh... Bueno, supongo que sí —contesto—. Perdona, es que estoy nerviosa. Y, además, es lo que hacemos siempre, ¿no? Cachondearnos el uno del otro. Es lo que hacen los amigos.

Se queda mirándome unos segundos, y me doy cuenta de que se le están quitando las ganas a pasos agigantados.

—Esto es un error —dice—. No es culpa tuya, la culpa la tengo yo. No sé en qué estaba pensando.

Coge mi camiseta de tirantes y me la da, apartando la mirada de mi desnudez, y yo me la pongo rápidamente.

—Ben, perdona. No quería burlarme de tu potencia sexual. Por favor, Ben, no te enfades conmigo. Ya sabes lo inepta que soy.

—No pasa nada —dice, aunque salta a la vista que sí pasa—. Entonces..., ¿volvemos a lo de antes? ¿A como eran las cosas antes de esta noche?

—Ben... —Me siento en la cama mientras empieza a recoger sus cosas—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, y es mejor así. No pasa nada —responde, pero tiene los hombros tensos y la mandíbula apretada.

Esto no va nada bien.

—Dímelo —insisto.

—Joder, Hope. Si no lo sabes, no vas a saberlo nunca —replica, enfadado—. ¡Y vete a la mierda, encima me haces hablar como una mujer!

—¿Qué? ¿Cómo? —Me quedo mirándole pasmada y él se da la vuelta y me mira fijamente.

—Estás tan metida en tu propia tragedia... —dice—. ¿Y quién te lo puede reprochar? Cualquiera lo estaría. Cualquiera estaría enfadado y dolido y asustado si tuviera que convivir con lo que convives tú. Así que... no pasa nada. No hay de qué preocuparse. No debería haber dejado que las cosas llegaran a este punto. Soy un idiota por...

—Te he cabreado de verdad y ni siquiera sé por qué —digo.

Aprieta los labios mientras me mira y me asusta ver lágrimas en sus ojos. Noto que se está esforzando por no pestañear, por miedo a que se le salten.

—Estoy enamorado de ti, idiota —dice—. Te quiero, Hope. No sé cuándo dejó de ser un amor platónico y se convirtió en una pasión insoportable y abrasadora, pero así es. Estoy enamorado de ti. A eso me refería cuando he dicho que me estaba excitando demasiado. Me daba miedo soltártelo. Llevo años esperando como una colegiala a que te des cuenta de que estoy colado por ti, y nunca te das cuenta.

—Espera... ¿Qué? —le pregunto, y por un momento es casi como si estuviéramos hablando en idiomas distintos.

—Pensaba que algún día te fijarías en mí, que de pronto te darías cuenta de que ese chico que siempre anda rondando a tu alrededor es tu chico ideal, pero no ha sido así, nunca ha sido así. Y luego estuviste a punto de morirte, joder, y entonces... Ni siquiera entonces. No tuviste una epifanía, ni nada. Joder, ni siquiera se te ocurrió pensar que a lo mejor te besé porque te quiero, Hope. No, tenías que pensar en una explicación absurda y sórdida, muy de tu estilo, porque vives metida en tu psicodrama particular y no te fijas en que hay gente en este mundo que necesita que estés viva, ni te importa que la haya. Y encima ahora me haces hablar como una chica, soltar este discurso idiota. Lo próximo que harás será pedirme que nos disfrazemos como para ir a un baile de fin de curso. Pero no. Se acabó. No pienso seguir comportándome como un cachorrillo patético. Voy a pasar página.

—Ben. —Me levanto—. Ben, estás loco. Para. Tú no eres un cachorrillo patético. En todo caso lo soy yo.

—No, qué va —contesta—. ¿De verdad no has notado que te sigo a todas partes? No pasa nada. Entiendo que no sientas lo mismo por mí. A fin de cuentas, soy un chaval de barrio que todavía vive con su madre, que le ignora, por cierto, y trabajo en una tienda de telefonía. No soy un buen partido, que digamos, ya lo sé. Pero ¿sabes..., sabes una cosa? Al menos podrías intentar ser un poco más generosa, un poco más amable por que me haya enamorado de ti. Al menos podrías... darme las gracias.

—Pero...

Se marcha, sale de la habitación hecho una furia y la puerta choca con la esquina de la mesa.

—Gracias —le digo a la habitación vacía.

¿Qué demonios acaba de pasar? ¿Qué ha sido todo esto? ¿Una retorcida estratagema para no cumplir nuestro pacto? ¿Una broma? Pienso en todo lo que ha dicho y en cómo lo ha dicho, y me parece una broma. Ben no me quiere. ¿Verdad? No de ese modo. ¿No?

Porque..., ¿cómo va a quererme? ¿No?

Suena mi teléfono y veo su nombre y una foto suya en la pantalla. Contesto a la llamada.

—Lo siento mucho, de verdad —dice—. Vas a tener que volver andando.

—No me importa volver andando —contesto—. Es aquí al lado.

—¿Estás segura?

—Ben. —Me acerco a la ventana y veo su figura alta pasar bajo una farola, al otro lado de la calle—. Soy una imbécil y una egoísta, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía.

Nuestros ojos se encuentran. Aunque no puedo verle la cara, lo sé. Siento que estamos conectados. Y apoyo la mano en el cristal.

—De todos modos, soy un jodido perdedor —dice.

—No lo eres —contesto—. Eres la mejor persona que conozco.

—Pero si no tienes literalmente ningún amigo, aparte de mí.

Yo me echo a reír. No es del todo cierto, pero casi.

—Estoy esperando a que bajes, para acompañarte —añade.

—Ben, sobre lo que has dicho... No es que no...

—Para ya de hablar —dice—. Nos vemos dentro de cinco minutos.

VINCENT

—¿Vincent?

Abre la puerta en bata, y la saludo con un saludo militar. No lo tenía pensado, pero me sale así. Inclina un poco la cabeza para indicarme que no hace falta que me ponga firme.

—Maeve —digo—. Ha pasado mucho tiempo. Lo siento.

—¿Cómo estás? —pregunta al abrazarme.

No me parece correcto abrazarla, así que no lo hago, pero ella se inclina hacia mí un instante y apoya la cabeza en mi hombro.

—Cuánto me alegro de verte. No sé, abrazarte a ti es un poco como abrazar a Kip, en cierto modo.

Coge mi cara entre sus manos frías como si quisiera comprobar que existo de verdad.

—Siento no haber asistido al funeral.

—No seas tonto —contesta, y se retira para invitarme a entrar en su casa.

Dudando, cruzo el umbral. Me siento como un intruso.

—Estabas entre la vida y la muerte —dice—. ¿Cómo ibas a asistir? Pero me alegro mucho de que salieras adelante, por ti y por Stella. Y también por Kip. Estaría contentísimo si lo supiera. ¿Te apetece un café o un té? O una cerveza, a lo mejor. No suelo tenerla en casa últimamente, pero vi que una de las marcas preferidas de Kip estaba de oferta y la compré. No me di cuenta hasta que llegué a casa y saqué la compra. —Me sonrío, pero es una sonrisa ribeteada de lágrimas—. Oye, a lo mejor él sabía que ibas a venir. A Kip le encantaba hacer de anfitrión.

—Mamá, ¿quién es?

Oigo una vocecilla procedente de arriba y un momento después entra corriendo en la cocina una niña pequeña, en pijama, con el pelo rubio rojizo y la barbilla igual que la de Kip.

—Casey, deberías estar en la cama, pillina. —Maeve la levanta en brazos y la sienta sobre su cadera—. Este es el tío Vinnie. Era el mejor amigo de papi.

Trago saliva.

—Maeve, Kip y yo nos hicimos una promesa. Prometimos que, si alguna vez pasaba lo peor, estaríamos ahí para... ya sabes, para los que quedaran. Dijimos que haríamos lo que no hacen nunca los peces gordos, contar cómo fue el final, cómo fue de verdad. Porque sabíamos que para las familias es horrible no saber qué ocurrió. Eso es lo peor de todo: no saber.

Maeve asiente con la cabeza pero no dice nada. Entre sus cejas aparece una grieta profunda que se extiende hacia abajo desde lo alto de la nariz y que la hace parecer mucho mayor de lo que es. No puede tener mucho más de treinta años.

—Vincent —dice amablemente, ofreciéndome una botella de cerveza abierta—. Sé que has cruzado Londres para decirme algo y sé que es importante que me lo digas, pero ¿puedes esperar un momento, por favor, hasta que acueste a esta pequeñina?

—Claro —digo, y sonrío a Casey.

—¿Quieres que esta noche te lea el cuento el tío Vinnie? —le pregunta a la niña, que ríe encantada y por un instante se parece aún más a su padre.

No sé si podré hacerlo sin emocionarme, pero tampoco sé decir que no, así que llevo a la niña arriba y ella me da un libro y luego otro y se mete en la cama.

—Entonces, ¿te lo leo en voz alta? —pregunto.

—Sí, tonto —dice Casey—. Y haz las vocecitas. Papá hacía todas las voces y mamá lo intenta, pero no se le da tan bien como a papá. ¿A ti se te da bien?

—Voy a intentarlo —contesto.

Me siento al borde de la cama y abro el libro y le leo una historia sobre osos. Pasada una página, me da un codazo en las costillas y yo intento poner voz de

oso y ella se ríe. Así que lo hago otra vez, y otra, poniendo una voz distinta para cada oso, una grave, otra aguda y una chillona, que es la que le gusta más. Y se ríe y se ríe, y yo me descubro sonriéndole y haciendo el indio solamente para que vuelva a reírse.

—¡Otra vez! —me pide en cuanto llegamos al final, así que leemos el cuento otra vez, y luego otra, hasta que nos partimos los dos de risa y ella se pone a brincar sobre el colchón como si fuera una cama elástica.

Maeve está en la puerta con los brazos cruzados, fingiéndose enfadada.

—Bueno, ya veo que al tío Vinnie se le da de perlas calmarte —me regaña guiñándome el ojo—. Venga, ratón, es hora de dormir. Te quiero. Que duermas bien. Hasta mañana.

Apaga casi todas las luces menos la lamparita nocturna que brilla en el rincón, junto a la foto del papá de Casey con uniforme de gala.

—Un beso, tío Vinnie —dice Casey en un intento desesperado de mantenerse despierta un rato más.

Me inclino y la beso en la coronilla. Se da la vuelta y se queda dormida al instante.

—Increíble, ¿verdad? —susurra Maeve a mi lado—. Ojalá yo pudiera apagar así mi cabeza.

Abajo, me siento con la espalda muy erguida en el sofá de Kip, en el cuarto de estar de Kip, bebiendo una cerveza que debería ser suya.

—Más vale que me digas de una vez lo que sea —dice Maeve, un poco nerviosa—. Se nota que te está haciendo polvo callártelo.

—Te he escrito una carta —le digo—. Te he escrito montones de cartas, pero nunca conseguía acabarlas. Esta vez creo que por fin lo he hecho como es debido. He tardado mucho tiempo en reunir el valor necesario para decir lo que tenía que decirte y luego, cuando por fin tuve la carta acabada, me pareció mal echarla al correo. Por eso te la he traído.

Le doy la carta esperando que la coja y la lea, pero niega con la cabeza.

—Léemela tú, Vincent —dice en voz baja—. Has hecho un camino muy largo

para decirme lo que contiene.

Tiene una expresión tensa cuando me levanto y me mira. No sé por qué, pero siento que debo estar en pie, para rendir homenaje a Kip, para mostrarle mi respeto.

Saco el rectángulo de papel doblado del bolsillo de mis vaqueros y dejo la botella de cerveza. Veo la cara de preocupación de Maeve, veo lo mucho que ha sufrido este último año y medio, y cuánta tristeza y cuánto dolor tiene que asimilar aún, pero sé que debo decirle la verdad. Miro la carta: el temblor de mi mano es patente. Empiezo a leer.

Querida Maeve:

Quería escribirte para decirte lo buen hombre y lo buen soldado que era Kip Butler. Era mi compañero, mi hermano, tanto en el ejército como en la vida. Podía ser el hombre más bobo que he conocido: terco como una mula, y un llorón cuando se tomaba una copa de más. Pero también era muy bueno: siempre sabía cuándo estabas teniendo un mal día, y siempre sabía cómo animarte. Me acuerdo de que rescató a una perrita abandonada que estaba muerta de hambre en la cuneta y se la trajo al campamento. Le dio de comer, la adiestró. Era toda una heroína, siempre nos hacía reír. Pero Kip no solo era un tipo decente, también era un soldado de los mejores que pueda haber.

El día que nos atacaron. . .

Dudo un momento y respiro.

Lo hizo todo bien, igual que el resto de la patrulla. Fue una emboscada y no tuvimos tiempo de reaccionar. Solo que... hubo un instante, un segundo nada más, al que no paro de darle vueltas. Creo que en ese instante podría haber agarrado a Kip. Podría haber intentado apartarle.

Pero no lo hice. Perdí los nervios y me lancé hacia el otro lado cuando nos dio el misil. Kip murió en el acto; ni siquiera se enteró. No sufrió ni un segundo de miedo, ni de dolor. Y después el equipo de evacuación se ocupó de él enseguida. No se quedó solo ni un segundo, hasta que estuvimos todos a salvo. Algunos días, cuando me despierto, desearía haber muerto con él, o en su lugar, porque creo que él tenía muchas cosas por las que vivir y muchas personas a las que quería y que le querían. Yo solo tenía a una persona que me amaba de verdad, y lo único que quería era volver a su lado. Ahora ni siquiera me merezco su cariño, porque quererla hace que me sienta culpable. Durante meses y meses, he sido consciente de que tenía que decirte que cabía la posibilidad, aunque fuera pequeña, de que pudiera haberle salvado, y que me dio miedo aprovecharla. Y quiero decirte a la cara cuánto siento haberos fallado, a él y a ti. Y también a mí mismo.

Trago saliva, dejo de leer y miro a Maeve. Al principio no dice nada, solo esconde la cara entre las manos. Le tiemblan los hombros. Quizá debería acercarme a ella, pero no sé cómo. Me quedo aquí de pie, con la carta en la mano. Impotente, desvalido.

Por fin respira hondo, sube y baja los hombros, se destapa la cara y me mira. Tiene una expresión amable, bondadosa.

Noto la picazón de las lágrimas en los ojos, pero no voy a dejarlas salir.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido, Vinnie. De que me lo hayas contado. Es... un alivio. Saber por ti que no sufrió. Significa mucho para mí.

Me encojo de hombros. No puedo hablar. Se me atascan las palabras en la boca. Ella se levanta y da un paso hacia mí.

—No sabes si podrías haberle salvado —dice suavemente—. Nunca lo sabremos. Pero si hubiera sido Kip quien hubiera tenido ese segundo, yo habría querido que se salvara, por mí. Habría esperado que hiciera todo lo posible por

volver a casa, con Casey y conmigo, y rezado por ello. Vincent, en un solo segundo no puede cambiarse lo que es inevitable. Y tú hiciste lo correcto. Tomaste la decisión acertada. La decisión que yo habría querido que tomara Kip. Él sabía lo que hacía. Sabíamos que era posible que pasara esto. Hablamos de ello. Y me dijo que, si yo se lo pedía, dejaría el ejército porque para él lo más importante éramos Casey y yo, más que cualquier otra cosa en el mundo. Pero no le pedí que lo dejara, Vincent. Murió haciendo el trabajo que amaba, protegiendo los derechos y la libertad de un pueblo al que llegó a querer y respetar. Y si él hubiera tenido ese segundo, sé que nos habría elegido a mí y a Casey. Lo sé, porque me lo prometió antes de marcharse.

Pasado un momento, se acerca y me abraza.

—Significa muchísimo para mí saber que fue rápido y que no sufrí —me dice, apretándome muy, muy fuerte.

Un instante después, yo también la abrazo. Y de pronto siento que otra vez puedo respirar, después de muchos meses conteniendo la respiración.

Querido Simon:

Espero que esta carta llegue a tiempo y que no estés esperándome, preguntándote dónde me he metido. Parece una ridiculez que nunca nos hayamos dado el número de teléfono o la dirección. Pero no era así como funcionaba, ¿verdad? Un solo encuentro, una vez al año. Una sola noche juntos, alejados de nuestras vidas, sin que nadie en el mundo lo supiera, salvo nosotros dos. Solo que esta vez, cuando llegues a la cafetería de la estación de Penzance el 6 de diciembre, no estaré allí. Confiaba en poder estar, rezaba por poder ir. Quería tener la oportunidad de despedirme.

La nuestra no ha sido una aventura tórrida, ¿verdad? Casi ni ha sido una aventura, sino más bien un amor profundo y duradero que ha durado treinta años. Treinta noches, una al año. Dos habitaciones individuales contiguas en aquel hotelito tan agradable. Un paseo por la playa, una cena en la que quizá nos dábamos la mano y luego, al día siguiente, después de un grato desayuno, me acompañabas a la estación y me dabas un beso en la mejilla. Y decías «Adiós. Volveremos a vernos, cariño mío».

La última vez que lo dijiste ignoraba que sería la última.

Quiero a mi marido, a mis hijos y a mi familia; me encanta mi vida. Los quiero a todos, pero esos treinta paseos por la playa, esas cenas en el paseo marítimo, esas noches con solo un tabique entre nosotros... Esos treinta besos de adiós en la mejilla han sido de los momentos más felices de mi vida. Y te doy las gracias por ello.

Adiós, Simon. Volveremos a vernos, cariño mío.

Frances

STELLA

El camino a pie entre la cafetería y Euston no es muy largo, pero tardamos en recorrerlo algo más de la cuenta porque Hugh se empeña en dar rodeos, asegurando que son atajos.

—Llevo toda mi vida viviendo aquí —dice mientras bajamos por las calles bordeadas de casas, pasando ante altos bloques de pisos rebosantes de vida y de dramas, de penas y amores contenidos, al menos por esta noche, tras minúsculos rectángulos de luz.

—¿Por eso eres capaz de desafiar esa norma física elemental que consiste en caminar en línea recta para llegar antes a un sitio? —pregunto.

Se ríe, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Mi padre era ingeniero. Siempre calculaba la ruta para ir a cualquier parte, hasta el último milímetro. Yo le veía hacerlo. Te aseguro que vamos a llegar a nuestro destino siguiendo la ruta más rápida posible.

—¿Y cuál es nuestro destino, exactamente? —le pregunto—. Ya sé que has dicho que querías enseñarme dónde trabajas, pero ¿a qué te dedicas? ¿No será algo macabro, como carnicero o asesino en serie?

Se me hace un poco irreal que este perfecto desconocido y yo nos hayamos embarcado en esta excursión. Es raro, pero también natural, curiosamente. Como si el hecho de que nuestros caminos se hayan cruzado en este momento de nuestras vidas obedeciera a un motivo concreto, aunque ese motivo sea nada más que caminar y charlar sin pensar en cómo se van desmoronando, trozo a trozo, nuestras respectivas vidas. Él está perdido. Y yo también. Y ambos queremos encontrar la forma de regresar a lo que conocemos.

Hugh me lleva más allá de los olores y el bullicio de Euston Station, hasta la

elegancia apacible de Bloomsbury, y el gentío que puebla las calles se va adelgazando a medida que el tiempo avanza despacio hacia la medianoche.

Cuando me ha preguntado en la cafetería qué iba a hacer ahora, le he dicho que nada.

Yo esperaba que me invitara al *pub*, a tomar la última, o algo por el estilo. Tenía pensado rechazar la invitación, pero quería saber qué era.

—¿Quieres ver dónde trabajo? —ha dicho.

—¿Dónde trabajas? —he repetido yo—. Bueno, es que es tardísimo...

—Está muy cerca, casi en esta misma calle. En Bloomsbury. En un museo.

—¿El Museo Británico?

—No, ese no. —Ha sonreído como si estuviera acostumbrado a que todo el mundo pensara lo mismo—. Es el Museo Liston James. Cuando empecé a trabajar allí, hacía poco que había muerto mi padre. Fue muy duro para mí, perderle. Era mi asidero. Me pasaba las horas muertas en las salas del museo cuando estaba todo tranquilo, a oscuras y no había nadie, mirando los vestigios de las vidas de otra gente y pensando. Así resolví muchos de mis problemas. Tú tienes problemas, yo tengo problemas. Así que vamos allí a resolverlos.

—Pero si acabamos de conocernos —contesté.

Él se encogió de hombros.

—Mejor. Así tendremos una perspectiva distinta.

Y así es como empezamos este paseo: dos desconocidos en una ciudad llena de desconocidos, buscando un modo de encontrarse.

Hace cada vez más frío. Caminamos a buen paso, en medio de un silencio agradable, siguiendo la ruta del padre de Hugh, con la cabeza gacha y la barbilla hundida en el abrigo para impedir que el frío nos lastime las mejillas.

No aminoramos el paso hasta que nos topamos de frente con el Museo Británico, inundado de luz, imponente, magnífico. Mientras lo miro montando guardia sobre la ciudad, me doy cuenta de lo reducida que ha sido mi vida últimamente. El pequeño y oscuro triángulo que habito: la casa, Vincent y el trabajo, tres puntos entre los que me desplazo corriendo, uno detrás de otro.

Con razón estoy tan cansada.

—Mi museo no es tan grande como ese —comenta Hugh casi en tono de disculpa mientras cruzamos la calle.

Le sigo por Willoughby Street, una calle estrecha en la que nunca me había fijado. Casi al final de la calle, oculto tras un restaurante japonés, hay uno de esos rincones secretos con los que jamás te toparías por accidente, ni siquiera en una ciudad como Londres. Hugh me conduce a través de un pasadizo corto y tan estrecho que apenas cabe una persona, hasta una callejuela formada por cinco casas georgianas perfectas, dos a cada lado y una al fondo. La calle está iluminada con farolas de hierro forjado que proyectan sombras teatrales sobre el adoquinado.

—No tenía ni idea de que esto estaba aquí —digo bajando la voz hasta susurrar.

No sé por qué, pero me parece lo más indicado. Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. Las ventanas de todas las casas están cerradas y a oscuras. El ruido de la ciudad ha retrocedido hasta extinguirse y hasta el cielo parece más denso, como si este fuera un mundo aparte.

—No, la mayoría de la gente no lo sabe. No es precisamente una atracción turística. La casa Liston James es la del final. Las otras son de unos rusos muy ricos, de una actriz y de un político, creo. Casi nunca hay nadie. La verdad es que es escandaloso. A veces me dan ganas de forzar las contraventanas e invitar a entrar a todos esos hombres y mujeres que duermen en los portales del final de la avenida. Pero supongo que no me educaron para ser un revolucionario, así que lo único que hago es invitarles a pescado con patatas y a una taza de té los viernes por la noche.

Nos detenemos ante la puerta desmesuradamente grande, pintada de negro, de la fachada de la casa y Hugh se saca del bolsillo un manojo de llaves.

—Antes de que entremos, quería avisarte de que la colección es muy peculiar, y a mucha de gente de hoy en día le produce rechazo. Creo que a ti no, pero si por algún motivo no te gusta, solo tienes que decírmelo y nos vamos.

Dudo un momento. Dicho así, da un poco la impresión de que estoy a punto de bajar voluntariamente a un sótano habitado por un maníaco suelto, pero la verdad es que no siento ninguna inquietud: mi sexto sentido no se agita, ni se me eriza el vello de la nuca. De hecho, estar con Hugh resulta extrañamente tranquilizador. Como estar con un amigo o con mi hermano.

—Bueno, ya que estamos aquí —digo.

Abre la puerta y marca un código en un sistema de alarma. Cuando entro en un pasillo amplio y abovedado, construido en torno a una elegante y sinuosa escalera de mármol, las luces se encienden a mi alrededor, centelleando en las arañas de cristal. Me detengo un momento para convencerme de que este sitio existe de verdad y no es un sueño. Tiene todos los distintivos de una gran mansión londinense, todo lo que uno supone que contienen estas casonas cuando las ve desde fuera: escayola ornamentada, techos altos, sentido del espacio y la simetría. Pero al mismo tiempo no se parece a ninguna otra sala que yo haya visto antes. Las paredes de una enorme estancia están pintadas de un negro tan denso que absorbe la luz y cubiertas por completo de máscaras blancas, separadas entre sí por unos pocos centímetros. Es como hallarse de pronto en el escenario de un pequeño teatro, con todos los focos encendidos. Llevada por la curiosidad, me acerco a una pared para examinar las máscaras. Son caras, caras de todo tipo de personas: hombres, mujeres, niños, casi todos con los ojos cerrados, como si durmieran. Algunas, en cambio, tienen los ojos abiertos: blancos glóbulos inexpresivos que miran hacia ninguna parte.

Me vuelvo hacia Hugh, que también está contemplando las piezas expuestas en las paredes como si tratara de recordar qué se siente al verlas por primera vez.

—¿Es un comité de bienvenida? —pregunto, parándome ante la cara de un bebé regordete, colocada al nivel de mis ojos.

—Son máscaras mortuorias —me explica—. Moldes sacados de cadáveres. Liston las coleccionó hasta su muerte. Verás, perdió a toda su familia. A su mujer, a sus seis hijos. Murieron todos antes que él. Eso le dejó destrozado. Se

sentía abandonado. Nunca se recuperó. Y dedicó su vida a honrar a los muertos; se convirtió en su obsesión. A los que conocía y a los que no conocía. Cuando murió, la colección pasó a un sobrino que continuó la tradición y que luego se la legó a su hijo.

»Los victorianos estaban obsesionados con tener algo de sus seres queridos que pudieran guardar como un tesoro cuando esas personas murieran. No es que no les diera miedo la muerte. Es que no les daba miedo reconocerlo.

No puedo apartar los ojos de la cara del bebé dormido: los labios gordezuelos, los párpados suavemente cerrados. Estoy acostumbrada a la muerte y, sin embargo, esta imagen me emociona de un modo que no consigo entender: es un dolor profundo y tangible, tan intenso que me quedo sin respiración un momento. Sufro por la muerte de un bebé que falleció hace casi cien años, y también por otra cosa: por la pérdida de algo que nunca he tenido.

Aparto la cara, cierro los ojos y espero a que esta súbita oleada de emoción remita.

—No te preocupes —dice Hugh en voz baja—. A mucha gente le pasa lo mismo.

—Es curioso —digo—. Mirando esa máscara, acabo de darme cuenta de lo mucho que me gustaría tener un bebé, un hijo con Vincent. De que siempre he creído que algún día formaríamos una familia y seríamos padres. Y ahora..., ahora tengo la impresión de que todo eso se me escapa.

Me mira pensativamente, con el rostro sereno e inmóvil.

—Puede que saber qué es lo que quieres, el futuro por el que has luchado, sea lo que necesitas para llevarlo a cabo. Es fácil reconocer la derrota y desentenderte de personas a las que quieres, o de sueños que tenías, porque son complicados. Para lo que hace falta valor es para luchar por ellos. Y eso es lo que importa: luchar por ellos.

—Pero no puedes obligar a una persona a que se quede contigo —contesto—. A veces hay que aceptar la derrota.

Sigo a Hugh a través de un salón flanqueado de retratos. Dejamos atrás un

piano cubierto de fotografías y penetramos en otra sala que se ilumina al entrar nosotros.

—Iluminación por sensores de movimientos —explica Hugh—. Ahorra electricidad, pero puede resultar un poco alarmante si estás investigando algo y de pronto se apagan todas las luces. Y sí, tienes razón: a veces hay que aceptar la derrota. A veces, pero no hasta haber luchado hasta el último aliento. Mi madre se dio por vencida muy pronto. Dejó de esforzarse. Dejó de intentar recuperarse, de intentar que mi padre la ayudara, de intentar quedarse con nosotros. De intentar ser madre. Sacó la bandera blanca cuando otra batalla podría haberlo cambiado todo. Incluso se está preparando para morir sin luchar un poco más. Y es duro perdonarle eso. Así que lo que quiero decir es que te asegures de que has luchado hasta tu último aliento por el hombre al que quieres, por los hijos que desees, por el futuro con el que soñabas.

Esta sala está rodeada de vitrinas de cristal llenas de joyas de todas clases: anillos, colgantes, relojes, pendientes.

—No solo los victorianos guardaban joyas en recuerdo de sus muertos —dice Hugh cuando me acerco a mirar una de las vitrinas—. Esta colección se remonta al siglo dieciséis, pero fueron los victorianos quienes comenzaron a incorporar reliquias a sus diseños. ¿Ves este reloj? —Se pone unos guantes de algodón blanco y saca de la vitrina un reloj de bolsillo de oro, de diseño muy sencillo—. La cuerda que va sujeta a la leontina está hecha con cabello trenzado de la esposa de su propietario. Murió dando a luz a su primer hijo. El bebé también murió. —Abre el reloj y, bajo el cristal del interior de la carcasa, se distingue un mechoncito de pelo rubio—. El pelo del bebé.

—Es muy emotivo —digo—. Entiendo perfectamente esa necesidad de tener un recuerdo en la mano. El miedo a que todo se desvanezca, si no.

La siguiente sala no tiene más ventanas que un altísimo techo de cristal abovedado. Me he desorientado, ya no sé en qué parte de la casa estoy, pero tengo la sensación de estar justo en el centro. Las paredes están cubiertas por completo de fotografías. Al fijarme en las imágenes (niños dormidos, grupos

familiares, jóvenes en pie junto a una silla), sofoco un gemido y me tapo la boca.

No hace falta que Hugh me diga que lo que estoy viendo son retratos de personas recién fallecidas, ataviadas con su ropa de domingo y fotografiadas junto a sus parientes vivos.

—A nosotros nos horroriza, pero para ellos era un milagro, un don del cielo —explica Hugh—. Por fin había una forma asequible de guardar un recuerdo físico de alguien a quien amabas y habías perdido. Era un prodigio, la última oportunidad de guardar una imagen para toda la eternidad. Estas fotografías eran un enorme consuelo para las masas, que no podían permitirse tener un retrato pintado o un busto de mármol labrado.

No sé por qué, pero a mí, que he lavado y vestido a tantos muertos, me resulta casi imposible mirar las fotografías. Paso los ojos sobre ellas y me alejo hacia la puerta del otro lado de la sala, y entonces me detengo y dudo un momento, preguntándome qué habrá al otro lado.

—Espera. —Hugh me abre la puerta—. Esta es más o menos toda la colección. Bueno, hay montones de documentos, libros y esas cosas, pero imagino que no querrás verlos. Me parece que, después de haber visto la exposición, te vendrá bien tomar una taza de té.

Me lleva abajo y las luces se van encendiendo sobre nuestras cabezas mientras bajamos a la planta del sótano, donde hay un laberinto de pequeñas habitaciones y pasillos estrechos.

La cocina es pequeña y moderna, más propia de una oficina que de una casa tradicional. Hay un bote de Nescafé de tamaño industrial, una caja con bolsitas de té y un cuenco con minúsculos recipientes de leche pasteurizada.

—¿Vas a ir a ver a Grace? —pregunto.

—No lo sé —contesta Hugh mientras saca dos tazas blancas de un armario.

En la pared hay una especie de depósito del que saca el agua caliente.

—Ya la he llorado. La he echado de menos. La he querido y la he odiado. Crecí definido por su ausencia. Cada decisión que he tomado desde entonces ha estado influida por su marcha. Por su decisión de abandonarnos. He llegado a

comprender el suicidio, la depresión y hasta lo que hizo, hasta cierto punto, o lo que yo creía que había hecho, y a aceptarlo. Ahora, en cambio... —Aparta su cara de mí—. No sé qué voy a hacer. Para mí, ya murió. Murió y la recuerdo, recuerdo a esa mamá que siempre se reía y cantaba, a la mamá que pasaba conmigo las mañanas de los sábados haciendo tostadas y dibujando. La recuerdo. Esa mujer a la que atiendes no sé quién es. ¿Y si no se parece en nada a mi madre? Y aunque se parezca, ¿qué bien va a hacernos a ninguno de los dos volver a pasar por eso? Ella no ha pedido volver a verme. No quiere. Solamente quería que supiera que me mintió hace muchos años. Y no sé por qué, pero me parece el golpe más cruel de todos.

—¿Quién sabe qué quiere Grace y qué no? Y, además, este lío es culpa mía. Yo lo empecé. Hui de lo que me estaba haciendo daño y te hice daño a ti sin pensarlo, aunque sabía lo que contenía esa carta. Así que no culpes a Grace, culpame a mí, y piensa lo que quieres hacer. ¿Qué puede ayudarte?

Hugh bebe un sorbo de té y por un momento siento intensamente nuestra presencia en esta salita brillantemente iluminada, en el sótano de esta casa recóndita y oscura. Solos, con todas las luces de arriba apagadas por la quietud, rodeados por toda esa densa masa que es Londres, cercándonos por los cuatro costados.

—Darwin les hizo la Pascua a los victorianos —comenta Hugh—. Tenían esa creencia, esa convicción firme de que al morir iban a un lugar mejor si llevaban una vida cristiana. Y entonces llegó Darwin con su gran idea, que dejaba a Dios en la cuneta, y sacudió los cimientos de la sociedad. No fue coincidencia que después de que se difundiera la teoría de la evolución florecieran la práctica del espiritismo, las sesiones espiritistas y el deseo de encontrar pruebas de que existía la vida de ultratumba.

Con una sonrisilla triste, Hugh se mete la mano en el bolsillo de la pechera y saca un papel doblado, raído y amarillento, cubierto con una letra infantil. Lo desdobla y lo pone sobre la encimera.

Me doy cuenta enseguida de que es la presunta carta de despedida de Grace,

su nota de suicidio. No me extraña que se la sepa de memoria: la guarda junto al corazón.

—Deseaba con toda mi alma que no fuera cierto, que no hubiera muerto —dice—. Me guardé la carta, la leía y la releía buscando pistas, cualquier cosa que demostrara que no era eso lo que quería decir, que no era de verdad una despedida. Tuve esa esperanza durante años. Convivía con la pena de mi padre y vi cómo lo iba matando, y lo único que tenía para recordarla era un garaje lleno de botellas de vodka vacías. Todavía están allí, ¿sabes? Y cuando me ofrecieron este empleo por mi trabajo como historiador me pareció que me venía como anillo al dedo. Era casi como si creyera que iba a encontrar su cara entre las máscaras del pasillo, o un mechón de su pelo en la leontina de un reloj. Pero, aunque no fuera así, seguía teniendo esto. Y ahora resulta que he estado guardando como un tesoro una reliquia falsa. Si te digo la verdad, no tengo ni idea de qué voy a hacer.

—Sí, claro que la tienes —le digo—. La tienes. Hay que librar esa última batalla, la definitiva. Hay que luchar hasta el último aliento por las personas a las que quieres, y por tus sueños, y por el futuro que deseas. Y también puedes luchar por tu pasado, porque todavía estás a tiempo de averiguar cuánto le importaba a ella, además de a ti. Eso es lo que vas a hacer. Luchar. Como luchamos todos. Hay que luchar por la gente a la que se quiere.

Querida Angelina:

Te han puesto ese nombre por mí, no por la actriz.

Soy tu bisabuela. Ahora tienes nueve días; y yo, noventa y tres años. Hoy te he cogido en brazos. Eres una cosita roja, furiosa, graciosísima, con esos ojazos negros. Me ha parecido que te parecías un poco a mí, no en los ojos, aunque puede que sí en esa barbillita tan obstinada.

Esta carta es para que la leas cuando tengas dieciocho años y va acompañada de un colgante de plata que a mí me regaló mi abuela, y a ella, la suya. Es una tradición. Sabe Dios cómo habrá cambiado el mundo dentro de dieciocho años, Angelina, pero si algo se aprende cuando has vivido tanto como yo es que los seres humanos no cambian. Así que aquí van mis consejos:

No te fíes de un hombre que no se cuide la barba.

Vota. Aunque sean todos unos inútiles sin remedio, escoge al menos malo de todos y vota. Mi madre luchó con uñas y dientes para que tú pudieras votar.

Maneja tu dinero, y que tu marido maneje el suyo.

Estudia mucho. Una buena educación vale un imperio.

Usa zapatos cómodos, menos cuando vayas a una boda o a una fiesta, y tu espalda te lo agradecerá.

Ser educada no cuesta nada. Y ser maleducada puede salirte muy caro.

Tu madre se acordará de mí. Es muy posible que te diga que era una bruja de mil demonios, pero lo dirá en broma, porque ella y yo nos hemos querido tanto como pueden quererse una abuelita chiflada y su nieta.

Buenas noches, dulce niña,

Angelina Elizabeth Stoke

HUGH

Parece ilógico volver a casa desde el museo en vez de ir a verla, pero aun así es lo que hago, porque es aquí, en esta casa, donde todo debe cobrar sentido. Antes me preguntaba por qué nunca se me aparecía, por qué no creía percibir su presencia de cuando en cuando. Ahora ya lo sé.

Me paro delante de la casa, de mi casa, y me quedo mirándola un buen rato mientras la lluvia cae en ráfagas implacables y humea alrededor de las farolas. El enlucido está viejo y desconchado; el jardincito delantero, descuidado y maltrecho. He vuelto a esta misma casa todos los días desde que mi madre la abandonó. Antes pensaba que seguramente moriría en ella, algún día. Ahora ya no estoy tan seguro. ¿Es acaso un hogar? ¿O es solo una versión menor del Museo Liston James: un mausoleo a todo cuanto he perdido?

En casa de Sarah se enciende una luz. En la habitación de Mikey.

Un momento después se abre la ventana y aparece *Jake*. Salta ágilmente del alféizar al porche y de allí, sin hacer ningún ruido, a la acera. Se para un momento a olfatear el aire y luego se adentra en la oscuridad con un leve contoneo, dejando atrás las dos cómodas identidades que se ha forjado (al menos, que yo conozca) y se pierde en medio de la noche. A mí, ni siquiera me mira.

Veo movimiento detrás de las mosquiteras del cuarto de Mikey y se apaga la luz. Y entonces veo la cara de Sarah un segundo, pequeña y blanca en la ventana, y ella me ve a mí. Debo de parecer uno de esos mirones que rondan las casas de otras personas, confiando en ver algo aunque sea de refilón. Y puede que sea eso lo que estoy haciendo. Hablar con Stella me ha hecho bien. Es una de esas personas a las que parece que comprendo enseguida y que me entienden

a mí. Pero nunca he tenido más necesidad de que me reconforten, y de pronto me doy cuenta de que, con esta vida que he construido cuidadosamente a base de conocidos y compañeros de trabajo, no tengo a nadie a quien pueda pedirle que me dé un abrazo.

Unos segundos después estoy abriendo la cancela cuando se abre la puerta de su casa y aparece ella con una camiseta blanca, las piernas al aire, sin maquillaje y con el largo cabello negro cayéndole suelto sobre los hombros, y no sé dónde mirar.

—¿Estás bien, Hugh? —Pronuncia mi nombre como si fuera una palabra extranjera, desconocida, pero a mí me encanta cómo suena en sus labios.

—Eh... Pues no, la verdad —confieso—. ¿Te acuerdas de mi madre, que yo creía que estaba muerta? Pues por lo visto los rumores sobre su muerte eran muy exagerados.

—¿No está muerta? —Da un paso adelante y pisa descalza el caminito frío y húmedo—. ¿Estás seguro? —Se queda pensando un momento—. ¿No estarás borracho?

—Estoy razonablemente seguro —contesto—. Y no estoy borracho. Aunque, ahora que lo pienso, no sé por qué no he bebido.

—Joder.

Dejo que me coja la mano —mis dedos entumecidos parecen helados, comparados con el calor de su palma— y que me lleve a su casa.

—Siéntate ahí.

Señala un sofá mullido y yo obedezco. Tirito un poco mientras el calor de la casa se difunde por mis venas, y el frío que aún conservo hace que me escuezan los dedos.

—Tengo ron por alguna parte. Mi ex lo bebía constantemente. Yo lo odio, pero nunca sabe una cuándo va a necesitar una copa de emergencia.

Regresa tras una rápida batida en la cocina y me pone en la mano una taza llena con un licor oscuro y de olor penetrante. Se sienta en un sillón, frente a mí, se inclina hacia delante bajándose la camiseta sobre las rodillas y entrelaza los

dedos. Sin maquillar parece más joven. Sus ojos desnudos son grandes y bellos.

—¿Sabes qué? —digo, sintiéndome de pronto como un intruso—. Creo que estoy molestando a estas horas de la noche, o del día, o lo que sea. Tú tienes que trabajar y Mikey tiene que ir al colegio...

—Mañana, digo hoy, es domingo. —De pronto pone cara de preocupación—. Y se te nota en la cara que necesitas hablar. Venga, Hugh. Cuéntamelo.

—Te dije que mi madre había muerto, y yo creía que era verdad. Lo he creído durante veinticinco años —le digo—. Lo que no te dije es que creía que se había suicidado. Pero no, ¿sabes?, no se suicidó. No llegó a hacerlo. Simplemente, huyó. Y ahora... En fin, vino a verme una enfermera de la residencia donde está ingresada a punto de morir y me entregó una carta en la que dice, más o menos: «Fui una mierda de madre, así que pensé en matarme, aunque al final no lo hice. Pero de todos modos te quiero, y fue lo mejor para todos. Ah, por cierto, como sé que te has pasado casi toda la vida intentando superar tu sentimiento de abandono, he pensado que este era el momento ideal para joderte otro cuarto de siglo. Con cariño, mamá».

Sarah no se mueve. Se queda ahí sentada, mordisquéandose la yema del pulgar.

—Pero en realidad no dice eso, ¿verdad? —Estira la mano con la palma hacia arriba y, pasado un momento, le doy la carta y la miro mientras la lee.

La miro mientras lee: las sombras de la base de su cuello, sus pies descalzos y limpios, vueltos el uno hacia el otro como si conversaran en voz baja.

—Qué mujer tan valiente —dice por fin al devolverme la carta.

Yo no la cojo.

—¿Valiente? —repito—. ¿Valiente? ¿Una mujer que huyó de todo hasta que alguien la rescató? ¿Que ha tenido veinticinco años para volver y afrontar lo que hizo, y ha decidido hacerlo ahora, cuando se está muriendo? —Noto que estoy levantando la voz y me refreno, tapándome la boca—. Lo siento, perdona. Es que todo esto me está sacando de quicio.

—No pasa nada —contesta. Me mira a los ojos y sonrío con simpatía—.

Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado, pero aun así es una mujer muy valiente.

—¿Valiente? —pregunto otra vez.

—Podría haber muerto y no te habrías enterado. Pero te ha escrito esta carta para ofrecerte el único regalo que podía hacerte como madre. Te ha dicho la verdad, porque sabe que la verdad puede curar, aun sabiendo que al principio hace daño. La verdad acaba por restañar las heridas. En cambio, una mentira siempre se enquistada. A mí eso me parece muy valiente.

Cierro los ojos y siento cómo empiezan a caer las lágrimas libremente, sin restricciones, y las dejo fluir hasta ahogarme en ellas. Noto que Sarah me quita la taza de las manos y la sustituye por sus dedos. Agacho la cabeza y cedo a la pena como nunca antes lo había hecho. Dejo que me desgarré, que me atravesé con cada sollozo, y un momento después noto que unos brazos me rodean el cuello, siento su pelo junto a mi mejilla mientras lloro, y sigo llorando hasta que en el cuartito de estar en penumbra únicamente se oye el silencio y el tictac del reloj.

—Dios mío. —Me aparto de ella—. Pensarás que tu vecino es un... No sé. Una pesadilla.

—No. —Sarah, que estaba de rodillas, se incorpora, se sienta a mi lado y me da la taza de nuevo. Esta vez me bebo el licor de un trago y noto cómo me abrasa la garganta y cae en mi estómago vacío con una sacudida que me da ganas de vomitar—. Yo también he pasado por muy malos rollos, ¿sabes? He llorado como una Magdalena más de una vez. No es fácil estar en este mundo. Recuperarte, venirme arriba una y otra vez solo para que algún capullo vuelva a hundirte. Pero qué remedio nos queda, ¿no? Si sigues levantándote, tarde o temprano habrá algo o alguien que te demuestre por qué merece la pena seguir intentándolo. A veces puede ser la persona que menos te esperabas.

Me mira con perplejidad, como si la desconcertara.

—Mira, Hugh, tu madre no está muerta. Pero muy pronto va a estarlo. ¿De verdad quieres pasar los próximos cuarenta o cincuenta años sabiendo que estabas tan asustado o tan cabreado que no te atreviste a ir a mirarla a los ojos?

—No —contesto—. No, no quiero vivir así. No pienso hacerlo. Luchar hasta el final, ese es mi lema. Me he dado cuenta esta noche.

—Bien. Entonces échate un minuto, apoya la cabeza. Cierra los ojos, duerme un poco. Cuando te despiertes lo verás todo más claro, te lo aseguro.

Se levanta y yo dejo que me ayude a inclinarme en los cojines. Y, con un poco de esfuerzo, me quita los zapatos y me pone los pies sobre el sofá. De pronto me siento muy cansado. Muy, muy cansado.

—No puedo dormir. Tengo que ir a verla —digo—. No sé cuánto tiempo le queda.

—No puedes irte así. Casi no te tienes en pie.

—Puedo irme a casa —digo, soñoliento—. Es aquí al lado.

—Me parece que ya has viajado suficiente por hoy. Aquí puedes descansar tranquilo.

Por lo menos eso me parece que dice. O puede que ya esté soñando.

Querida Irene:

Debajo de la tarima del comedor, en el rincón del fondo a la izquierda, junto a la ventana, hay una lata de galletas con 14.589 libras.

No se lo digas a nadie. Empezó siendo un dinerillo que iba ahorrando con los años: calderilla que ganaba en los caballos. No te lo dije porque sabía que no te gustaba que apostara, y me sentía mal por hacerlo a tus espaldas. Por eso tenía la norma de apostar solamente el dinero que ganaba jugando. Así no me sentía tan culpable.

La verdad es que en los últimos veinte años he perdido más de lo que he ganado, pero hace unos meses, después del diagnóstico, cuando todavía tenía la cabeza hecha un lío, pensé: «a la mierda». Quería sentirme vivo, sentir que mi corazón volvía a latir. Así que cogí lo que había en la lata de galletas, que eran casi dos mil libras, y me lo gasté todo en una apuesta múltiple. No me había sentido tan vivo en toda mi vida. Y acerté todas, todas, hasta la última.

Me alegra mucho poder dejarte algo. Así que, por favor, no te enfades mucho conmigo por lo de las apuestas.

Tu Ron

LA SÉPTIMA NOCHE

HOPE

—¿Por qué siempre se tarda tanto en salir de estos sitios? —pregunta mi madre en voz muy alta; tanto, que su voz llega hasta el otro lado del pasillo.

Ya me ha hecho la maleta: las cosas limpias, las ha doblado y enrollado cuidadosamente, y las cosas sucias también, solo que las ha guardado dentro de una bolsa reutilizable. Yo quiero a mi madre. La quiero, pero también quiero hacerme la colada.

—Creo que deberíamos alegrarnos de que vaya a volver a casa y ya está — responde mi padre mientras cierra la puerta con suavidad.

Mi madre le lanza una mirada fulminante. Siempre le mira así cuando ella se pone melodramática y él hace alarde de sensatez, porque le sienta fatal que le conteste así.

—Se están dando toda la prisa que pueden —le recuerdo—. Necesitan la habitación para otro paciente. Están muy solicitadas. ¿Sabías que solo obtienen el dieciocho por ciento de su financiación de la Seguridad Social? El resto procede de donaciones. Estaba pensando que me gustaría hacer algo por ellos cuando salga de aquí.

—Una carrera benéfica —dice papá con una sonrisa.

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Una lectura benéfica sería más adecuado —digo pensando en Issy—. O a lo mejor puedo escribir una canción y ponerla en iTunes.

Mis padres cruzan una mirada confiando en que no les vea.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Tan mal se me da?

—No pasa nada. Me parece estupendo, estupendo de verdad —dice mi madre—. Es que no estamos acostumbrados a que... estés tan activa. Pero

estamos muy contentos, de verdad.

—Sí —dice mi padre, porque no le gusta que mi madre hable por él, aunque lo haga siempre.

Miro por la ventana. Es la última vez que veo este paisaje, al que últimamente me he acostumbrado tanto. Hoy parece que el sol se ha puesto muy temprano. Se ha hecho de noche sin que me diera cuenta, y no he sabido nada de Ben en todo el día. Hay muchos motivos que pueden explicarlo. La vergüenza que nos da lo de nuestro frustrado encuentro sexual sería razón suficiente. O a lo mejor es que tiene su vida: un trabajo (o algo así), otros amigos... Podría darles mil vueltas a esos motivos, rumiarlos sin parar, si no fuera por una cosa: lo que dijo anoche.

Miro por la ventana, más allá del reflejo de la habitación, hacia la oscuridad, confiando en que aparezca como todas las noches a esta hora. Confiando en que el orden natural del mundo se haya restaurado milagrosamente.

Anoche nos comportamos los dos como cuando Ben me acompañaba a casa: me contó una anécdota larga y desternillante sobre un hombre mayor que entró en su tienda para preguntar cómo se echaba al correo un correo electrónico. Me dejó junto a la puerta verde sin mirarme siquiera. Y después de entrar y de hacer mis ejercicios yo debía de estar tan cansada que dormí de un tirón hasta las dos, cuando me tocaba otra tanda de medicación y fisioterapia. Y luego han llegado mis padres, y estas últimas horas no he hecho más que esperar. Esperar a que me dejen marcharme a casa, esperar a que venga Ben, esperar a que llegue el momento de empezar. No de empezar otra vez, porque creo que nunca he empezado, por lo menos desde que volví a casa de la universidad. Esperar para empezar a vivir, esta vez de verdad.

He llamado a Ben y, como no ha contestado, le he mandado un mensaje: «¡Hoy me dan el alta!» Pero no me ha respondido. A lo mejor está ocupado. Vendiendo teléfonos, jugándose a los chinos con sus compañeros quién atiende a los clientes, u odiándome.

Empiezo a pasearme de un lado a otro y mi madre se piensa que es porque

estoy deseando salir de aquí y volver a casa, a pasar esta noche invernal en nuestro chalecito adosado, con la tele encendida y la cena en una bandeja. Y en cierto modo así es. En cierto modo, añoro esa vida segura, protegida y minúscula; ese lugar, detrás de una puerta cerrada, en el que no tengo que preocuparme por nada. Pero ese momento ya pasó. No sé cuántas segundas oportunidades más voy a tener. Lo que sí sé es que lo primero que voy a hacer el lunes es buscarme una casa compartida. Puede que me lleve un tiempo y que tenga que tomarme como un trabajo y no como un pasatiempo lo de diseñar portadas para libros, pero la cuenta atrás para que me independice ya ha empezado. Solo que mi madre aún no lo sabe.

Vuelvo a mirar el teléfono, y nada. La verdad es que cualquiera pensaría que he sido yo la que le ha declarado su amor, la que está en ascuas esperando tener noticias suyas. Ben y yo, pareja. Ben y yo, juntos. Besándonos, haciendo el amor... Claro que yo sé lo que le pasa: esto es como cuando teníamos catorce años y decidió que quería ser judío. Empezó a decirle a todo el mundo que era judío, aunque no era cierto. Y cuando por fin hablamos del tema a fondo, se volvió hacia mí y me dijo: «Es que odio ser tan aburrido, Hope. Odio ser tan normal».

Yo le dije en el acto que él nunca sería normal, que eso era imposible. La verdad es que es de risa. Si lo pensara mejor, si lo pensara de veras, se reiría.

Miro mi reloj.

—Sigue siendo la misma hora que hace cinco minutos —dice mi padre.

—Bueno, no —contesto—. Es cinco minutos más tarde.

—No por mucho madrugar...

—¿Amanece más temprano? —le suelto, y él se encoge de hombros con aire contrito.

Y entonces se me ocurre que seguramente soy demasiado mayor para hacer el papel de adolescente mona, pero rebelde.

—Voy a salir —digo, sintiéndome de pronto acaloradísima—. A tomar un poco el aire.

—¿Vas a salir? —Mi madre mira a mi padre esperando que me detenga.
Mi padre cumple su papel a la perfección.

—A tomar un poco el aire —dice—. Pero...

Sé perfectamente el rumbo que tomará la conversación, así que salgo al pequeño patio y me detengo un momento a mirarles mientras discuten si debo salir o no, sin darse cuenta de que ya me he ido. Me saco el teléfono del bolsillo, sigo el sendero que rodea el edificio y marco el número de Ben. Tengo que hablar con él como sea. No puede decirme que me quiere y luego no dar señales de vida. Las cosas no son así, ¿no? No tienen que ser así. Es como..., como cruzar a nado el canal de la Mancha y luego subirse a un barco a cien metros de Calais. O como..., como apuntarse a un concurso de talentos y ponerse a leer un libro delante del jurado. Es una cagada, una gilipollez, es típico de Ben: ahora me declaro y un minuto después te ignoro.

Se oye el pitido de la línea y una voz desconocida contesta:

—¿Qué pasa?

—Eh... ¿Está Ben?

—Te has equivocado de número.

—No, este es el número de Ben. ¿Está por ahí?

—Soy su padrastro, y ahora este teléfono es mío. Estoy harto de que viva a mi costa...

—Eh, dame eso, capullo...

Es Ben. Por un instante, me embarga el alivio. Aunque no oigo a Ben. ¿Se habrá sentado encima del teléfono? Se oye un ruido, puede que sea una película, golpes, gritos. Oigo gritos. Abro la boca para hacer lo que suele hacerse, lo de gritar «¡hola!» aunque sabes que nadie va a oírte. Voy a hacerlo de todos modos cuando oigo otro grito y me quedo paralizada. Es su madre la que grita: «¡Para! ¡Para de pegarle!»

Cruzo la puerta verde y salgo al barullo de la calle sin darme cuenta de lo que hago. No he llegado ni al final de la calle y ya me tiemblan las piernas y me duele el pecho. No hay ningún motivo de salud por el que no pueda hacer ejercicio,

dentro de un orden. Los médicos dicen que tengo que coger resistencia. Pero aun así el dolor, el dolor y el miedo a morirme si corro demasiado deprisa, me atenazan. De todos modos, no me detengo. No voy a morirme por correr aunque no esté en forma, y, como no voy a morirme, avanzo todo lo deprisa que puedo, al trote, adentrándome en el corazón de Candem. Paso frente a la estación de metro y, cuando por fin me quedo sin respiración, me paro un rato a toser hasta que creo que voy a echar el bofe, y entonces giro a la izquierda y entro en el barrio donde vive Ben.

Siempre ha vivido aquí, y yo siempre he vivido cuatro calles más allá. Él vive en un piso, en la cuarta planta de un edificio con una galería muy larga que abarca una fila de puertas que dan al patio donde jugábamos de pequeños. Ahora que somos mayores, tengo la sensación de que el patio está lleno de adolescentes de aspecto amenazador, un poco más pequeños que yo. Pero no me paro a pensar que está oscuro ni que me van a estallar los pulmones. Solo sé que tengo que encontrar a Ben, y el único sitio que se me ocurre para empezar a buscarle es su casa. El ascensor no está averiado, para variar, y eso es bueno. Lo malo es que me da pavor: siempre huele a pis rancio y a desinfectante. Lo limpian constantemente, pero aun así se distingue la silueta fantasmal de las pintadas que han borrado. Las palabras «Zorra, vas a morir» emergen de la oscuridad y cobran forma mientras miro el lugar donde se adivinan sin llegar a verse del todo. Contengo la respiración mientras la caja metálica sube traqueteando. Pienso en la última vez que cogí un ascensor, con Ben, y tomo nota de que no debo volver a subirme a uno. Siempre me da miedo quedarme atrapada. Y lo que es peor: me da miedo quedarme atrapada en un ascensor y que me entren ganas de hacer pis. ¿Y entonces, qué?

Pero el ascensor llega al cuarto piso y, tras un instante de inmovilidad aterradora, se abre la puerta. Enfrente de la puerta de Ben, la galería está más o menos tranquila. Calles aéreas, eso se suponía que iban a ser cuando las diseñaron. Entre la puerta de Ben y yo hay un grupo de chicas que fuman con ahínco. Solo son chicas, chicas como yo. Seguramente piensan y se preocupan

por las mismas cosas que yo. Y, sin embargo, me asustan. No tengo ningún motivo para creer que vayan a hacerme daño, o incluso a fijarse en mí, y aun así estoy convencida de ello. Trato de hacerme pequeña y desvío los ojos al pasar por su lado a toda prisa. Cuchichean y se ríen cuando paso. Estoy segura de que están hablando de mí, y aun así me paro antes de llegar a la puerta de Ben.

Hace un cuarto de hora (puede que algo menos) que oí lo que parecía una pelea y salí corriendo sin avisar a mis padres. ¿Y si he exagerado? ¿Y si no es más que una discusión como otra cualquiera entre Ben y su padrastro y he venido corriendo hasta aquí, empapada de sudor, para...? ¿Para qué? ¿Para salvarle? ¿Para hacerle una taza de té? ¿Qué estoy haciendo aquí? Y entonces vuelvo a oírlo. Los gritos vienen del interior de su piso, y esta vez oigo chillar a una mujer.

Miro a las chicas, que parecen sordas o inmunes a los gritos, corro a la puerta, pulso el timbre varias veces y aporreo con fuerza el cristal. Los segundos se alargan. Detrás de la puerta esmerilada veo un forcejeo de figuras borrosas que un segundo después entran tambaleándose en otra habitación. Miro otra vez a las chicas, incapaz de creer que puedan ignorar lo que está pasando.

—¿Es que no lo oís? —les grito.

—Por aquí siempre es así —contesta una.

—¡Llamad a la policía! —les digo—. ¡Creo que se están matando!

—Llámalas tú. Llegarán el martes que viene —replica la misma, y me da la espalda.

Vuelvo a aporrear la puerta, pero nadie contesta. Por fuerte que llame, no creo que vayan a oírme con tanto grito. Miro a mi alrededor y veo una jardinera arrimada a la barandilla, llena de tierra y colillas. La levanto y la lanzo contra el cristal sin pararme a pensar lo que hago. El cristal es tan duro que solo se agrieta un poco, pero yo solamente pienso en Ben, en llegar a su lado, y en los gritos de su madre detrás de la puerta. Ben es alto y fuerte, pero nunca se ha metido en una pelea, mientras que Mark, su padrastro, ese se pelea todos los viernes por la noche.

—¡Joder! ¿Estás loca? —me pregunta una de las chicas que fuman como si de pronto se diera cuenta de lo que estoy haciendo.

No le hago caso. Le doy una patada a la grieta del cristal, y me duele: el dolor me sube por el muslo como un pinchazo. Le doy otra patada, y otra, primero con una pierna y luego con la otra, y cada vez me duele más. Me doblo por la cintura y un ataque de tos interrumpe mi intento de rescate. Una oleada de dolor me atraviesa los pulmones. A lo mejor sí que me muero. A lo mejor, estando tan débil, acabo muriéndome. Pero no importa. Tengo que seguir intentándolo, aunque me muera. Intento dar otra patada, pero la chica que fuma se pone delante de mí.

—Joder —dice—. Apártate.

Coge la jardinera y golpea con ella el cristal, con fuerza, una y otra vez. Está claro que está mucho más fuerte y más en forma que yo. Cuando el cristal cede por fin, mete la mano dentro, gira el pestillo y abre la puerta.

—Voy a llamar a la poli —dice—. Pero no voy a decirles quién ha llamado. Si necesitas ayuda, grita.

Asiento y entro en el piso. Y durante una décima de segundo me paro y me pregunto qué rayos estoy haciendo, pero luego sigo adelante.

Están en el cuarto de estar.

Veo la escena en una serie de planos fijos, como una serie de Polaroids que se enfocan y se desenfocan con cada oscilación de la bombilla pelada que cuelga en el centro de la habitación.

La madre de Ben, vestida solamente con una camiseta, está de pie en el rincón, tapándose la cara con las manos. Gime, se lamenta, grita.

Ben cae contra una mesa cuando su padre le da un puñetazo debajo de la mandíbula. Me fijo en que Mark tiene un ojo hinchado y en que le sale un hilo de sangre de la nariz. Si él está así, solo Dios sabe cómo está Ben. Me agacho y gateo por el suelo hasta donde Ben está intentando incorporarse, y me interpongo entre Mark y él.

—¡YA BASTA! —grito—. ¡Parad! ¡Va a venir la policía!

Mark se lanza hacia mí ciego de ira y, sin darse cuenta de lo que hace, me agarra del brazo para quitarme de en medio. Me agarra con fuerza. Me hace daño, pero me resisto.

A la mierda.

Incorporándome, arremeto contra él, pillándolo desprevenido. Se cae y yo me caigo con él, grito a voz en cuello, gruño, aúllo. Soy un animal salvaje. Soy un espectro. Lo único que sé es que Mark tiene que parar, y que voy a ser yo quien le pare.

—¿Hope?

Ben parece volver en sí cuando me ve caer encima de su padrastro dejándole sin aire, y entonces intenta agarrarme mientras su madre grita sin parar. Veo sangre, moratones que se forman en su piel ante mis propios ojos. Se levanta trabajosamente y me aparta de su padrastro, y nos abrazamos tambaleándonos. La adrenalina corre a mil por hora por mis venas. Creo que ahora mismo podría derrotar al mundo entero si tratase de lastimar a la persona que más me importa. Al hombre al que quiero.

Aunque salta a la vista que está dolorido, Ben se interpone entre Mark y yo.

—Así que vas a dejar que te defienda una niñita, ¿eh? —dice Mark. Está borracho, borracho como una cuba, ciego y furioso—. Una chavalita enferma tiene más agallas que tú.

—¿Qué haces? —pregunta Ben.

Yo le esquivo, me lanzo hacia delante y pego mi cara a la de su padrastro.

—Eres patético. No eres más que un matón viejo y patético. Eres asqueroso. ¿No te das asco a ti mismo?

—Serás...

Levanta la mano, pero yo no me muevo. Y entonces veo en sus ojos que, por muy borracho y furioso que esté, es consciente de que pegarme tendrá consecuencias. Sabe que no voy a consentirlo.

—No tienes derecho a venir aquí a decirme lo que tengo que hacer, zorrita —me suelta, y retira la mano—. Ese vive en mi casa y aquí mando yo. Y hago con

él lo que me da la gana.

—No es tu casa —dice la madre de Ben mientras enciende un cigarrillo con manos temblorosas—. Es mía. Te he aguantado muchas cosas, Mark, pero por esto no paso. No vas a pelearte con mi hijo en mi casa.

—Ha empezado él —protesta Mark—. ¿Es que no lo has visto? ¿No has visto cómo se ha metido conmigo, cómo me ha provocado?

—No ha hecho falta gran cosa, ¿no? —replica Ben enderezando los hombros—. Llevas buscando una excusa para darme una paliza desde que te mudaste aquí.

—Pues se acabó. Recoge tus cosas, que te largas. —La voz de su madre gana fuerza con cada calada que le da al cigarrillo.

—No puedes echarme —contesta Mark, riéndose—. No puedes ni encender un cigarro sin tomarte una pastilla. No podéis echarme ni entre los tres juntos.

—¿Quieres comprobarlo? —pregunto mirándole con fijeza, y en mi cabeza mido un metro noventa y soy invencible, poderosa, formidable. Soy Wonder Woman. Soy la reina de las amazonas.

Ben pasa a mi lado y se encara con Mark. Es bastante más alto que él.

—Largo de aquí, Mark. Largo de aquí.

El otro se queda mirándole un momento, y yo espero. Y entonces se oyen sirenas a lo lejos. Puede que vengan hacia aquí, puede que no, pero es igual porque Mark coge su chaqueta.

—Que os den por culo a todos —dice al salir.

En cuanto se marcha, Ben se sienta en el sofá. Su madre se acerca a él con cautela, parpadeando, asombrada.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta en un tono cargado de confusión—. No has parado de provocarle desde que has llegado. Lo estabas buscando.

—No soportaba tener que seguir viviendo con ese bestia —dice Ben—. Él sí que estaba buscando una excusa, así que se la he dado. Y no me ha costado mucho, ¿no?

Los observo un momento a los dos, madre e hijo, mirándose con ojos

rebosantes de asombro y de dolor. Y veo lo que siempre he sabido: cuánto se quieren y, al mismo tiempo, lo poco que se entienden.

—Tienen que hacerte una radiografía —digo para romper el silencio.

Levanto con mucho cuidado el borde de la camiseta de Ben. Ya han empezado a aflorar hematomas en su tripa.

—Podrías tener una hemorragia interna.

Sacude la cabeza.

—No. Si vamos al hospital avisarán a la policía y se meterán donde no les llaman. Además, es verdad que estaba buscando pelea, mamá. Dejas que esos hombres entren en tu casa y te pisoteen. Esto tiene que acabarse. Tienes que espabilar. Yo no puedo vivir aquí eternamente, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella.

—Quiero decir que creo que quiero marcharme unos meses. Viajar, a lo mejor. No sé —dice Ben—. Y no puedo hacerlo si estás así, como un zombi. Tienes que cambiar de vida. Hazlo por mí, si no lo haces por ti misma.

Ella baja la mirada, se retuerce los dedos. Parece mayor, frágil y asustada, aunque tenga menos de cincuenta años.

—A lo mejor nos vendría bien tomar una taza de té —sugiero para darle algo que hacer.

—Voy a hacer té —dice como si no me hubiera oído.

Espero a que entre en la cocina para sentarme junto a Ben. Él se niega a mirarme.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¿A ti qué te importa? —replica enfadado.

—¿Qué dices, Ben? Claro que me importa, por supuesto que sí. Pero esto no es propio de ti. ¡Pelearte con un tío que lleva «amor» y «odio» tatuado en los nudillos!

—¿Y tú qué sabes? —Hace una mueca cuando intenta apartarse de mí—. ¿De verdad crees que me conoces, Hope?

Está dolido y enfadado, y alterado aún por la pelea y, como sé que las

palabras no van a servir de nada, me acerco a él, le rodeo el cuello con los brazos y apoyo la cabeza en su hombro. Pasado un rato, su mano magullada se posa sobre mi rodilla.

—¿No te ha impresionado que haya venido hasta aquí y haya echado la puerta abajo para rescatarte? —le pregunto en voz baja.

—No necesitaba que me rescataras —puntualiza, pero su voz ya no suena enfadada—. Aunque la verdad es que sí. Sí, creo que es lo más bonito que ha hecho nadie por mí.

Le tiembla muy ligeramente la voz, y ninguno de los dos habla ni mueve un músculo hasta que se calma.

—Habrá que ponerle unas tablas a esa puerta para esta noche —dice la señora Dargue desde la cocina como si no hubiera pasado nada—. Nos hemos quedado sin leche.

Cojo la mano amoratada de Ben. Tiene unos dedos muy largos, finos, suaves y amables.

—¿De verdad vas a irte? —le pregunto—. ¿Vas a irte de viaje?

—Tengo que hacer algo, Hope —contesta—. No puedo pasarme la vida trabajando en una tienda de teléfonos y... matando el tiempo contigo. Somos adultos. Deberíamos empezar a comportarnos como tales.

—Pero no tiene que ser hoy mismo, ¿no? Podríamos empezar mañana, quizá. Porque acabo de salir del hospital y estaba pensando en una pizza sin gluten y un maratón de *Buffy Cazavampiros*.

Se queda callado un momento y en la comisura de su boca se dibuja una sonrisita muy dulce.

—Vale, pero a partir de mañana seremos personas maduras.

—Ben... —Su madre vuelve a aparecer, y es como si la escena que acaba de tener lugar se hubiera borrado por completo de su cabeza—. ¿Qué vamos a hacer con la puerta?

—Yo me encargo —digo.

Salgo al pasillo. Y hago lo que hace una chica que está a punto de ser una

mujer: llamo a mi papá. Llega en menos de veinte minutos con su caja de herramientas, un tablón de contrachapado y mi madre a la zaga. Mi madre le prepara un baño a la señora Dargue. Intentamos convencerla de que venga a pasar la noche en casa, en nuestro bonito chalé adosado victoriano a cuatro calles de aquí, pero no quiere.

—Este es mi piso —dice—. No voy a ir a ninguna parte.

—Pero *tú* sí vienes —le digo a Ben—. Buffy.

—Vamos, hijo —dice papá—. Haz lo que te dice la chica. No irás a llevarle la contraria con esa carita, ¿verdad?

Me pongo colorada cuando Ben me mira.

—Hasta ahora nunca he podido decirle que no.

Querido Hugh:

Siento decirte esto por carta, de verdad que lo siento, pero no puedo seguir esperándote. Puede que ese sea nuestro problema. Que yo quería amor, risas y un hogar. Y tú querías diversión, no te interesa ir en serio.

Creía que íbamos a estar juntos. Creía que podía cambiarte, pero debería haberme dado cuenta de que eso era imposible. El problema, Hugh, es que yo no soy la persona indicada para quererte. No buscamos las mismas cosas. Tú crees que eres feliz, pero no lo eres, ¿sabes?

Dejo contigo a *Jake* porque Angus es alérgico a los gatos.

Buena suerte,

Mel x

HUGH

Cuando me despierto, me siento inmerso en un baño de angustia súbito, traumático, helador.

Busco a tientas mi teléfono y llamo a Stella, mi nueva y sin embargo ya íntima amiga.

—¿Ha...?

—No, sigue aquí. Está estable —contesta Stella—. No estoy de guardia, pero quería venir por si acaso me necesitabais. Estoy aquí y por ahora va todo bien.

—Me he quedado dormido —le digo al incorporarme, y dejo pasar un momento para orientarme en este entorno desconocido—. Ha sido sin querer. ¿Qué hora es? ¿Las siete? Debo de haber dormido todo el día.

—Bueno, entonces es que lo necesitabas. ¿Cómo te encuentras?

Me inquieta que Sarah y Mikey hayan tenido que pasarse el día andando de puntillas a mi alrededor mientras yo dormía como un tronco. O eso, o han procurado no entrar en el cuarto de estar de su casa, uno de los pocos días que podían estar juntos. Con todo, también soy consciente de que hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente, sin ninguna noción de dónde estaba ni del paso del tiempo, que iba agotándose.

—Estoy bien, creo —digo.

—¿Qué has decidido? —me pregunta Stella.

—No tengo que decidir. Al final, es evidente que no tengo elección. Voy a ir ahora mismo.

—¿Quieres que le diga que vas a venir? —Se ofrece ella—. A fin de cuentas, esto es culpa mía.

—No sé —digo—. No tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Tú ven y ya está. Hablaremos cuando llegues.

Al colgar, veo a Mikey en la puerta, observándome con curiosidad. Sin el uniforme del colegio, con unos vaqueros que le quedan un pelín cortos, parece más pequeño.

—¿Te va a dar un ataque de nervios? —pregunta con naturalidad—. A nuestro profe de mates le dio uno. Fue culpa nuestra, más o menos.

—Siento haberme pasado todo el día durmiendo en vuestro sofá —respondo—. Para ti habrá sido un fastidio no poder matar zombis.

—No pasa nada. —Se encoge de hombros—. Mamá ha dicho que necesitabas descansar. Dice que lo estabas pasando mal y que se te estaba yendo la olla.

—Eso ha dicho literalmente, ¿no? —le pregunto.

—Bueno, literalmente no. ¿Ya estás mejor?

Se adentra un poco en la habitación para mirarme como si fuera una de las piezas más singulares expuestas en mi museo.

—Dice que tu madre ha resucitado y que te ha dado un susto de muerte. Pero no como un zombi. Sería guay que tu madre fuera un zombi, creo yo.

—Sí —contesto—. Eso lo resume bastante bien. Pero no, no como un zombi.

—No me extraña que estuvieras mal —dice Mikey—. Yo casi nunca veo a mi padre, y es raro porque, cuando no le veo, le echo de menos. Pero, cuando le veo, me siento fatal. Así que, ¿qué es mejor?

Me conmueve que haya compartido conmigo esa experiencia, que haya intuido de algún modo que el único modo de animarme era hacer que me sintiera menos solo.

—¿Te gusta pescar? —le pregunto.

—No. —Parece ofendido.

—¿Lo has probado alguna vez?

—Yo no soy gay —dice.

—Que te guste pescar no es ningún indicio de tu orientación sexual.

—Te gustan las palabras largas, ¿eh? Y las pajaritas. Pero no creo que seas gay porque te gusta mi madre.

—Yo... —Me sonrojo y él sonrío, contento de haberme pillado desprevenido —. Me gusta pescar. Todavía tengo un montón de aparejos, ¿sabes?, pero hace mucho que no... Desde que murió mi padre. ¿Te apetece venir conmigo algún sábado, solo para ver si te gusta? Porque, ya sabes, lo he pasado un poco mal últimamente, y tú también.

Mikey arruga su nariz chata pensativamente.

—¿Mi madre también puede venir? —pregunta.

—Claro —contesto de inmediato, porque la idea de pasar un sábado con Mikey y Sarah me pone extrañamente contento en medio de este mar de tristeza.

—Y así puedes preparar el terreno para pedirle salir —comenta a modo de acuerdo—. Voy a poner la tele.

Me levanto, estiro los brazos por encima de la cabeza y, al pasarme la mano por la cara sin afeitarse, esa burbujita de serenidad que tenía en las tripas se convierte de pronto en un nerviosismo angustioso que me revuelve el estómago.

Ya está.

Ha llegado la hora.

—Bueno. Me voy —digo, más para mí que para él.

—No, espera —dice Mikey mientras cojo mi chaqueta—. Espera un momento.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Espera, que voy a llamar a mamá y a ponerme las zapatillas —dice—. No podemos dejar que vayas solo. Te acompañamos, por lo menos.

Y, efectivamente, Sarah y él me acompañan hasta la avenida, donde se despiden de mí. Sarah me agarra un momento la mano antes de marcharse y me aprieta los dedos, dejándome la estela de su calor al partir. Luego, Stella sale a recibirme a una puerta lateral verde, de madera, empotrada en una pared de ladrillo visto. La sigo por un caminito de piedra, y me sorprende la sensación de amplitud.

—No sabía que esto estaba aquí. Todo este terreno —digo—. Es muy bonito.

—Lo donó a perpetuidad Marie Francis Bonne —me explica Stella como si

estuviera citando de memoria—. Para el bienestar y el alivio de enfermos y convalecientes.

—Tiene gracia —digo—. Yo, lo único que puedo dejar en herencia es una caña de pescar y unos DVD.

Hablo sin ton ni son porque estoy aterrorizado, triste, furioso y desvalido. Y de algún modo estoy seguro de que Stella se da cuenta. Me escucha hablar, me abre la puerta y me conduce a lo que supongo que es la sala de enfermeras.

Una mujer mayor, con el cabello corto y unos pendientes enormes, me saluda con una sonrisa amable pero sorprendida.

—Mandy, este es mi amigo Hugh —dice Stella, y se apresura a añadir—: Es el hijo de Grace.

A Mandy se le ensanchan los ojos.

—¿Ah, sí? —pregunta mirándome, y luego le dice a Stella—: Yo creía que no tenía familia. Nunca me ha dicho nada.

—¿No? A mí me ha hablado mucho de él —responde Stella.

—Bueno... —Mandy me mira con una sonrisa llena de compasión—. Es estupendo que estés aquí. La doctora ya ha hecho la ronda, pero voy a decirle que se pase un momentito por aquí para hablar contigo entre visita y visita.

—¿Listo? —Stella me toca el brazo un momento.

—No —contesto, y noto que mis rodillas amenazan con ceder y que se me cierra la garganta.

Tengo miedo. Stella me coge la mano y me la aprieta con fuerza. Con tanta fuerza que me hace daño.

—Todo va a ir bien —dice mirándome a los ojos.

Asiento con la cabeza, y ella abre la puerta de la habitación donde duerme mi madre desaparecida. Y entonces pasa una cosa extrañísima: *Jake*, mi gato, levanta la mirada cuando entro en la habitación, salta de la cama y se acerca a mí. Me agacho y lo cojo en brazos, conmovido y desconcertado al mismo tiempo. ¿Cómo es posible que esté aquí *Jake*?

—Este es *Sombra* —susurra Stella acariciando la cabeza del gato—. Viene a

vernos todos los días.

Me dan ganas de decirle que no es *Sombra*, ni tampoco *Ninja*, sino *Jake*, el extraño y misterioso *Jake*, pero eso ahora mismo no importa. Lo único que importa es que está aquí, porque la presencia de este gatito negro y enigmático me da valor, y eso es algo que yo creía no tener. Se baja de mis brazos de un salto cuando entro en la habitación y vuelve a ocupar su lugar en la cama de mi madre, con la cabeza apoyada junto a su mano en reposo.

La habitación está suavemente iluminada y la mujer, la mujer frágil y envejecida que ocupa la cama, permanece muy quieta, con los ojos cerrados. Se oye el latido rítmico de un monitor, y el vaivén acompasado de su respiración, aunque tenue, me convence de que está viva.

Me detengo al verla y oigo salir de mi pecho un sollozo, un sollozo profundo y cargado de anhelo, pero lo refreno y lo aparto de mí mientras me armo de valor.

Stella pasa a mi lado con cuidado y se acerca a la cama, coge la mano de mi madre. Yo me quito la chaqueta. Fuera hace tanto frío que mi cara tarda un momento en descongelarse y recuperar el movimiento.

—¿Qué pasa? —murmura Grace en voz muy baja, y yo recuerdo fragmentos, puede que recuerdos, o quizá sean sueños, en los que me susurraba «buenas noches»—. ¿Qué ocurre, pequeño?

Stella me señala con una inclinación de cabeza y yo dudo un segundo todavía, embargado por una pena y un desamor tan intensos que casi me dan ganas de salir corriendo, de huir de este momento que sin duda nos hará daño a los dos antes de que pueda hacernos ningún bien, y salir a la noche, donde todavía aguarda la promesa de que salga el sol, inundando de luz cada rincón.

Pero me armo de valor y todas las fibras de mi cuerpo se tensan cuando me acerco a ella.

—¿Mamá? —digo.

La palabra me suena extraña, me sabe ajena. Ella vuelve la cabeza al oír mi voz, frunce la frente, desconcertada.

—¿Estoy muerta? —pregunta con calma.

Le cojo la mano. Está caliente y llena de sangre que palpita bajo la piel.

—Mamá, soy Hugh. Yo... me he enterado de que estabas aquí. He venido a decirte... hola. Hola, mamá. Espero que estés bien.

Fija sus ojos en mí, y contengo la respiración cuando un instante después su cara se llena de algo parecido a la alegría, y al dolor.

—¿Hijo? ¿Eres tú de verdad?

—Sí, soy yo. Mamá, ¿no te importa que haya venido? Sé que no querías verme...

—Claro que quería verte —dice, sobreponiéndose a su letargo por pura fuerza de voluntad.

Veo que intenta incorporarse y que Stella se adelanta, levanta su cama con un mando a distancia y recoloca sus almohadas. Mamá no deja de mirarme; ni siquiera parece parpadear. Creo que tiene miedo de que sea un producto de su imaginación. Aprovecho esos instantes para estudiar su rostro. Su hermoso y elegante cabello rubio prácticamente ha desaparecido, pero todavía distingo en ella facciones que recuerdo, y no solo eso: me veo a mí mismo, veo mi propia cara escondida entre las sombras de la suya. No podemos parar de mirarnos el uno al otro, como dos personas a las que, después de llevar sedientas toda la vida, les ofrecieran de pronto un vaso de agua fresca.

—¿De verdad eres tú?

Su mano se libera de mis dedos y, elevándose milagrosamente, se posa en mi cara. Yo pongo el mayor cuidado en controlar el vendaval de emociones que amenaza con hacerme pedazos. No debo permitir que eso ocurra. Debo dominarme férreamente para que no se me escape ni una molécula de añoranza. No quiero que vea lo que yo mismo no he sabido hasta este mismo instante: que sigo siendo un niño pequeño que necesita un abrazo de su madre.

Stella parece a punto de marcharse, y yo le lanzo una mirada suplicándole que se quede.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunto a mi madre—. Puedo irme si lo

prefieres.

—No merezco que estés aquí —contesta—. Te abandoné, y ni siquiera tuve valor para matarme. Hui.

Pasan unos segundos de silencio durante los cuales solamente se oye el batir de las máquinas, el zumbido de la calefacción. Tengo la impresión de haber quedado liberado de algún modo, no estar ya sometido al tiempo y a la gravedad. Solo existo en este momento tan extraño. Es casi como si esto fuera el Más Allá y hubiera cruzado hasta aquí con ella.

—Eso no importa ahora —le digo por fin, y ella nunca sabrá cuánto me ha costado decir esas palabras—. Lo único que importa es esto.

Cierra los ojos y una lágrima desciende por su mejilla.

—Lo intenté —dice—. Todos los días intentaba levantarme y vivir lo mejor que podía. Al principio, no. Al principio solo bebía y hacía daño a los demás, me hacía daño a mí misma, pero con el paso de los años me fui dando cuenta. Ya que tenía agallas para matarme, debía tener agallas para seguir viviendo. —Abre los ojos y me agarra con fuerza—. Justo antes de venir aquí te llamé por teléfono, a casa, al número de antes. Me lo sabía de memoria. La voz del contestador era la de tu padre. Me sentí como si te estuviera llamando cuando tenías diez años. Sentí que estaba volviendo al pasado para decirte adiós. Solo que no encontré palabras... No había palabras.

La respiración al otro lado de la línea, el ruido del tráfico grabado en el contestador... Era ella. Era mamá.

—No quiero morir, hijo. Ahora que estás aquí, no quiero morir. Tengo miedo.

La ira sigue ahí, más fuerte aún que la tristeza y que la extraña alegría que me produce verla. Hay una parte inmensa de mí, una parte pueril, que quiere referirle a esta mujer delgada y frágil la historia triste y desolada de mi vida. Pero no lo hago. Dejo mi mano en la suya y la escucho hablar, la escucho hablarme de su vida, de su trabajo, de los niños a los que salvó del desastre, del bien que ha hecho al convertirse en madre postiza de tantos. Le salen las

palabras a borbotones a pesar de la medicación, como si su necesidad de explicarse, de justificarse, de pedir disculpas fuera mayor, tuviera más vigor que su propio cuerpo. Yo escucho. Soy amable y comprensivo. Hablo en voz baja, cuidadosamente. Y sin embargo cada vez que respiro, con cada movimiento de mi cuerpo, deseo preguntarle: «Pero ¿y yo? ¿Por qué no te importaba tanto como esos niños?» Y por fin deja de hablar y tiende la mano hacia mí. Indeciso, dejándome guiar por ella, apoyo la cabeza en su hombro y me abraza.

—No pasa nada por llorar, ¿sabes? —dice—. A veces la vida es injusta.

Amor mío:

No me eches de menos, porque siempre estaré contigo. En cada gota de lluvia que toque tu lengua, en cada bocanada de aire que respires. En las puntas de las hojas que acaricies con los dedos al pasar. Allí estaré, cada segundo. No me he ido, solamente me he transformado, de este estado de la materia en otro. Durante un instante, durante un instante fugaz, fui el hombre que te amaba, y ahora soy otra cosa: soy el aire, la luna, las estrellas. Porque todos estamos hechos de estrellas, amor mío.

Tú y yo, y la vida entera, surgimos de la extinción de una estrella, hace miles de millones de años. Una estrella que vivió largo tiempo y que luego, antes de extinguirse, brilló como nunca antes, en toda su potencia: una supernova en llamas. Y cuando se extinguió, no dejó de existir. Al contrario: aquello de lo que estaba hecha volvió a ser parte del universo, y todo lo que constituye universo volverá a ser parte de nosotros.

Así pues, no me eches de menos, porque no he muerto. Me he transformado en el viento en las copas de los árboles, en las olas del océano, en los guijarros que pisas, en el polvo de tus estanterías, en el firmamento.

Mires donde mires, allí estaré.

Carl x

HOPE

—¿Qué haces aquí?

Stella se extraña y se preocupa al vernos entrar a Ben y a mí por la puerta lateral. Se me hace raro verla sin su uniforme, con una sudadera y unas mallas, y un par de viejas zapatillas de deporte de un sorprendente tono rosa.

—Acabas de irte. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —le digo—. Es por él. —Señalo con la cabeza a Ben, encorvado bajo su enorme abrigo—. Se ha metido en una pelea y está un poco magullado. Me preocupa. El otro día vi algo en la tele sobre las hemorragias internas. Decían que puedes estar perfectamente y un segundo después caerte muerto. Y se niega a ir al hospital. —Les dedico a Stella y a Mandy mi sonrisa más convincente—. ¿Podríais echarle un vistacito, por favor? Os invito a tarta y a donuts.

—Claro —dice Stella—. Aunque oficialmente no estoy de servicio, así que, si veo algo preocupante, os remitiré al médico y puede que mande a Ben al hospital. No tenemos ninguna habitación libre, así que venid conmigo.

Nos conduce a la parte más antigua del edificio, donde hay una sala que parece la antigua consulta de un practicante, con una camilla a un lado.

—Túmbate —le dice a Ben.

Él se quita el abrigo con mucha dificultad. Stella arruga el ceño cuando se echa en la camilla y yo, sintiendo una extraña intimidad que prefiero no detenerme a analizar, estiro el brazo y le subo la camisa. Incluso yo contengo la respiración cuando vuelvo a ver los hematomas a los que ya me había acostumbrado.

—¿Una pelea, dices? —Stella le mira—. ¿O una paliza?

—Ya sabes, vive deprisa y muere... con dolor —responde Ben—. Pero deberías haber visto al otro. No tenía prácticamente ni un rasguño.

—Voy a tener que llamar a la médica de guardia para que te eche un vistazo —dice Stella—. No puedo arriesgarme a pasar algo por alto y, si viene ella, quizá pueda hacerte una ecografía por si hay algún derrame. Espera aquí.

En cuanto se marcha, Ben intenta levantarse.

—Venga, vamos a darnos el piro —dice—. Aquí hay gente que está mucho peor que yo.

—Ben, no seas idiota —contesto—. Imagínate el cabreo que pillaré si te mueres antes que yo. Y de idiotez, encima. Me pondré como una fiera. Ni siquiera hemos...

—¿Ni siquiera hemos qué? —pregunta.

—Tú estate quieto —digo—. Y eso incluye la boca.

—Vale.

Vuelve a tumbarse, me coge y empieza a jugar distraídamente con mis dedos. Su contacto me produce un cosquilleo en el estómago.

Estas últimas horas, desde que le rescaté (así he decidido llamarlo, porque a él le saca de quicio), han sido muy extrañas. Extrañas como un sueño. Las hemos pasado en mi dormitorio, con las cortinas echadas, mientras mi madre se paseaba nerviosa al otro lado de la puerta.

—¿Queréis té? —ha preguntado más de una vez. Y, como yo le decía que no, ella insistía—: ¿Y zumo?

—¡No estamos teniendo relaciones sexuales, mamá! —le he gritado—. Y aunque así fuera, no sería ilegal.

Entonces me he acordado de lo mucho que la quiero y de lo afortunada que soy por tenerla.

—¡Pero te quiero!

Ben ha dormido un buen rato cuando hemos vuelto. Ha caído enseguida en un sueño profundo: visto y no visto, estaba ahí y de pronto ya no estaba. No me ha sorprendido que estuviera tan cansado. Se ha acurrucado en mi cama,

abrazado a uno de mis muchos peluches, y se ha quedado dormido casi antes de tocar con la cabeza la almohada.

Yo he estado leyendo un rato. Acordándome de Issy, me he conectado a Internet y tras entrar en Facebook he buscado el perfil de su madre y le he mandado una petición de amistad y luego un mensaje privado, saludándola. Le decía que seguramente es demasiado pronto, pero que en cuanto me sienta con fuerzas quiero hacer algo para recaudar dinero para la residencia, y le he propuesto que unamos fuerzas. Ya le había dado mi número de teléfono, y le he dicho que me llame. He puesto tres besos al final del mensaje. Después he visto la tele un rato y he echado un vistazo a Twitter. He leído los blogs de varias personas a las que me gustaría parecerme y he visto un montón de vídeos de gatos acostados en colchonetas para perros, hasta que por fin la adrenalina, o lo que sea, se ha disipado, el cansancio se ha apoderado de mí y yo también me he dormido.

Cuando me he despertado, un rato después, Ben me tenía abrazada por la cintura y su corpachón se ceñía al mío, curvado como una coma. Durante unos segundos, todavía soñolienta, he sido consciente de cómo se movía su pecho al respirar, y creo que me he vuelto a dormir con una sonrisa. En todo caso, tenía la sensación de estar sonriendo. Y luego, horas después, he notado claramente que algo me despertaba y he pasado mucha vergüenza, porque lo que notaba era la erección de Ben apretada contra mis riñones.

He intentado apartarme, pero él me ha sujetado y me ha apretado contra sí, todavía profundamente dormido.

—Ben. —Le he zarandeado hasta que ha abierto un ojo soñoliento—. Erección a destiempo.

Ha gruñido al apartarse de mí, ha cogido uno de mis pobres peluches y se lo ha puesto sobre sus partes.

—¿A destiempo por qué? Estuvimos a punto de acostarnos. Podemos hacerlo ahora si quieres.

—¡No! —Yo estaba horrorizada—. No podemos acostarnos solo porque

tengas una erección mecánica. No es...

—¿Qué? —Me ha mirado, interesado.

—No es correcto —he contestado yo, a la defensiva—. Y, además, eso ya es agua pasada, ¿no crees?

—Supongo que sí —ha dicho, y he dejado que la lisa piedrecita de la decepción se hundiera hasta el fondo de mi pecho—. De todos modos, me alegro de que mi pene siga funcionando. Creo que el resto de mi cuerpo está hecho unos zorros.

Y entonces se me han pasado por la cabeza toda clase de pensamientos raros y, francamente, bastante... eróticos, así que le he cogido de la mano y le he hecho salir de la cama.

—Ya está, voy a llevarte al Marie Francis para que te hagan un chequeo.

—No es para *tanto* —protestó.

—Todavía no —respondí—. Pero, si nos quedamos aquí, puede que te mate.

—Qué valiente eres —le digo ahora, de repente, y él parece turbado.

—Yo no lo creo. Me he peleado con un psicópata. Creo que eso me convierte en un idiota.

—Sí, ha sido una estupidez, pero no me refería a eso —respondo—. El otro día, en el hotel, cuando dijiste..., ya sabes.

—Ni idea —contesta, y soy presa del desconcierto, hasta que me doy cuenta de que me está tomando el pelo—. Cuando dije que en algún momento de estos dos últimos años, seguramente estando borracho o drogado, me enamoré de ti. Sí, lo recuerdo.

—Te lo has callado mucho tiempo. No me lo dijiste. ¿Por qué? ¿Tan mala amiga soy?

—Sí. —Se pone serio un momento, y luego sonrío—. No, claro que no eres mala amiga. No te lo dije porque... Bueno, porque a nadie le gusta que le rechacen.

—Pero... no me diste oportunidad de responder.

—No hacía falta. ¡Deberías haber visto la cara que pusiste! ¡De puro horror!

—¡No, qué va! No era horror —digo—. Fue por la impresión. Y por la sorpresa. Porque no me parecía real que pudiera gustarte de verdad a ti, a la persona más divertida, la más lista y la más guay que conozco.

—La verdad es que no me gustas —dice Ben—. Te quiero, joder. Estoy enamorado de ti, Hope. Estoy enamorado de ti hasta las trancas, como un loco, tanto que me da miedo.

—Bueno —digo—. El caso es que, sí, joder, creo que yo también te quiero.

De pronto me suelta la mano y se tapa la cara.

—¿Qué? —digo—. ¿Qué pasa? ¿Has cambiado de idea?

—Estoy llorando —contesta.

—Serás idiota —le digo, y le aparto la mano de la cara y le beso.

—Bueno, así que ahora también atendemos urgencias, ¿eh? —La doctora Kahn, alta y guapísima, aparece en la puerta seguida por Stella y mira a Ben—. Bien, acompáñame, jovencito. Vamos a asegurarnos de que no estás averiado del todo.

—Bueno, del todo no —dice Ben, y una sonrisa ilumina su cara magullada—. Hay una parte de mí que funciona a las mil maravillas.

Querida Julie:

Bien, ha llegado el momento y todas esas monsergas. Ya sabes que soy un loco de Sinatra, así que ¿podrías, por favor, concederme un último deseo y poner *My way* en mi funeral? Ya sé que a ti nunca te ha hecho mucho tilín, pero para mí sigue siendo el mejor.

Siempre hemos sido distintos, tú y yo. No es que el nuestro haya sido un matrimonio ideal, pero has sido una buena esposa y lamento dejarte. Supongo que a veces te alegrarás de no tenerme por ahí, estorbando, pero creo que también me echarás de menos. Me gusta pensar que sí.

No nos casamos por amor, ¿verdad? Nos casamos por culpa de una noche absurda de sábado y por nuestro Roy, que fue el resultado. Yo pensaba que mi madre iba a morir de vergüenza y que tu padre me mataría. En aquel entonces no quedaba más remedio que casarse. Así que eso hicimos. El día de la boda nos mirábamos el uno al otro como si nos diéramos miedo. Yo lamentaba que no me quisieras y no quererte. Pero no lamenté que nos casáramos, ni lamenté que naciera Roy. Era la luz de nuestros ojos.

Pero ¿te acuerdas de aquel día, del día en que pasó? Roy tenía unos cuatro años y le habíamos llevado a Brighton porque era festivo. Hacía un calor infernal. Él llevaba puesta su gorra y se quejaba de que le hacían daño los guijarros en los pies. Íbamos paseando por la orilla, detrás de él, casi sin hablar. Y entonces, de repente, sin venir a cuento, me cogiste de la mano. Nunca nos cogíamos de la mano, pero aquel día sí, y paseamos por la playa como una pareja de enamorados.

Roy se metió en el agua hasta las rodillas y chillaba y salpicaba. Tú te hiciste sombra con la mano para mirarme y dijiste: «Me gusta estar casada contigo, Brian Fletcher».

Y yo contesté, porque me di cuenta en ese preciso instante: «A mí me encanta estar casado contigo, Julie Fletcher. Te quiero, ¿sabes?».

STELLA

En casa. Después de dejar a Hugh con su madre y de despedir a Hope y a su chico, me he dado cuenta de que lo que más me apetecía era estar en casa. Porque esta casa vacía y desangelada de pronto me parecía eso, un hogar.

Recorro la casa en la que apenas he vivido estos dos últimos años y la veo con nuevos ojos. El papel de la pared del pasillo, que dejaron los anteriores propietarios: enormes rosas rojas de las que juramos deshacernos en cuanto entráramos por la puerta. La esquina que Vincent levantó con la uña, dejando al descubierto la pintura de color crema que hay debajo. La caja de utensilios de cocina variados, todavía cerrada y etiquetada, en el sitio donde debería estar el lavavajillas. Evidentemente, está llena de objetos que no uso nunca ni necesito, objetos de los que no me acuerdo, así que cualquiera sabe por qué me molesté en envolverlos en papel de periódico y guardarlos en una caja. En algún momento debieron parecerme importantes. Antes me parecían importantes muchas cosas que ahora no me interesan en absoluto.

En la escalera hay una taza de té frío y algo de ropa doblada que dejé ahí para subirla al piso de arriba hace un par de semanas. Ahora está polvorienta y arrugada. En el cuarto de baño hay una ramita de lavanda marchita en un jarrón de cristal esmerilado. Las corolas deshechas de sus flores se han esparcido por la repisa de la ventana como moscas muertas. En el dormitorio, la pintura de un verde frío y el ropero improvisado. Y, al fondo del ropero, la maleta que trajo Vincent del hospital: todos sus efectos personales guardados aún en una bolsa de viaje que no se ha abierto desde el día que llegó a casa. No sé por qué no la hemos tocado. Puede que pensáramos que abrirla podía liberar todo el horror y el sufrimiento de los primeros días de supervivencia tras el accidente y el regreso

a este mundo, a nuestro mundo. Quizá no nos dábamos cuenta de que eso ya había ocurrido.

Pesa más de lo que parece. La pongo encima de la cama y, al abrir la cremallera, veo la ropa doblada y mohosa de la parte de arriba. Cojo aire, doy la vuelta a la bolsa y vuelco el contenido sobre la cama. Es ropa, en su mayoría: camisetas, pantalones de chándal con una pernera cortada, ropa interior. Pero también hay una bolsa de plástico barata con un colgante dentro: un pequeño san Cristóbal de oro que Vincent llevaba siempre puesto, desde que le conocí, y que no ha vuelto a ponerse desde que le hirieron, aunque creo que no me había dado cuenta hasta ahora. Hace mucho tiempo, poco después de conocernos, recuerdo que toqué la fina cadena de oro y sostuve la medallita octogonal en la palma de la mano.

—¿Un talismán de la buena suerte? —le pregunté.

—Mi madre me lo regaló cuando me alisté. Aquel día me dijo que estaba muy orgullosa de mí. Creo que es la única vez que la he oído decirlo. No es para que me dé buena suerte. Creo que es más bien para acordarme de aquello. Es un poco triste, en realidad. Tú también deberías regalarme algo. Deberías regalarme algo que pueda llevar en el bolsillo, para acordarme de ti.

Y entonces sacó unas bragas de mi cajón y las agitó por encima de su cabeza, y dijo que iba a llevárselas cuando se fuera, y yo chillé y le perseguí por la habitación hasta que estábamos tumbados en la cama y volvimos a hacer el amor. No volví a ver aquellas bragas, pero no están en esta bolsa.

Hay una cosa más entre el revoltijo de ropa: un sobre blanco, grande. ¿El informe de alta del hospital, quizá? Lo cojo y me siento en la cama de golpe. Va dirigido a mí. Y está escrito con la letra de Vincent.

Vincent, que odia tener que escribir hasta la lista de la compra o una tarjeta de Navidad, me ha escrito una carta. Claro que ya sé por qué. Sé qué contiene esta carta. Lo que no sabía era que existiera.

Es su carta de despedida.

La sostengo con delicadeza y la veo temblar entre mis dedos. Y aunque en

cierto modo me parece una traición, o más bien una forma de tentar al destino, me obligo a meter el pulgar debajo de la solapa y a rasgarla. Saco la carta y la desdoble. Y ahí está su letra, pulcra e infantil, un poco trabajosa pero escrita con esmero, cuidadosamente. Sé, ignoro cómo, que no es el primer borrador; que hizo un intento tras otro, hasta que le quedó como él quería. Veo mi nombre, pero las demás letras parecen bailar en la hoja, desenfocadas, cuando las lágrimas me nublan la vista y parpadeo para disiparlas. Tenía que leer esta carta solo en caso de que él muriera. Y sin embargo, cuando por fin soy capaz de ponerme a leer, ya no puedo apartar la vista.

Querida Stella:

Si estás leyendo esto es que he muerto. Y será duro para ti. Cuando pienso en ti, sola, teniendo que enfrentarte a lo que haya pasado, tengo la sensación de que también será duro para mí. Me duele pensarlo. Pero no lo será: yo ya no estaré. No es de mí mismo de quien tengo que preocuparme, sino de ti.

Nunca hemos hablado de esto, de la posibilidad de que muera en combate. A lo mejor porque no queríamos tentar al destino. O quizá porque no queríamos pensar en ello. Siempre hemos querido creer que tú y yo, juntos, éramos indestructibles.

En fin, hay varias cosas que tienes que hacer para recordarme. No cambies, Stella. No dejes de ser valiente, decidida, divertida, supersexy y lista a más no poder. No dejes de leer todos esos libros, ni de salvar todas esas vidas, ni de hacer sonreír a la gente con solo sonreírles. No pierdas tu alegría de vivir, que es lo que me da más ganas de seguir vivo.

No te quedes sola por mí. Procura salir con tus amigos por lo menos una vez por semana, incluso al principio. Procura salir de fiesta. A ti te encanta salir y divertirte. Y no dejes de coquetear. Me duele escribirlo,

pero quiero que seas feliz. Y algún día, quizá dentro de una década, más o menos, puedes intentar conocer a otro hombre. Pero asegúrate de que sienta siempre que está a mi sombra.

Acuérdate de que, por ti, he sido el mejor hombre y el mejor soldado que he podido. Desde que eres mi esposa, he madurado, me he preocupado por los demás, me he esforzado. He vivido lo mejor que he podido, cada momento. Y moriré también lo mejor que pueda.

Piensa en mí, recuérdame. Pero no cambies tu forma de ser por mí. Sé siempre tú, perfecta y feliz. Yo estaré siempre contigo, de alguna manera. Que estés leyendo esta carta significa que tú y yo no estábamos destinados a tener un final feliz. Pero tú todavía puedes tener el tuyo.

*Te quiere,
Vincent*

Y de pronto me doy cuenta por vez primera de lo que no hemos comprendido desde un principio. Hemos llorado por separado la vida que teníamos, añorando lo que no podíamos recuperar, pero eso no significa que no podamos volver a ser como antes. Vincent me decía aquí, en esta carta, que si pasaba lo peor no debía cambiar. Y sin embargo lo peor no ha pasado — Vincent volvió a mi lado—, y aun así los dos hemos cambiado. Hemos dejado que lo ocurrido nos transformara. Y no tenía por qué ser así. Podemos seguir siendo los mismos: aún podemos querernos como antes, aunque llevemos una vida distinta. Y, por encima de todo, podemos, simplemente, vivir. Hemos sido los dos como fantasmas, fantasmas que ocupaban una casa desierta. Fantasmas surgidos no de la muerte, sino de la falta de ganas de vivir, de luchar por la vida que nos hacía felices.

Recorro con la mirada esta casa vacía y lúgubre, llena de sombras y rincones inhóspitos, y me doy cuenta de que sin Vincent, sin el hombre al que quiero, es un cascarón vacío. Es justamente lo que decía Hugh: ¿qué es el amor si no tienes

que esforzarte por conservarlo? ¿Qué es la vida si no luchas cada segundo por vivirla? Todavía podemos tener nuestro final feliz, juntos. Solo que no será un final: será un comienzo.

Sé dónde está Vincent ahora mismo.

Me ato las zapatillas, salgo por la puerta, levanto la vista hacia lo que queda de noche y echo a correr.

HOPE

—¿Estás bien?

Ben está inclinado sobre mí. Parece un poco cansado. La doctora del Marie Francis lo ha examinado y ha dicho que parecía estar bien, aparte de tener daños en los tejidos blandos y algunos cortes, pero que convenía vigilarle y llevarle enseguida a urgencias si se observaba algún cambio.

—¿Que si estoy bien? —Se ríe—. No lo sé. ¿Estoy bien? Dímelo tú.

Sé que quiere que haga o que diga algo, algo que sirva para dar el siguiente paso, para dejar de ser lo que somos ahora y convertirnos en amantes. Pero yo estoy aterrorizada. Que alguien que es tan vital para mí, tan importante, pase a ser de pronto tan... decisivo, me da pavor. No se trata de un chico al que he conocido en un festival de verano. Es algo mucho más importante. Ahora mismo, es lo más importante de todo.

—Creo que sí, que estás bien —contesto, estrechándole un poco más contra mí—. Ahora me tienes a mí. Siempre me has tenido, aunque no parecías darte cuenta.

El mercado está lleno, rebosante de turistas y de jovencitos modernos, de mamás estresadas y de personas de toda condición que se empujan y pugnan por abrirse sitio. Miro de reojo a Ben. Tiene la cabeza inclinada y el pelo, sin la gomina que suele ponerse, le cae sobre los ojos. Parece en cierto modo más joven. Más blando, más dulce. Sin el desparpajo y el descaró que tanto me gustan en él. Y, sin embargo, sin esas cosas me gusta más aún.

—El caso es —digo— que yo quiero lo mismo que tú. Pero tengo que decirlo, Ben, porque lo contrario sería injusto. ¿Y mi enfermedad? Porque, dejando a un lado el hecho de que yo sea muy dependiente, y esté desesperada y

deprimida, podría morirme estando contigo. Puede que incluso antes de que te aburras de mí. Y no sé si..., no sé si debo permitir que pases por eso.

Se detiene de repente.

—Eso no eres tú quien tiene que decidirlo. Y, de todas formas, si pasa, dará igual que estemos juntos o no, porque, si pasa, entonces... Pero, bueno, no va a pasar. —Me agarra las solapas de la chaqueta y me atrae hacia sí—. Te quiero, Hope. Y tú no puedes decidir cuánto debo quererte. Eso no depende de ti. Lo único que puedes decidir es si quieres aprovecharte de mis inmensas habilidades como amante. Es lo único en lo que tienes que pensar.

Resoplo y me río al mismo tiempo. Y estoy a punto de besarle cuando me suelta tan bruscamente que me tambaleo un poco hacia atrás.

—¡Mira dónde estamos! —exclama—. ¡Es una señal!

Estamos enfrente del Market Tavern, y entonces me acuerdo de que esta noche teníamos planeado subirnos al escenario a cantar nuestra canción. Me invade una oleada de horror, de emoción y adrenalina, todo al mismo tiempo. Tengo la horrible sensación de estar a punto de hacer algo impulsivo.

—¡Vamos ahora mismo! —dice Ben tirándome de la manga y señalando el cartel—. ¡Venga, vamos a entrar y a cantar nuestra canción!

—¿Ahora? —pregunto indecisa.

—No, el martes que viene. ¡Sí, ahora! —Me tira de la mano—. Venga, esto es lo que nos hace falta, ¿a que sí? Necesitamos que la sangre nos circule y que nos lata el corazón. Cagarnos de miedo y acordarnos de que somos jóvenes y estamos vivos y sanos, bueno, más o menos. ¿A que sí? ¿Y qué mejor forma de conseguirlo? Habíamos dicho que lo haríamos.

—Pero si ahora mismo ni siquiera respiro bien, ¿cómo voy a cantar? —contesto yo.

—Bueno, tú nunca has sabido cantar. Lo que pasa es que crees que sí sabes, y a la gente no parece importarle.

—Serás caradura... ¡Te vas a enterar!

Se ríe, pero luego nota algo en mi expresión y se pone serio.

—¿De verdad quieres que lo hagamos ahora?

—Sí, quiero. Estoy cansada de esperar. Vivo en una especie de limbo. Estoy harta de estar siempre encerrada dentro de mi cabeza, tan encerrada que ni siquiera me había dado cuenta de que el chico al que quiero está enamorado de mí. Puede que me hayan tocado malas cartas en el reparto, pero no tengo por qué dejar que eso determine el tipo de persona que soy. Quiero salir al mundo, y vivir y estar..., bueno, estar contigo.

—Pero no tenemos guitarras —dice Ben con cierto recelo.

—El local estará lleno de músicos aficionados. Seguro que habrá un par de guitarras por ahí.

Esta vez soy yo quien le agarra de la solapa y tira de él hacia la puerta.

—Espera. —Me para—. Quiero decirte una cosa.

—Eh, ¿por ejemplo, que hay que liarse la manta a la cabeza y atreverse y no quedarse en la calle hablando en vez de hacer algo emocionante? —pregunto, resumiendo la situación.

—No —contesta—. Que estoy deseando volver a besarte. Y que intentes no desafinar.

El *pub* está abarrotado, lleno de ruido y de olor a cerveza, y en el escenario hay tres barbudos cantando un tema sorprendentemente folk. La gente se apela en la barra y sentado junto al escenario, con un portafolios, hay un tipo con un sombrero de aspecto sospechoso.

—Hola, ¿podemos apuntarnos? —le pregunto—. Lo siento, ya sé que llegamos un poco tarde.

Me mira de arriba abajo, observa críticamente las trabillas de mi trenca y luego echa un vistazo a Ben.

—Está completo, guapa —dice—. Si queréis participar, tenéis que venir cuando abrimos.

—¿No puedes hacernos un huequito? Solo queremos cantar una canción.

—Igual que todos los demás. Y te aseguro que con una suele haber de sobra.

—Mira —dice Ben, inclinándose a mi lado—. Seguramente habrás oído hablar de mi banda, los Black Angels. Si nos haces ese favorcillo, te consigo una actuación. Y siempre llenamos hasta la bandera.

—Ah, bueno, eso lo cambia todo —dice el tipo.

—¿En serio? —pregunto yo.

—No, qué va. Ni idea de quiénes son. Mirad, ya estoy hasta las narices de que chavalines de clase media sin ningún talento pero con muchos humos me hagan polvo los oídos. Volved la semana que viene y apuntaos con antelación.

—Verás, es que me estoy muriendo —digo atropelladamente—. Tengo fibrosis quística. Y esta es una de las cosas que quiero hacer antes de palmarla. Si no canto esta noche, quién sabe cuándo podré cantar. A lo mejor la semana que viene me he muerto.

—Buaaa, buaaa. Mira cómo lloro —contesta.

—Jo, tío, espero que no creas en el karma —dice Ben—. Vamos, Hope. Lo has intentado. Le diremos a ese periodista que no has tenido la suerte de encontrarte con alguien a quien le importe...

—Esperad... —dice el del sombrero feo—. ¿En serio? ¿De verdad estás enferma?

—Sí —respondo.

Eso por lo menos es verdad, y es verdad que estuve *a punto* de morir hace poco. Quizá debería sentirme mal por utilizar así mi enfermedad, pero que le den: que me sirva para algo, por lo menos.

—Vale. Está bien, entonces. Podéis salir después del siguiente participante. Espero que no os echen a patadas del escenario.

—Vaya, gracias. Eres muy amable —le digo, no del todo sarcásticamente.

Ahora solo nos falta encontrar dos guitarras.

Ben ha subido al escenario cien veces o un millón, claro. Para él, cualquier acera o cualquier banco es un escenario. Pero yo no, yo nunca he subido a un escenario, y esta pequeña tarima triangular en un rincón de un *pub* de Camden

es seguramente la cosa más aterradora que he visto nunca. La gente continuaba hablando mientras nos preparábamos. Ben probó su micro diciendo «uno, dos», y yo he hecho lo mismo porque es lo que suele hacerse, aunque la verdad es que nunca he sabido por qué. Hemos afinado las guitarras que nos han prestado unos tipos que conoce Ben, y luego nuestro benefactor ha tosido ruidosamente desde un lado del escenario y me ha mirado como diciendo: «A este paso, yo también voy a morirme».

Mi voz es demasiado aguda, demasiado débil y fina para los primeros compases, pero Ben me tapa con la suya, que es mucho más grave y, aunque no esté del todo afinada, suena extrañamente melódica. Me recuerdo a mí misma que tengo menos de tres minutos para cantar y que solo podré intentarlo una vez, así que cierro los ojos y finjo que no hay un montón de gente mirándome y escuchándome, lo que hasta cierto punto es cierto porque el público sigue hablando sin parar. Me conecto con la música y con Ben, y cantamos. Unos cuantos compases más y de pronto nos quedamos él y yo solos y la canción, y noto que sonrío mientras nuestras voces se entrelazan. La música se eleva y a mí se me pone la carne de gallina. Noto que mis pulmones funcionan a la perfección, que mi corazón late con fuerza. Son dos minutos y cincuenta segundos perfectos, maravillosos, y luego se acaba. Abro los ojos. Se oyen algunos aplausos desganados y un «bravo» no muy entusiasta desde el fondo de la sala, pero la verdad es que no me importa. Me siento como si todo el estadio de Wembley se hubiera puesto en pie para aplaudirme.

—¡Muchas gracias! —dice Ben—. ¡Cazatalentos, ahora nos vemos!

Se inclina para saludar y yo hago lo mismo, aunque un poco tarde.

Un par de minutos después salimos corriendo del *pub*, riéndonos como locos.

—¡Ha sido genial! —digo—. ¡Hemos estado increíbles!

—Oh, oh, a ti te ha picado el gusanillo del directo —contesta él sonriéndome con ternura—. Pero has estado fantástica, genial de verdad. Les has apabullado con tu belleza y tu talento.

—¿Y ahora qué hacemos? ¡Tengo ganas de hacer algo!

—¿Vamos a un *pub*? ¿A cenar? ¿Volvemos a casa de tu madre a tomar té con galletas? —pregunta Ben.

—Vamos a dar un paseo hasta Primrose Hill. Hace una noche estupenda y solo está a unos minutos de aquí. ¡Hasta puede que veamos las estrellas!

Ben se encoge de hombros y me deja que le agarre del brazo, y cruzamos juntos el parque caminando en silencio, ensimismados. De algún modo, el hecho de ir a buscarle, de haberle salvado de la paliza de su padre, lo ha cambiado todo. Ha cambiado mi vida incluso más que haber nacido con fibrosis quística o que haber sobrevivido después de haber estado a punto de morir, o que saber que seguramente no voy a vivir mucho tiempo. He pasado demasiado tiempo en esta crisálida en la que me he envuelto, y que no solo me protegía del mundo, sino que me apartaba de él. Me impedía experimentar... la vida en general. Estaba tan enfrascada en mi tristeza, tan asustada, ansiosa y enfadada que no tenía tiempo de sentirme feliz, asustada, alegre y dichosa. Ahora, en cambio, esta noche, me siento afortunada. De veras. Me siento la chica más suertuda del mundo.

Cuando llegamos a lo alto de la colina, Ben está un poco cansado y de mutuo acuerdo nos sentamos en un banco. Pasamos así un rato, contemplando la ciudad que se extiende a nuestros pies, con su inmenso horizonte de monumentos y rascacielos que se empinan hacia el cielo.

—Eso que has dicho antes... —dice Ben, y yo contengo la respiración—. Eso de «el chico al que quiero»...

—¿Sí? —Contengo la respiración.

—¿Significa que ahora puedo besarte siempre que quiera?

—Sí —contesto—. Sí, claro.

—La verdad es que ahora mismo tengo mucho miedo —dice, y noto que está temblando—. Me da miedo sentir todo esto y reconocerlo. Estoy aterrorizado.

—Lo sé —contesto—. Pero ya lo hemos decidido. De ahora en adelante, vamos a ser valientes.

Cojo su cara entre las manos y le atraigo hacia mí. Me abraza envolviéndome

en su enorme abrigo, y sé que este beso lo recordaré siempre, hasta el día que me muera. Este beso delicioso que flota entre nubes de alegría y de deseo, un deseo que por fin está a punto de saciarse.

HUGH

Cuando salgo un momento de la habitación de mi madre, me sorprende encontrarme a Sarah sentada en el pasillo, junto a la puerta.

—¿Has venido? No hacía falta —le digo, aunque en el fondo me alegro de que esté aquí.

La verdad es que me había convencido a mí mismo de que no necesitaba a nadie y de que estaba bien así, contento viviendo mecánicamente y yendo de flor en flor sin intimar nunca demasiado, sin ataduras ni preocupaciones. Me persuadí de que así era, a pesar de que mi padre me enseñó lo contrario. Y entonces ha vuelto mamá de entre los muertos y de un plumazo ha puesto mi vida del revés y me he permitido el lujo de volver a sentir. Todo el cariño que sentía por ella y que he mantenido sofocado durante tanto tiempo, toda la furia y la amargura, toda la rabia y el anhelo, han vuelto a embargarme y han prendido en mí una llama. De alguna manera, justo al final, mi madre me ha salvado. Los médicos acaban de decirme que es probable que esta sea su última noche. Debo ir a acompañar a la madre a la que perdí hace tantos años, para verla partir de nuevo. Y sin embargo tengo el ánimo lleno de esperanza mientras estoy aquí, frente a su cuarto. Porque esta vez puedo mirar a los ojos de mi madre: puedo decirle adiós.

—Bueno, un amigo de Mikey le ha invitado a dormir en su casa, así que he pensado que... En fin, he pensado que a lo mejor te apetecía tener a alguien aquí —me dice Sarah con una sonrisilla—. Yo creo que en momentos como este conviene tener a alguien cerca. A alguien que te coja de la mano y te haga un té.

Respiro hondo y miro la puerta.

—Significa mucho para mí que estés aquí.

—¿Estás bien? —pregunta agarrándome la mano.

—No muy bien, no —contesto—. Esta noche, no, no estoy bien. Pero lo estaré algún día. Siento que algún día por fin estaré bien. ¿Te suena raro?

—A mí todo lo que dices me suena raro. —Sonríe muy tenuemente y luego, inclinándose hacia delante, me besa con ternura, fugazmente, en la mejilla—. Cuando esto pase, estaré ahí. Te llevaré a casa y te prepararemos té con tostadas. Cuidaremos de ti, ¿vale? Mikey y yo, y hasta *Ninja*. Digo *Jake*.

—Hablando del gato de los mil nombres... —Le cuento que me he encontrado a mi gato, a nuestro gato, aquí, enroscado en la cama de mi madre—. Aquí lo llaman *Sombra*.

—Y yo que pensaba que era un minino callejero —susurra Sarah—. Y resulta que es el mandamás de Londres.

—Bueno, mientras no descubra que además es mi jefe... —contesto.

Miro sus ojos castaños y me siento más calmado.

—¿Es hora de volver? —pregunta.

Asiento con la cabeza y vuelvo a entrar en la habitación de mi madre.

Pasan las horas y mamá duerme conmigo a su lado. Estoy sumido en un estado de vigilia. No sé cuánto tiempo paso observando el sube y baja de su pecho, o escuchando su respiración. Da igual. Es intemporal, este momento. Es al mismo tiempo nunca y siempre jamás. Estoy aquí con mi madre, ella está conmigo y de algún modo siempre estaremos así.

Algún tiempo después, ya de madrugada, abre los ojos y habla.

—¿Te acuerdas, hijo? —me dice—. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeño y salíamos a acampar por las noches?

—Creo que sí —contesto cogiéndole la mano—. Creo que recuerdo que estaba profundamente dormido y calentito y que de pronto tú colocabas sábanas sobre unas sillas y montabas una tienda de campaña. Y que nos sentábamos en la hierba a mirar el cielo, y que me decías qué constelación era cada cual y lo que significaban.

—Me lo inventaba todo, ¿sabes?

Su risa es como el encaje: delicada y finamente tejida; como una telaraña que se te deshace en las manos. Apenas un soplo en mi mejilla.

—Lo descubrí unos años después, cuando le dije a mi maestra que la Osa Mayor era una osa que llevaba patines y que iba a buscar un batido —respondo con una sonrisa.

Estoy tumbado a su lado, con la cara casi pegada a la suya. Nuestros ojos se encuentran y ya no se desvían. Ella me agarra de la mano. Me envuelve los dedos con los suyos.

—Fui una madre terrible, la peor —dice.

—No eras la típica madre —reconozco yo suavemente—. Pero nunca me sentí triste, ni asustado, ni abandonado. Y me reía constantemente, y nunca me di cuenta de que estabas tan triste, de que eras tan desgraciada. Me protegiste de todo eso, hasta el momento en que te fuiste. No estuve triste hasta que te marchaste.

Cierra los ojos un rato y yo contengo la respiración, pero vuelve a abrirlos lentamente. Miro sus pestañas doradas y claras, escasas en número, y el color de sus ojos que va difuminándose con un destello de plata.

—Pero aun así me marché. Te abandoné.

—Sí —respondo—. Y me dolió mucho, y a papá le partió el corazón. Pero has vuelto, mamá. Has vuelto para reparar las cosas antes de que fuera demasiado tarde. Este día, este tiempo que he pasado contigo, ha hecho que vuelva a sentirme completo. Eso es obra tuya.

—Ojalá no hubiera estado tan asustada —dice—. Creía que, si podía salvar a todo el mundo, a toda la gente que conocía, y conseguir que se sintieran a gusto, el dolor y la añoranza desaparecerían. Pero no fue así. Nunca desaparecieron. Hasta que he vuelto a ver tu cara. Lo siento tanto...

El esfuerzo de hablar la deja agotada, y apoyo mi frente suavemente en la suya. No hay lágrimas. Yo creía que iba a haberlas, pero no quiero llorar aún. Hay paz, solo paz, silencio y serenidad.

—¿Salimos a ver las estrellas? —pregunta de repente con un centelleo, con

una sonrisa. Alegrementemente.

—No estoy... —Ni siquiera me salen las palabras: este no es momento de negarle nada—. Claro, ¿por qué no? —contesto—. Espera un momento.

Me levanto de la cama, saco del armario todas las mantas que puedo y abro las puertas que dan a su patio privado. Como no puedo sacar yo solo la cama, abro la puerta el ancho de una rendija y le hago una seña a Mandy.

Desconecta a mamá de todos los aparatos y solo saca el gotero cuando empujamos la cama hasta el patio. Hace un poco de frío, pero no está helando. La noche es fresca y despejada. El aire parece limpio, como recién lavado, y la luna llena brilla intensamente, deslizándose por encima de las copas de los árboles que parecen rodearnos. Y entre sus ramas desnudas y danzantes veo que el primer atisbo del alba ilumina el borde del horizonte.

—¿Verdad que son preciosas? —dice mamá—. ¿Ves las estrellas? ¿Ves el fuego? Bolas de fuego ardiendo en el cielo, radiantes. Siento su calor en las mejillas, ¿tú no? Es como cuando eras pequeño y nos tumbábamos en la hierba a ver salir la luna.

Miro el mismo trozo de cielo que está mirando ella, y veo las poquísimas estrellas cuyo brillo consigue colarse entre la contaminación lumínica.

—Es asombroso —digo.

Mandy me trae una silla y me siento junto a mamá, mirando el cielo.

—Quería muchísimo a tu padre —dice, y no estoy seguro de si me lo dice a mí o se lo dice al cielo—. Fue desde el principio un hombre tan bueno que no me lo merecía, desde el principio mismo. Siempre tenía una sonrisa en la cara, siempre estaba lleno de luz. Yo creía que, si un hombre así me quería, llenaría de sol todos mis rincones oscuros. Que a fuerza de cariño me sacaría de dentro la negrura, y volvería a ser feliz. Y él me quería. Me quería muchísimo. Pero lo único que hice fue llenarle de oscuridad y convertir en trágica su vida, que hasta entonces era feliz.

—Eso no es verdad —susurro—. No es verdad en absoluto. Lo sé de buena tinta. Hablaba de ti constantemente. Y me obligaba a hablar de ti todo el

tiempo. De las aventuras que teníamos, de nuestros sábados por la mañana, de nuestras noches al raso. De aquellas vacaciones en Margate, cuando te presentaste a un concurso de talentos y quedaste la segunda, y echaste a la ganadora del escenario de un empujón. Y tuvimos que salir los tres corriendo por la playa, chillando y riendo. Comimos pescado con patatas en la arena y nos quedamos levantados hasta las tantas. Tú cantaste para nosotros. Te quitaste los zapatos y bailaste en la orilla, y cantaste para nosotros. Y después yo te regalé una piedra que había encontrado en la playa, como premio. De esas cosas hablaba siempre papá. Nunca hablaba de los malos tiempos, de la depresión, de la bebida... No me habló de nada de eso hasta que fui mayor. Y ni siquiera entonces lo hizo con rencor.

—Nunca he creído en Dios —dice—. Pero si hay algo, lo que sea, espero que tu padre esté allí. Espero que esté allí y que me perdone.

—Te perdonó hace mucho, mucho tiempo.

—Tú has salido a él. Tienes el mismo sol en el corazón.

Pensando en mi trabajo (en las filas de caras blancas, en los innumerables mechones de pelo conservados en cristal), me pregunto si eso es cierto. Me gustaría que lo fuera. Quiero ser como mi padre. Pero también quiero ser como esta mujer, como esta mujer que, a sus ojos, fracasó tan imperdonablemente y que de algún modo volvió a la vida. Es más, que ha vivido para los demás. Volvió de entre los muertos para estar entre los vivos. Y yo..., yo he preferido pasar casi todo mi tiempo entre los muertos, intentando descubrir, si acaso, qué significaba su muerte. De pronto, con un fogonazo de lucidez, me doy cuenta de que no significa nada, al menos para mí. Para el historiador, para el escritor, para quien sufre una curiosidad morbosa, es interesante: una visión cautivadora de una época pasada. Pero todas esas caras blancas del pasillo del museo solo significaron algo mientras hubo alguien que las conocía, que aún vivía para recordarlas y echarlas en falta. En el pasado su muerte lo fue todo, y ahora no significa nada: no es más que una nota a pie de página en un libro de texto que nadie va a leer. Esto es lo que importa: este instante, este presente, *esta* vida,

esta muerte.

—Hay un niño que acaba de mudarse a la casa de al lado, con su madre. Van a prepararme la cena, y yo voy a llevarles a pescar, como hacía papá. El chico, Mikey, es muy divertido y tierno, aunque se cree muy duro. Y Sarah es buena y..., y cariñosa. Me gusta mucho.

Al principio creo que no me ha oído, pero luego sonrío y dice en voz baja:

—Me alegro de que tengas a alguien. —Levanta una mano unos centímetros por encima de la cama—. Esa —dice señalando el lucero del alba, que brilla intensamente sobre la cima de un árbol—. ¿Sabes qué significa esa estrella?

—No, mamá. —Sonrió apoyando mi mejilla en la suya.

—Significa que te quiero —dice—. Te quiero, Hugh.

Con mucho cuidado, la rodeo con mis brazos y la aprieto, y juntos contemplamos esa estrella que brilla tan intensamente que podría eclipsar el brillo de una ciudad entera. Y vemos cómo el cielo se vuelve de un morado más profundo, y cómo surgen franjas de naranja y amarillo, y cómo los zarcillos del alba penetran en la noche. Y justo antes de que amanezca, justo antes de que el calor del sol nos toque, siento que su respiración se ralentiza y se para, y luego un largo suspiro que parece lleno de alivio. Apoyo la cara en su pelo, y lloro.

HOPE

—Hemos pasado en vela toda la noche —digo apoyándome contra el pecho de Ben, envueltos los dos en el calor de su enorme abrigo, mientras contemplamos la ciudad—. No está mal, teniendo en cuenta que empezaste la noche recibiendo una buena zurra.

—Sí, lo sé: yo, despierto toda la noche con una chica guapa, *hablando* —contesta—. He perdido mi toque especial.

—Hablando y besándonos —puntualizo yo, y vuelvo la cabeza para sonreírle—. Y también hemos ido a esa cafetería, a desayunar a medianoche. Y nos hemos toqueteado bastante.

—Mmm. —Sus manos, que estaban posadas debajo de mi camiseta, empiezan a vagar de nuevo—. Desde luego, esto se está poniendo que arde. ¿Seguro que no quieres que lo hagamos en un banco?

—Sí, seguro. Y, además, me apetece disfrutar de esta fase un poco más.

—Yo estoy muy feliz—dice—. Soy tan feliz que me da miedo. Creo que nunca he tenido nada que me diera miedo perder, como no fueras tú. Y ahora..., ahora me da el doble de miedo cagarla.

—No vas a cagarla —le aseguro—. Ni yo tampoco. Los dos hemos cambiado.

—Bueno, puede que nosotros sí, pero el mundo no ha cambiado. —Parece agobiado—. Yo sigo trabajando en una tienda de teléfonos y mi madre no va a dejar de ser una colgada. Tu madre va a seguir preocupándose por ti...

—Preocupándose por mí... Me va a matar —contesto.

—¿Por qué? Le dijiste que estabas conmigo y que todo iba bien.

—Sí, pero llevo fuera toda la noche, en un parque, en noviembre. Poco abrigada.

—Y sin sujetador —añade Ben—. La verdad es que tengo que decir, después de varios años preguntándomelo, que yo estaba en lo cierto: tienes unos pechos magníficos.

—¡Ben!

La felicidad, la alegría, bullen dentro de mí como una lámpara de lava o un manantial en primavera. Es como si alguien hubiera tirado por fin del enchufe que me impedía sentir esas emociones, conocer esas cosas que siempre he intentado soslayar: el deseo, el deleite, la felicidad.

—Pero si es la verdad —dice Ben—. Y, además, tu madre no puede enfadarse porque hayas pasado fuera toda la noche. Tienes veintiún años, Hope. Eres una mujer. Una mujer de la cabeza a los pies, además.

Volviéndome, le beso otra vez, y enseguida se apodera de nosotros el deseo.

—Tenemos que buscar una cama —digo, separándome bruscamente de él.

—¿Estás bien? ¿Estás cansada? —me pregunta, preocupado—. ¿Necesitas echarte?

—No, idiota. Lo que quiero es acostarme contigo. Ahora mismo.

Ben respira hondo entrecortadamente.

—Entonces no sé a qué estamos esperando —dice, y tira de mí para que me levante.

Se quita el abrigo y me envuelve con él.

—¿No vas a tener frío? —le pregunto.

—Creo que ahora mismo lo que necesito es el equivalente a una ducha bien fría —responde.

Cuando empezamos a bajar la ladera, nos paramos un momento para contemplar cómo se llena de oro el alba, cómo tiñe el cielo de rosa rubí y bronce, convirtiendo la ciudad sucia en un paisaje dorado, bañándolo todo con su belleza.

—¡Ay, Ben! —digo, jadeante de alegría—. Este es. Este el día en el que comienza todo.

Y de algún modo sé que lo que va a pasar será maravilloso.

STELLA

La luna, que se resiste a la llegada del alba, me acompaña mientras corro por las calles de Londres con paso firme y constante. Días, meses de agotamiento se disuelven bajo su mirada benévola: llena y redonda, lisa y plateada. Y al poco rato la fatiga se acaba y empiezo a sentirme fuerte otra vez. Fuerte y decidida. Es maravilloso.

Londres parece inclinarse ante mí mientras recorro el laberinto de sus calles. Sé más o menos dónde tengo que ir, y doblo a derecha e izquierda dejándome llevar, sin aflojar el ritmo ni desfallecer. Paso junto a ventanas iluminadas y junto a ventanas en sombras, junto a figuras agazapadas en portales, junto a parejas nuevas que se abrazan con urgencia apoyadas en las farolas, junto a grupos de chicas que chillan enfundadas en lentejuelas, junto a gente que ha salido de fiesta, a bailar, junto a hombres decididos a cumplir una misión y a taxistas que echan un pitillo apoyados en sus taxis.

Cada paso que doy me acerca más a él.

Me acerca más a lo que necesito decirle.

Cruzo Victoria, dejo atrás el palacio y sigo corriendo, deteniéndome solo para dejar pasar el inmenso torrente del tráfico que nunca cesa en el centro de esta ciudad. Dejo atrás la estación y bajo por Vauxhall Bridge Road; paso junto a casitas georgianas pintorescas y marchitas, reclinadas en modernos bloques de apartamentos de ladrillo rojo; junto a bares que siguen iluminados por dentro, y a través de cuyos cristales reforzados se oye un murmullo de voces. Las aceras brillan con la lluvia de ayer. Los charcos de agua sucia se convierten de pronto en mundos radiantes que se hacen añicos y se recomponen a medida que los cruzo.

Vauxhall Bridge me recibe con los ojos abiertos de par en par cuando me salto un semáforo en rojo para subirme al puente de un salto. Y por un instante, durante una fracción de segundo, me detengo a mirar mi ciudad, que se extiende a ambos lados, agolpándose a lo largo de las orillas del río. Me descubro sonriendo cuando echo de nuevo a correr, en línea recta, hacia la noche. Paso debajo del viaducto del tren, silencioso y quieto, y sigo adelante, dejando atrás las torres altas y oscuras y los miles de vidas dormidas, hasta que de pronto me paro apoyando las manos en la pared del edificio en el que está Vincent.

Tengo que entrar como sea sin pulsar el timbre de su alojamiento. No quiero que me echen de aquí, estando a quince pisos de la redención. Pero, al echar un vistazo al reloj, veo que son casi las cinco de la mañana. Tiene que haber alguien en pie en esta vasta ciudadela amurallada. Cierro los ojos y pulso un botón tras otro, disculpándome en silencio por perturbar el sueño de esos desconocidos y evitando cuidadosamente el único botón que me da miedo pulsar. Por fin, el portero automático cobra vida con un chisporroteo.

—Cariño, ¿eres tú? —oigo preguntar.

—Sí —contesto, preguntándome quién será ese cariño y cómo es su voz.

Se oye un zumbido, abro la puerta de un empujón y me dirijo al ascensor.

Solo empiezo a dudar cuando se abre la puerta y veo la planta en la que se aloja Vincent.

El pasillo es largo y está a oscuras, flanqueado de puertas a ambos lados. Mientras camino hacia el 1543, mis piernas invencibles empiezan a temblar, mi corazón fuerte desfallece, mi avance se hace más lento con cada paso que doy. Y sin embargo aquí estoy y no puedo dar marcha atrás, de modo que continúo hasta hallarme frente a su puerta.

Apoyo la cabeza en ella y escucho. Dentro casi no se oye nada, aunque me parece escuchar el ruido de un televisor o una radio. Será Vincent en su vigilia nocturna, tratando de mantener a raya a sus demonios, a esos recuerdos y sueños que no han dejado de atormentarle desde que despertó con vida. Estoy casi

segura.

Llamo, suavemente al principio, tan suavemente que nadie me oye. No se oye movimiento dentro, ni pasos acercándose. Así que vuelvo a llamar un poco más fuerte, y luego más fuerte aún. Y por fin oigo pasos que se acercan, acompañados por un refunfuño. Retrocedo un poco para que se me vea bien por la mirilla.

—¡Mierda! ¿Eres tú, Stella?

No es Vincent quien me abre, sino su compañero Frenchie, el sargento William French, el dueño de esta casa.

—Joder, tía, son las cinco de la mañana —dice—. ¿Qué haces aquí?

—Vincent está aquí, ¿verdad? —pregunto tratando de ver más allá de él, de vislumbrar a mi marido.

—Sí, sí, está aquí. —Frenchie se pasa los dedos por el pelo alborotado—. Pero está durmiendo, nena. Sé que estáis teniendo problemas, pero despertarle ahora para echarle una bronca... No creo que sea lo más conveniente. ¿Me entiendes?

—¿Está dormido?

—Sí, como un bebé. Duerme mucho desde que está aquí. Y ronca como un cerdo, el cabrón. Más os vale arreglar las cosas, porque yo estoy hecho polvo.

—Por favor, Frenchie, déjame verle, por favor. No he venido a discutir. He hecho un camino muy largo. No me pidas que me vaya, por favor.

—Joder, a las mujeres no hay quien os entienda.

Frenchie se encoge de hombros y se aparta para dejarme pasar. Al entrar en el pasillo me veo un momento en el espejo: estoy acalorada, sudorosa, tengo la ropa empapada y los zapatos sucios. Un poco avergonzada, me quito las zapatillas embarradas y las dejo junto a la puerta.

—Está ahí dentro. —Frenchie señala la puerta cerrada en la que pone DANIELLE en letras rosas—. El fin de semana que viene me toca tener a la niña, así que os agradeceré que hagáis las paces cuanto antes. Estaba viendo la tele. Si la cosa se pone violenta, entraré. Si no, allá vosotros.

Lentamente, indecisa, empujo la puerta y la cierro sin hacer ruido a mi espalda. Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse a la oscuridad. Una lamparita nocturna rosa brilla suavemente en una estantería, y entonces veo a Vincent tumbado boca arriba en la cama. Me da un vuelco el corazón. Tiene la pierna apoyada contra la pared y solo lleva puestos unos calzoncillos blancos. Duerme profundamente. Su cara parece relajada y en calma. Está guapísimo.

Ocupa casi toda la cama individual, pero aun así me quito las mallas mojadas y la camiseta y me tumbo a su lado, paso el brazo por su pecho y me ciño a la curva de su cuerpo. Cambia de postura ligeramente, se desplaza dormido para dejarme sitio. Sus brazos se mueven para tapar los míos, para protegerlos, y luego vuelve a caer en un sueño profundo.

Paso largo rato tensa y nerviosa. Tengo frío y estoy agarrotada, esperando a que se despierte y me eche de aquí, pero no lo hace. Pasados unos minutos, me doy cuenta de que tengo el cuello torcido en una postura dolorosa, el hombro apoyado sobre algo duro e incómodo, pero no me muevo; no me atrevo a moverme. Dejo, en cambio, que el calor y la fortaleza del cuerpo de Vincent impregnen el mío. Y poco a poco el latido de mi corazón se calma, me pesan los párpados y el sueño se va entrelazando con mis pensamientos.

No sé si he dormido unos segundos, minutos u horas, pero cuando Vincent se mueve abro los ojos de golpe. Él se gira en la cama, pasa la mano distraídamente, todavía medio dormido, por mi costado, y por fin pestañea y abre los ojos.

—¿Stella? —Su voz suena seca, ronca—. ¿Eres tú de verdad?

—Sí —susurro—. He venido a verte.

Cambia un poco de postura y, al empezar a espabilarse, se da cuenta de pronto de que tiene la mano apoyada en mi cadera y la aparta.

—Quería decirte que lo siento —le digo—. Y que estaba equivocada. Que te he fallado. Porque lo único que he visto este último año y medio han sido problemas, y lo único que he hecho ha sido intentar arreglar las cosas: arreglarte

a ti, cuidarte, ser tu enfermera. Pero no necesitas que nadie te arregle. Y menos yo. Eres perfecto; más que perfecto. Eres increíble, valiente, honrado y decidido. Y estoy orgullosa de ti y de todo lo que has logrado. No lamento que te salvaras por mí. Eso nunca lo lamentaré. Me alegro de que así fuera, me siento agradecida y aliviada porque te mantuvieras con vida por mí. Siento haber sido solo problemas, y heridas, y conflictos, desde que volviste. Siento no haberte visto a ti. A ti, tan guapo, tan bello.

Vincent se queda callado un momento. Sus ojos me escrutan, solemnes y taciturnos. Yo le dejo pensar. Aguardo.

—Fui a ver a Maeve, la viuda de Kip —dice—. Antes de venir aquí, fui a verla y se lo dije. Le conté lo que ocurrió. Le leí la carta que había estado intentando escribir.

—¿Y qué dijo? —Cojo su mano, entrelazo nuestros dedos, y él no se aparta.

—Dijo que, si hubiera sido él, si Kip no hubiera hecho lo mismo en mi caso, le habría matado ella. Dijo que no pasaba nada. —Hace una pausa, baja la barbilla—. Tienen una niña, una niña pequeñita. Es tan dulce, Stella, tan llena de alegría... Alegría de vivir, aunque su padre haya muerto. Quiero ayudarla, ayudar a Maeve y a Casey. Formar parte de sus vidas, si me dejan. Sacar por ahí a la niña de vez en cuando. Ayudar a que su madre se recupere. Me gustaría hacerlo.

—A mí me parece muy buena idea —contesto.

—Después de hablar con ella, pude dormir. He estado durmiendo sin soñar. Por lo menos, sin tener pesadillas. Es como..., es como si eso fuera lo único que tenía que hacer para que mi mente me dejara descansar: contarle a Maeve lo que ocurrió.

Asiento y le abrazo, apretándole con fuerza contra mi cuerpo.

—Ya no somos aquellos, ¿verdad? —digo—. La chica a la que le gustaba estar sentada y el militar que no podía estarse quieto. No somos esos que se conocieron y se enamoraron. Ahora lo entiendo. Ahora veo lo que estabas intentando hacerme comprender.

—No, no somos los mismos —responde Vincent.

Me estrecha la cintura, desliza los dedos por mi columna.

—He estado tan triste, tan deprimida y desorientada... Tan sola, buscando respuestas que no existen. Intentando arreglar cosas que no puedo arreglar. Me había perdido, Vincent, pero creo..., creo que ya me estoy reencontrando. Ahora sé que, pase lo que pase, nunca volveré a ser esa chica a la que conociste una mañana de verano.

—Eso también lo sé —dice él—. Y yo tampoco volveré a ser el mismo. No me puede crecer una pierna nueva, ¿verdad? Y tampoco volveré a sentirme invencible, ni a pensar que soy una especie de superhéroe. Que soy como no soy. La pierna... En fin, sí, a veces la echo de menos. Pero puedo vivir sin ella. Pero mi identidad, el sentido de lo que soy... Perder eso casi me volvió loco, Stella. Casi me hundió del todo. Y ahora..., ahora necesito descubrir de nuevo quién soy. Sé que nunca volveré a ser el hombre al que conociste por primera vez. Puede que yo no muriera en medio del polvo y el calor, pero ese hombre sí murió allí.

Asiento con un gesto y, en la penumbra de la mañana de invierno, nos miramos de nuevo el uno al otro, como desconocidos que se vieran por primera vez y que sin embargo se conocieran mutuamente tan bien como a sí mismos.

—Yo quería a ese Vincent. Me encantaba que fuera tan atrevido, tan loco, tan bobo y tan divertido como era —le digo—. Le quería. Y el caso es que, aunque tú hayas cambiado, ese amor no ha cambiado. Nunca ha flaqueado, ni por un segundo. Ni siquiera cuando me ponías tan furiosa que me daban ganas de darte un puñetazo. Seguía queriéndote. Y de eso se trata, ¿no? Eso es el amor. Hacer que las cosas duren, permanecer ahí, hacer que cuente, hasta cuando es doloroso, hasta cuando se tuercen las cosas, cuando la gente cambia, o la vida les cambia. Si quieres a alguien, tienes que desear querer a esa persona sea como sea. Y si no, entonces es que no es amor.

Me incorporo y me arrodillo sobre la cama.

—He leído tu última carta —confieso—. La que solo debía leer si morías.

Se remueve, incómodo, irguiéndose para sentarse.

—¿Recuerdas lo que decías en ella?

Asiente otra vez, apartando la mirada de mí y fijándola donde antes estaba su pierna.

—Pase lo que pase, hayamos cambiado como hayamos cambiado, el hombre que sobrevivió, el hombre al que he venido a ver atravesando Londres, es el hombre al que amo. Y todavía podemos, todavía podemos tener nuestro final feliz, si estamos dispuestos a luchar por él. Puede que sea un final distinto, pero ahora sé que estoy dispuesta a luchar por ti. Pero... si he cambiado tanto que no puedes soportarlo, lo entenderé. Y seguiré queriéndote, y te dejaré, y te desearé lo mejor.

Un fino haz de luz grisácea se cuela por la cortina blanca, proyectando sombras en la cara de Vincent: el puente de su nariz, el hoyuelo de su barbilla, su expresión de alivio, sus párpados entornados. Creía que llegado este momento me sentiría abatida por la pena, angustiada, nerviosa, aterrorizada porque me dijera que no, porque no pudiera seguir queriéndome, pero no es así. Me siento serena y fuerte. Y sé que, diga él lo que diga, sobreviviré, porque durante las semanas y los meses que he pasado extraviada he descubierto otra cosa: la voluntad de vivir, de experimentar cada instante de mi vida, de todas las maneras posibles. Diga lo que diga ahora Vincent, sé que estaré bien. Triste, quizá, pero bien.

—Creo que no tengo elección —dice por fin.

Asiento con la cabeza.

—Entiendo.

Con mucho cuidado comienzo a levantarme, pero él me agarra por la muñeca.

—Creo que no tengo más remedio que quererte, Stella. Quererte con todos nuestros cambios y con todo mi corazón. Y, además, pase lo que pase, sigues teniendo los mismos ojos, como dos amaneceres que me saludan cada mañana. Lucharé contigo, si me lo permites.

Alargo el brazo, toco su mejilla desfigurada, paso las yemas de los dedos por

la piel fruncida y lustrosa, hasta su pecho y por su muslo, que acaba bruscamente.

—Bueno, yo ya he hecho mi declaración romántica —digo con una sonrisa leve—. No me queda nada más que decir, pero sí.

Vincent se inclina hacia delante, me rodea con sus fuertes brazos, me sienta a horcajadas sobre su regazo. Nos besamos con fiereza, ansiosamente. Me levanta la camiseta y yo tiro de sus calzoncillos y me incorporo un poco para bajárselos. Cerrando los ojos, me siento sobre él y nos quedamos quietos un instante, sus ojos clavados en los míos. Y entonces, muy despacio, comienzo a moverme encima de él, me extravío en sus besos, en esa unión perfecta entre los dos. Aumentamos el ritmo hasta que dejo escapar un grito y me desplomo sobre él, y siento que se estremece contra mi pecho. Pasado un rato, me retiro y él se tumba, y yo apoyo la cabeza en su pecho, y me abraza. Con los ojos cerrados, mientras me invade una extraña sensación de dicha, tardo un rato en darme cuenta de que el calorcillo que me acaricia la espalda es el sol. Girándome un poco, miro por la ventana y veo un cielo azul claro.

EPÍLOGO

Querido Vincent:

Seguramente te estarás preguntando por qué has recibido una carta dirigida a ti y escrita con la letra de tu mujer, ¿verdad que sí? Porque ahora mismo estoy sentada a la mesa del desayuno, enfrente de ti. Pero no me preguntes. No digas nada. Sigue leyendo.

Mientras trabajaba en el Marie Francis, escribí muchas cartas para otras personas: cartas que reseñaban los momentos más importantes de sus vidas. Aprendí que lo que dice la gente tiene muchísima más importancia si está escrito. Sobre el papel, las palabras se vuelven inmortales, bellas, íntimas, tiernas y singulares. Son palabras que siempre estarán ahí, para leerlas una vez, y otra, y otra. Una carta es un recuerdo que nunca se pierde, que nunca se difumina ni se olvida. Y mucho después de que nos hayamos ido, quizás algún día, dentro de mucho tiempo, nuestros hijos o nietos leerán estas palabras y también estarán aquí, en este momento, con nosotros, para siempre.

Hemos recorrido un largo trecho estas últimas semanas, luchando codo con codo. Y todavía nos queda mucho camino por delante. Un camino que, espero tardaremos en recorrer el resto de nuestras vidas.

Pero ya no estaremos solos, Vincent. Porque justo antes de sentarme a escribir esta carta he descubierto que estamos esperando un hijo.

Vas a ser padre.

Y ahora, antes de que te pongas a llorar o tires esta carta y estires el brazo sobre la mesa y me beses y me digas lo mucho que me quieres, lee la última frase, por favor.

Estamos ganando, Vincent. Estamos ganando.

Con todo mi amor, siempre,

Stella

AGRADECIMIENTOS

Este ha sido uno de esos libros que no me han revelado sus secretos casi hasta estar acabado, lo que me ha sacado un poco de quicio. De ahí que haya un montón de gente a la que tengo que agradecerle su paciencia y su apoyo durante el proceso de escritura.

En primer lugar, gracias a Gillian Green, mi maravillosa, comprensiva e inteligentísima editora, por ayudarme a ponerlo todo en orden, al estupendo equipo de Ebury, especialmente a Emily Yau, Amelia Harvell y Louise Jones, y a su fantástico equipo de ventas. ¡Qué casa tan maravillosa para mi libro!

Gracias mil, como siempre, a mi agente, Lizzy Kremer, que me mantiene en marcha con sus arengas y sus negativas a dejar que abandone la escritura para buscarme «un trabajo de verdad». Sin ti no podría hacerlo, Lizzy. Y gracias a las brillantes Harriet Moore, Laura West, Alice Howe y a todo el equipo de David Higham Associates.

A mis queridas y asombrosas amigas escritoras: Julie Cohen, Cally Taylor, Kate Harrison, Katy Regan, Miranda Dickinson, Tamsyn Murray, Amanda Jennings, Lucy Robinson, Lucy Dillon, Cesca Major: gracias por escribir vuestros libros, por formar parte de este grupo que siempre se está dando ánimos mutuamente, y por ser tan divertidas, entrañables y estimulantes.

Muchísimas gracias a mis amigas de toda la vida. Aunque no nos veamos muy a menudo, siempre sé que estáis ahí: Jenny Matthews, Cathy Carter, Sarah Darby, Rosie Mahony, Margie Harris, Kirstie Robertson, Catherine Ashley.

Gracias en especial a la enfermera Rachel Dixon por ayudarme a comprender una labor crucial y difícil. Gracias al Hospice of St. Francis por invitarme a ver un poco del trabajo vital e increíble que hacen. La residencia de este libro es completamente ficticia, al igual que sus pacientes y su personal, pero el cariño y el cuidado infinito que hay en ella están inspirados en ese hospital.

Por último, y sobre todo, gracias a mi familia. Gracias a mi madre y a mi encantador marido, Adam, y a mis maravillosos hijos, tan divertidos, alegres, agotadores y deliciosos. Y a mi perro, *Blossom*, que llegó a mi vida poco después de que empezara a escribir este libro y desde entonces no ha parado de pedirme que le deje entrar y salir de mi despacho.

Con cariño,

Rowan

Abril de 2015